NOELIA RODRÍGUEZ

LA CHICA DE LAS MAGDALENAS



NOELIA RODRÍGUEZ

LA CHICA DE LAS MAGDALENAS

Título: *La chica de las magdalenas*
© 2025, Noelia Rodríguez González

De la maquetación: 2025, Editorial Choco

Primera edición: febrero de 2025

Todos los derechos reservados. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).
El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ÍNDICE

Capítulo 1. *Unas piernas arbóreas*
Capítulo 2. *Cosas con alma*
Capítulo 3. *Derecho de pernada*
Capítulo 4. *Intrigas palaciegas*
Capítulo 5. *Segundo asalto*
Capítulo 6. *Buenos vecinos*
Capítulo 7. *Vieiras al carbón*
Capítulo 8. *Espionaje industrial*
Capítulo 9. *El abominable hombre de las nieves*
Capítulo 10. *Emocionalmente inaccesible*
Capítulo 11. *Nuestros ancestros*
Capítulo 12. *Amienemigas*
Capítulo 13. *November Rain*
Capítulo 14. *Unas botas negras*
Capítulo 15. *Solo Filip*
Capítulo 16. *Querer bien*
Capítulo 17. *Sopa fría*
Capítulo 18. *Secuestro de datos*
Capítulo 19. *Techos de tres metros*
Capítulo 20. *¿Merienda tardía o cena europea?*
Capítulo 21. *Una noche en el Penta*
Capítulo 22. *Verdadera intimidad*
Capítulo 23. *Derritiéndome las neuronas*
Capítulo 24. *No te cuelgues, Beca*
Capítulo 25. *Mujeres fuertes y feroces*
Capítulo 26. *Niño pobre, niña rica*

Capítulo 27. *Mermelada de fresa*
Capítulo 28. *Claustrofobia*
Capítulo 29. *La chica que valía cien millones de euros*
Capítulo 30. *Adiós, Beca*
Capítulo 31. *Périgord*
Capítulo 32. *Dos Julietas*
Capítulo 33. *En borrador*
Capítulo 34. *El viento de noviembre*
Epílogo. *Besos con sabor a fresas*
Agradecimientos
Las lectoras opinan
Y tú, ¿qué opinas? Deja tu valoración
Biografía

Para Cris, por tantas cosas que son innumerables.
Gracias por zambullirte en mis historias y dejarme
verlas a través de tus ojos.

Capítulo 1

Unas piernas arbóreas

Beca 

Entré en el portal de mi edificio animada. Era sábado y los sábados son mi día favorito de la semana. Supongo que no suena muy original, pero siempre me levanto llena de energía y dispuesta a comerme el mundo. Otra cosa ya es cómo evolucione el día, pero, así como los domingos me encanta remolonear, los sábados son para comerse el mundo a bocados grandes.

Venía de tomarme una caña con una de mis mejores amigas y otros colegas. De regreso a casa me había comprado un ramo de margaritas; quedaría bien en la mesa del salón. Estábamos en mayo, en plena primavera y el color estaba patente en cada recoveco de Madrid. Al ver a la vendedora ambulante no me había podido resistir. Hundí mi nariz en las flores mientras subía las escaleras y la música no paraba de sonar por mis auriculares gigantes. Tenía unos de esos que parecen de controlador aéreo. De color negro, clásicos. Ya que eran enormes, al menos que se disimularan un poco entre mis rizos negros.

Siempre he pensado que vivir en un tercero es una ventaja, ya que puedo subir caminando por las escaleras lo cual no solo me ayuda a mantener una vida saludable, sino que evita que tenga que meterme en un ascensor. ¡Odio los ascensores y todos los espacios reducidos!

Mi tercero está en uno de esos edificios señoriales en el corazón de Madrid, en Malasaña, en la plaza del Dos de Mayo. ¿Hay algo más madrileño? Bueno, quizás la calle Mayor o la Puerta del Sol, pero son ubicaciones un poco de guiris, ¿no? El mío es un edificio con carácter, tiene cerca de cien años. Cada planta solo cuenta con dos pisos, cada uno de ellos de ciento noventa metros.

Son pisos simétricos, tal y como si se vieran en un espejo. Siempre me ha encantado el edificio: con su entrada regia, sus techos altos con molduras de escayola y las anticuadas y enormes puertas de madera de cada casa, con sus picaportes de hierro negro. Esas puertas son arte hecho en madera. ¡Auténticas reliquias!

Estaba feliz. Claro que entonces no tenía ni idea de lo rápido que se iba a torcer mi día ni de cómo afectaría eso a mi puerta de madera cuya antigüedad rozaba el centenario. Pensé que algo así podría afectar a mi corazón, pero, al parecer, este funciona a prueba de bombas, y eso que entonces no sabía que estaba a punto de subirme a una montaña rusa que me haría adicta a las alteraciones cardiacas.

Cuando giré en el último tramo de escaleras para llegar a mi piso lo vi de espaldas. He de decir que me impresionó. ¿A quién no? No es que no estuviera acostumbrada a ver hombres impresionantes físicamente, pero es que él era diferente. Lo primero que vislumbré fueron dos piernas como dos árboles y un trasero digno de ser fotografiado para la portada de *Men's Health*. Después, aquella espalda inmensa, los brazos a juego con las piernas y su cabeza llena de un denso cabello corto de color castaño. Era grande, muy grande. A decir verdad, también pensé que le sobraban unos diez kilos. Aun así, era un tío bueno. Vale, quizás fuera un poco más ancho de lo que los estereotipos aceptan como tío bueno, pero a mí me impresionó. Solo necesitaba verle la cara para saber si realmente era un sobresaliente.

Subí algunos escalones más, pero no pude seguir, no solo porque él bloqueaba mi paso, sino porque algo tan inmenso como *él* ocupaba todo lo que era el descansillo entre mi puerta de entrada y la del piso de enfrente. Aquel objeto de dimensiones estratosféricas no era otra cosa que un sofá gris, y estaban intentando meterlo en el piso de enfrente con gran dificultad. No quería ni pensar en cómo habían hecho para subirlo los tres pisos hasta allí. Lo manejaban unos empleados del servicio de mudanzas, parecían agobiados haciendo giros imposibles para tratar de meterlo por la puerta.

Debió de escuchar mis pisadas, porque se dio la vuelta cuando yo me había detenido a tan solo cuatro escalones de él. Y digo

«debió» porque yo no tenía ni idea del ruido de mis pasos ni del jaleo que estaban armando con el trasiego del sofá. No, yo solo podía escuchar *Crazy,* de Aerosmith resonando por mis auriculares. Cuando se giró y me miró concluí que no podía haber mejor banda sonora para aquel momento. Él era sexi y caliente como la letra de *Crazy.* El dueño de aquellas piernas arbóreas y de aquella espalda tenía un rostro a la altura de las circunstancias. Su cara era redonda. Menos angulosa de lo que debería para ser el protagonista de una comedia romántica, pero tenía una mirada intensa, profunda, verde o castaña. Quizás verde acastañada. Gracias a la luz que entraba por las cristaleras de las escaleras descubrí que en aquellos ojos verde acastañados había más colores, como el amarillo y el color miel. Sus pestañas y sus cejas competían en espesor. Tenía cierto aire foráneo, pero no sabría ubicar de dónde. Su cabello corto también era abundante, denso, y lo llevaba peinado, pero pareciera que se hubiese pasado por él la mano un par de veces. Llevaba barba de unos días. Tenía los brazos cruzados sobre el pecho y podría poner a temblar a cualquier portero de discoteca.

¡Pues sí, era un sobresaliente! Vale, un sobresaliente con diez kilos de más, pero un sobresaliente al fin y al cabo.

Lo miré y creo que, por efecto de la letra de *Crazy* o por el hecho de que llevaba meses de voluntaria sequía sexual, me mordí un labio. Su respuesta fue subir una ceja, la derecha, la que aprendí que siempre subía en los momentos menos esperados. Dijo algo, pero gracias a mis inmensos auriculares no escuché nada. Lo que sí me apeteció fue contestarle *«you drive me crazy»*[1] en honor a aquella increíble canción que no paraba de resonar en mi cabeza, afianzándose como nuestra improvisada banda sonora.

Volvió a hablar. Sus labios eran un poco gruesos. Perfectos para un beso.

Me quité los auriculares y los dejé alrededor de mi cuello a modo de collar.

—¿Perdona? —pregunté—. No te escuchaba.

Sonrió con aquella mirada profunda y algo divertida. Una mezcla entre «estoy guardando todos los secretos del mundo» y

«creo que eres adorable». Estuve a punto de derretirme, ¡qué forma de transpirar testosterona!

—Hola —repitió, y su voz tenía algo foráneo—. Te preguntaba si quieres pasar al piso de arriba.

—Hola, perdona —saludé, y obvié preguntar si sus antepasados eran los *bigfoot*, claro que él había mejorado la especie. ¿Cuánto medía? ¿Dos metros? ¿Y de ancho?—. No, no. No subo. Me quedo aquí. Este es mi piso, el tercero A —añadí señalando la puerta que quedaba a mi derecha al final de la escalera.

—Ah, pues entonces me presento. —Estiró la mano hacia mí. ¿Por qué se presentaba dando la mano? ¿Estábamos en una entrevista de trabajo?—. Soy tu nuevo vecino. Me llamo Filip.

¿¡Ese era mi nuevo vecino!? ¡Bien, a la mierda mi voluntaria abstinencia sexual!

—¿Diminutivo de Filipo?

Esbozó una sonrisa con aquellos labios bonitos, carnosos.

—No, solo Filip.

Subí un escalón y le di la mano.

—Yo soy Beca.

Su mirada chispeó.

—¿De Rebeca?

Negué.

—No, solo Beca. Nos quedamos en tablas.

Me soltó la mano.

—Sí, supongo que sí.

Los operarios seguían tratando de meter aquel gigante gris en su apartamento. Las puertas eran grandes, pero el sofá lo era más. Supuse que el motivo de querer un sofá tan grande era para descansar a gusto y poder estirarse. Teniendo en cuenta las dimensiones del individuo no era de extrañar el tamaño del mueble.

Parte de la complicación de querer meter un sofá de semejantes dimensiones estaba en que tras la puerta de la entrada había un recibidor con una puerta acristalada, al igual que en mi casa. En el recibidor no cabía semejante monstruo, así que había que pasar las dos puertas con las mismas maniobras.

—Los veo con algunas dificultades.

Él echó un vistazo al sofá y a los operarios, que se pisaban al hablar tratando de organizar la mejor forma de avanzar hacia el interior del piso.

—Sí, no pensé que les resultaría tan difícil.

—A lo mejor necesitan unos brazos fuertes para ayudarlos —le aconsejé, viendo sus atributos.

Me miró evaluándome.

—¿Te estás ofreciendo? —preguntó con una media sonrisa.

Esbocé una yo también.

—No, gracias —negué, moviendo la cabeza y con ella mis intensos rizos negros—. Estoy en forma, pero lo mío es más el *fitness*. No la halterofilia.

Se le veía divertido. Sentí mis endorfinas pegándose un festival en mi cerebro. Aquello no pintaba nada mal.

—¡Hacia atrás! —pidió uno de los operarios—. Se ha quedado encajado.

—Eso es porque estáis girándolo antes de meterlo —indicó el operario número dos, que estaba a su lado, pero no maniobraba—. Las escaleras eran más difíciles, no entiendo por qué ahora no sois capaces de meterlo por la puerta.

Un tercer operario asomó desde el piso de enfrente por encima del sofá.

—Está bien. Volvemos a sacarlo —respondió malhumorado.

El operario número dos puso sus manos en el sofá y entre los tres tiraron del sofá hacia atrás con fuerza. El inmenso mueble salió con demasiado ímpetu. De repente vi como los tres individuos perdían el control de aquella masa gris, que se precipitaba hacia atrás sin control. Todo pasó demasiado rápido. El sofá golpeó la puerta de mi piso con fuerza al tiempo que uno de los operarios caía al suelo como si fuera un muñeco de trapo. El sofá no le había hecho ni un rasguño, ya que el hombre había reptado hacia un lado con gran celeridad. Sin embargo, el estruendo fue apoteósico. Tanto yo como mi vecino de piernas arbóreas nos movimos instintivamente hacia un lado. Él se apartó hacia el tramo superior de la escalera y yo bajé dos peldaños y me agaché, como si el mueble fuera a precipitarse escaleras abajo.

Nada más lejos de la realidad.

El crac sonó como un crujido sordo.

—¿¡Qué has hecho, Juanjo!? —bramó el operario número tres.

—A mí no me eches la bronca —protestó el operario número uno, levantándose del suelo —. Por poco me aplastas, cabrón.

—¡Basta! —se quejó el operario número dos—. No sé quién es más inútil —susurró para sí mismo—. Vamos, volved a cogerlo.

Mientras trataban de volver a coger el inmenso mueble, me di cuenta de que se volvía a escuchar un ruido. Algo se había roto, pero el ruido no provenía del mueble. Lo movieron y entonces lo vi: habían golpeado mi puerta.

Mi antigua puerta de madera con su picaporte de hierro negro.

Una puerta que rozaba el centenario.

Una reliquia.

Contuve la respiración.

—¿Qué habéis hecho? —murmuré, subiendo los escalones hasta el descansillo.

Tres pares de ojos se movieron del mueble a mi puerta. Estaba rota, le habían hecho un boquete. Un boquete inmenso.

Las flores se me cayeron al suelo.

Cogieron el mueble entre los tres individuos y por fin pudieron meterlo por la puerta de enfrente sin vacilar, con tan solo unos cuantos movimientos. Parecían estar huyendo. Debió de ser por lo pálida que me había puesto de repente, o quizá por mi cara descompuesta, pero en ese momento les debí de parecer peligrosa. La verdad es que por unos segundos sentí ganas de estrangular a alguien.

Me acerqué a la puerta de mi casa.

—No puede ser —murmuré mientras los operarios desaparecían con el mueble.

—Lo sentimos mucho —escuché que decía uno—. El seguro cubrirá los gastos. De verdad, ha sido un lamentable accidente.

Sé que hablaba uno de los operarios, pero no conmigo, se dirigía a mi vecino. ¡Como si a él le hubieran roto algo!

Me acerqué a la puerta y la toqué. Aquello no podía estar pasando: el agujero era inmenso, podía meter un brazo hasta el

hombro.

—Pero… ¿¡qué!? —murmuré en *shock*.

Sentí que daba un par de pasos, acercándose a mí.

—Siento el destrozo. No sé cómo ha podido pasar —se disculpó mi vecino—. Nos haremos cargo de los gastos de la reparación.

Me giré incrédula.

—¿Los gastos de la reparación? —mascullé—. ¿Tú crees que esto se puede reparar? ¿¡Qué clase de trogloditas has contratado!?

Filip me miró serio. Era de ese tipo de personas que saben prevenir las tempestades y se mantenía cauto. Desde luego yo estaba a punto de que me salieran rayos y centellas por los ojos. A mis ojos, normalmente azules como una mañana despejada, ahora asomaban los remolinos de una tormenta.

—No lo han hecho a propósito —dijo con cautela.

Solté una risa ahogada.

—Sería el colmo, ¿no crees? —repliqué airada—. Esto que ves aquí —indiqué señalando la puerta— es arte. Arte hecha madera. No se puede reparar así como así. No se puede sustituir por otra puerta. Es una pieza que tiene cien años. Este edificio es de 1928.

Mi vecino me escuchaba con atención.

—Llama a un ebanista —me propuso—. Si no te convence cómo queda reparada, quizás puedan hacer una réplica.

¿Una réplica? ¿Qué clase de persona creía que una réplica podría sustituir una pieza así?

Comencé a hiperventilar.

—Buena idea —comenté—. Quizás la próxima vez que ataquen a *La Gioconda* podemos decirle al Louvre que no se preocupen que, si alguien la daña, ¡siempre pueden poner una réplica!

A mi vecino no le convenció mi argumentación.

—Si la puerta era tan valiosa como la *Mona Lisa*, quizás debería estar protegida por un cristal de seguridad.

Lo fulminé con la mirada.

—¿En serio? —siseé.

Me miró contenido. Me di cuenta de que se arrepentía de lo que me acababa de decir. Le echó un vistazo a la puerta y volvió a mirarme a mí.

—¡Oye, lo lamento de verdad!

—Ya.

—Repárala y, cueste lo que cueste, yo me hago cargo.

—¡Qué menos!

—Ya me imagino que igual no va a quedar.

—No, eso va a ser imposible, salvo que consigamos el DeLorean para viajar en el tiempo e impedir el golpe.

Guardó silencio.

—Eso sería mucho pedir, pero algo podrán hacer.

Miré la puerta otra vez y sentí que me ardía el pecho.

—Supongo —rumié—. ¡O a lo mejor consigo una en IKEA!

Estaba hiperventilando. Me quité la americana con mal humor.

Filip recogió mi abandonado paquete de margaritas y me lo ofreció.

—Te dejas esto.

Me pareció una ofrenda de paz. Preferiría algo más animal; quizás la sangre de uno de los operarios.

—Gracias —murmuré, cogiendo las flores que no tenían la culpa de nada.

Mis dedos rozaron los suyos apenas unos instantes. Fue como una pequeña descarga. No sabía si tenía más ganas de estamparle el resto de mi puerta en la cabeza o de darle un bocado siguiendo mi filosofía, ya que estábamos en sábado.

—Lo lamento otra vez, de verdad.

Abrí la puerta y me introduje en casa.

—Sí, sí —mascullé—. Por cierto, ¡bienvenido al edificio! —añadí, dando un portazo.

Diría que lo dejé allí plantado y me fui con mucha dignidad, pero no. Es difícil dejar a alguien plantado cuando hay un boquete en la puerta. Mi vecino podía verme por el hueco que ahora había en el centro de mi puerta. Lo miré, clavándole mis ojos azules, desde el interior de mi recibidor.

—¿Has visto? —añadí, asomando mi cara por el hueco de la puerta rota—. Ahora puedo interpretar *El resplandor*.

Me miró, pero ya no podía permanecer serio. Tampoco sonrió, pero sus comisuras querían tirar hacia arriba, a punto de formar una

sonrisa.

—¡No es gracioso! —sentencié—. ¡No lo es!

—No, no lo es —claudicó, tratando de mostrarse serio.

Me giré. Cogí el pedazo de madera del suelo y abrí la puerta de cristal que separaba mi recibidor del inmenso salón en forma de ele. Entré al salón y me aseguré de cerrar bien la puerta. Aunque podía seguir viendo el boquete a través de los cuadrados de cristal de la puerta.

—¡Es para matarlos! —siseé—. ¡Quemarlos sería un castigo pequeño!

Apoyé las flores y la madera arrancada de mi puerta sobre la mesa redonda de cristal de mi salón, que quedaba a la izquierda según entrabas, cerca de uno de los dos balcones. Acto seguido, tiré mi chaqueta y mi bolso sobre uno de mis sofás. Dejé mis botines en el suelo y miré rápidamente a mi alrededor tratando de buscar algo. Todavía no sabía el qué, pero necesitaba algo… Miré los cuadros colgados: algunos con un alto valor en el mercado, otros los había comprado directamente en la calle a artistas incipientes y una gran parte de ellos los había heredado. Mis ojos saltaron de la mezcla de muebles antiguos que había ido adquiriendo en anticuarios y casas de segunda mano a las plantas. Me encantaban las plantas. No tanto como el arte o la cocina, pero eran mi tercer gran amor. Tenía muchas plantas por toda la casa, pero ninguna en mi habitación. Me daba miedo que el dióxido de carbono me matara por la noche, era un poco hipocondriaca, para qué negarlo. Justo entonces localicé lo que necesitaba: una palmera de interior que era tan alta como mi metro setenta. Entre los expertos conocida como *Dypsis lutescens*.

¡Eso me serviría!

La quité de la esquina en la que estaba y la llevé hasta la entrada.

En cuanto abrí la puerta de cristal y entré en mi recibidor llamé la atención de mi vecino, que hablaba con el operario número dos en la puerta de su piso.

Me veían desde su recibidor gracias al boquete que tenía mi puerta. Les sonreí con una mirada afilada y, después, coloqué la palmera para tapar el agujero.

¡Por fin había recuperado mi intimidad!

Antes de perder del todo la visión por la colocación de la inmensa planta pude ver una vez más aquella casi sonrisa de mi nuevo vecino. No llegaba a sonreír, pero sus comisuras querían tirar hacia arriba. Aquella contención lo hacía muy atractivo. Tuve la sensación de que era una de esas personas que sabían controlar muy bien sus emociones y sus impulsos, pero todavía me faltaba mucho recorrido para saber hasta qué punto.

Me giré y volví a entrar en mi salón, cerrando la puerta de cristal tras de mí. Estaba molesta, pero no pude evitar aquella sensación en mi estómago. Un cosquilleo denso. Una anticipación. Que se me hubiera roto el corazón por la agresión sufrida a mi puerta no implicaba que mi estómago no pudiera seguir su propio ritmo de emociones, y aquel ritmo sonaba a tambores de guerra.

Capítulo 2

Cosas con alma

—Creo que has sido un poco dura con tu vecino. ¡Al fin y al cabo, es solo una puerta! —declaró Sofía desde el otro lado de la línea telefónica.

Estaba tirada en mi sofá con las piernas apoyadas en uno de los brazos y mi melena rizada esparcida por el asiento.

—No he sido dura. ¡Debería haberlos apaleado! —bufé molesta.

—¡Mujer, es solo una puerta!

—No lo repitas más. De verdad, Sofía, no es solo una puerta —la contradije—. Eso lo dices porque tú no tienes corazón.

—Gracias. Me lo apuntaré para cuando escuche los latidos —aceptó con sorna mi amiga—. Anda, ¡pero si está latiendo ahora!

Sofía era una de mis dos mejores amigas. Mi demonio particular. Ella siempre había sido una mujer muy pragmática, no se preocuparía por algo como una puerta. La sustituiría por otra y ya. Su piso me daba urticaria: eran todo líneas rectas y muebles funcionales. Me daban ganas de llorar de la poca alma y del exceso de funcionalidad que tenía todo lo que compraba.

—A ver, sí tienes corazón si te refieres al órgano que bombea sangre a tu cuerpo —reculé—. Eso no lo pongo en duda. Pero yo me refiero a otra cosa, ya lo sabes. No te lo tomes a mal.

—Ya… —murmuró mi amiga—. Sé muy bien a lo que te refieres. Conozco bien tu obsesión por conseguir objetos con alma. Te recuerdo que llevas arrastrándome a rastros y tiendas de segunda mano desde la adolescencia.

—No es una obsesión —repliqué molesta, poniendo un pie encima del otro sobre el brazo del sofá.

—¡Vale! —claudicó—. Dejémoslo en inclinación.

Me senté en el sofá. Una cascada de abultados rizos negros cayó por un lateral de mi cabeza. Miré mi reflejo en uno de los espejos que tenía colgado en la pared del salón. Tenía el pelo largo y resultaba muy exuberante con mis alocados rizos negros como el ébano. Mi piel era blanca, salpicada por diversos lunares. Quizás demasiado blanca si pretendías ponerte morena en verano, pero ideal si pretendías una estética *pin-up* o querías ser la novia de Drácula. Mis ojos azules eran muy claros y estaban coronados por dos cejas que desde el mediodía no tenían una expresión relajada. Estaba molesta, no podía disimularlo.

—No me gustan los muebles de producción masiva.

—Lo sé. No te culpo —aceptó Sofía—. Pero de verdad, es solo una puerta. Sirve para cerrar la entrada de tu casa, para nada más. No le des tanta importancia a lo que ha pasado. La arreglarán y esto será una anécdota.

—Mejor cambiemos de tema.

—Mucho mejor —coincidió mi amiga—. Mejor háblame de tu vecino. Lo prefiero mil veces a que vuelvas a mencionar esa antigualla —comentó mi pelirroja favorita.

Mi mente voló a mi vecino. Pensé en aquellas piernas: largas, anchas, inmensas. Necesitaría una escalera para trepar por él. Y eso que mi estatura no era nada desdeñable. Pero aquellas piernas eran como dos buenas columnas romanas. Pensar en esa parte de su anatomía me puso de mejor humor. Me gustaban los objetos con alma e historia porque eran interesantes y tenían algo que contar. Ese hombre también me lo parecía en el poco rato que habíamos pasado juntos. Aquellos ojos intensos, con aquel color miel, parecían guardar muchos secretos. Mi estómago se debatía entre las ganas de pegarle un mordisco en el cuello o de darle una patada en el trasero por contratar a semejantes gorilas.

—Mi vecino es un diez —sentencié—. Pero creo que lo que ha pasado arruinó nuestro encuentro.

—¿Por qué? —preguntó Sofía—. No seas tan fatalista que no ha sido para tanto. A mí me parece que te debe una, puedes cobrarle en carne.

Me reí. Sofía era… Bueno, Sofía era Sofía sin más. Era directa e iba a por las cosas que le interesaban. Si un chico le gustaba, ponía de su parte. A ver, que yo también, no era una monja precisamente. Pero Sofía era como sus muebles: más funcional. A mí me gustaban las historias profundas y, si no, me aburría. Eso me había pasado con mi ex. En un principio pensaba que podríamos tener mucho más en común: era guía en un museo. Pero poco a poco descubrí que Bruno no sentía ni la más mínima pasión ante una pieza de arte. No se emocionaba. No manifestaba interés. Según él, hacía tantos años que se movía entre arte que este se había deslucido a sus ojos. Decir eso sí que hizo que él se desluciera a los míos. Eso me desinfló por completo. No podía estar con una persona que trabajara de una forma mecánica. Que no se emocionara con lo que hacía. Pronto descubrí que era así con todo: conformista. Mi alma aventurera y apasionada era todo lo contrario al conformismo.

Si era así después de un año de relación, ¿qué podía esperar de él cuando lleváramos diez años juntos? No. Bruno no era para mí. La relación se había ido apagando desde los primeros fuegos artificiales hasta el final de la misma el pasado mes de diciembre. Desde entonces no había tenido ganas de conocer a nadie. Según Sofía, yo desperdiciaba oportunidades. Y lo hacía, era cierto, pero es que yo necesitaba sentir un poco de electricidad para que me apeteciera acostarme con alguien. Yo necesitaba algo más que la pura atracción animal. Tenía que sentir deseos de lamer su cerebro antes de animarme con cualquier otra parte de su anatomía. ¿Qué le íbamos a hacer?

—Eso le diré: me has roto la puerta, te quiero ver en mi cama sin pantalones.

Sofía se rio con ganas. Ella era así, de grandes carcajadas. A los hombres les encantaba.

—Eso estaría bastante bien. Dudo que rechazara semejante proposición de su nueva vecina —declaró—. Oye, vente esta noche a bailar. Me apetece un montón.

—A mí también me apetecía —declaré—. Pero no pienso irme con la puerta así. Podría entrar alguien.

—¿Y qué vas a hacer, maja? ¿Esperar a un posible ladrón con un bate en la mano?

—Pues no, pero solo porque no tengo un bate —mascullé—. Pero algo tendré que hacer porque tengo que proteger la casa y a mí misma. Podría entrar cualquiera.

Mi amiga bufó.

—¡Estás paranoica, Beca! No va a entrar nadie.

—Mmmm… No sé —dudé, poco convencida—. Yo no sería tan categórica. Esto no es seguro.

—¿De verdad que no te animas a salir esta noche?

—No, en serio que no me apetece —repliqué, poniéndome de pie y caminando hasta las puertas de uno de los dos balcones de mi salón.

—¡Pues nada! —suspiró Sofía chafada—. Saldré con mis compañeros de trabajo.

—¿Con esa panda de locos y depravados?

—¡Exacto! Con esa panda de locos y depravados. Cuanto más depravados, mejor —señaló divertida—. Son los mejores para un sábado noche.

Sonreí mientras le echaba un vistazo a la plaza.

—Sí, si quieres acabar con un coma etílico.

—Eso no te lo voy a negar —replicó Sofía—. Pero venir con nosotros no te obliga a beberte hasta el agua de los floreros, esa ya es tu elección. Aunque en algunos garitos en los que terminamos la noche ya sabes que es mejor entrar bien alcoholizado.

De repente sonó el timbre de mi piso, interfiriendo en mi réplica.

—Alguien llama —murmuré.

—El vecino, que viene a retomar vuestra conversación.

—No creo.

—Pues entonces los de Amazon, en mi casa se pasan el día llamando a la puerta.

—Eso es porque tú te pasas el día comprando por Amazon.

—También es verdad —claudicó mi amiga—. Bueno, me voy a depilar por si esta noche acaba animada.

Hice una mueca. Sofía era tremenda.

—Estas cosas no tienes que contármelas, Sofía. Prefiero no pensar en tu nivel de depilación. Anda, pásatelo bien.

—Entonces, mejor no te doy detalles —replicó—. Beso, villana.

—Adiós, demonio.

Caminé hasta la puerta de cristal que daba al recibidor. La abrí, moví la palmera y por el agujero de mi puerta pude ver algo. Era la espalda de una mujer y rápidamente intuí a quién pertenecía.

Abrí la puerta.

—¡Hola, Nat! ¿Qué haces aquí? —pregunté cuando me encontré con la otra mitad de mi corazón enfrente de mí.

—Vengo a darte esto —contestó, alargando un fular hasta mí—. Te lo dejaste antes.

Natalia era mi otra mejor amiga. Las tres, ella, Sofía y yo, éramos amigas desde el instituto. Solo que Nat era tres años mayor que nosotras, pero eso no impidió que nos hiciéramos íntimas gracias a que las tres íbamos juntas a las extraescolares cuando éramos unas crías. Habíamos estudiado en el IES Lope de Vega. A unos minutos caminando de donde yo vivía ahora. Actualmente, era la única que me había quedado en la zona. Antes vivía en el piso de mi abuela, que quedaba unas calles más arriba. Pero, cuando ella falleció, decidí mudarme a un lugar que no me abrumara a recuerdos.

Sofía vivía al sur del Retiro mientras que Natalia compartía piso con su novio al norte de Chamartín.

Había estado con Natalia tomando unas cañas antes de comer y se habían acercado un par de colegas de su antiguo trabajo. Había estudiado Derecho y trabajaba para una gran empresa aseguradora; el año anterior había estado en otra aseguradora en la que seguían trabajando sus colegas. El mundo de los seguros era su especialidad. No había nada dentro de aquel universo que se le escapara.

Cuando me marché, no fui consciente de que me había olvidado el pañuelo.

—Anda, no me había dado cuenta de que lo había olvidado. Pudiste habérmelo dado otro día.

—No pasa nada. Al final me lie hablando con David y Carlos y no me di cuenta de que estaba en tu silla hasta que nos íbamos a

marchar. —Se encogió de hombros—. Me he acercado un momento a traértelo cuando he terminado las compras.

Eché un vistazo a su brazo en el que colgaban varias bolsas. A Natalia le gustaba ir sola de compras. Odiaba tener que estar esperando por otra persona.

—Veo que te ha cundido el tiempo.

—Pues sí, hoy es uno de esos días en los que todo me sentaba bien. —Sonrió con ironía—. No está mal, ya que casi siempre parece que los que diseñan la ropa están en mi contra.

Negué, poniendo los ojos en blanco. Nat era una de esas personas que no se sentían siempre a gusto con su cuerpo. Era una mujer de curvas y había estado en guerra con su cuerpo media vida. A mí me parecía sencillamente preciosa. Además, era una mujer *curvy* y lo *curvy* ahora era la moda. Aunque Natalia aseguraba que solo era una moda de las redes sociales, pero que en la industria de la moda las cosas no habían evolucionado tanto.

—¿Al final comiste con David y Carlos? —pregunté, ya que, cuando me marché, estos todavía no habían decidido si se quedaban a comer o no.

—Sí, unas tapas rápidas. Nos pasamos la comida rajando de mi jefe.

—Exjefe —la corregí.

—Exjefe, cierto. Cada vez que estoy con ellos vivo una regresión al trabajo. Me parece que esté otra vez con ellos en la oficina, y con ese tirano.

—Tienes que dejar de quedar con ellos solo para rajar de Eduardo. No es sano. Hacéis masa crítica y acabáis más cabreados.

Natalia bufó.

—Es que tú no conociste a Edu. ¡Merece todo lo que rajamos de él y más! —declaró—. Además que nos sienta genial hacerlo. Puede que nos cabreemos un poco, pero eso es porque nos encendemos. Es un desahogo, créeme.

—Ajá —murmuré poco convencida.

No me atreví a opinar más. Había hablado de ello hasta la saciedad y, si bien podía comprender que Nat le tuviera inquina a un jefe que la había torturado en la oficina durante cuatro años, para mí

había algo raruno en todo aquello… Edu siempre estaba demasiado presente. Incluso ahora, que hacía un año que había dejado el trabajo. Aquel odio tan intenso rozaba la obsesión.

—¿Quieres tomar algo? —pregunté—. Puedo hacer té.

A Natalia no le gustaba el café.

—No, gracias. He quedado con Diego para ir al cine y tengo que marcharme o no llegaré a tiempo.

Diego era el novio de Nat. Vivían juntos y llevaban saliendo desde el Pleistoceno.

—Está bien. Por cierto, a ver cuándo lo veo, hace un montón que no coincidimos.

Eso mismo le había dicho en las cañas de la mañana, pero Natalia parecía hacer oídos sordos. No había visto a Diego desde hacía meses. Ella nunca lo incluía en los planes que hacíamos, cuando durante años había sido uno más. Últimamente estaba muy críptica con todo lo que tenía que ver con su novio.

—Sí, claro. La próxima vez se vendrá a tomar algo.

—Genial porque hace meses que no se le ve el pelo.

Natalia no añadió nada a mi comentario.

—Por cierto, ¿qué le ha pasado a tu puerta? Ha vivido tiempos mejores.

—¡No me lo recuerdes! —repliqué molesta—. Ha sufrido el asalto de un mueble gigante.

—Pues ha tenido que ser un mueble de dimensiones estratosféricas. Menudo boquete que le han hecho. ¿Y qué le había hecho tu puerta a ese mueble para pagarle así?

—Ha sido el sofá de mi nuevo vecino —aclaré, señalando con la cabeza la puerta de enfrente—. Tengo un nuevo vecino en el tercero B y los de la mudanza han hecho este estropicio al subir sus muebles.

Nat observó mi puerta.

—Es un buen estropicio.

—Desde luego —rumié—. No creo que lo hicieran mejor con un buen martillo.

Nat me miró. Ella sabía lo apegada que era a las cosas antiguas.

—Siento que te la hayan destrozado.

—Gracias. Todavía no sé cómo me recuperaré. Estoy digiriendo el medio infarto que sufrí.

—Por otro lado, estarás contenta de tener un nuevo vecino. Siempre te quejas de que hay muchos pisos vacíos en el edificio.

—Sí, es cierto —claudiqué—. Eso pensé cuando lo vi, pero que te destrocen la puerta no es la mejor forma de comenzar una relación de vecindad.

Natalia valoró mis palabras. Parecía pensativa, con su bonita melena estilo *bob* negra a juego con sus ojos oscuros y su piel canela.

—Seguro que te pusiste como un basilisco cuando viste esto. Te conozco bien. Sé lo que piensas de este edificio y de estas puertas.

«Sí, que son arte». Hinché mis pulmones de aire.

—No te voy a engañar, palmas no le hice, no.

En ese momento se abrió la puerta del piso de enfrente. De ella salió el dueño de mis desvelos. Vestía unos vaqueros claros y se había puesto una camiseta de los Rolling Stones que no llevaba por la mañana. Tenía el cabello algo húmedo, así que deduje que se había duchado hacía poco.

Era todo un portento, sí, señor.

—Hola —saludó acercándose.

—Hola —respondí mientras veía como acortaba la distancia con nosotras—. Este es mi nuevo vecino, Filip. Ella es Nat, una buena amiga —los presenté.

Natalia lo miró con curiosidad. No parecía muy impresionada, pero ella no se dejaba impresionar fácilmente. Para ella lo físico no contaba. Sofía era otra cosa. Ella saltaría sobre él, siempre estaba dispuesta a hacerlo cuando el ejemplar masculino cubría sus expectativas.

—Encantado —saludó Filip a mi amiga.

—Veo que habéis empezado con buen pie —comentó Natalia señalando la puerta.

—Sí. La verdad es que hemos tenido un comienzo un tanto accidentado —aceptó mi vecino—. Pero espero que podamos

encauzar la situación. Le he ofrecido a Beca que llame a un ebanista y espero que la puedan reparar, al menos lo mejor posible.

—No sé si alguien estará a la altura. Beca es muy particular con todo lo que considera una joya, ya te habrás dado cuenta —comentó mi amiga la deslenguada—. Y esa puerta es la joya de este piso.

—Sí, ya me he dado cuenta de lo mucho que le importa.

—¿Qué tiene de malo? Me gusta cuidar las cosas que merecen la pena —respondí mirando a mi vecino—. En cuanto a ti —añadí mirando a mi amiga—, *era*, en pasado. Esta puerta *era* la joya de mi casa.

Filip no se atrevió a decir nada más. Simplemente me miró con aquella increíble mirada de ojos verde-castaño-seudodorados.

Menuda mirada.

Filip era como aquellos muebles que tanto amaba. Parecía que hubiera vivido muchas vidas, que guardara muchos secretos y hubiera recorrido muchas carreteras hasta llegar allí. Me habría gustado sentarme en una mullida alfombra abrazando un cojín y escuchar todas aquellas historias que tenía para contar. Sí, quizás era muy precipitado porque apenas nos conocíamos, pero sentía que tenía mucho que contar en aquellos ojos llenos de capas.

—Bueno —comentó Nat al ver que no añadíamos nada más—. Estoy segura de que podréis recomponer la situación, ¿quizás yendo a un concierto? Parece que tenéis gustos parecidos —añadió, mirándome con intención.

Entonces me di cuenta de que había salido al descansillo con la ropa de andar por casa. Yo también llevaba puesta una camiseta gris oscura de los Rolling Stones, solo que yo me la había anudado por debajo de mi pecho, por lo que únicamente se podían leer las letras, pero nada de descifrar el dibujo del cuerpo de la prenda. Por abajo vestía uno de mis pantalones cortos de pijama. Eran de seda. Tenía al menos una docena de aquellos pantalones cortos. Me encantaba ponérmelos para andar por casa por lo extremadamente suaves que eran. Este, en concreto, era rosa con topos y tenía el tamaño justo para taparme el trasero y poco más.

Con el comentario de Nat, mi vecino echó una rápida mirada a mi camiseta y bajó esta después por la piel de mi barriga,

esquivando mis lunares, hasta mi ombligo para llegar por fin hasta mis pantalones cortos de pijama.

—Quizás podamos arreglarlo.

—Es posible —murmuré.

Nat tuvo que notar la tensión entre nosotros, porque era prácticamente palpable.

—Bueno, yo me voy que llego tarde.

Rompí el contacto visual con mi vecino y me despedí.

—¡Ah, sí! Saluda a Diego de mi parte…

—Lo haré, lo haré, no te preocupes —respondió mi amiga, que se despidió con un gesto de ambos—. Adiós.

—Nos vemos, Nat.

Natalia desapareció de mi vista en cuanto se cerraron las puertas del ascensor.

Miré de nuevo a mi vecino.

—Quería hablar contigo de la puerta —comentó.

—Ya, sí.

—Los de las mudanzas tienen un seguro —volvió a sacar a colación el tema del seguro—. Hemos hecho una reclamación y, al parecer, vendrá alguien la semana que viene a verla, para hacerse cargo de la reparación.

Dudé y pensé en el pedazo de madera que había guardado con mimo.

—A ver qué pueden hacer —rumié.

—Comprendo que estés disgustada —añadió. Aunque yo no estaba muy segura de si lo comprendía de verdad. Era algo bastante más profundo de lo que parecía—. Pero me aseguraron que harán todo lo posible para que quedes satisfecha. En todo caso, si no te gusta lo que proponen, yo me hago cargo de lo que te cobre un ebanista particular. Lo que tú decidas.

—Está bien, gracias.

Filip sacó el móvil del bolsillo de su pantalón.

—Si me das tu número, puedo llamarte cuando vengan para valorar los daños.

Esbocé una sonrisa.

—¿Es tu forma de pedirme mi número?

—No —comentó sin dejar de mirarme—. Es la forma de localizarte cuando lleguen los de la empresa de reparaciones.

—Era por aclararlo —mascullé.

Mantuvimos silencio unos instantes. Filip parecía dudar entre si decir algo más o permanecer callado. Finalmente se decidió.

—¿Por qué iba a querer tu número?

Cambié el peso de una pierna a la otra. Mientras sentía como mis rizos acariciaban la piel desnuda de mi brazo.

—No sé… Por la puerta, supongo.

Levantó la ceja derecha.

Se hizo un nudo en mi estómago.

—Bien, eso pensaba —murmuró antes de darse la vuelta.

Miré sus piernas arbóreas caminando hasta su piso antes de meterme en el mío.

—Bien —repliqué.

Cerré la puerta, coloqué la palmera tapando el boquete y decidí cocinar algo; ya que no quería salir de casa con la puerta así, al menos podría morder algo dulce. De repente todo mi cuerpo pedía azúcar en cantidades industriales.

Esa fue una primera gran señal.

Capítulo 3

Derecho de pernada

La tarde la empleé en preparar un bizcocho de limón, ordenar la alacena de mi cocina, darme una ducha y pintarme las uñas de pies y manos de color rojo. A última hora, me comí un trozo de mi propio bizcocho con una gran taza de cacao, y decidí leer un largo rato en la cama antes de dormir.

Me acosté a las once y media de la noche. Eso, para ser un sábado y tener veintisiete años era, cuando menos, un sacrilegio, pero a mí no me importaba quedarme en casa un sábado por la noche. Y, teniendo la puerta como la tenía, la verdad es que no me atrevía a ir a ningún sitio.

Apagué la lámpara de mi mesilla a las doce y me quedé traspuesta tras dar varias vueltas, pero no conseguía un sueño profundo.

No era ni la una de la madrugada cuando abrí los ojos. Me sentía inquieta. Traté de volver a conciliar el sueño, pero no hubo forma. Por muchas vueltas que diera no podía dormir. Estaba desvelada. Me sentía nerviosa e inquieta. No paraba de imaginarme terribles escenarios en los que un desconocido se colaba en mi casa. El hecho de que a mi puerta le faltara un buen pedazo me parecía una invitación para ladrones y delincuentes varios. Aquel boquete no me dejaba tranquila.

—¡Maldita sea! —murmuré, frustrada, sacándome el nórdico de encima—. No voy a poder dormir así.

Me levanté. Me puse las zapatillas y caminé hasta el salón, a través de todos aquellos muebles, espejos y objetos que susurraban historias de otras vidas. Que había heredado o conseguido en subastas, mercadillos, anticuarios y casas de segunda mano.

Llegué al salón. Miré la puerta de cristal y, más allá, el recibidor con su inmensa palmera como única protección disuasoria para maleantes y cacos.

—¡Mierda! —siseé—. No puede ser. Es que no voy a poder dormir.

Miré otra vez la puerta de cristal.

—¡Pues no me voy a quedar toda la noche en vela! —declaré molesta.

Estaba agobiada, asustada y enfadada. Muy enfadada.

Miré a mi alrededor. Cogí el móvil, las llaves de mi casa y salí de mi piso. Recoloqué la palmera y cerré. Crucé el descansillo que separaba mi vivienda de la de mi vecino y llamé a su timbre dos veces seguidas sin compasión. Debía de ser ya la una de la madrugada, pero eso no me contuvo. Esperé un par de minutos y volví a tocar otras dos veces. Sabía lo grandes que eran aquellos pisos y lo que se podía tardar en llegar hasta la puerta, pero no me importaba insistir. Si estaba en aquella situación era por su culpa.

Escuché pasos aproximándose a la puerta.

Unos segundos más tarde la abrió.

Frunció el ceño al verme.

—¿Qué pasa? —murmuró todavía medio dormido.

Lo miré. ¡Qué guapo! Tenía el pelo revuelto y vestía una camiseta amplia, muy amplia para abarcarlo entero, con un bóxer de color azul. Mi atuendo también era de noche: llevaba una camiseta que dejaba un hombro al aire y uno de mis pantalones cortos de seda de color amarillo. Los utilizaba para todo. Traté de ahorrarme un escrutinio excesivo e ir a lo importante.

—Necesito dormir en tu piso.

Parpadeó un par de veces y centró la mirada en mí.

—¿Cómo dices?

—Que necesito dormir en tu piso —insistí—. Tú eres el responsable de que tenga la puerta como la tengo, y así no puedo dormir —añadí señalando la puerta que, a pesar de estar cerrada con llave, era totalmente accesible—. Mírala, ahí está, con una planta protegiendo la entrada. Cualquiera puede meter el brazo y abrirla fácilmente.

Filip parecía despejarse por segundos.

—Quita la llave. No la dejes por dentro.

—Eso ya lo hice. Pero mira la madera. Pueden tirar de ella y agrandar el agujero. Puede entrar alguien sin un gran esfuerzo.

—Tendría que ser alguien muy delgado.

Bufé.

—Eso no lo sabes. Estar con esa puerta es como estar sin puerta. Está rota, no cumple con su función que debería ser protegerme del exterior.

—¿Esa es su función?

—Sí, lo es. ¿Por qué? ¿Discrepas?

—Diría que la función es cerrar el piso.

—Es lo mismo.

—Bueno, en tu versión parece que necesites protección.

—No necesito protección. Esa puerta era mi protección. Eso era todo lo que necesitaba, pero ya no la tengo.

Filip me miró muy serio. Las sombras del descansillo, por el que entraba algo de luz gracias a las vidrieras de las escaleras, lanzaban sombras sobre su rostro.

—¿Quieres dormir conmigo?

Afilé la mirada.

—Contigo no, en tu casa. Es un poco diferente.

Cruzó los brazos sobre su pecho y me miró. Aquello parecía una lucha de miradas. Si en eso estábamos, no sabía con quién se estaba midiendo.

—Sí, es un poco diferente —aceptó—. Pero creo que no nos conocemos tanto como para pasar una noche bajo el mismo techo. Es posible que quieras asfixiarme mientras duermo.

—¿Esa es alguna fantasía que quieras poner en práctica? Porque de ser así no cuentes conmigo. No me van esas cosas.

Allí estaba, aquellas ganas de sonreír sin llegar a hacerlo. Las comisuras de sus labios guardando una sonrisa. Sí, me dejaría pasar, estaba segura.

—Mira, tu sofá me debe algo y lo sabes.

—No creo que eso sea suficiente excusa para dejarte pasar.

Respiré hondo.

—Vale. ¿Y si te digo que estoy asustada? —confesé—. Dejémonos de tonterías ya. No puedo dormir porque tengo la sensación de que alguien va a entrar en mi piso mientras duermo. ¿Me vas a dejar entrar o quieres que busque un hotel a estas horas?

Descruzó los brazos. Parecía debatirse por dentro. Sabía que me quería dejar pasar, pero algo lo retenía. Claro que entonces no podía tener ni idea de qué era.

—Está bien. Pasa —aceptó, abriendo la puerta y echándose a un lado—. Aunque te advierto que estoy recién llegado. No es un piso muy acogedor.

—No pasa nada. He visto el tamaño del sofá y creo que caben cuatro como yo durmiendo en él. Eso es todo lo que necesito.

Filip me guio por el piso, que era exactamente igual que el mío, pero al revés. El salón en forma de ele se veía inmenso tan vacío. Tan solo tenía el sofá de gran tamaño, una mesa de centro delante del sofá, un mueble con la tele y otro par de muebles auxiliares, incluyendo una mesa larga con forma de esquina que ocupaba parte de dos paredes y en la que había dos ordenadores y varios monitores. Todo apagado. Delante tenía una silla de ordenador. Parecía una zona de trabajo.

—Bueno, aquí tienes el sofá.

—Gracias —murmuré, observando que había una manta de sofá sobre el mueble. Eso sería suficiente para taparme.

—¿Necesitas algo?

Nos miramos en la oscuridad.

—¿Algo como qué? —pregunté.

—¿Una almohada por ejemplo?

—Sí, gracias, una almohada estaría genial.

Filip desapareció unos segundos que utilicé para estirar la manta sobre su sofá. Volvió con una almohada corta y me la dio.

—Solo tengo esta. Tengo dos en mi cama y esta es la que no utilizo.

—Estupendo.

—No te puedo ofrecer una cama porque, salvo la habitación que yo utilizo, el resto están vacías. Acabo de llegar. Es mi primera noche aquí.

—La mía también —repliqué con sorna.

Esta vez él casi rio.

—Bueno, si necesitas algo más llámame.

—Muy caballeroso —añadí, obviando el hecho de que unos minutos antes se había resistido a dejarme entrar.

—Descansa —añadió, marchándose hacia el pasillo que daba paso a las habitaciones.

—Igualmente. Por cierto, gracias por dejarme tu sofá —declaré mientras me acomodaba.

Filip miró hacia atrás. Las sombras sobre su rostro y sus piernas eran todo un espectáculo.

—No hay problema —aceptó, volviendo a darse la vuelta—. Solo procura no asfixiarme mientras duermo.

Esbocé una sonrisa.

—Procuraré resistirme a hacerlo.

***

Los rayos de sol que dejaban pasar las puertas de los balcones caían a plomo sobre el salón. Las persianas estaban todas subidas hasta arriba y no había ni una sola cortina corrida. Abrí los ojos y miré a través de la cascada de rizos negros que tapaban mi cara. Tardé unos instantes en ubicarme. ¿Dónde estaba? Entonces recordé la huida de mi piso en plena noche. Estaba en el piso de mi vecino. Me removí hasta sentarme en el sofá.

Filip ya se había despertado. Estaba sentado en la silla de escritorio y los portátiles y pantallas estaban encendidos. ¿Trabajando en domingo?

—Buenos días —saludé desde el sofá.

Mi vecino se giró en la silla. Supuse que aquella era una silla de dirección porque para abarcar semejantes dimensiones tenía que ser contundente. Necesitaba muebles de gran tonelaje.

—Buenos días, bella durmiente —saludó.

—¿Bella durmiente?

—Estaba entre eso o Shrek, por los ronquidos.

Sonreí con sorna.

—Me estás vacilando, yo no ronco.

—¿Eso te ha dicho tu novio? —preguntó, alzando su ceja derecha.

Me levanté y caminé hasta uno de los dos balcones, el que estaba enfrente de la mesa de centro. Miré a través de los cristales. La misma vista que había desde mi balcón. La misma plaza que conocía de toda la vida.

—¿Esa es una forma de preguntarme si tengo novio? —pregunté, observándolo desde el balcón.

Él me miró con ganas, pero no replicó. No se le movió ni un pelo.

Podía mantenerse serio, pero estaba claro que atracción había. Por mi parte, no tenía dudas al respecto. Semejante hombre no se encontraba todos los días, aunque me daba la sensación de que no era de los que se lanzaban a la primera. Puede que nuestro encuentro fuera un poco accidentado, pero ahora estábamos allí, solos, una mañana de domingo soleada, dos adultos, prácticamente desconocidos, pero que se sentían atraídos. Historias de amor habían comenzado con menos. Aunque al verlo allí sentado con sus vaqueros y su camiseta negra no era precisamente en amor en lo que estaba pensando. Para mí, una atracción así era todo un acontecimiento. Siempre había necesitado conocer más de la otra persona para sentirme así, pero Filip tenía algo que rompía mis esquemas. Me sentía atraída por él de forma irremediable.

—¿Quieres un café? —preguntó con una mirada color miel salpicada con vetas verdes.

—¿Antes de ducharme?

—No te multan.

Sonreí.

—Mmmm… Puede que no, pero suelo ser más ordenada —repliqué—. Pero, venga, hagamos algunas locuras —propuse, por si se le ocurría cualquier otra en la que pudiéramos participar los dos —. Tomémonos ese café.

Filip se puso de pie y caminó hacia la cocina.

—¿Esa es tu idea de hacer una locura? ¿Un café antes de la ducha?… Pues sí que eres una persona adicta a la adrenalina.

Puse los ojos en blanco y lo seguí.

—Bueno, para mí es un acto de locura sin lugar a dudas.

—Está bien, te creo. ¿Cómo tomas el café?

—Solo y en taza grande.

Filip cogió una taza de tamaño considerable.

—¿Estás segura de tomar café solo con el estómago vacío?

—Bueno, ya ves que sí soy una mujer arriesgada.

—Desde luego.

—¿Azúcar?

—En el café no.

Encendió la máquina y cogió las cápsulas.

—¿Y en qué sí?

—En decenas de cosas. Me encanta el azúcar.

Me miró. Parecía valorar que mi cuerpo delgado y tonificado no daba muestra de ello. Pero me gustaba comer de todo, y hacer ejercicio; además, la genética me ayudaba, eso también cuenta. En todo caso, yo no pensaba hablar de sus kilos de más, a mí me parecía un adonis.

Nos sentamos en la isla de la cocina. Él con un café con leche y yo con un café solo en taza de desayuno.

—¿Mojas los cruasanes en el café solo? —preguntó con sorna.

—Tomo té con leche para desayunar. Mojo el bizcocho en el té.

La luz de mayo entraba a raudales por todas partes. Sus ojos se veían más melados con la luz de la mañana; castaño y miel, con reflejos verdes. Sus rasgos definitivamente no eran cien por cien españoles, ¿no? Además, estaba aquella curiosa forma de hablar, con un matiz particular. Podría preguntarle. Había pasado la noche en su piso y eso me daba la confianza de hacerle alguna que otra pregunta personal.

—No tengo té, ni bizcocho.

—Lo he supuesto —repliqué—. El café está bien. También me gusta. No tanto como el té para desayunar, pero me gusta.

—Cae más a plomo en el estómago.

—Así me endurece el carácter.

Si no fuera porque nos separaba la isla de su cocina, pensé que ese sería un momento perfecto para besarnos. Bueno, yo al menos

sí lo besaría.

—¿Necesitas endurecerlo?

—¿Vamos a hacernos preguntas sobre nuestro carácter sin hablar antes de otras cosas más básicas?

Esta vez sí sonrió y era una sonrisa muy bonita.

—Bueno, como has dormido en mi piso creí que podía tomarme esa libertad.

—Pues justo estaba pensando algo parecido…

—¿Y qué pregunta crees que sería la más apropiada para hacerle a la vecina que conozco desde hace menos de veinticuatro horas y que ha acabado durmiendo en mi piso?

—Diciéndolo así, parece algo sórdido —dejé caer. No tuve réplica, así que me tocaba tirar—. No sé, a mí se me ocurren preguntas tipo: ¿De dónde eres? ¿Estudias o trabajas? ¿Llevas mucho en Madrid? ¿Vas a quedarte en el edificio por un tiempo o estás de paso?

—Son muchas preguntas. ¿Por qué me preguntas si llevo mucho en Madrid? ¿Asumes que no soy *gato*[2]?

Negué con la cabeza.

—Yo soy gata —declaré—. Reconozco a los de mi especie y créeme, somos pocos. Madrid es como esa tía con la que todo el mundo quiere pasar un verano, pero que al final dejas para volver a tu casa. Es más común conocer gente que está de paso que madrileños. Además, diría que tienes rasgos foráneos, pero no sé de dónde.

Filip mantuvo silencio unos instantes. Le dio un largo sorbo a su café con leche y finalmente se decidió.

—Soy de Andorra, pero tengo origen checo por parte de madre. En todo caso, he vivido en muchos sitios, varios años en España.

Ahí estaba mi respuesta.

—Eso parece que tiene una buena historia. Quizás más de una.

Me miró, pero no contestó.

—Trabajo —añadió, volviendo a mi lista de preguntas original—. Llevo poco tiempo en Madrid, pero no es la primera vez que estoy

aquí —aclaró—. Todavía no sé cuánto estaré por aquí, quizás un mes o algo más. He venido por un encargo.

—¿A qué te dedicas?

—Informático. ¿Y tú, *gata*?

Parecía que estábamos cogiendo confianza a pasos agigantados.

—Yo soy heredera y hago magdalenas.

Se sorprendió y su sonrisa fue completa.

—Eso también parece tener una buena historia.

De repente mi móvil empezó a sonar desde el salón. Lo había dejado allí, en el mueble auxiliar que estaba al lado del sofá.

Me levanté y fui a por él.

Era Sofía.

—Hola —saludé.

—Oye, maja, ¿te has quedado sorda? Llevo tocando a tu timbre más de cinco minutos.

—¿Cómo?

—Que estoy en la puerta de tu piso. Habíamos quedado para vermú y comer, ¿no lo recuerdas? Nos wasapeamos ayer por la noche.

Caminé hasta la puerta de Filip y abrí.

Frente a mi puerta estaba Sofía con Satanás, su precioso dóberman negro. Habitualmente estaba en la casa de sus padres, en la finca que tenían en Aranjuez desde que hacía unos años habían vendido su piso de toda la vida, ubicado unas calles más arriba, cansados del ajetreo del centro de Madrid. Si Satanás estaba con Sofía, eso quería decir que sus padres estaban de viaje, o que habían venido a la capital y de paso le habían dejado el dóberman a Sofía unas horas. Ella amaba a ese animal.

—Sofía, estoy aquí —la alerté—. ¿Por qué has venido tan temprano?

—¿Temprano? Son las doce —replicó mirándome un tanto desubicada.

—¿Las doce? Me habré despertado hace poco más de media hora… Pensé que eran sobre las diez.

Sofía me miró, y a mi vecino, que asomaba por detrás de mí.

—¿Te acabas de despertar? Humm… ¿¡Hola!? —añadió, saludando a mi recién estrenado compañero de rellano.

—Hola —respondió este—. Ha dormido hasta tarde porque le costó conciliar el sueño ayer por la noche.

—¿Ah sí? ¡Vaya, vaya…! Y eso tú lo sabes ¿por?

—Porque ha dormido aquí.

Subí mi mirada por encima del hombro hasta alcanzar a mi vecino, que me miraba de aquella manera tan suya. No sonreía, pero casi. Aquellas comisuras querían subirse y esbozar una sonrisa. Menudo liante. Se veía que le divertía todo aquello.

Volví mi mirada al frente y me encontré con Sofía sonriendo de oreja a oreja y con los ojos prácticamente saliéndose de las órbitas.

—¿Y eso? —preguntó divertida.

—No es lo que tú crees —repliqué.

Sentí el aliento de Filip por encima de mi hombro desnudo.

—No, no lo es —reafirmó mi postura.

Filip se divertía a mi costa. Sin embargo, no pude evitar sentir un nudo apretándose en mi estómago.

Sofía se lo estaba pasando en grande.

—Si vosotros lo decís...

Satanás ladró a mi vecino. Al parecer, lo consideraba una amenaza.

—¡Ya, enano! —lo regañó mi amiga—. Relájate.

—No podía dormir en mi casa. El sofá de Filip es el responsable del boquete de mi puerta y me debía una —aclaré, y me pareció una explicación de lo más plausible—. Anda, vamos —añadí, encaminándome hacia mi puerta con Sofía y Satanás.

—Ey, Beca, necesitarás esto —declaró Filip a mis espaldas.

Me giré. Tenía mis llaves en su mano. Me las había olvidado en la mesita auxiliar que estaba al lado del sofá. Era rápido. Me las lanzó y yo las cogí al vuelo.

—Gracias.

Nos quedamos mirándonos por unas décimas de segundo. Habíamos dejado un café y una conversación a medias.

—Por cierto, me llamo Sofía —saludó mi amiga mientras yo metía la llave en la cerradura—. Este es Satanás.

—Yo soy Filip, encantado.

—¿De Filipo?

—No, solo Filip —contestamos Filip y yo al unísono.

Nos miramos.

—Veo que ya estáis sincronizados. ¡Qué manera de aprovechar el tiempo!

Negué incómoda.

—¡Anda, vamos que todavía tengo que ducharme! —apuré a mi amiga—. Adiós, Filip. Gracias por el sofá.

—No hay de qué.

Sofía nos miró tratando de adivinar qué más había allí. A mí también me hubiera gustado descubrirlo.

—Como tengas que lavar esa montaña de pelos no vamos a llegar… Y tienes que contarme todo eso de ahí fuera.

—¡Bueno, bueno, tranquila! —declaré mientras entrábamos en mi casa—. No tardo tanto en lavarme el pelo. En cuanto a lo demás, no hay nada que explicar.

Sofía aceptó con escepticismo mi historia sobre que no había pasado nada con mi vecino. Al parecer, la tensión se palpaba en el aire. Eso no lo iba yo a negar, porque estaba claro que tensión había. Si Sofía también lo veía, entonces es que no era solo cosa mía, ¿no?

Capítulo 4

Intrigas palaciegas

Cuando salí de mi habitación, lista y reluciente para ir a comer a La Latina con mi amiga, comprobé que Sofía ya no estaba en mi casa. Me la encontré charlando con Filip en la puerta de su piso, mientras mi vecino acariciaba al endemoniado de Satanás, que había caído rendido a sus encantos. Normalmente Satanás era terrorífico, hermoso como ninguno, pero terrorífico. Nunca era amable con desconocidos ni se dejaba acariciar así como si nada, pero supongo que no se podía resistir a las inmensas manos de Filip. Podía comprender al can, tonto no era.

Tras despedirse de Filip, mi amiga se metió en el ascensor con su compañero de vida. Mientras yo me encaminaba hasta las escaleras, los ascensores no eran para mí.

Antes de bajar me dirigí una vez más a mi vecino.

—Espero que Sofía no te haya hecho un tercer grado.

—No mayor que el que me hiciste tú.

—Si no me dio tiempo a preguntarte nada.

—Eso me temía.

Escuché a Satanás ladrando al salir del ascensor unos pisos más abajo. Al parecer, se había encontrado con otro vecino.

—Oye, Filip, bromas aparte, gracias por dejarme tu sofá.

—Es tuyo mientras lo necesites.

Lo miré. Había cierto brillo en sus ojos.

—Eso espero porque esta noche volveré a pedirte asilo. No pienso quedarme en mi piso mientras por esa puerta parezca que se va a asomar Jack Nicholson en cualquier momento.

Asintió.

—Comprendo. Pues aquí te espero.

—Bien —me despedí mientras comenzaba a bajar por las escaleras.

***

—Ese vecino tuyo es… interesante —declaró Sofía mientras caminábamos hacia La Latina.

—«Interesante» es una buena palabra para definirlo.

—¡Menudos ojos!

—Sí, son muy bonitos.

—Más que bonitos, diría yo. Tiene rasgos foráneos.

—Su madre es checa.

—¡Ah, vale! Eso lo explica todo.

—¿El qué en concreto?

—Su cara. Es muy, pero que muy guapo —declaró mi amiga.

—Bueno, supongo que habrá checos feos.

—No muchos. Son una raza de guapos. —Hizo una pausa—. Pero de cuerpo…

—¿De cuerpo qué? —me ofendí como si el reproche lo dirigiera hacia mí.

El sol brillaba con fuerza, pero no sobraba la chaqueta. Estábamos en mayo, a un paso del verano, pero el día se había levantado fresco, sobre todo cuando pasábamos por alguna sombra. Me cerré la cazadora y le di un par de vueltas a mi fular de tonos azules a juego con mis ojos. Satanás caminaba feliz, aunque no dejaba de mostrar su mirada ceñuda cuando algún extraño se acercaba demasiado.

—De cuerpo… No sé, le sobran unos kilos. Aunque está muy bien. Yo me acostaría con él.

—Está más que bien —siseé ofendida, a pesar de que yo misma había pensado que estaba subido de peso.

Y ¿a qué venía aquello de que ella se acostaría con él? No sabía que estaban regalando rifas para semejante evento.

—Eso te lo parece porque es muy alto y fuerte, pero, si afinara un poco la cintura, seguro que estaría mucho mejor. Es un poco

como Travis Kelce, pero con unos kilos de más. Travis Kelce al final de un verano de hamburguesas.

—¿Te refieres a la estrella de la Super Bowl?

—El mismo. La estrella de la Super Bowl y el novio de Taylor Swift —afirmó mi amiga—. Travis Kelce llega casi a los dos metros, como tu vecino, y pasa de los cien kilos, maja. —Sacó un momento su móvil del bolso mientras caminábamos y añadió—: Mira, según la Wikipedia…

—Fuente de información fidedigna.

—Sin duda —se carcajeó Sofía—. Bueno, según la Wikipedia, Travis Kelce tiene un peso de 118 kg… Así que, comparándolos, tu amigo debe de tener unos 125 o 130. Aunque, bueno, es posible que tu amigo no pase de los 120; al fin y al cabo, Travis Kelce es un jugador profesional, y tiene mucho músculo, eso pesa más.

—Filip no es mi amigo y tú no sabes cuánto músculo tiene.

—¿Y tú sí? —dejó caer.

—No, yo tampoco.

—Bueno, pues por mucho que se ponga esas camisetas enormes, en mi amplio conocimiento del cuerpo masculino te puedo asegurar que si perdiera unos kilos y definiera el músculo, estaría más bueno. Es un poco demasiado ancho, ¿no? Como Leonardo DiCaprio.

—Leonardo DiCaprio más quince centímetros de altura.

—De acuerdo. Acepto el apunte.

—No sé si esa es una buena definición.

—Tiene pinta de cuidarse, pero también de no privarse de cervezas.

—No he visto que tenga barriguita.

—¿Lo has visto sin camiseta?

—Obviamente, no, así que deja de preguntarlo.

—Pues algo esconde bajo esas camisetas XXL.

—Es informático. Seguramente pasará muchas horas al día sentado.

—Yo me paso diez horas al día sentada y, aun así, hago ejercicio una hora cada mañana.

—Querrás decir cada noche. No sé si levantarse a las seis para hacer deporte se cuenta como mañana. Todavía es de noche —repliqué—. Además, tú eres muy obsesiva, tanto en el trabajo como en el deporte. Con cualquier cosa en general.

Mi amiga esbozó una gran sonrisa al tiempo que llamaba a Satanás, que se había quedado olisqueando una farola justo cuando cruzábamos por la Puerta del Sol.

—Si con ser obsesiva te refieres a ser meticulosa y perfeccionista en mi trabajo, sí lo soy.

—Meticulosa y perfeccionista con tu trabajo y tus abdominales.

—¡Tú también estás trabajando a las seis de la mañana!

—Yo hago magdalenas que vienen a recoger a las ocho y pico de la mañana. No es que esté diez horas currando como tú.

—Trabajo entre tiburones —se excusó—. Diez horas es lo menos que se acepta para estar entre los mejores, y yo quiero estar siempre entre los mejores, ya lo sabes. La industria textil de alto nivel es un mundo de hienas.

Eché un vistazo a unos balcones madrileños de los que colgaban varias plantas enredaderas. Eran una preciosidad.

—Creo que trabajar para una multinacional es lo que tiene —dejé caer.

Sofía siempre estaba estresada y metida en grandes proyectos. Su vida parecía una montaña rusa de emociones. Formaba parte del Departamento de Diseño de Moda de Hombre de una de las principales textiles: ARA WORLD. Motivo por el que siempre comentaba el físico de todo varón que se cruzaba en nuestras vidas. La ropa para hombre, cómo le quedaba la ropa a los hombres y el cuerpo de los hombres en particular eran tres temas encadenados que le encantaba comentar y formaban parte de su mundo.

Trabajaba en la sucursal madrileña del imperio ARA WORLD, pero a veces tenía que viajar. El año anterior había estado un par de meses en Nueva York. Encajaba en aquella ciudad a la perfección. El estrés le sentaba de maravilla, decía que ella desayunaba adrenalina cada mañana. La firma encabezaba las ventas mundiales de ropa. Sus diseños eran funcionales pero elegantes. Eran vanguardistas y siempre creaban tendencia. Sus ventas eran multitudinarias y tenían

mercado en más de sesenta países a lo largo y ancho del globo terráqueo. Eso sin contar las ventas *online*, que superaban ya el cuarenta por ciento de la facturación. Trabajaba para el gigante textil de nuestra era y parecía que la empresa no paraba de crecer. Su trabajo podía ser estresante, pero siempre tenía algo interesante que contar. Estaba constantemente fantaseando con intrigas palaciegas.

—Hablando de mi multinacional…

—¿Ya eres la dueña?

La mirada sibilina de mi amiga me hizo reír.

—No, pero dame tiempo. Bueno, al tema, villana. Algo raro está pasando en los mundos de ARA —así es como se refería a su trabajo.

—¿Ya estás fantaseando?

—¡No fantaseo! —replicó la pelirroja—. Sabes perfectamente que nuestra gran competidora es MUTE CLOTHING AND ACCESSORIES, ¿no?

—Sí, lo sé. Todo el mundo lo sabe.

Mi amiga puso cara de «te voy a contar la fórmula de la Cola-Cola, pero no puedes revelársela a nadie». Tendría que haber sido detective, era mucha mujer la pelirroja.

—Bien, pues ya sabes que siempre nos están «copiando» los modelos.

—Copiando, inspirándose…

—Inspirarse es una cosa. Otra muy diferente es el plagio, y esto es plagio.

—Mmmm… No sabría decirte. Desconozco los términos legales.

—Bueno, al caso —me llamó la atención Sofía—. Ya sabes que antes, cuando los de MUTE sacaban una colección, *copiaban* cuatro o cinco diseños y se *inspiraban* en el resto. Bueno, pero es que ahora es algo totalmente descarado. Estimamos que la última colección ha salido prácticamente calcada en un ochenta por ciento a la nuestra.

—Por eso se metieron las demandas, ¿no? Me acuerdo que lo comentamos, y salió en la prensa.

—Esas demandas eran por los plagios puntuales de colecciones pasadas y, en mi opinión, se tardó mucho en ponerlas, pero al parecer era un tema complicado a nivel jurídico. Había que probar el plagio de forma indiscutible —indicó Sofía—. Pero el caso es que la colección de primavera que sacamos este año salió plagiada por ellos prácticamente al completo con una diferencia de veinticuatro horas. ¡Veinticuatro horas!

Mi amiga se paró cuando estábamos a unos metros del bar de La Latina en el que habíamos quedado con unos colegas. Me miró para ver si estábamos sincronizadas. A veces tenía la sensación de que se pensaba que yo podía leerle la mente.

—¿Qué? —pregunté.

Desvié la vista hacia Satanás; miraba fijamente a su dueña con el mismo estado de expectativa que yo tenía.

—¿Cómo que qué? Tienen un espía.

—¿Un espía?

—Un infiltrado en ARA WORLD, y yo voy a descubrir quién es —declaró con firmeza. Sus ojos centelleaban—. No pienso parar hasta descubrirlo. Ya tengo una lista de posibles sospechosos.

La observé muy seria.

—Oye, Sofía, ¿esto no está en manos de alguien competente?

—¿Insinúas que yo no soy competente?

—Quiero decir de alguien que tenga que responsabilizarse de estos asuntos.

—¿De los asuntos de seguridad?

—Sí.

—Bueno, tenemos al Departamento Informático que, a mi juicio, sería el responsable de tomar cartas en el asunto.

—Bien.

—No, nada de bien. Ellos no hacen nada sin órdenes directas del director de área.

—Vaya.

—Y no se las han dado.

—¿Y eso por qué lo sabes?

—Porque yo misma hablé con los de informática Madrid y pasaron de mí. Me dijeron que no tienen ninguna señal de

ciberataque a la empresa. Que los controles de seguridad están perfectos y que ellos no pueden ir más allá sin instrucciones directas.

—Instrucciones que tiene que darles el director de área y que no les da, ¿no?

—Veo que sigues mi argumentación.

—Y ¿qué dice tu jefa?

—¿Martina? Nada. Vive en su mundo —declaró frunciendo el ceño—. Mi jefa de equipo es una diseñadora mejor pagada que yo, que lleva más años que yo y que tiene la cabeza llena de retales, piezas de ropa de hombre y texturas. Ella está pendiente de crear moda, no de los números ni del rendimiento. Ni de si nos están o no robando los diseños. De todo eso están pendientes otras personas. Martina solo puede pensar en moda.

—Pero habéis demandado.

—Sí, el año pasado. Las demandas están en curso, pero eso no dependió de ella. Fue una decisión que no se tomó ni en España. Vino de la central, de Berlín. —Hizo una pausa—. Y al parecer ese tipo de decisiones las toma el Consejo de Administración, que no se va a reunir hasta junio.

—Ya veo que está la cosa complicada con tantos departamentos y personas tomando decisiones…

—No se toman decisiones lo rápido que se debería. Estamos perdiendo millones.

—Están perdiendo. No es tu empresa, Sofía.

—Eso ya lo sé —manifestó. Pero no pienso quedarme tranquila viendo cómo nos roban los diseños. Cinco de los trajes de hombre que yo diseñé fueron copiados, calcados. Cinco son muchos.

Mi amiga me miró a punto de volverse uniceja. Estaba enfadada. Sabía lo mucho que le importaba su trabajo y no podía culparla por ello. Tenía derecho a estar enfadada. En todo caso, salvar a la empresa de robos y plagios no era cosa suya.

—Sofía, esto tiene pinta de ser una de tus obsesiones —repliqué tratando de hacerla entrar en razón—. No me parece muy buena idea que te pongas a meter las narices donde no debes. Que yo sepa te dedicas al diseño, no al espionaje industrial.

—No voy a hacer eso —se excusó, desviando la mirada.

—Por eso no me miras a la cara.

—¡Vale! Es que mentir a la cara es cosa de profesionales.

—¿Qué pretendes? ¿Espiar a tus compañeros?

—Haré lo que tenga que hacer —declaró—. No pienso permitir que vuelvan a robarme los diseños.

—Ten cuidado, Sofía.

—Que tenga él, o ella, cuidado. ¡No voy a dejarlo estar! —zanjó con su desafiante mirada verde.

Observé a mi amiga mientras esta comenzaba a saludar a nuestros colegas, que ocupaban un par de mesas y charlaban animadamente tratando de absorber la vitamina D del sol de mayo.

Conocía a Sofía y su mundo de intrigas. Era desconfiada por naturaleza y siempre creía que las personas tenían segundas intenciones. Solo esperaba que toda aquella historia no la metiera en un problema en el trabajo.

Capítulo 5

Segundo asalto

Filip 

Me pasé la tarde trabajando. Estaba en un atolladero. Aquel encargo era más complicado de lo que parecía. Era un cliente muy especial y sabía que estaba pillado. Tenía que solucionarlo fuera como fuese. Había pensado que en un par de semanas podría tenerlo zanjado, pero no, era un asunto complejo. Aquel trabajo iba a llevarme más tiempo de lo previsto.

Llevaba en Madrid cinco días y no había puesto un pie en la calle salvo para ir de un sitio a otro. Los tres primeros días los había pasado encerrado en las instalaciones de mi cliente desde la mañana hasta la noche, para retirarme a dormir a un hotel, hasta que por fin me habían habilitado un piso. Lo prefería, lo de estar de hotel no me iba mucho y no era bueno para la seguridad. Era más fácil ser localizado.

Llevaba todo el día tratando de enfocar el problema, pero había más de uno. Tenía que sustituir toda la red de seguridad informática y desarrollar técnicas de mejora para evitar los continuos ciberataques que estaban sufriendo. No podía fallar. Aquel era un cliente muy importante y había mucho en juego, para él y para mí. Llevaba años trabajando como *hacker* y era el mejor en mi campo, al menos lo había sido hasta ahora. No es cuestión de ser un engreído, simplemente de poner los datos sobre la mesa. Para mí siempre había sido más fácil comprender las interacciones de un ordenador que las de las personas. A los diez años monté mi primer ordenador, a los trece aprendí a programar y a los quince era capaz de analizar vulnerabilidades y colarme en cualquier sistema. Leía manuales y libros sobre todo lo que rodeaba el mundo de las computadoras desde la adolescencia. Bicheaba en todos los rincones de internet

donde se hablaba del tema. Todavía no tenía el Grado de Ingeniería Informática cuando podía analizar los fallos y vulnerabilidades de cualquier sistema y colarme en él sin haber sido invitado. Los estudios solo me abrieron más puertas de un campo en el que ya me manejaba a la perfección.

La informática era clara. A pesar de los desafíos que pudiera encontrar, antes o después siempre sabía cómo tratar con las redes y sistemas. Las personas eran otra cosa. La informática era un campo en el que sabía moverme, las personas eran más imprevisibles. Por eso me gusta mi mundo, era mi zona de confort. Algo que podía manejar.

Hablando de personas imprevisibles, la imagen de mi vecina se coló en mi mente. Tenía una piel blanca salpicada con lunares; había uno especialmente que me llamaba la atención. Estaba en la comisura de sus labios. Por encima del labio, a la derecha. También me gustaban sus piernas siempre al aire con aquellos pantalones cortos, mostrando unos tobillos preciosos. Seguramente podría abarcar su tobillo con mi mano. Era menuda de cuerpo, al menos en comparación con el mío.

Se me escapó una sonrisa al recordar cómo había llamado a mi puerta de madrugada. Cuando la había visto, con su escaso pijama, sus rizos negros y sus zapatillas, no podía dar crédito. Me pareció que todavía estaba soñando, pero no, era real. Lo que sí parecía un sueño era su cabello volcado sobre mi sofá con la luz de la mañana. Recordé lo profundamente que dormía. ¡Qué envidia! Yo nunca dormía así. No al menos tan confortablemente como ella. Giré sobre mi silla de escritorio mientras la recordaba tumbada sobre mi sofá, con su pijama de seda amarillo y aquella camiseta de algodón, enredada con la manta entre sus piernas. ¡Aquello sí que era todo un espectáculo!

Apagué la pantalla del ordenador. Se cerraron de repente los cinco monitores. Tendría que seguir trabajando más tarde, pero necesitaba un descanso, ya eran las nueve de la noche. Abrí las puertas del primer balcón del salón y eché un vistazo fuera. Me apoyé en la barandilla de forja. El cielo se había oscurecido, las nubes se acumulaban, parecía que iba a llover en cualquier

momento. Tenía ganas de salir a correr un poco. Llevaba dos días encerrado en aquel piso. Agradecía que me hubieran proporcionado un piso grande para el tiempo que estaría en Madrid con aquel encargo. Si tenía que estar trabajando tantas horas, quería un poco de espacio, y un piso de casi doscientos metros como aquel era espacio.

Me vestí para salir a correr: un pantalón de algodón con una sudadera gris con capucha a juego. El atuendo parecía el de Rocky Balboa.

El timbre sonó.

Caminé en calcetines hasta la entrada.

Abrí la puerta y me encontré con mi vecina de rizos negros. Los rizos los llevaba recogidos en lo alto de la cabeza en un moño flojo que parecía sostenerse con dos palitos de estos para peinados. Su indumentaria no era mejor que la mía: llevaba una sudadera de capucha y cremallera un par de tallas más grandes. Supuse que debajo habría una camiseta de algodón, pero no se veía con las extraordinarias dimensiones de la chaqueta. Lo que sí se insinuaba por debajo de la prenda era un pantalón de seda azul marino. Era corto, tan corto como todos los que le había visto hasta entonces. El largo siempre por debajo de las nalgas y, para colmo, este diseño tenía una pequeña abertura en cada cadera. ¿No pensaba taparse nunca aquellas largas piernas o estaba poniendo a prueba mi capacidad de permanecer estoico? Yo no iba a hacer juicios sobre cómo debía vestirse cada uno en su casa, pero un poco de consideración con el personal, ¿no? En los pies llevaba calcetines con unas zapatillas de pelo, de esas que parecen botines. En las manos portaba una gran bandeja con algo que había tapado con papel de aluminio y un paño de cuadros.

—¿En los pies sí tienes frío? —pregunté viendo todo el *look*.

—¿Perdona? —replicó.

Estaba claro que no se esperaba esa bienvenida. Miré directamente sus piernas y levanté una ceja para que me entendiera.

—Se dice: «hola, ¿qué tal?» —me recriminó frunciendo el ceño —. No tengo frío en las piernas, me gustan los pantalones de seda.

Me siento cómoda. ¿Te crean un problema? Yo no voy a criticar tu forma de vestir.

Solté una carcajada porque yo ya había tenido ese pensamiento.

—Tienes razón, acepta mis disculpas. Hola.

—Disculpas aceptadas —replicó—. He hecho *pizza* para cenar en agradecimiento a que me dejes quedarme en tu sofá. Espero que te guste.

Volví a sonreír. Aquella chica no dejaba de sorprenderme. Era raro porque yo no solía abrirme. Las personas eran complicadas e impredecibles. Las relaciones superficiales eran lo mejor, sobre todo cuando no podía ser sincero. Mi trabajo tenía sus inconvenientes, también sus ventajas. No tenía que depender de nadie ni forjar grandes relaciones. Cuando el trabajo terminaba cogía mi dinero, la maleta y desparecía. Lo de establecer relaciones profundas no era conveniente. Era difícil profundizar cuando no puedes hablar de forma clara de lo que haces. Principalmente, porque la inclinación a decir la verdad cuando te hacen una pregunta es coyuntural al ser humano. Por mi experiencia en trabajos anteriores, había aprendido que eso de inventarme toda una historia de vida para salir del paso el tiempo que pasaba en los sitios no solía ser una buena idea, pero tampoco podía abrirme del todo. Algunas mentiras o medias verdades eran imprescindibles. En primer lugar, porque no podía contarle a nadie qué hacía en Madrid. Así que no había opción. Mentir no es bueno para asentar relaciones, pero, al fin y al cabo, no iba a estar allí demasiado tiempo. No tenían por qué complicarse demasiado las cosas, ¿no?

—¿Has hecho *pizza*? ¿Eso no se pide por teléfono? —repliqué alzando una ceja.

—Me gusta cocinar y tenía tiempo.

—Gracias, es todo un detalle, pasa a tu hotel —declaré haciéndome a un lado para dejarla entrar.

—Démonos prisa o se va a enfriar.

—Tú mandas. Ya sabes dónde está la cocina.

A la mierda mis intenciones de salir a correr.

Beca caminó, pasando por delante de mí. No pude evitar echar un vistazo para comprobar cómo le quedaba el pantalón de seda por detrás. Eran cómodos, había dicho. Eran suaves, eso seguro, así que eso era lo que le gustaba, sentir la suavidad de la tela. Apreté las manos, cerrando los puños instintivamente, y volví a abrirlos. La sudadera amplia le tapaba el trasero y apenas se veía una tira de la tela antes de que dieran comienzo sus piernas blancas.

—Te has cambiado de ropa —comentó—. ¿Pensabas salir a correr?

—Tú lo has dicho: pensaba. Creí que vendrías más tarde.

Miró hacia atrás, buscando mi mirada mientras caminaba.

—¿Prefieres que me vaya?

Negué instintivamente.

—Ya saldré mañana a correr. Has abierto mi apetito.

Sonrió.

Dejó la *pizza* en la isla de mi cocina mientras yo abría el estante en el que estaban los platos. Tuve que probar con dos puertas diferentes, todavía no tenía bien controlada la cocina.

—Veo que todavía no tienes bien claro dónde está cada cosa —apuntó.

—No. La verdad es que no. Solo llevo aquí dos días.

—Mira, igual que yo —contestó con sorna.

La miré mientras ponía los platos en la isla. Ella sonrió, encogiéndose de hombros.

—Muy graciosa.

—No en exceso, pero tengo algo de chispa —replicó—. ¿Cuchillo?

Le extendí uno de tamaño considerable.

—Cuidado con las armas blancas, son peligrosas.

—Me llevo bien con los cuchillos —comentó, manejándolo con destreza—. La cocina es mi hábitat natural.

—¿A eso te dedicas? —pregunté. Además de que sentía curiosidad, era mejor hacer las preguntas si no quería tener que responderle yo a ella y, en consecuencia, mentir en demasía—. ¿Cómo dijiste ayer? ¿Que te dedicabas a hacer magdalenas?

Beca cortó las porciones de *pizza* y sirvió un par de ellas en cada plato.

—Sí, hago magdalenas de lunes a viernes a las seis de la mañana —explicó—. Justo a tiempo para que los oficinistas puedan desayunarlas con los cafés de la mañana. Algunas veces hago otras cosas, todo por encargo.

—¿Así que te dedicas a la repostería?

Asintió.

—Sí, de forma habitual sí. Pero cocino de todo, solo que la repostería es mi fuerte. Soy chef —aclaró—. Pero bueno, lo que tengo entre manos no es un trabajo estable, solo algo con lo que me ocupo mientras decido qué hacer. Tengo algunos clientes fijos, pero no demasiados. Por ahora es solo un pequeño negocio clandestino…

Me sorprendí.

—¿Cómo clandestino? Por cierto, esto está buenísimo —declaré.

Beca dio un gran bocado. Era una de esas mujeres a las que les gustaba comer; cualquiera lo diría con lo delgada que estaba. A ver, tenía curvas justo donde debían estar. Pero hacía mucho tiempo que no veía a una chica disfrutar comiendo así, dando grandes bocados. Para mí era un síntoma de salud. Estaba cansado de las chicas que se alimentaban de aire y lechuga. Mejor unos kilos de más y unas mejillas sonrosadas que un esfuerzo excesivo por entrar en un pantalón que no es de tu talla.

—Gracias —aceptó con un gesto de cabeza—. Sí, clandestino. No he dado de alta el negocio ni nada. Solo es algo que surgió sobre la marcha mientras decidía qué rumbo tomar.

—Ajá.

Me miró.

—Tengo un local que rehabilitar para montar mi negocio, pero no acabo de decidirme. No sé si poner solo un despacho o también un sitio donde la gente pueda ir a tomar algo. Si hacerlo solo para repostería, que es mi fuerte, o quizás abrir un *catering* que es algo que también me llama la atención —declaró, sopesando las alternativas—. Así que por ahora lo gestiono desde casa. Es algo con lo que todavía estoy experimentando.

—¿Así que, como no te decides, mientras tanto haces magdalenas en tu casa?

—Sí. No fue premeditado. Fui aceptando encargos y una cosa llevó a la otra…

—Y ahora tienes un negocio ilegal.

—Dicho así suena fuerte —indicó, dando otro gran bocado a su *pizza*—. Ya sé que no es muy ortodoxo.

La miré. Yo preocupado y tenía enfrente a toda una delincuente.

—Hombre, si no lo declaras es ilegal lo mires por donde lo mires —anoté. Aunque debería callarme porque yo no era precisamente el guardián de la moralidad—. ¿Y no se quejan los vecinos? Olerá todo el edificio a magdalenas.

—Ya me lo dirás mañana —respondió esbozando una sonrisa—. Por ahora no he tenido quejas. El edificio está medio vacío. No vive nadie en ninguno de los dos pisos del cuarto. El del segundo que vive debajo del mío también está vacío. Los del quinto son los que se podrían quejar. Pero les regalo de vez en cuando algún dulce y no han formulado ninguna protesta.

—Así que los tienes sobornados.

—Algo así. —Sonrió, cogiendo una tercera porción de *pizza*—. De todas formas, los hornos solo los tengo en funcionamiento de seis a ocho aproximadamente. Hago cien magdalenas cada mañana. Ni una más ni una menos.

—¿Cien? Parece una barbaridad para hacerlas a diario.

—Es abarcable.

Nos terminamos las últimas porciones de *pizza*. Estaba deliciosa. Sin duda, aquello se le daba bien.

—¿Cuántos hornos tienes en tu piso?

—Dos de buen tamaño, con uno solo no podría.

—¿Y qué pasa con ese local? ¿No sería mejor hacerlas allí?

—Supongo que sí —convino, limpiándose con una servilleta—. Pero tengo que decidir demasiadas cosas todavía para ponerlo en funcionamiento. Además, parece algo muy definitivo.

Le di un trago a mi botellín de cerveza y sonreí.

—¿Definitivo?

—Sí. Bueno, ya sabes, un compromiso a largo plazo. Para que un negocio prospere hay que invertir mucho tiempo y dedicación. No es algo que vaya a ir bien en dos meses.

—Comprendo.

—El mundo de la restauración es muy complejo y hoy en día hay muchísimos locales muy chic, o modernos, o vanguardistas. Mucha competencia, es difícil hacerse un hueco.

—¿Y lo del compromiso?

Me miró con aquellos ojos azules cristalinos, la piel blanca, sus lunares y algunos rizos negros que se habían escapado de su moño; parecía querer de todo menos compromiso o algo que la atara. Quizás no estaba en ese momento vital.

—Me apasiona la cocina. Especialmente, la repostería. Pero no sé si podría comprometerme ya con un negocio que me exigiría tanto. —Hizo una pausa—. Soy de ese tipo de personas que cuando se comprometen con algo lo hacen al cien por cien. O estoy dentro o fuera, no me gustan las medias tintas. No quiero consumirme sin estar segura del todo de lo que quiero.

Creí en lo que me decía; le apasionaba la cocina. Si no fuera así, no habría hecho una cena tan suculenta tratándose solo una *pizza*, pero menuda *pizza*. Algo chispeaba en sus ojos, quizás tenía ganas de aventura antes de asentarse. ¿Cuántos años tendría? Supuse que entre veintiséis y veintiocho. Hacía magdalenas clandestinas y tenía un local parado. No necesitaba el dinero. Quizás por ello no tenía prisa en poner en marcha un negocio. Había dicho que también era heredera. Seguramente el dinero no era el problema para ella.

—¿Y tu pasión son las magdalenas?

Me miró con una sonrisa que encerraba muchas cosas. Sentí intriga porque se veía que era una de esas personas poco comunes. Tenía algo que me hacía querer saber más de ella, a pesar de la mala idea que era todo aquello. Habitualmente no actuaba así; cuando estaba con un trabajo lo mejor era la distancia: cuánta más distancia, mejor. ¿Para qué complicarme?

—Mi pasión son muchas cosas —contestó.

Miré aquel lunar en la comisura de su labio.

¿Qué cosas? Quise saberlo todo, pero callé.

—En cuanto a cocina, la repostería es lo que mejor se me da. Las magdalenas no tienen misterios para mí y son algo fácil de gestionar a diario. Una pequeña producción que mis manos pueden manejar. —Guardó silencio antes de añadir—: Lo que de verdad me apasiona es hacer mermeladas; la fresa es mi especialidad. Pero no suelo hacerlas, para eso hay que tener muy buen producto.

Vi en su mirada que había mucho más de lo que decía.

—¿Y no lo puedes conseguir? Solo son unos pocos ingredientes, ¿no?

—Azúcar, limón y fresas, por supuesto —indicó—. Pero hacen falta muy buenas fresas para hacer algo especial.

Beca se levantó y recogió mi plato. Dejó ambos en el fregadero.

—Gracias por la cena —declaré.

—Nada que agradecer. Gracias a ti por dejarme tu sofá.

—Era lo menos después de mutilar tu obra de arte.

Esbozó una sonrisa agridulce.

—No me lo recuerdes. —Hizo una pausa antes de añadir—: Esa es otra de mis pasiones.

—¿Las puertas?

—El arte —replicó—. Pero ya está bien de hablar de mí —concluyó—. ¿Tienes alguna infusión o tengo que ir a mi piso?

—Tengo té negro.

—Mmmm… No es la mejor opción para dormir, pero venga, me tomaré un té negro.

Beca se hizo su té negro y pasamos al salón. Abrí las puertas de uno de los balcones para asomarme a la calle. Había comenzado a llover.

—No pensé que fuera a llover —comentó Beca, acurrucada en mi sofá. Había dejado en el suelo sus zapatillas y soplaba sobre la taza de té mientras echaba un vistazo a su móvil—. Me lo dijo Sofía, pero no la creí. Ella siempre lleva estudiado el pronóstico meteorológico. Yo soy más de salir a la calle y darme cuenta en ese momento de que está lloviendo, y volver a por un paraguas. —Trasteó con el móvil—. ¿Cómo es tu Instagram? Para seguirte.

La miré.

—No tengo.

—¿No tienes Instagram?

Negué con la cabeza.

—¿Twitter o X? ¿Facebook?

—No, ninguno de los dos.

—¿En serio? Bueno, al menos tendrás TikTok.

—No, tampoco. Siento decepcionarte.

Vi como dejaba la taza de té en la mesa baja que había delante del sofá.

—Yo no diría que es decepción, más bien preocupación. ¿Eres humano?

Sonreí, pero no del todo. Sentía que las comisuras de mis labios querían formar una sonrisa, pero traté de contenerme. Hacía tiempo que no tenía simplemente ganas de reírme con alguien, pero con ella sí.

—Creo que sí.

—¿Cómo puedes no estar en las redes sociales?

—No me interesa.

—¿No eras informático?

—Sí.

—¿Eso no es un poco contradictorio?

Me encogí de hombros.

—No. ¿Por qué habría de serlo?

—Mmmm…

Lo vi en sus ojos. La reacción normal de la gente cuando decía que no tenía redes sociales. Sería más fácil crear perfiles falsos en las redes. Pero tendría que trabajar formando historias y fotos creíbles. Me daba pereza, pero tendría que replanteármelo.

—¿Sorprendida?

—Bastante. Estoy dudando de si en este piso estoy segura. Quizás es más peligroso quedarme que irme a mi piso y encontrarme con Jack Torrance en mitad de la noche. Es un poco raro no tener redes sociales hoy en día, ¿no?

No contesté. Evidentemente, estaba en todas las redes. De hecho, lo necesitaba por mi trabajo, pero eran todo perfiles

anónimos sin movimiento. Me inventaba un *nick* y no ponía fotos, para que nadie me pudiera encontrar. Eran simplemente un medio para poder controlar otras cuentas. Pero eso no podía decírselo a mi nueva vecina por muy estimulante que resultara su compañía.

Desvié la mirada. Mejor crear una distracción. Me acerqué a mi zona de trabajo. Encendí la pantalla y moví el ratón. Los monitores se activaron. Había cerrado todos los programas de trabajo antes, así que no había peligro. Busqué algunos periódicos nacionales y otros internacionales. Eché un vistazo a los titulares. Las noticias siempre eran una buena forma de abrir nuevas vías de conversación.

Beca caminó hasta mi mesa de ordenador.

—¿Quién lee el *New York Times*? —preguntó mirando por encima de mí.

—Solo echaba un vistazo —comenté, clicando con el ratón en un periódico nacional.

Se apoyó en la mesa, medio sentándose cerca de mi teclado.

Le caían algunos rizos que se habían escapado de su moño.

—¿Algo interesante?

Me recosté en la silla. Si estaba intentando poner a juego mi temple, desde luego sabía cómo hacerlo. Lo único interesante que había allí era ella, con aquella inmensa sudadera y los lunares en la piel de sus piernas.

—La cosa está tranquila —contesté—. Ya se sabe: en fin de semana no hay muchas noticias.

—Mejor, me deprimen las noticias —declaró, sentándose ya sin ningún tipo de miramiento en mi escritorio, a unos centímetros de mi teclado.

Sentí calor. ¿No hacía mucho calor allí?

—No me extraña —comenté—. Normalmente son deprimentes.

Me miró con aquellos ojos azules cristalinos, tan claros que no supe qué más decir. La idea de ver las noticias para comentar no había dado resultado. No encontraba nada con qué distraerme de aquellas piernas. ¿Qué hacía aquella chica en mi casa? Debería estar trabajando sin parar 24/7 para terminar con el encargo y hacer las maletas de regreso. Aquel trabajo era importante, demasiado. Me jugaba mucho.

—El domingo es mejor leer el zodiaco —declaró Beca.

Me dejó fuera de juego.

—¿En serio crees en esas cosas?

Sonrió, negando divertida.

—No, en realidad no. Pero confieso que de adolescente estaba obsesionada con los signos del zodiaco. Tengo que reconocer que en las características y rasgos aciertan bastante —alegó—. Mira, yo soy aries y las características de los aries encajan perfectamente conmigo.

Me creó curiosidad. En mi vida había creído en algo así. Yo creía en las matemáticas, en los algoritmos y en la lógica. ¿Quién creía en el zodiaco?

—¿Lo dices en serio? —pregunté mientras ella se ponía más cómoda en mi escritorio.

Me miró con una chispa que no supe descifrar del todo.

—Bueno, ni creo ni dejo de creer, pero mi personalidad encaja. Búscalo.

Abrí una nueva página de Google y busqué a los aries.

Eché un vistazo.

—Aries es uno de los signos cardinales y al mismo tiempo es un signo de fuego —leí—. Es el primer signo del zodiaco: simboliza la creación y el inicio. Con ellos empieza la primavera. Los aries son personas llenas de energía, aventureras, aman los retos y la libertad. —Hice una pausa y la miré. Ella asintió con una mirada llena de muchas cosas que no estaba seguro de si era bueno conocer—. Los aries son de acción rápida. Por ello, a veces son demasiado impulsivos, la paciencia no está entre sus virtudes.

—Desde luego —murmuró Beca.

—Son independientes y obsesivos. Pueden sentirse fácilmente ofendidos y no es sencillo hacer las paces con ellos. En lo personal son nobles, valoran la amistad por encima de todo. Tienen una libido sexual alta y aman con una gran pasión.

Me miró intensamente.

Me recoloqué en la silla.

—Encajo en la descripción como anillo al dedo.

—Sugestión —repliqué.

—¿Tú crees? —me retó—. Busca tu signo.

—No sé cuál es mi signo.

—No lo dices en serio. ¿Cuándo es tu cumpleaños?

—El 10 de noviembre.

—Escorpio. Interesante. —Fue lo único que comentó—. Compruébalo por ti mismo.

La miré dubitativo. ¿Por qué le había dicho mi cumpleaños real? Desvié la mirada y busqué escorpio.

—Escorpio es un signo de agua. Su energía emocional es única en todo el zodiaco. Los escorpios son introvertidos. Tienen mucha imaginación e intuición, además de una gran capacidad para el análisis y firmeza. Son autodidactas. Personas muy sensibles y emocionales. —Tragué. ¿Cómo podía coincidir tanto conmigo?—. Escorpio desea ejercer el control, acumulando poder. Son muy inteligentes y estoicos. Un escorpión es inmensamente enérgico. Sus puntos negativos son los celos y el resentimiento. No soportan una deslealtad. Vengativos y malos enemigos. ¡Vaya, somos adorables! —dije con sorna—. Los escorpios son muy sensuales y apasionados. La intensidad de sus sentimientos hace que sus relaciones sean profundas y a veces complicadas.

—Escorpio es el signo más sexual de todo el zodiaco—replicó Beca.

¿En serio? ¿Estaba tratando de seducirme con todo aquello? La miré. Sentí ganas de poner en práctica toda aquella sexualidad.

—Aries y escorpio son grandes amantes.

No podía hablar en serio.

—¿De verdad?

Se encogió de hombros.

—Eso dicen. No he estado antes con un escorpio.

¿Antes? ¿Acaso ahora sí? Eso sí era ser directa. Esta vez no pude evitar una media sonrisa.

—¿Le has preguntado el signo del zodiaco a todos tus amantes?

—Tampoco he tenido tantos —murmuró, y en ese momento mostró cierta fragilidad—. Pero quizás lo haga en el futuro, para asegurarme la compatibilidad —añadió, volviendo a equilibrarse.

El calor se había extendido por la habitación, como si prendieran fuego. Me sobraba la sudadera, pero no sé qué mensaje le estaría lanzando si me la quitaba justo en ese momento.

Me miró en silencio.

Tragué.

Quizás ella solo me estaba vacilando con todo aquello y no era una táctica de seducción, pero, sin poder evitarlo, giré la silla de escritorio un poco hacia ella. Lenguaje corporal, supongo. Mi cerebro podía poner cortafuegos, pero mi cuerpo ya se había rendido a aquella mujer que había entrado en mi vida de la forma más disparatada.

Beca me miraba en silencio.

Movió su pierna y apoyó su pie en el asiento de mi silla. Justo entre mis piernas. A pocos centímetros de mis partes nobles. Si aquello no era toda una declaración de intenciones, no sabía qué lo era. Sentí cierta parte de mi anatomía desligándose en sus decisiones del resto del cuerpo. El resto de la habitación había desaparecido. Lo único real eran ella y aquel pie con calcetines deportivos entre mis piernas. Alargué una mano hasta su tobillo cubierto por el calcetín. Rodeé su tobillo tan solo con mi mano. Sí, podía abarcarlo completo. Parecía muy menudo en comparación con mi mano. Subí la vista; se le había oscurecido la mirada y los labios se habían entreabierto ligeramente. Cogí su pie con mi mano. No pesaba nada. Lo pasé por encima de mi pierna, quedando una pierna de ella a cada lado de una de las mías. Me miraba a la expectativa. Ya éramos dos. Me levanté. Estaba muy cerca de su cuerpo. La parte interna de sus muslos rozó mis caderas. Miré hacia abajo, a aquella imagen irreal. Acaricié con delicadeza su muslo. Era tan suave como aparentaba. Una piel sedosa que se estremeció ligeramente bajo las yemas de mis dedos.

Beca subió sus manos y las apoyó en mi pecho. ¡Joder! ¿Qué iba a hacer ahora? Mi cerebro se estaba fundiendo en un calor abrasador y todas mis ganas se estaban centrando en mi parte más primaria. Quizás sí fuera el signo más sexual del zodiaco.

Miré aquella sudadera oscura tan grande. Enganché la cremallera y tiré de ella hacia abajo. La prenda se deslizó por sus

hombros. Quizás yo la ayudé a que se cayera. Hacía rato que no podía pensar con claridad. Por debajo de la prenda se mostraron una camiseta blanca de algodón de finos tirantes y su pequeño pantalón con escasa tela.

Beca tiró de mi sudadera hacia ella.

En respuesta, me aferré a sus muslos de modo que sus piernas se enredaron en mi cintura. Bajé la cabeza, buscando sus ojos. Nuestros labios estaban cerca, humedeciéndose por la anticipación, pero otras partes de nuestro cuerpo ya habían entrado en contacto. Sentí tantas ganas de abrazarla como de entrar en su cuerpo y hundirme sin pensar en nada más. Nadie me había desatado dos sentimientos tan contradictorios: ternura y pasión.

Se me había ido la olla. ¡Así, sin más!

—Beca, esto no es una buena idea —murmuré sobre sus labios.

Sentía la boca seca al hablar.

—¿En serio? A mí me parece una idea genial.

—Espera —le supliqué mientras sentía que me dolía cierto miembro situado entre mis piernas por aquel esfuerzo de contención de dimensiones estratosféricas.

Me separé de ella.

Dejé de tocarla; eso era lo primero.

Apoyé ambas manos sobre el escritorio, una a cada lado de su cuerpo.

—Es mejor que paremos ahora que todavía no ha pasado nada.

Se separó un poco hacia atrás, aún con la respiración agitada por la anticipación. Me miró descolocada. Supongo que el hecho de que todavía seguía entre sus piernas no ayudaba mucho a aclarar sus ideas.

—¿Por qué?

Tragué con dificultad.

—Voy a estar aquí poco tiempo por un encargo. Seguramente solo unas semanas, y luego me marcharé.

—No pensaba pedirte matrimonio.

—Ya, es solo que… Digamos que es mejor que me mantenga célibe y concentrado por un tiempo.

Me miró con ganas de partirme la cara.

—No te veo muy concentrado en tu trabajo en este momento.

—Ya, supongo que mi credibilidad es dudosa.

En ese instante, me apartó con cuidado. Solo el gesto hizo que me echara hacia atrás y la dejara libre.

—Desde luego. Anda, déjame un poco de espacio, monje.

Se bajó del escritorio y se fue hacia el sofá.

—Creo que me voy a ir a dormir —comenté.

Beca se sentó y cogió el móvil sin mirarme a la cara.

—Date una ducha fría primero, a ver si eso se te baja.

La miré, pero no dije nada. Me metí en la habitación y me pasé las manos por la cara. Sí que me vendría bien una ducha fría.

Capítulo 6

Buenos vecinos

Beca 

El horno pitó y saqué la remesa de magdalenas. Olían de infarto, como siempre. Las dejé enfriar un poco, eran las últimas. Terminé de preparar las cajas. En unos minutos Hugo llegaría a por el pedido.

El timbre sonó.

Caminé hasta la entrada y abrí la puerta.

Allí estaba, puntual como un clavo, a las 8:20 horas.

Hugo llevaba su habitual carretilla de reparto de color amarillo. Venía a por las magdalenas, como cada día. A mis ojos era poco más que un chaval, pero ya tenía los veinticinco. El hecho de ser más joven que yo me hacía verlo casi como un niño, pero ¡menudo niño! Tenía una impresionante sonrisa en una mandíbula perfectamente afeitada. Ojos azules y un bonito cabello tirando a rubio. Era casi como un querubín. Eso sí, un querubín de pura fibra. Era un atleta. Estaba en la selección española de atletismo y preparaba varias pruebas: 100 metros lisos, maratón y 800 metros lisos. Si había que contar con alguien para salir corriendo, Hugo era el adecuado.

Alguna vez habíamos salido a correr juntos, ahí se notaba su interés, porque que un atleta se dignara a correr conmigo era una broma.

—Hola, Beca.

—¡Buenos días, Hugo! Llegas justo a tiempo —lo saludé mientras caminábamos hasta la cocina.

Terminé de preparar las cajas y lo ayudé a apilarlas en la carretilla.

—¿Todo bien?

—Sí, como siempre —respondí—. Todo en orden por aquí. ¿Y tú?

—De fábula. Milagrosamente, hoy no hay tráfico y estoy de charla con mi repostera favorita. ¿Qué más se puede pedir?

Sonreí, negando con la cabeza. Hugo era muy agradable, pero no tenía nada que hacer conmigo.

Le ofrecí un zumo de naranja recién exprimido. Siempre se tomaba uno en mi casa. Hacía más de un año que venía a por las magdalenas de lunes a viernes, y habíamos hecho buenas migas.

Se lo bebió casi de un trago.

—Mil gracias, eres la mejor. Este zumo es lo que me da energía para aguantar todo el reparto.

—No tienes que agradecérmelo a diario. Ya sabes que lo hago encantada.

Me miró dubitativo.

—Oye, ¿salimos a correr? Hace un par de semanas que no vamos.

En realidad, solo habíamos ido tres o cuatro veces. Habíamos empezado en marzo, pero como había habido semanas lluviosas me había animado más a hacer tablas de ejercicios en casa que a salir a correr a la calle.

—¿Cuándo?

—Esta tarde, por ejemplo.

—¿Esta tarde? No sé, Hugo, está lloviendo mucho. Va a llover todo el día.

Se encogió de hombros mientras salíamos de la cocina. Llamó al ascensor y nos quedamos esperando a que subiera.

—A mí la lluvia no me importa, ya lo sabes.

—No me apasiona correr bajo la lluvia. Si solo es un poco de llovizna, no me importa, pero hoy parece que esté diluviando —me excusé—. Además, ¿no tienes que entrenar con tu preparador?

—Con mi entrenador, sí. Pero tengo entrenamiento por la mañana. Termino las entregas y ya voy con él.

Sonreí.

—¿Y vas a tener energía para volver a correr por la tarde?

—Sin problema. A primera hora iré al gimnasio, y después tendré toda la energía del mundo para correr contigo.

—Ya veo.

Parecía que me estuviera haciendo un favor. Estaba claro que para él correr conmigo era algo totalmente anecdótico, no resultaba un gran trabajo.

Me miró y sus ojos tenían algo. Recordé a Sofía: *No le des alas a Hugo si no vas a fallártelo.*

—¿Entonces?

Dudé. Llovía. No sabía si eso sería darle alas a Hugo.

—Otro día quizás.

Llegó el ascensor.

—Espera, un segundo —le pedí.

Volví al piso y cogí una bolsa de papel que tenía para él.

—Toma.

—¿Y esto? —preguntó cogiendo el paquete.

En ese momento se abrió la puerta de mi vecino. Filip asomó por allí.

—¡Buenos días! —saludó.

—Buenos días —repliqué—. Esto —volví a mirar a Hugo— es bizcocho de plátano. Lo preparé ayer y, como sé que es tu favorito, pues ahí llevas un buen pedazo para los descansos.

A Hugo se le iluminó la cara. Cogió el paquete y me dio un beso en la mejilla, bastante cerca de los labios, sin soltar la carretilla, que llevaba hasta arriba. Era un auténtico equilibrista, tanto con las magdalenas como con los besos, que eran menos castos de lo que parecían.

Mi mirada se cruzó con la de Filip. Este tenía un semblante serio.

—¡Eres la mejor! —declaró Hugo.

—No es nada.

—Nos vemos mañana, Beca.

—Hasta mañana —me despedí mientras Hugo entraba en el ascensor.

El ascensor se cerró y bajó.

Filip había tenido tiempo de sobra de marcharse, pero no lo había hecho.

Era jueves y no nos habíamos vuelto a ver desde el lunes.

Tras nuestro desencuentro del domingo, esa noche me había costado mucho conciliar el sueño en su sofá. Había dado vueltas hasta conseguirlo, pero estaba segura de que a él también le había costado. La ducha que se había tomado había sido larga, y había escuchado ruidos en su habitación. Al parecer, había dado vueltas en la cama y se había levantado en un par de ocasiones. Finalmente, los dos nos habíamos quedado dormidos, qué remedio, aunque no como a mí me hubiera gustado.

El lunes me había levantado muy temprano y había abandonado su piso antes de que él se despertara. No era por huir, sino porque tenía que ponerme en marcha pronto. Mis hornos tenían que empezar a funcionar a las seis de la mañana para llegar a las ocho con la mercancía lista. No obstante, antes de marcharme, le había dejado una nota de agradecimiento en la cocina, para que no se pensara que estaba molesta. No era así como me habría gustado terminar la noche, pero no iba a morirme por su desplante.

El lunes habían venido los del seguro. Un perito había valorado el daño, pero tardarían en enviar a un buen ebanista, ya que no era tan sencillo de encontrar. Lo que sí me habían enviado era a un carpintero que había hecho un apaño temporal con un tablón que había asegurado por dentro de la puerta. Ahora mi puerta de cien años tenía un remiendo, y uno bastante malo, pero por lo menos podía dormir en casa y no sentirme insegura.

El lunes Filip había estado conmigo y con los del seguro cuando habían venido, pero, salvo ese encuentro formal, en el que no habíamos estado solos en ningún momento, no nos habíamos dirigido la palabra ni habíamos vuelto a encontrarnos.

Ahora lo tenía allí. No parecía el más amigable cuando había visto el beso que me había dado Hugo. ¿Eso eran celos? Casi me dieron ganas de reír. ¡Qué sentimiento tan primitivo!

—¿Qué tal, Beca? —Se acercó con las manos en los bolsillos.

Llevaba colgado de un asa larga un maletín de ordenador, de tela oscura. Vestía sus habituales vaqueros con una camiseta de Led Zeppelin, yo llevaba una de Queen. Algún día tendríamos que hablar de música.

—Bien. ¿Y tú?

—Bien también —aseguró. Sin embargo, tenía algo de ojeras.

—¿Seguro?

—Sí, claro. ¿Por?

Me encogí de hombros.

—No sé. Me pareció que mirabas algo raro a Hugo.

—¿Hugo?

—Sí, el repartidor.

Se hizo el sorprendido, al parecer, no sabía de lo que le estaba hablando.

—¿Te refieres al chico que acaba de irse con apariencia de olímpico? —preguntó.

Me reí.

—Eso es porque es olímpico. Es atleta, corredor.

Levantó las cejas.

—¡Vaya, qué combinación de trabajos, repartidor y atleta!

—Es un chico que sabe buscarse la vida —comenté poniendo los brazos en jarras.

—Ya veo —masculló—. No sé por qué dices que lo miraba raro.

Busqué en sus ojos. A mí no me la daba, allí había algo. No sabía a qué había venido lo del domingo, pero sabía cuándo le gustaba a un chico. Lo extraño era que a mí él también me gustara y, joder, Filip me gustaba. No me importaba el juego al que quisiera jugar, en principio, estaba dispuesta.

—Bueno, seguramente ha sido imaginación mía. Por un momento pensé que estabas celoso.

Apretó los labios en una fina línea.

—No. Para nada. No sé por qué dices eso.

—Pues me habré equivocado, pero lo parecía. —Hice una pausa dramática—. Serán imaginaciones mías.

—Eso debe ser.

Nos quedamos callados.

—¿Tienes prisa? —pregunté.

Se recolocó en el hombro el asa del maletín de su ordenador. Parecía dubitativo, pero dejó de dudar.

—No mucha. Tengo un rato, ¿por?

Ensanché la sonrisa. Él levantó una ceja.

—Te invito a desayunar. Tienes cara de estar pasando hambre.

Aquella vez las comisuras de sus labios no lo pudieron soportar y soltó una carcajada.

—¡Me lo tomaré como un sí!

Me siguió al interior de mi piso.

Era la primera vez que estaba en mi lugar de refugio y no pudo evitar echar un vistazo. Tenía muchas cosas por todas partes, era acumuladora, y estaba acostumbrada a que la gente se fijara en ello en cuanto ponía un pie en mi casa.

Pasamos al salón y de allí a la cocina.

Mi cocina, al igual que la suya, era enorme, solo que yo la tenía llena de mil cosas, pero mis favoritas eran un mueble alacena antiguo, una gran mesa de madera y una isla que me habían instalado a juego con el resto de los muebles estilo *farmhouse*.

La alacena la había rescatado de una propiedad francesa, había pertenecido a mi abuela. La había restaurado y pintado de blanco yo misma. Tanto los muebles hechos a medida como la parte inferior de mi isla eran de color blanco, con encimeras porcelánicas de un color blanco roto.

Mi isla era inmensa y estaba hasta arriba de masa, harina, bandejas del horno usadas y utensilios de cocina varios.

—Siento el desorden —me disculpé acercándome a la cafetera.

—No te preocupes —respondió—. He visto zonas de trabajo más duras.

—¡Sí, un campo de minas!

Esbozó una ligera sonrisa.

—¿Café con leche?

—Café con leche, sí.

Asentí.

—Lo recuerdo de nuestra mañana de domingo. Un día que había empezado genial.

No dijo nada.

Lo miré. Vi en sus ojos que él también compartía el pensamiento de que el domingo podría haber terminado mucho mejor. Entonces, ¿qué había ocurrido?

—Tienes una cocina muy chula —comentó echando un vistazo y cambiando radicalmente de tema.

Esbocé una sonrisa orgullosa.

—Es el corazón de la casa.

—Y el corazón de tu negocio —matizó levantando una ceja.

—Es cierto, y el corazón de mi negocio, por ahora —declaré—. Necesitaba que fuera funcional, pero que tuviera mi estilo.

—¿Que es…?

—Una especie de amor por el pasado que abraza sin piedad todo vestigio *vintage*, mezclado con algo de estilo *farmhouse*. —Hice una pausa—. Pero la verdad es que mi estilo es una amalgama de estilos. Lo que de verdad me gusta son las cosas que cuentan historias, bueno, y las personas también, claro. —Tuvimos un momento y volvimos a romper el contacto visual—. Esta cocina tiene mucho de mí, es funcional, pero también tiene antigüedades, como esa alacena, por ejemplo. Era de una propiedad que tenemos en Francia, perteneció a mi abuela paterna.

—¿Tenéis?

—Mis hermanos y yo.

Asintió.

Filip se fijó en el mueble.

—Tiene carácter.

—Por eso me gusta —afirmé—. Lo amo en realidad.

—¿Tienes familia en Francia?

Asentí.

—Tengo raíces francesas. Mis abuelos paternos eran franceses.

—Creía que eras gata.

Esbocé una sonrisa.

—Me siento muy gata, pero solo soy medio gata. Mis abuelos maternos sí eran madrileños, ambos, ahí no hago trampa. Pero los paternos no.

Herví agua para mi té y puse pan a calentar.

—Por cierto, el olor es agradable.

—¿Qué olor?

—El de las magdalenas por las mañanas.

—¿Se cuela mucho en tu piso? Es la primera vez que ese piso está ocupado desde que llegué a este edificio.

—Nada prácticamente. Huelen un poco el recibidor y el salón, pero ligeramente. Creo que abriendo las ventanas a media mañana ya no se percibe.

—¿Has abierto las ventanas para librarte de mi olor a magdalenas?

—No. Abro las ventanas porque llevo muchos días encerrado. Necesito que entre el aire.

Me acerqué a la mesa y le puse delante su taza de café con leche. Grande, como él. Necesitaba alimentar semejantes dimensiones.

—Mucho trabajo, ¿eh?

—Sí.

Le cambió el semblante. Fuera lo que fuera lo que le estaba ocupando, se veía que estaba siendo un trabajo complicado.

—Y ¿qué estás haciendo exactamente?

Se calló. Parecía pensar qué decir. Como si dudara en contestarme. ¿A qué venía aquel misterio?

—Estoy con un cliente importante. —Hizo una pausa—. Uno muy grande, con muchos problemas de seguridad que no debería tener.

—¿Muy grande tipo gran corporación?

Volvió a quedarse callado.

—Algo así.

—¿Cómo se llama?

Silencio otra vez.

—No te lo puedo decir.

Lo miré.

—¿Y eso?

—Confidencialidad. Me ata un acuerdo de confidencialidad, por eso no puedo hablar del tema, disculpa.

—Eso suena importante.

—Lo es —confirmó serio—. Perdona, no es por ser maleducado.

—No te preocupes. Lo entiendo.

Asintió.

Puse el pan caliente, unas magdalenas recién hechas y el bizcocho de plátano en la mesa. Mermelada, mantequilla y una jarrita con chocolate para echar por encima de los dulces.

—Siento que sea un poco improvisado. No contaba con visita.

—¿¡Improvisado!? —preguntó con una gran sonrisa—. Creo que no he desayunado tan bien desde hace años.

Filip comió. Se le veía disfrutar.

Me senté con él a la mesa. Su cuerpo estaba cerca y yo podía sentir aquella atracción. Él también la sentía. No hacía falta que dijera nada: sus ojos eran bastante elocuentes.

—Oye, Beca… —comentó tras terminar con una de mis magdalenas, quizás se sintiera dulce, relleno de tanto azúcar—. Quiero pedirte disculpas por si el domingo te di una impresión errónea.

—¿Cómo de errónea? ¿Como de que no te gusto?

Negó con la cabeza.

—Sí me gustas. Creo que ya lo sabes.

—Esa es la impresión que me había dado.

Nos quedamos callados. Vi una de sus manos sobre la mesa. Grande. Me gustaría que estuviera sobre otro sitio.

—No se trata de eso —volvió a la carga—. Estoy hasta las cejas y no puedo complicarme en este momento.

—Comprendo.

No lo comprendía. ¿Qué tenía que ver una cosa con la otra? Pero me lo comí.

—No digo que tú pretendieras nada más… Es decir, no estoy insinuando que tú quisieras algo complicado.

—Ya —rumié.

—Es solo que me parece que eres una chica de mucho más que una noche.

Por un momento sentí la tentación de decirle que el domingo me había apetecido estar con él, pero que eso no significaba nada. Que no tenía que pasar nada más que una noche divertida entre nosotros, pero me callé. Me callé porque Filip me atraía mucho, me gustaba como hacía mucho tiempo que no me gustaba nadie. Sentía que era como aquellos objetos preciosos y raros que de vez en

cuando descubría en un anticuario, que contaban decenas de historias. Historias que para otro habían pasado desapercibidas o que no había sabido ver.

En el caso de Filip, todas aquellas historias que sentía que tenía parecían medio ocultas. Era como un acertijo, y a mí me gustaría saber qué piezas había que tocar para descubrirlo.

No podía ser hipócrita. Sí, a mí también me gustaba más que para una noche. Así que en eso coincidíamos. Si caíamos en la tentación, volveríamos a caer más de una vez, de eso estaba segura. Él no quería enredarse y a mí lo que me atraía del romance eran los enredos. ¿Quién quería una historia plana? Por ese motivo había dejado a Bruno, porque necesitaba adrenalina.

Si fuera capaz de ser objetiva, aceptaría que Filip tenía razón.

—Solo voy a estar unas semanas por aquí —añadió al ver que yo no decía nada—. El tiempo que necesite para terminar el trabajo, y después me iré. No puedo permitirme distracciones.

En ese momento me di cuenta de que mi camiseta de Queen estaba manchada de harina. Mi pecado como chef es que no utilizaba mandil. Ahora iría a la ducha, y mi camiseta, a la lavadora. Seguramente tendría algo de harina en la cara o en el pelo. Nunca faltaba después de despachar cien magdalenas. Estaba hecha un desastre. Aun así, era una distracción.

Bebí de mi té.

—No sabía que yo podría suponer una distracción.

Vi como me miraba el lunar en la comisura del labio y me pregunté si podría mantener todo lo que estaba diciendo.

—Tú eres una distracción —comentó—. Y una de las grandes, *gata*.

Me gustaba cuando se refería a mí haciendo alusión a mis orígenes madrileños. En sus labios sonó muy felino, y yo me sentí así.

—Bueno, podemos ser buenos vecinos —propuse.

Me miró durante unos instantes en silencio.

—Podemos.

Lo dijo como una afirmación, pero a mí me sonó interrogativo.

—¡Estupendo! —declaré.

Capítulo 7

Vieiras al carbón

Dos semanas después conocía a Filip un poco más, o quizás no. Había descubierto que, aunque podía ser un gran conversador, siempre había una especie de muro invisible infranqueable al que era complicado acceder. Filip hablaba, pero no contaba mucho. Sabía cómo dirigir la conversación hacia la otra persona o hablar de mil cosas, menos de algo demasiado personal. Evitaba hablar de su presente por algún motivo que no alcanzaba a comprender. Quizás tuviera que ver con ese cliente tan enigmático que lo traía de cabeza. Lo que estaba claro es que no estaba dispuesto a contar demasiado de sí mismo.

Pasaba días enteros en su piso trabajando. Estaba allí encerrado desde primera hora de la mañana hasta la noche. Pasara a la hora que me pasara por allí, él estaba currando. Siempre tenía activa la zona de trabajo en la que estaban sus ordenadores y monitores, pero intuí que siempre cambiaba lo que estaba haciendo cuando yo llegaba, quizás para proteger con celo aquella confidencialidad.

Otros días no estaba en casa. Cuando salía, lo hacía temprano y no regresaba hasta la noche. Se pasaba el día entero en la sede, oficina o instalaciones de su misterioso cliente y volvía tarde, muy tarde.

De vez en cuando me animaba a llevarle algo de comer: un bizcocho, magdalenas, galletas. A veces le llevaba nuevas recetas con las que estaba experimentando, que acababa de sacar del horno, para que me diera su opinión. Era alguien con buen apetito, justo lo que yo necesitaba para usar de conejillo de indias. Yo llevaba un tiempo trabajando en un cuaderno de recetas originales, me encantaba probar cosas nuevas. Quizás algún día me decidiera a

hacer algo con aquel local que tenía parado y pudiese dárselas a probar a alguien más, por ahora era con Filip con quien hacía la cata.

Cuando llamaba a su puerta con algún plato en mis manos, me abría con aquel destello en la mirada y las comisuras de los labios dispuestas a tirar hacia arriba a la menor oportunidad. Le encantaba el dulce, como a mí, y yo diría que en esas dos semanas había subido un par de kilos.

A Filip no solo le encantaba el dulce, también le gustaba estar conmigo. Escucharme, mirarme y hablar de cualquier cosa que no implicara entrar en temas demasiado personales. Era un equilibrio difícil de mantener el querer hablar conmigo sin contar demasiado, pero trataba de ejecutarlo con bastante elegancia. En mi opinión, había salido airoso de alguna que otra conversación que se había tornado demasiado personal. No había contado mucho, pero nunca era cortante o desagradable. Tenía el don del orador, que en su caso era el del orador que no ahondaba en lo personal.

Filip me observaba cuando yo hablaba, y yo podía hablar por horas: de música, cine, arte, política, desastres naturales. Había muchas cosas que me interesaban y podía rellenar horas yo sola.

Por la forma en la que a veces miraba el lunar que tenía en la comisura de mi boca, podía intuir que eso también le gustaba. Él había echado el freno cuando había estado a punto de pasar algo entre nosotros, así que esa atracción se había quedado en *pause*. Era la primera vez que tenía una relación platónica, siendo adulta, con alguien que se sentía tan atraído por mí como yo por él.

En todo caso me adapté, y no me disgustaba ese difícil equilibrio entre una buena relación dialéctica y un deseo contenido. Me gustaba nuestra relación de vecindad y casi casi de amistad. Además, era toda una novedad tener a alguien en el edificio con quien poder hablar y compartir. No había muchos vecinos en el edificio ni tenía familiares cerca.

No me quedaba familia directa en Madrid. Mi hermano vivía en Nueva York y mi hermana, en París. Parecían competir por quien se había instalado en la ciudad más sofisticada. Desde allí gestionaban las empresas de nuestra herencia. Yo me había dedicado a ser

simplemente heredera de un imperio que me había venido dado. No me había sentido inclinada, como ellos, a ponerme al frente de las empresas. Yo percibía los dividendos, y hasta allí llegaba mi aportación a la empresa. Heredar algo por lo que otros han luchado puede ser cómodo o una pesada losa. Yo quería hacer algo por mi cuenta. Ser como las mujeres de mi familia: como mi madre y mis abuelas. Hacer algo, marcar la diferencia; pero me parecía una empresa imposible de abarcar. Por ahora solo había conseguido hacer magdalenas ilegales, como bien me había indicado Filip cuando nos habíamos conocido, y era una actividad poco ortodoxa.

Mi círculo íntimo en Madrid incluía a Natalia y Sofía exclusivamente. Ya el círculo amplio lo formaban un montón de colegas y conocidos con los que siempre había planes que hacer. Algunos gatos y otros amigos que, como los temporeros, estaban de paso por Madrid. Si algo bueno tenía esa ciudad, era la posibilidad de conocer gente nueva constantemente.

Hablando de mi círculo íntimo, esa noche habíamos ido a cenar al Cornamusa, un espacio gastronómico con una increíble panorámica de la Cibeles desde la terraza. Habíamos pedido varias cosas para compartir y todo estaba delicioso.

—¡Aquí todo está buenísimo! —declaró Sofía metiéndose en la boca de un solo bocado una croqueta de rabo de toro.

—Cierra la boca mientras comes —le indicó Nat.

—No puedo, casi no me entra —replicó, y le vimos toda la comida.

Sofía no pudo evitar reírse, y eso fue peor.

Nat y yo desviamos la mirada.

—Eres como una niña —repliqué con una media sonrisa.

—Sí, una un poco maleducada —puso la puntilla Nat.

—¡Bah! Ni que estuviera de cena con la realeza —se quejó cuando por fin pudo tragar.

—¿Tú no tienes un montón de cenas con gente importante por tu trabajo? —volvió Nat al ataque.

—Sí.

—¿Y haces ese tipo de cosas?

Los ojos de Sofía brillaron.

—Hago cosas mucho peores —replicó con toda la intención.

Las tres sabíamos a qué se refería, y eso incluía exclusivamente al sector masculino. Sofía era libre, y sí, conocía a muchas personas nuevas en cenas de trabajo. A algunas más íntimamente de lo que seguramente debería. Con alguna se había animado a conocer los baños del restaurante.

—Gracias por contarnos algo que no nos interesaba en absoluto. No hace falta que digas más —le pidió Nat—. Ya nos hacemos una idea.

Sofía se carcajeó.

—¡Mujer, no seas tan remilgada! Por cierto, Nat. ¿Al final por qué no ha venido Diego? Pensé que esta vez vendría a cenar con nosotras.

Natalia se removió en su asiento. Se la veía incómoda con la pregunta.

—No le venía bien.

Sofía cogió un pedazo de pan.

—Anda muy desaparecido últimamente. Lo llamé ayer, pero no conseguí hablar con él.

A Natalia le cambió el semblante. Se veía que no le gustaba nada lo que había escuchado.

—¿Para qué lo llamaste?

Sonó demasiado fría.

Bebí y esperé a que Sofía respondiera. Esta también había notado el tono poco amigable de Nat. ¿Qué pasaba con Diego últimamente?

—Lo llamé porque quería el teléfono de su primo. El de Barcelona. Ya sabes, el que conocimos el año pasado.

—¿El coleccionista de coches antiguos?

—Sí, ese —confirmó—. El coleccionista de coches antiguos. Un compañero de trabajo quiere comprar un Jaguar de 1950. Negro. Impresionante. —Abrió una conversación de WhatsApp y nos enseñó una foto—. Mirad qué preciosidad. Luis está obsesionado con él y lo quiere comprar, pero no sé qué dudas tiene sobre la conservación del motor y quería hablar con un coleccionista. Me acordé del primo de Diego y por eso lo llamé. ¡Pero nada, chica, está ilocalizable!

La morena se quedó callada mientras Sofía la miraba.

—Te pasaré el teléfono de su primo —se limitó a decir.

¿Qué estaba pasando con Diego? A mí también comenzaba a parecerme un poco rara su ausencia.

—Oye, Nat, ¿no habrás asesinado a Diego y lo mantienes congelado en un gran arcón congelador, ¿no? —preguntó mi demonia con guasa.

Nat la fulminó con la mirada.

—¿Dónde quieres que ponga un congelador así en mi minipiso?

Sonreí.

—Bien visto, Nat —repliqué por sacarla del apuro. Estaba claro que no quería hablar de su novio.

Así que nos quedamos sin saber nada de Diego, una vez más. Tanto a Sofía como a mí nos había quedado claro que no íbamos a saber nada más por ahora. Nat no soltaba prenda y él estaba desaparecido. Algo tenía que haber pasado, ¿no? ¿Dónde demonios se había metido Diego? ¿Por qué ya nunca venía?

Trajeron un par de platos más para compartir. Todo olía delicioso y la presentación era de lo mejor.

Me estaba relamiendo cuando Sofía lanzó otro dardo. Esta vez dirigido a mí.

—¿Y tú qué?

—¿Yo qué de qué? —pregunté sirviéndome una vieira.

—¿Qué tal con Filip?

La miré. ¿A qué venía aquella pregunta?

—Bien. Es un tío majo, tomamos bastantes cafés y siempre está dispuesto a comer cualquier dulce recién sacado del horno.

—¿Ya sois íntimos?

—Bueno, supongo que todo lo íntimos que se puede ser con Filip.

Sofía cortó una carne que acababan de traernos en finas tiras para repartir. Estaba en su punto.

—¿Eso qué quiere decir?

—No sé. Es una de esas personas que resulta difícil conocer, que guardan más de lo que cuentan. —Hice una pausa—. De algún modo, parece estar siempre en guardia.

—Ya veo. Un tipo curioso.

—¿Cuánto tiempo lleva en el edificio? —preguntó Nat.

—Unas dos semanas más o menos.

—¿Habéis hecho ya algún plan? ¿Una comida o una cena por ahí? Parece que os estáis haciendo amigos —comentó Sofía—. Te he escrito más de una vez en la que me has dicho que estabas en casa de él.

—Pues ya tienes tu respuesta. No hemos hecho ningún plan que consista en salir de nuestro edificio. Le he llevado comida en varias ocasiones a su piso y estuvo en mi casa alguna vez. —Sofía me miraba interesada—. Pero más allá de mi cocina no ha visto nada, si eso es lo que te interesa saber. No creo que estuviera en el salón poco más de unos segundos.

—Pues entonces sí que no ha tenido tiempo de ver nada, porque tu salón está abarrotado —me replicó—. Y para verlo hacen falta más que unos segundos.

—Pasó por él de camino a la cocina, pero no me dio tiempo a hacerle una visita guiada.

Me miró dubitativa. Parecía decepcionada.

—Vaya, pensé que podía pasar algo entre vosotros. Esperaba alguna historia subida de tono, qué decepción —declaró pinchando una vieira de un plato suculento, era de lo mejor que habían traído hasta entonces.

Nat puso mala cara.

—¿Por qué le preguntas eso?

Sofía frunció el ceño en respuesta.

Yo también sentí curiosidad por la reacción de Nat. Se la veía muy molesta.

—¿Por qué tienes que preguntarle si ha pasado algo? ¿Qué ocurre? ¿No puede tener como vecino a un tío y no tirárselo? Tampoco es que Beca se acueste con muchos hombres. No suele tirarse al primero que pasa por delante de sus narices —soltó con la voz más elevada de lo que me gustaría.

Los de la mesa de al lado miraron para nosotras. Yo esbocé una sonrisa tensa.

—¡Chicas, bajad el tono! —pedí.

—¿A qué viene esa actitud? —preguntó Sofía.

Nat seguía molesta.

—¡Siempre haces igual! —le espetó—. Parece que no pueda haber una relación de amistad entre un hombre y una mujer. Es penoso plantear algo así.

—¡Oye, Nat, no sé qué mosca te ha picado, pero es mejor que te relajes! —replicó Sofía—. Sí, puede haber amistad entre un hombre y una mujer, pero no en muchas ocasiones…

—¡Eso será en tu caso! —la acusó interrumpiéndola.

—En mi caso y en el de todo el mundo, en mi opinión —insistió Sofía—. Puede haber relaciones de amistad con hombres. Yo también las tengo. Pero en la mayor parte de las relaciones con hombres hay un componente de atracción sexual. Créeme, más de uno es mi amigo porque no consiguió colarse entre mis piernas —declaró.

Natalia bufó en respuesta.

—Eso es tener ego.

—¡No es ego, es la realidad! —bramó Sofía.

Los de la mesa volvieron a mirarnos.

—¡Bajad la voz, por Dios! —les pedí por segunda vez.

—De todas formas, esa no es la cuestión. Hay mucha atracción entre ellos, tenías que haberlos visto, maja. Apuesto lo que quieras a que antes de que acabe el mes se acuestan.

—¡No, gracias! —me opuse—. No quiero apuestas sobre mi vida sexual.

—No te preocupes, tú no tienes que apostar. Es una apuesta que hago yo conmigo misma —declaró cabezona, a cabezona no le ganaba nadie a Sofía—. ¿Cuánto queda para terminar mayo? ¿Menos de dos semanas? Antes termináis con los pantalones bajados.

Nat agitaba la cabeza a ambos lados. Estaba enfadada. Parecía habérselo tomado como algo personal.

—Voy al baño un momento —comentó, levantándose y caminando hacia los servicios sin darnos tiempo ni a dar la réplica.

—¿¡Se puede saber qué demonios le pasa!? —preguntó Sofía molesta.

—No sé, la verdad.

—Últimamente está muy rara. Además, ¿dónde coño está Diego? Antes estaba en todas las salsas y ahora no le vemos el pelo.

Ahí estaba el elefante en la habitación del que Natalia no quería hablar: ¿por qué ya nunca veíamos a Diego?

—No tengo ni la menor idea. A mí también se me hace extraño —confesé—. Pero si ella no suelta prenda, no hay mucho que podamos hacer.

—¡Llamar a los geos! —resopló la pelirroja—. No vaya a ser que finalmente sí que tenga a Diego en el congelador.

Solté aire.

—Dale un respiro —le pedí—. Empiezo a pensar que están en crisis. Ya nos hablará de ello cuando esté preparada. Nat es muy suya. Ella no necesita hablar de sus sentimientos poniéndolos sobre la mesa, como tú.

Sofía sonrió y le brillaron los ojos.

—¿Qué sentimientos?

—¡Definitivamente, eres un demonio! —Negué con la cabeza.

—Lo que tú digas, pero yo no voy de doña virtuosa.

Pensé en Nat. Ella tampoco era así, pero últimamente andaba muy rara. Llevaba con Diego unos siete años. Él era una más, y ahora resultaba muy extraño no tenerlo con nosotras. ¿Qué estaba pasando con esos dos?

Sofía pinchó otra vieira.

—¡Esto está buenísimo!

—Deja alguna para Nat.

Asintió, metiéndosela en la boca.

—Está bien, pero no se la merece. Se está comportando como una bruja.

—No seas así. Déjala. Está claro que necesita un poco de espacio.

Mi amiga asintió.

—Por cierto, quería hablarte de algo.

—¿De qué?

Puso cara de te-voy-a-contar-algo-demasiado-importante.

—¿Sabes lo que te conté de mi trabajo? ¿Lo que estuvimos hablando hace un par de semanas?

—¿Eso de que había un compañero robando vuestros diseños y facilitándoselos a MUTE CLOTHING AND ACCESSORIES?

—¡Sí, eso exactamente! —respondió Sofía—. Bueno, pues… No sé si recuerdas que me lo tomé como una cruzada personal.

—Lo recuerdo perfectamente. Dijiste que descubrirías a toda costa quién había sido, algo así.

—Algo así, sí.

La pelirroja me miró y vi en sus ojos verdes culpa.

—¿Qué hiciste?

—Algo que no debí hacer —aceptó—. ¡Ya lo sé, soy incorregible! El caso es que me he metido en un pequeño problema y no estoy muy segura de cómo hacer para salir de él.

Dejé el tenedor en el plato.

—Concreta cómo de gordo es el problema.

Sofía dudó. Miró las vieiras. Quedaban dos y eran de Natalia.

—Déjalas —siseé.

Asintió.

—Tan gordo como para preguntarte si tu nuevo vecino estaría dispuesto a echarme una mano —soltó de pronto—. Es informático, ¿no?

La idea de que Filip le echara una mano a Sofía me desagradó, fuera en el contexto que fuera.

—Sí, es informático. ¿Qué pasa, Sofía? ¿De qué va todo esto?

La pelirroja calló unos instantes.

—Digamos que he metido la pata, a lo grande. He instalado un programa espía para hacerle seguimiento a una de mis compañeras.

Se me descolgó la mandíbula.

—Tú estás mal de la cabeza. ¿Cómo se te ocurre espiar a una compañera de trabajo?

—Sé que lo que he hecho es de ética dudosa, pero estaba convencida de que era Elba la que nos estaba robando los diseños. Solo quería confirmarlo y tener pruebas para ponerla en evidencia —trató de excusarse—. Seguí los pasos que encontré en un foro de *hacking*. Como estamos en red, pensé que conseguiría la información de una forma relativamente sencilla desde mi propio

ordenador. Su ordenador sería un zombi y yo tendría acceso a sus *e-mails*.

—¿Un zombi? Pero ¿tú tienes idea de qué estás hablando?

La pelirroja puso los ojos en blanco.

—Sí, por supuesto. Se le llama zombi al ordenador que está siendo espiado en red por otro, que es el atacante. La comparación con los muertos vivientes se debe, precisamente, a que el atacado no sabe que está siendo controlado de esa manera.

—Bonita metáfora —murmuré—. No sabía que ahora eras una experta en espionaje industrial.

—He estado investigando al respecto.

—¿Y cuál es el problema?

—No sé desinstalarlo. Pensé que sería sencillo, pero algo no está yendo correctamente. Además, el programa incluía algo más.

—¿Algo como qué?

—Como un troyano con un virus —confesó—. No puedo llamar al Departamento de Informática para contarles lo que he hecho. Necesito ayuda para deshacerme del programa espía, y del virus, claro, antes de que se den cuenta o de que el virus afecte al sistema. No quiero que nada vaya mal en la empresa por mi culpa.

—Algo ya va muy mal en tu empresa: ¡tienen contratada a una maníaca! —bufé.

—¿No te dijo Filip que trabajaba en algo de seguridad? —preguntó volviendo a centrar la atención en mi vecino.

—Sí, algo así me comentó —claudiqué—. Aunque no sé mucho al respecto, parece que por temas de confidencialidad no puede contar mucho de lo que está haciendo.

—Bueno, pues eso suena a que sabe mucho de informática y que me puede ayudar a salir de este lío. ¿Crees que podría echarme una mano? ¿Podrías hablar con él?

Vuelta a la frasecilla. No quería que en modo alguno las manos de Filip tuvieran nada que ver con Sofía.

—No lo sé. No tenemos tanta confianza.

Recordé mi pie apoyado encima de la silla, entre sus piernas. Sus ojos mirándome con todos aquellos colores entre el castaño, los dorados y el verde. El hambre en sus ojos. Mis ganas. No, no

teníamos tanta confianza, pero eso era por una cuestión de haber echado el freno; si no lo hubiéramos hecho, sí la tendríamos.

En todo caso, me debía un par de kilos de felicidad que había subido gracias a mis dulces. Quizás podría pedirle un favor. Otra cosa era que él pudiera o quisiera hacérmelo.

—Hablaré con él, pero no te prometo nada.

—¡Mil gracias, de verdad! —exclamó Sofía, cogiendo una de las dos vieiras que supuestamente eran para Nat—. ¡Gracias por salvarme el culo!

—Todavía no lo he hecho.

—En este caso, la intención lo es todo, ya que no depende de ti.

Mostró una sonrisa deslumbrante.

Nat había salido del baño y caminaba hacia nosotras.

—Hablando de culos —siseó Sofía—. Espero que Nat se haya quitado el palo que llevaba en el suyo —declaró pinchando sin compasión la última vieira.

—¡Esa era de Nat!

—Dejarle una sola es algo ridículo, ¿no?

Moví la cabeza a ambos lados.

—No, si encima le estarás haciendo un favor.

Se encogió de hombros.

—Algo así.

Capítulo 8

Espionaje industrial

Filip no solo resultó ser un buen vecino, sino un buen tío en general. El viernes le conté el problema que tenía Sofía. Habló con ella por teléfono y, tras escuchar la respuesta a algunas preguntas que le hizo, accedió a ir con ella al día siguiente, aprovechando que era sábado, a su lugar de trabajo para solventar la incidencia, o mejor dicho, el problemón en el que se había metido. Pero le advirtió que para que aquello fuera posible tenía que estar allí el ordenador de Elba, la compañera víctima de los desvaríos de Sofía.

Elba era una alemana que llevaba un par de años en la empresa. Los mismos que llevaban teniendo problemas de robos de diseños. Sofía siempre había pensado que Elba no era de fiar, desde el primer día en que la había conocido. Para ella, la alemana era como una de esas serpientes que muerden cuando menos te lo esperas. No sabía trabajar en equipo, no compartía información, no ayudaba cuando un compañero necesitaba una mano. Era una de esas personas que siempre trata de tener información extra que la sitúe en una posición de poder frente a sus compañeros. Sí, Elba le desagradaba, pero el motivo por el que Sofía comenzó a sospechar de ella eran los indicios que había reunido. En primer lugar, Elba tenía pleno acceso a los diseños. No todos los departamentos lo tenían, pero ella, que estaba en el mismo equipo de trabajo de Sofía, lo tenía. Otro indicio era que en todas las conversaciones que había habido sobre el robo de los diseños nunca entraba a comentar a fondo el problema, siempre pasaba de largo, le restaba importancia o trataba de desviar la conversación. Como último indicio, según Sofía, Elba era un mal bicho. Cuando Elba participaba en el debate de un problema todos acababan mosqueados entre ellos, menos ella. Nunca gastaba su propia energía, pero se las

ingeniaba para que los demás consumieran la suya discutiendo entre ellos. En su opinión, esa era una prueba más de que Elba era una serpiente porque, bueno, es bien sabido que las serpientes no se envenenan a sí mismas, pero sí a los demás.

Ya estábamos en sábado y, como Nat estaba desaparecida y Sofía se había ido con Filip para que la ayudara con su problema, me encontraba sin plan. Así que había accedido a salir a correr con Hugo. Correr con un atleta era como tener un entrenador personal. Me gustaba salir a correr con él y llevaba mucho tiempo dándole largas para no darle una impresión equivocada. No quería que se pensara que estaba interesada en otra cosa, pero realmente era una gozada salir con él.

Hicimos una ruta desde el Banco de España, pasando por la Puerta de Alcalá, el Palacio de Cristal, el estanque del Retiro, la iglesia de San Jerónimo el Real y el Congreso de los Diputados hasta la plaza Mayor, unos siete kilómetros en total. La idea era seguir hasta los Jardines de Sabatini, pero ya no podía más.

Detuve mi carrera en el centro de la plaza, tratando de no salir en las fotos de ningún turista.

—Necesito un poco de agua —declaré caminando un poco mientras trataba de coger aliento.

—Toma de la mía —me ofreció Hugo pasándome una botella que todavía estaba por la mitad. La mía la había terminado hacía un buen rato.

—Bebes poco —comenté mientras bebía.

—No, qué va, pero me gestiono mejor.

—¡Claro, es lo que tiene enfrentarse a un profesional!

Hugo se rio.

—Es posible —reconoció.

—Esto de salir a correr juntos no sé si es muy buena idea —dejé caer.

Había aceptado hacerlo porque le había dado calabazas varias veces y ya no sabía cómo excusarme. Y la verdad es que me gustaba mucho salir a correr con Hugo. Era un deportista. Sabía lo que hacía y lo mejor era que sabía lo que debían hacer los demás. Correr con Hugo era un seguro para no lesionarme. Además, era un

tío muy agradable y cercano. Me lo pasaba bien con él. Sí, es posible que estuviera interesado en mí, pero yo ya le había dado bastantes señales de que no iba a pasar nada entre nosotros. ¿Por qué no salir a correr con el mejor compañero que podría encontrar?

—No sé por qué dices eso. A mí me gusta correr contigo —declaró.

—A mí también —repliqué—. Pero siempre te bajo el ritmo. Solo es un buen entrenamiento para mí. No para ti.

Se encogió de hombros. Estaba muy atractivo con la ropa de deporte pegada al cuerpo.

—No me importa. Yo ya he entrenado por la mañana. Esto es un poco de ocio.

Solté una carcajada.

—¡A mí está a punto de salírseme el hígado por la boca después de hacer siete kilómetros y para ti solo es un poco de ocio!

Hugo se pasó una mano por el cabello. Estaba estupendo. Pura fibra y ropa ajustada de deporte a las ocho de la tarde en el corazón de Madrid.

—Ocio del que me gusta con alguien que me gusta —apuntó.

Bueno, eso había sido muy directo. Parecía que no le había dado tantas señales de lo que no iba a pasar entre nosotros, al fin y al cabo.

No sabía qué responder a eso.

—¿Nos tomamos unas cañas? —preguntó al ver que no decía nada.

—¿Así como estamos?

Puede que él estuviera estupendo con la ropa sudada, pero yo me sentía hecha un cuadro.

—A mí no me importa —contestó—. Pero, si lo prefieres, podemos ir a ducharnos a casa y nos vemos más tarde. ¿Qué te parece cenar en un italiano? Creo que nos merecemos un buen plato de hidratos.

Dudé.

—No sé…

No sabía cómo decirle que no. Pensé en excusarme diciéndole que ya eran las ocho de la tarde y que regresar a casa, ducharme y

volver a salir no me apetecía. Decirle que no me gustaban los italianos sería mentir como una bellaca. Debería optar por ser sincera y agradecerle sus intentos de conquistarme, y decirle de forma directa y clara que no quería ir a cenar con él porque, aunque fuera un tío de lo más agradable y muy atractivo, no iba a pasar nada entre nosotros. No me interesaba. Si él solo quisiera una amistad habría estado más que dispuesta a salir a cenar, pero con esa propuesta dejaba claro que él no se daba por enterado. Repasé mentalmente nuestros encuentros entre recogida de magdalenas y salidas a correr: sí, había sido amable, pero siempre había evitado darle señales equívocas.

Hugo esperaba su respuesta mirándome con sus ojos claros.

Sonó mi móvil. Era Sofía. Salvada por la campana.

—Perdona, un momento —me excusé apartándome unos metros de Hugo—. Hola, demonia.

—¿Qué tal, villana? ¿Qué haces?

—Estoy con Hugo en la plaza Mayor. Acabamos de terminar una ruta. Hemos salido a correr —añadí para que no quedara ninguna duda.

—¿Es una forma de quemar la energía sexual no consumida entre vosotros?

Negué con la cabeza, a pesar de que no podía vernos.

—No hay esa energía entre nosotros.

—Habla por ti, villana. Él solo sale a correr contigo porque espera poder seguir haciendo ejercicio contigo en horizontal.

—Estupendo, Sofía. Conozco tu opinión al respecto —la corté—. ¿Me llamas para debatir sobre las intenciones de Hugo o pensabas decirme alguna otra cosa?

Sofía se rio al otro lado de la línea.

—No, no es necesario debatir sobre eso. Las intenciones de Hugo están más que claras. —Hizo una pausa antes de añadir—: Te llamo para preguntarte si te vienes a cenar esta noche. Óscar, Marco, María y compañía han quedado y yo me uno al plan.

Segunda invitación del día para cenar que no sabía cómo rechazar. Además, había cenado con Sofía hacía dos días.

—No, estoy rendida de correr. Creo que me retiro por hoy.

—Es sábado. Deberíamos salir a quemar el asfalto.

Me pasé la mano por la nuca. Tenía mis alocados rizos recogidos en un moño en lo alto de la cabeza. Pero ya no tenía la misma consistencia que hacía siete kilómetros.

—No, gracias. Me llega con el asfalto que acabo de quemar.

—Bueno, yo voy a cenar con ellos. Después iremos por ahí de copas, por si finalmente te animas.

Lo pensé. Marco, en concreto, era el más divertido de nuestra pandilla. Si él formaba parte de la noche, con sus bailes y tonterías varias asegurabas las risas hasta la madrugada.

—Otro día. En serio, no me apetece.

Sofía hizo una pausa dramática.

—¡Vaya! Y yo que estaba deseando quedar contigo para contarte qué tal me había ido con Filip.

—Deberías habérmelo contado ya. Llevo todo el día esperando que me confirmes si fue todo bien. De hecho, pensé que me llamabas por eso.

—Esperaba que te animarías a venir esta noche, y así poder contártelo con unas copas —declaró misteriosa.

El tono de Sofía guardaba algo.

—¿Qué pasa? ¿Ha ido todo bien?

Miré a Hugo. Debería cortar ya la llamada, pero había algo que me hacía esperar pegada al móvil. Tuve una mala sensación, como de prepararme para escuchar algo que no me iba a gustar.

—¡Más que bien diría yo! —replicó Sofía.

—¿Habéis solucionado todo?

—Sí, tenías que haberlo visto. ¡Es como un *superninja* de los ordenadores! No se le resiste nada. —Hizo una pausa—. Tampoco creo que se le resista ninguna mujer. Es un tío increíble…

De repente Sofía me contó todo lo que tenía pensado contarme en la cena, pero que, como no me animaba a cenar, al parecer no pensaba esperar para contarme ni un minuto más.

Filip había acompañado a Sofía a la central de ARA WORLD, situada en las últimas plantas de la conocidísima Torre Foster. Ir un sábado por la mañana a las oficinas era algo extraordinario. Nadie solía ir, salvo en época de precampaña donde todos hacían jornadas

maratonianas que no entendían de fines de semana ni de festivos. Si alguien necesitaba trabajar un fin de semana, se llevaba el portátil, pero Sofía estaba segura de que Elba no se lo habría llevado. Filip le había explicado a Sofía que necesitaba acceder tanto al ordenador de Sofía como al de la compañera.

Pensé en lo irónico de la actitud de Sofía: ella, preocupada por el espionaje industrial que estaba sufriendo su empresa, se dedicaba a vigilar a su compañera con un programa espía. ¿Podía haber un comportamiento más absurdo?

Instalar el programa no había sido tan complicado. Sofía era una tía espabilada y, en general, creía firmemente que no había nada que no pudiera hacerse con un sencillo tutorial de YouTube. Sin embargo, comprobó por sí misma que no era capaz de desinstalarlo. Y ese no era su único problema, ya que con la instalación del programa había descargado un troyano con un virus que campaba a sus anchas por la red de una de las principales industrias textiles del país. Al final no iba a importar si la competencia plagiaba o robaba sus diseños; con dos o tres empleadas como Sofía, podían cargarse la empresa desde dentro a base de virus y bacterias.

Aprovechando que era sábado por la mañana, y que seguramente no habría nadie en la oficina, Filip y Sofía habían accedido a los mundos de ARA, acompañados por Satanás que, al parecer, llevaba unos días en la casa de Sofía. Decía que la idea había sido de Filip, quien le había dicho a Sofía que, para el caso de que alguien los encontrara allí, utilizarían la excusa de que habían ido a buscar el portátil de Sofía porque quería revisar unos *e-mails* el domingo. La presencia de Filip y de Satanás sería justificada por el hecho de que Filip era su ligue y Satanás su perro, y que habían pasado un momento por allí antes de ir a comer.

Mi vecino había instruido a Sofía sobre el arte de la mentira. En sus propias palabras, «una mentira es más creíble si tiene algo de verdad». Satanás era el perro de Sofía y él era la parte de verdad en aquella mentira.

No había cámaras de vigilancia en las zonas de trabajo, pero sí las había en la entrada de la torre, en la recepción de la planta

inferior, en los ascensores, entradas y salidas. Así que en todos aquellos espacios, Filip, Sofía y Satanás constituían una gran familia.

Sofía se partía de la risa explicándome que Filip le había echado un brazo por encima de los hombros para dotar de credibilidad la coartada en las posibles imágenes que quedaran grabadas. Ella estaba tan metida en el papel que le había dado un pequeño beso en los labios a mi vecino cuando estaban en los ascensores. Según ella, solo por la teatralidad del momento y por asegurarse algún gesto de cariño para las cámaras. Mientras la escuchaba, tuve la ligera sensación de que aquel era un aviso a navegantes: si no me lo pensaba comer, ella estaba dispuesta a darle un buen bocado.

Me molestó ver su incipiente interés por el chico que antes consideraba *demasiado ancho*, como Leonardo DiCaprio. Sofía era impresionante, muy alta y delgada; una mujer atractiva que se cuidaba en exceso, como todo lo que hacía, y una feroz competidora en el mundo empresarial, nacida para las intrigas de una gran multinacional. Sí, ella era todo eso. Si no hubiera elegido el trabajo que tenía, probablemente podría haber sido modelo, sin lugar a dudas. Me pregunté si Filip sentiría debilidad por las modelos, como Leonardo DiCaprio. En tal caso, Leo y él ya tendrían dos cosas en común: ser *demasiado anchos* y su adicción por las modelos.

Centrándome de nuevo en el relato de Sofía, mientras con un gesto le pedía perdón a Hugo, escuché como decía:

—Tiene unos labios carnosos, muy suaves…

Siguió hablando.

Me molestó. Era un beso de pantomima, pero me molestó.

Filip había cumplido su cometido con destreza. Había eliminado el programa espía del ordenador de Sofía y Elba. Además, había acabado con el troyano. Un trabajo ejecutado con precisión quirúrgica.

Las imágenes de ambos accediendo con Satanás a la Torre Foster ese sábado por la mañana se almacenaban, como todo lo que se grababa, y se borraban en un tiempo si nadie solicitaba su revisión. Así que todo había salido a la perfección.

Por lo visto, Filip no solo había hecho un trabajo perfecto, sino que había sido un compañero muy agradable en la comida que habían tomado juntos después. Sofía lo había invitado a una caña en agradecimiento y una cosa había llevado a la otra, acabando en Recoletos, calle Jorge Juan, en un sitio de alta cocina marroquí que Sofía llevaba tiempo deseando conocer. Según la pelirroja, Filip tenía un punto exótico que Sofía no sabía cómo definir y que le había inspirado para llevarlo a comer allí.

Ese punto exótico de Filip del que hablaba Sofía sí era definible y tenía que ver con sus raíces checas. Cosa que Sofía ya conocía, porque yo misma le había contado ese detalle que, al parecer, un alzhéimer prematuro había borrado de su mente.

Me despedí de Sofía alegrándome sinceramente de que Filip la hubiera sacado del problemón en el que se había metido. Lo que no me tenía tan alegre era el beso que Sofía había recibido de los labios suaves y carnosos de Filip. Ni de que mi amiga estuviera tan, pero tan contenta de haber pasado una comida tan agradable con él. Me pregunté si Filip también estaría tan feliz de haber pasado el rato con mi pelirroja.

—Bueno, en resumen, ha sido un día genial —declaró Sofía, y casi sentí un suspiro. ¿Estaba levitando o algo así? De nuevo en el planeta Tierra, añadió—: Pues si no vienes esta noche, nos vemos otro día.

—Sí, tengo que dejarte ya porque Hugo está aquí plantado y llevamos hablando unos diez minutos.

¡Y menudos diez minutos! Me había dado mucha más información en esos minutos de la que había recibido en horas.

—Si te arrepientes y al final quieres venir a cenar, o a las copas de después, ya sabes.

—Gracias, pero no creo. En todo caso, lo tengo en cuenta.

Hubo un extraño silencio.

—¿No será que estás pensando en ir a cenar con Hugo?

—No, ya sabes que no.

—Hummm… Nada, olvídalo, es que de repente te he notado un poco rara.

—¿Rara? Para nada, no estoy rara —mentí descaradamente—. Pasadlo bien hoy. Hablamos.

—¡Chao, villana!

—Adiós, demonia. —Y quise añadir «hija de Satán», pero mejor callarme.

Miré a Hugo. Lo había dejado plantado por más de diez minutos y los dos nos habíamos enfriado, en muchos sentidos.

—¡Oye, Hugo, perdóname! Era una de mis amigas, que tenía mil cosas que decirme, y no he sabido cómo cortarla.

Como excusa era penosa. No es que fuera tan difícil cortar a alguien, es que me interesaba mucho más todo lo que tenía que decirme Sofía que seguir alargando la tarde con Hugo. ¿Para qué negarlo? En todo caso, dejarlo allí plantado no había estado bien.

—No te preocupes, a veces pasa —me excusó, porque era un buen tío y los buenos tíos hacen esas cosas.

Un buen tío como yo pensaba que era Filip cuando había accedido a ayudar a Sofía. Pero ahora esa ideal máscara de bondad me parecía que comenzaba a quebrarse. Recordaba claramente que Filip no se había querido liar conmigo porque estaba centrado en su trabajo, ese encargo tan secreto e importante del que no podía hablar y por el que no tenía tiempo ni para poner un pie fuera del edificio desde que se había instalado en él. Mi vecino, el ermitaño, el que no salía del piso salvo para trabajar. Sin embargo, hoy había tenido tiempo para irse de cañas y, después, a comer a un restaurante exótico con la despampanante pelirroja por la que había perdido más de medio día, se había colado en las instalaciones de una gran multinacional y con la cual se había besado por exigencias del guion. Muy buen tío, sí.

Se me había torcido el día.

—¿Qué te parece si mejor vamos otro día a cenar? —le propuse a Hugo como premio de consolación. Ahora sí sentía que le debía algo en vista del plantón, qué menos que una cena.

Me miró, sabía que yo no quería, pero, aun así, mantenía la esperanza. Me sentí ruin por que Filip centrara mis pensamientos, cuando lo que debía hacer era invitar a Hugo a cenar, ya que él

siempre estaba dispuesto a hacer de entrenador personal, era un buen tío y él sí quería pasar tiempo conmigo.

—Claro, no hay problema.

—Me ha encantado la ruta —declaré—. Gracias por el entrenamiento, Hugo. De verdad que me encanta salir a correr contigo.

En eso no mentía. Por lo menos eso podía decírselo.

—A mí también me gusta. Cuando quieras repetimos. —Me dio un beso en la mejilla—. Llámame.

Asentí.

—Estupendo. Cuídate.

Vi como Hugo se marchaba hacia La Latina. Supuse que él sí iba a tomarse una caña antes de volver a casa. Después se buscaría un plan alternativo para esa noche. Bien, se lo merecía después de que yo lo hiciera sentirse como un imbécil por hacerlo esperar tanto rato, dejando patente el gran desinterés que sentía por él. Que debía de ser tan grande como el que, al parecer, Filip sentía por mí.

Me volví caminando a casa. No tenía ánimos para ponerme a correr otra vez.

Capítulo 9

El abominable hombre de las nieves

Llegué a mi edificio molesta. Llevaba así desde que le había colgado el teléfono a la pelirroja. Desde la plaza Mayor hasta la plaza del Dos de Mayo era todo subida, que había hecho caminando, porque no me gustaba ponerme a correr una vez que ya me había enfriado. Tardé unos veinte minutos en llegar en los que mi humor no había hecho más que empeorar.

Era ridículo. Lo viera por donde lo viera, era ridículo, pero lo cierto es que estaba molesta desde que Sofía había hablado de los labios de Filip. Labios que a mí no me habían querido besar. Lo peor es que habíamos estado más que a punto de besarnos, pero no lo habíamos hecho porque Filip se había negado a rozar sus labios con los míos, a pesar del calentón que los dos teníamos un par de semanas antes. Y me había soltado todo aquel rollo sobre la mala idea que sería liarnos, que él estaba de paso y yo no y… ¿cómo había dicho? Ah, sí, que yo era una chica de mucho más que una noche. Yo lo había aceptado porque soy una persona sensata y porque había reciclado toda aquella energía sexual haciendo dulces. Habíamos reconvertido lo que podrían haber sido uno o varios encuentros sexuales en una relación de vecindad y atracción platónica con mucha azúcar en forma de bollos y bizcochos. Sin embargo, Filip no había tenido ningún tipo de escrúpulos a la hora de besar a Sofía. ¡Si hasta había sido idea suya!

Para cuando llegué a mi barrio estaba cabreada.

Me detuve en la enorme puerta de entrada de mi edificio y recordé que la de mi piso estaba destrozada. Tenía un apaño temporal hecho con dudoso gusto y tenía que esperar a que un ebanista de primera pudiera repararla. Como lo de ser ebanista de primera era una profesión en desuso, tendría que esperar un tiempo

indefinido entre unas semanas y la fecha del juicio final. Por ello, la impresionante obra de arte que antes te encontrabas al llegar a mi piso seguía mutilada. Recordar eso me cabreó más.

Para cuando llegué al tercero mi cabreo era de dimensiones estratosféricas y había perdido completamente el control. Era aries, impulsiva y de reacción rápida, ya le había advertido al respecto a Filip, ¿no? Pues entonces que no se extrañara si lo arrollaba un huracán.

Toqué a su timbre. Dos veces seguidas.

Pasaban de las ocho y media de la tarde, pero, teniendo en cuenta que Filip se había fumado medio sábado de paseo con Sofía, suponía que estaría en casa trabajando.

Supuse bien; me abrió al momento. Llevaba unos pantalones vaqueros claros y una de esas camisetas grandes, en este caso blanca, de ninguna banda de *rock*. Pero tenía unos botones en la mitad superior del pecho, un par de ellos, desabotonados. Un suave vello se podía intuir. Me cabreé más por fijarme en aquel detalle.

—Hola, Beca. ¿Qué tal? —me saludó.

—Hola —respondí.

—¿Hoy vienes con las manos vacías? —preguntó haciendo referencia a las veces que había tocado al timbre de su casa con algún plato o postre.

Noté aquel deje exótico al hablar, medio checo medio andorrano.

—Ya ves, hoy no me ha dado por cocinar, sino por correr.

—Me doy cuenta. —Su gesto se tornó serio cuando notó lo enfadada que estaba—. ¿Todo bien?

—Claro, ¿por qué no iba a estar bien? ¿Y tú? ¿Bien?

Hizo un gesto con la cabeza.

—Bien, sí.

—Me alegro —declaré, aunque por mi tono cualquiera habría asegurado lo contrario—. Ya me ha contado Sofía que fue todo genial en su trabajo.

—Sí, la verdad es que pudimos limpiarlo todo sin dejar huellas de mi entrada en el sistema y en los equipos —aseguró convencido —. Tu amiga la lio bastante para no encontrar nada sobre esa chica.

¿Te contó que la tal Elba no había hecho nada? Por suerte, pude arreglar su desaguisado.

Sofía se había desquiciado y había metido a Filip en aquel problema para nada. Elba no estaba metida en el tema del espionaje industrial. ¿Se podía estar más desubicada?

—Sí, está muy contenta. También me contó que fuisteis a comer a un marroquí maravilloso —dejé caer como quien no quiere la cosa.

Filip esbozó una sonrisa.

—Una gran elección. La comida era una delicia.

—Eso parece. —Guardé silencio unos tensos segundos—. Pensé que no tenías tiempo para salir a comer fuera. Al menos eso era lo que tenía entendido, que tu trabajo absorbía todo tu tiempo. ¿No has estado diciéndome eso desde que nos conocimos?

Filip detectó que algo no iba bien.

—Sí, bueno, ella insistió mucho…

—Ajá —respondí cortante—. ¿No me habías dicho que no tenías tiempo para nada? ¿Que lo único para lo que tenías tiempo era para ese increíblemente importante trabajo del que no puedes hablar? —añadí mosqueada. Me callé y sentí deseos de morderme la lengua antes de seguir hablando. Sabía que no debía, pero no podía evitarlo, la aries que se escondía dentro de mí había tomado el control de mi cuerpo—. ¿Sabes con qué también está encantada Sofía? Con el beso que le diste.

Sé cómo sonó: como si él fuera un novio al que le estuviera reclamando. Como si él me debiera algo. Él no era mi novio; a pesar de todos los dulces que habíamos compartido, apenas nos conocíamos en realidad. No era mi novio ni nada parecido, pero había aquella conexión. Algo gigante, palpable, que había surgido entre nosotros desde que nos habíamos conocido en el mismo lugar en el que ahora nos encontrábamos. Había habido conexión a primera vista: yo había mordido un labio y él había levantado la ceja. Aquello había sido real, prácticamente tangible. Tanto como el casi beso que no nos habíamos dado, como las risas compartidas con chocolate y bizcochos recién cocinados, como las miradas de Filip al lunar de la comisura de mi labio.

Yo podía pasar porque no ocurriera nada entre nosotros. Él terminaría su trabajo y se iría a donde fuera que en realidad viviera, y yo me quedaría con mis magdalenas y mi indecisión respecto a mi futuro laboral, viviendo en el corazón de Madrid. Todo estaría bien. Él sería el chico de la seudorrelación platónica y yo sería la chica de las magdalenas, pero, con lo que había hecho, había traicionado todo aquello.

Me sentí engañada.

Él lo vio en mis ojos, y si algo tenía Filip es que, aunque no era muy elocuente, sabía cuándo no debía quedarse callado.

—No fue nada.

—No parecía eso en palabras de Sofía. ¿De verdad hacía falta besarla?

—Fue cosa de ella.

Lo miré a los ojos.

—¿Te apartaste?

No contestó.

—Ya veo —respondí con hastío—. ¿Sabes? Pudiste ser más directo y no hacerte el virtuoso conmigo. ¿Que no querías acostarte conmigo? Bien. Pero no me sueltes todo ese rollo sobre que te gusto pero que estás hasta el cuello con tu trabajo y que yo soy una chica para más que un rollo. La realidad es mucho más sencilla: no querías liarte conmigo, pero no tienes reparos en besarte con mi amiga y perderte con ella por Madrid casi todo un sábado, a pesar de estar tan ocupado. —Vi la cara descompuesta de Filip, pero eso no me detuvo—. Bien. Todo está bien, Filip. Pero la próxima vez sé más sincero.

Me giré y me fui hacia mi puerta.

Filip solo tardó unos segundos en cogerme del brazo y tirar ligeramente de mí para que volviera la mirada hacia él.

—Yo no me perdí con ella por Madrid.

Mis ojos se convirtieron en unas finas rendijas.

—Si tú lo dices…

Me hubiera gustado decir que conmigo tampoco, pero no lo hice. Me liberé de su mano. Abrí mi piso y me metí dentro.

Lo hice cabreada. Tiré mis deportivas al suelo de la galería de la lavadora y me quité la camiseta sudada, que dejé en el cubo de la ropa sucia. Fui a mi habitación y abrí el grifo del agua caliente de la ducha. Me gustaba que saliera durante un rato el agua antes de meterme, para que el baño se llenara de vapor.

Me solté el cabello, que cayó rizo y desordenado por mis hombros y mi espalda. Negro como mis pensamientos en aquel momento.

El timbre sonó.

Eché un vistazo a un sillón que había en mi habitación. Sobre él había una sudadera oscura. La misma a la que Filip le había bajado la cremallera para nada. ¡PARA NADA!

Me la puse y subí la cremallera de camino a la puerta de entrada.

¿Quién podía ser?

Mi cabeza barajó las opciones mientras recorría los casi doscientos metros de piso desde mi habitación, que era la última de la casa, hasta la puerta de entrada. Mi mente iba: Amazon-Filip-Amazon.

Cuando abrí la puerta tenía el corazón palpitando fuerte en mi pecho. No era Amazon. Era Filip.

Vi sus ojos verde-castaño-dorados, con toda aquella decena de matices. Colores multiplicándose en una gama infinita, que se unificaban en un color miel intenso.

—No me interesa Sofía —fue su primera declaración, y la mejor que podría haber hecho—. Yo no la besé, ella me besó a mí, y no me aparté porque había una cámara. Yo jamás la habría besado por muchos motivos, pero el principal es porque es tu amiga.

Lo miré sintiendo una ola de rabia, deseo e insatisfacción mordiéndome el estómago.

—Bien, tomo nota.

—Fui a comer con ella porque quería agradecerme que la hubiera ayudado, por nada más, y tu amiga puede resultar muy insistente.

—Ajá. ¿Algo más?

En ese momento aquel universo de color que se mostraba en los ojos de Filip se centró en el lunar que yo tenía en la comisura de mis labios y explotó. Vi las partículas de color flotar en el aire, rodeándonos, justo en el momento en que alargó sus inmensas manos y rodeó mi cuello para acercar mi boca a la suya.

Me besó. Sí, sus labios eran carnosos y suaves. Sentí como su lengua acariciaba la mía y el latigazo de deseo fue como electricidad por todo mi cuerpo.

Filip apoyó mi cuerpo menudo contra el marco de la puerta y me presionó ligeramente con el suyo. Era fuerte, era grande. Sentí una atracción animal como jamás había sentido. Quería devorarlo, a pesar de que semejantes dimensiones me dejarían empachada.

Hundió sus manos en mis rizos negros para sostener mi cabeza mientras me besaba. Me dejaba sin aliento.

Me separé ligeramente y lo miré con ojos humedecidos por la pasión solo por un beso.

—Pensé que habías dicho que esto no era una buena idea —atiné a decir.

—Y no lo es —respondió.

—Bien.

—Bien —replicó.

Volvió a besarme mientras nos metíamos dentro de mi piso. Lo llevé hasta mi habitación entre besos y gemidos. Los gemidos eran míos. Parecía que tenía que esforzarme más para escucharlo gemir a él, pero no me importaba esforzarme cuando realmente quería algo y no había nada que deseara más en aquel momento que hacerlo gemir. El azúcar de los bollos y bizcochos que habíamos compartido aquellos días se había fusionado con las endorfinas de mi cerebro en una gran *rave*.

Llegamos a mi habitación entre besos y caricias atropelladas.

Cuando alcanzamos mi cama, pensé que caeríamos sobre ella como animales sin control, pero Filip era mucho más cerebral que yo. Sabía mantener el temple en los momentos más complicados y allí, al borde de un precipicio, se tomó su tiempo.

Me giró para que mi espalda se apoyara en su pecho mientras echaba mi cabello hacia un lado y bajaba por segunda vez la

cremallera de mi sudadera oscura. Deslizó su lengua por mi cuello y me apreté contra su cuerpo.

—Te lo advierto: si esta vez la bajas para nada, te mato.

Su risa reverberó en mi espalda.

Yo me quedé sin aliento.

—¿Te has dejado la ducha abierta? —preguntó mientras mi chaqueta caía al suelo.

Yo había cerrado los ojos en algún momento mientras sentía sus dientes en mi nuca. Su aliento en mi espalda hizo que se me erizara la piel.

—¿Eh?

—La ducha…

Abrí los ojos.

Escuché el agua de la ducha, que seguía cayendo y perdiéndose en el desagüe mientras el baño se inundaba de vapor.

Las manos de Filip estaban en mi cintura sujetándome. Aflojó el cordón de mi pantalón de deporte y su mano derecha se coló para bajar por mi línea alba mientras lanzaba sensaciones hasta los dedos de mis pies. Siguió bajando. Entró en mi ropa interior con sus dedos grandes, suaves, acostumbrados a doblegar las teclas y a cualquiera al que tocaran, al parecer. Se perdieron entre mis piernas con gran destreza.

Solté un gemido mientras una de mis manos aferraba su brazo y la otra se sujetaba a la mano que sostenía mi cuerpo para que no me cayera.

Lo había retado, lo había provocado y en respuesta había desatado a la bestia. ¿Cómo podía acariciarme de una forma tan dulce y devastadora a la vez?

—¡Joder! —blasfemé.

En respuesta conseguí que clavara sus dientes en mi cuello.

—Iba a ducharme —argumenté en un breve momento de cordura—. Estoy sudada, vengo de correr.

Sus labios acariciaron mi oreja cuando declaró:

—No lo había notado.

Lo sentí duro contra mis nalgas.

—Pues estaba a punto de entrar en la ducha justo cuando llamaste.

Mi pantalón de deporte y mis bragas cayeron al suelo, seguidos de mi sujetador, que Filip acababa de quitarme.

Me di la vuelta. Él me había desnudado por completo y yo no le había quitado ni una sola prenda.

—Bien, pues ¡vamos a la ducha! —declaró llenándose los ojos de mí.

Mi *bigfoot* o yeti parecía un ser irreal desnudo en mi cuarto de baño caminando entre el vaho que había generado el agua de la ducha caliente. Rozando los dos metros de piel blanca y vello tirando a rubio, pero no muy espeso, por su pecho, piernas y otras partes del cuerpo; mi vecino medio checo medio eslabón perdido descendiente de algún dios nórdico resultaba irreal. Sí, su cuerpo era inmenso, pero más cercano al de Zeus que al de Leonardo DiCaprio. Todos aquellos kilos conformaban un conjunto arrollador. Lo único que me preocupó es que Filip era de gran tamaño en todo. Abrí los ojos y respondió con una sonrisa cero pretenciosa. Al parecer, no era la primera que se sorprendía de lo bien armado que iba.

Lo cogí de la mano y lo metí en mi ducha. Regulé la temperatura del agua mientras dejaba que Filip hiciera el recorrido de todos mis lunares con agua, jabón y besos.

Al caer el agua en mi cabello, mis rizos se llenaron de agua y se pegaron, cargados de agua, a mi espalda, llegando mojados hasta mis costillas.

Filip me acarició los pechos con espuma y jabón, y yo me arqueé contra él.

Estábamos ebrios de besos, vaho y caricias húmedas. Rodeé su miembro duro con mi mano y dudé.

Quizás él notó el miedo porque apoyó mi cuerpo en la pared de la ducha y me besó con una indecente dulzura para estar desnudos y en vertical a plena luz del día.

Buscó en mis ojos, tirando de aquella duda.

—¿Estás bien?

—Sí.

—¿Entonces? ¿Qué pasa?

—Creo que es sentido de autopreservación. Creo que es demasiado…

Me abrazó para que pudiera esconder mi cara en su pecho después de decir algo así. Su cuerpo inmenso y caliente era reconfortante.

—¿Tienes miedo?

—No quiero darte una mala impresión —susurré contra su piel. Subí la cabeza—. No soy una virtuosa doncella.

Soltó una carcajada.

—Ya lo suponía.

—Pero tampoco me he acostado con tantos tíos. Nunca había visto…

Levantó una ceja.

—¿Qué?

—¿Me vas a hacer decirlo?

Negó con la cabeza y me besó. Dulce, demasiado dulce.

—¿De qué tienes miedo? —susurró en mi oído.

Cerré los ojos, porque estábamos hablando de otra cosa, pero de repente aquella pregunta parecía englobar mucho más. Tenía miedo de quedar atrapada en la trampa de azúcar que yo misma había creado. Tenía miedo de dejarme caer por aquel inmenso precipicio frente al que me sentía en aquel momento. Miedo de perderme con mi yeti particular en una inmensa tempestad de la que no pudiera salir. Pero todos aquellos eran miedos más emocionales. En lo físico…

—Mmmm… Quizás de que resulte demasiado impactante.

Los dos nos reímos y volvimos a besarnos. Besos densos, profundos, que nos dejaron sin aliento, llenos de humedad y sexo.

Hizo un recorrido desde el lunar que tenía en la comisura de mi labio hasta los que se situaban por debajo de mi ombligo. Antes de volver a tocarme subió la cabeza y preguntó:

—¿Algo que no te guste que deba saber?

—Que no soporto quedarme sin mi propio orgasmo.

Me miró con aquella mirada del primer día. Las comisuras de sus labios queriendo formar una sonrisa, mezclada con una promesa tácita de que eso con él no me iba a pasar.

—Deberíamos coger protección —declaró.

—Tomo la píldora —confesé.

No me podía creer que se lo hubiera dicho así, sin más. Tomaba la píldora para regular mi irregular periodo, pero nunca lo contaba en un primer momento. A Bruno, con el que había estado un año, había tardado más de dos meses en decírselo y casi cinco en aceptar hacerlo sin preservativo. Siempre me había parecido lo más íntimo dejar entrar a alguien en mi cuerpo sin ningún tipo de cortafuego.

La mirada de Filip se oscureció. No nos conocíamos lo suficiente. No sabía con quién había estado él, si estaba sano o no, pero, sin embargo, se lo había dicho. Había mandado a la mierda toda la prudencia ya que es bien sabido que los preservativos preservan más que de bebés. Pero quería sentirlo entero, sin plásticos intermedios. Algo animal dentro de mí pedía a Filip a gritos.

Se incorporó y me besó con dulzura, casi como perdonándome una travesura.

—Me siento halagado, pero es muy pronto, mejor cojamos protección —indicó poniendo algo de cordura.

—Tienes razón —acepté apoyando mis manos en su pecho—. Tiene que haber una caja en el cajón inferior del mueble del lavabo.

Filip salió de la ducha y consiguió un preservativo.

Volvió a la ducha y me besó.

Lo acaricié con firmeza mientras no dejaba de besarme.

—Eso no va a ser de tu talla —murmuré en su oído.

Él se rio.

—Estoy acostumbrado a tener que adaptarme.

Se lo puso, no sin ciertas dificultades que yo ya había advertido, y volvió a besarme.

Me acarició con destreza con sus dedos mientras yo jadeaba contra su boca.

—No puedo creer que fueras a dejarme entrar en ti sin preservativo —murmuró en mi oído mientras acariciaba en círculos mi punto más íntimo.

—Ni yo —confesé—. Nunca lo hago.

Me miró, buscando en aquella confesión, y entonces se hundió en mí.

¡Oh, Dios!

Filip me demostró lo mucho que le gustaba. Y sí, resultó impactante y me costó un poco adaptarme, pero Filip proporcionaba impacto y dulzura en dosis alternas.

Gemí, gemí e incluso grité cuando lo tenía dentro de mí, profundo, duro, y respondí clavando mis dientes y uñas en sus inmensos hombros. Mi alma de aries luchaba contra mi yo más primitivo, compitiendo en pasión por la piel de Filip.

En la ducha me arrancó un primer orgasmo, pero no sería ni mucho menos el último de aquella noche.

Caímos sobre mi cama, donde me tomé mi revancha, con preservativo de por medio y, tomándolo a él, me subí y lo cabalgué hasta que conseguí someterlo por completo a mí, y ya teniéndolo dentro de mí supe que él era un hombre muy difícil de someter. Mis rizos negros mojados caían sobre mis pechos y de ellos nacían diminutos ríos de agua que descendían llevándose el agua acumulada en mis cabellos por mi cuerpo, uniendo mis lunares en nuevas constelaciones por las que Filip quiso navegar.

Filip se aferraba con fuerza a mis caderas, marcando sus dedos en mi carne. Seguí moviéndome, llevándolo conmigo a una dimensión que habíamos preparado a base de bizcochos húmedos y cafés, cuando adiviné que lo tenía a punto de caramelo… Y seguí, seguí una y otra vez. Eché la cabeza llena de mojados rizos negros hacia atrás mientras los dedos de Filip continuaban aferrados a mis caderas tratando de sostenerse. De buscar mi piedad, pero no iba a tenerla.

Seguí hasta que Filip hundió su cabeza entre mis pechos y soltó un gemido denso y profundo. Rendido, completamente rendido.

Caímos sobre mi colchón enredados entre las sábanas mojadas de la humedad de nuestros besos, del sexo y de la piel sin secar de la ducha.

Tratamos de coger aliento sin poder darle forma con palabras al huracán que habíamos vivido. Nos había arrollado por completo.

Caímos en un profundo sueño.

Soñé con un hombre inmenso que se intuía entre una gran tempestad. Quería llegar a él, pero había una tormenta de nieve que no me dejaba caminar. Solo podía intuir su sombra alargada en una noche profunda donde diminutos copos de nieve circulaban en todas direcciones. Sin importarme lo que costara, caminé hasta él y, cuando conseguí alcanzarlo, no solo nos separaban un par de metros; a nuestros pies había un inmenso precipicio separándonos. No podía saltarlo, ni rodearlo, simplemente él estaba en un lado y yo, en el otro.

Era un sueño de lo más elocuente.

Me desperté sobresaltada.

Vi el reloj despertador. Era la una de la madrugada. Nos habíamos quedado profundamente dormidos. Sentí un escalofrío; las sábanas estaban muy húmedas en mi lado de la cama. Es lo que tiene acostarse con semejante mata de cabello empapada y tener sexo sin pasarse antes ni una mísera toalla que se lleve algo de agua. Estaba helada.

Como si Filip intuyera mis pensamientos, alargó su brazo y rodeó mi cuerpo, acercándome a su lado de la cama y anclándome a él. Filip era inmenso y estaba caliente. Entré en calor y me quedé dormida.

Capítulo 10

Emocionalmente inaccesible

Filip 

Me despertaron los rayos de sol colándose entre las cortinas. Apenas me costó unos segundos ubicarme y recordar qué había pasado. El hecho de tener el cuerpo de Beca pegado al mío completamente desnudo me supuso un buen recordatorio de lo que había ocurrido la noche anterior.

Beca era pequeña a mi lado. Era delgada, pero con unas curvas de lo más sugerentes que había recorrido a conciencia la noche anterior.

Me gustaba el sexo, como a cualquier tío presumo, pero no me esperaba tenerlo con ella. Aunque supongo que había pecado de inocente. Debí entender que aquello sería inevitable al ver cómo habíamos conectado el día en que nos habíamos conocido. Recordé su cara cuando había visto la puerta rota. Era como un pequeño volcán en plena erupción justo enfrente de mis narices. Me gustó en ese momento, tan enfadada y llena de pasión. Con aquellos ojos azules tormentosos, burbujeantes. Sus largas pestañas, sus rizos en espirales indomables y aquella piel llena de lunares que había lamido la noche anterior. Durante aquellas semanas me había resistido todo lo que había podido, pero una vez metido en jaleo, no pensaba dejar ni uno de aquellos lunares sin probar. El mejor era, sin lugar a dudas, el de la comisura de su labio; parecía un detalle arrancado de una película de los años cincuenta.

Miré hacia abajo. Tenía su rostro medio escondido en mi costado. La mata de rizos, que se había secado con las sábanas, estaba esparcida entre mi cuerpo y la cama. Beca dormía profundamente. Incluso hacía algunos ruiditos. Sentí deseos de besarla. Fue un deseo tierno rápidamente sustituido por uno mucho

más carnal: quería lamer su cuello y escucharla gemir otra vez. Despertarla para poder hundirme en ella otra vez. ¡Joder, aquella chica iba a volarme la cabeza!

No. Tenía que centrarme. Tenía muchísimo trabajo y no era una buena idea dejarlo todo acumulándose. Los problemas no iban a desaparecer porque yo quisiera hundirme en la trampa de miel que era Beca. No, los problemas seguían en el mismo sitio en el que los había dejado, y el lunes a primera hora tenía que ir con mi cliente y darle soluciones. Tenía que irme ya. Me estaban jodiendo bien. Lo que tenía entre manos era algo demasiado serio y me estaba jugando mucho.

Beca hizo unos ruidillos adorables mientras dormía. Reverberaron por todo mi cuerpo. Sentí una calidez extendiéndose por mi pecho y todo lo que cruzó mi mente eran imágenes de escenas para adultos.

¡Basta! Tenía que trabajar.

Me moví. Quería salir de la cama sin que Beca se despertara, pero en cuanto hice un par de movimientos, ella levantó la vista y abrió los ojos. Una mirada azul, como un cielo helado, encuadrada por una mata de rizos negros, me golpeó. Me quedé sin aliento. Había algo en ella muy frágil, pero a la vez tenía una fuerza arrolladora. Sabía que aquello solo podía ser sexo ocasional, por el simple motivo de que me iba a ir en unas semanas, pero en cuanto me miró así supe que estaba jodido. Ella no era una chica de una noche, cada una de las células de su cuerpo exudaba aquel mensaje. Lo sabía, yo mismo se lo había dicho. Ella era una de esas personas que entraba en las cosas en profundidad. Cuando me miraba sabía que buscaba miles de cosas. Que tenía muchas preguntas que hacer. Ella se sumergía, quería empaparse de la otra persona. Lo que no era tan probable es que yo pudiera contestar y saciar su necesidad de saber.

En aquel momento pensé que quizás yo solo dispusiera de unas horas escasas con ella en aquellas semanas antes de terminar mi encargo y largarme, pero tal vez aquello no fuera un motivo para alejarla de mí. Vi como subía sus uñas por mi pecho y supe que no quería largarme a ningún sitio.

—Buenos días.

—Buenos días.

—¿Qué pasa? ¿Estás analizándome mientras duermo? —preguntó.

—No. Estaba pensando en cómo un cuerpo tan pequeño puede emitir unos ronquidos tan terribles —mentí divertido.

—¿Qué dices? Yo no ronco.

—¿Que no roncas? Pero si por un momento he pensado que echarías el edificio abajo.

Se rio con ganas.

—Mentiroso.

Me reí en respuesta y sentí ganas de abrazarla, pero me pareció demasiado íntimo. Estar desnudos estaba bien, abrazarla mientras nos reíamos exudaba intimidad y complicidad, mejor no acelerar tan rápido.

—Te estaba vacilando. Es cierto, no roncas. Solo haces unos ruiditos de lo más adorables mientras duermes.

Ensanchó una sonrisa todavía medio dormida. Aun así, estaba preciosa.

—Yo no hago ningún ruido.

—Habrá que preguntarles a tus amantes.

—No ha habido tantos.

Por algún motivo, quise saber cuántos y si se despertaba así con ellos, completamente dormida y pegada a sus costillas, como si quisiera meterse dentro de sus cuerpos, como había hecho conmigo.

Le acaricié el cabello.

—¿Estás pensando en cómo escapar de mi cama?

Sonreí.

—¿Por qué supones que quiero escapar?

—No lo sé. Quizás eres emocionalmente inaccesible y llevas demasiado tiempo en la cama de una chica.

—¿Te han dado esa excusa muchos tíos?

Pensó un momento.

—Mmmm… Creo que alguno sí. Aunque no diciéndolo de forma clara. Era más una declaración tácita en las cosas que hacía o dejaba de hacer. —Hizo una pausa. Sus uñas seguían acariciando el vello de

mi pecho—. En realidad, creo que todas las chicas se han encontrado con algún tío así alguna vez.

Solté una carcajada.

—¿Por qué te ríes?

Ladeó la cabeza. Los rizos cayeron hacia la parte derecha de su rostro.

—No sé, porque creo que las cosas son mucho más sencillas que eso.

—Ah, ¿sí?

Me miró con aquellos ojos de tormenta.

—Sí. Lo que pasa es que nos gusta buscar una respuesta para todo, aunque sea forzada —opiné—. Especialmente, os gusta a las mujeres. Necesitáis tener una respuesta para cerrar una relación que ha ido mal. Decir que el tío era emocionalmente inaccesible es una buena forma de hacerlo, pero los hombres somos mucho más sencillos que todo eso. No necesitamos tantas explicaciones porque no les damos tantas vueltas a las cosas. Lo más probable es que si un hombre no está con una mujer es porque no quiere estar, no hay que buscar explicaciones demasiado complejas.

Se apoyó sobre un codo y me miró. Me estaba evaluando. Lo hacía a menudo, podía sentirlo.

—Bien. Siguiendo tu retórica, asumo que quieres estar aquí y no largarte corriendo.

Se mordió el labio. No se daba cuenta cuando lo hacía ni el efecto que eso podía tener en un hombre.

—La verdad es que estaba pensando en levantarme porque tengo muchísimo trabajo y no quería despertarte. No es que estuviera pensando en cómo escapar porque necesitara salir de tu cama. Era más bien mi conciencia, que me estaba recordando todo el trabajo que tengo pendiente.

Era cierto que pensaba que los tíos que soltaban ese tipo de excusas lo que buscaban de verdad era deshacerse de una mujer con la que no querían estar. Aunque la realidad era que yo era inaccesible en otro sentido, pero eso no tenía nada que ver con ella. No podía contarle muchas cosas, no podía decirle por qué era tan importante aquel trabajo ni por qué tenía que largarme después. No

podía ser sincero ni con ella ni con nadie, pero eso no me hacía emocionalmente inaccesible, ¿o sí?

Lo pensé unos segundos más. La verdad era que no me quedaba familia directa ni tenía grandes amigos con los que abrirme. Hacía años que no compartía verdadera intimidad con una persona, intimidad de esa en la que le abres las compuertas de tu vida a alguien y dejas que conozca todos los recovecos de tu existencia, pero eso se debía a las circunstancias de mi trabajo. En ese sentido, sí que podría entenderse que era un poco inaccesible, pero en cuanto a mis emociones, estaban a flor de piel, allí, con ella a mi lado.

Beca dudaba. Sabía que a veces le costaba seguirme, no me extrañaba, pero eso no tenía nada que ver con lo que deseaba hacer, ni con lo que ella me hacía sentir, sino más bien con lo que podía o no hacer. Era un difícil equilibrio para mí porque Beca era una de esas personas que quieren saber, que se alimentan de lo que la otra persona le da. Sabía que a Beca no le valía solo con lo que le hacía sentir una caricia. Ella quería devorar otras partes menos tangibles de mí.

Le acaricié el mentón. Tenerla desnuda a mi lado era una puta maravilla y no tenía ningún pudor en volver a demostrarle lo mucho que me gustaba a plena luz del día. Todas las emociones y sensaciones que ella despertaba en mí.

—Está bien —murmuró—. Pensé que igual ayer te había arrollado y ahora quizás no te sintieras tan seguro de querer estar aquí.

¿Arrollarme? Me pareció adorable.

Me senté en la cama.

—Oye, Beca, te voy a ser sincero —al menos, todo lo sincero que podía serle—. A mí difícilmente podrías arrollarme con tu tamaño.

Se rio y se relajó la tormenta de sus ojos.

Sabía que quería más, eso crepitaba en su piel. Quizás no podría darle aquello de lo que ella ansiaba alimentarse. Sabía cómo era, solo había que echar un vistazo a su casa para ver el tipo de cosas que le gustaban: las cosas con historia, con alma. Aquellas

que contaban algo, que significaban algo. Tenía de todo. Mesitas antiguas. Jarrones, joyeros, piezas de colección. Muebles que habían pertenecido a otras personas, que habían contado otras historias. Espejos en los que se habían mirado otras mujeres. Ella trataba de adueñarse de lo que desprendían todas aquellas cosas. Arañaba con deseo los secretos que guardaban. Ella era acumuladora. Llenaba su inmenso piso de todas aquellas antigüedades mientras que yo trataba de vivir ligero de equipaje y de no apegarme a demasiadas cosas materiales, por si tenía que salir corriendo. Ella vivía sumergiéndose en las profundidades. Para ella el sexo era más que sexo, lo supe desde el primer instante, pero, aun así, sin poder darle todo aquello, me resistía a irme de su cama. Esperaba que los dos pudiéramos manejar aquello sin llegar a quemarnos.

Por otro lado, a pesar de aquella necesidad de rascar pedazos de los recuerdos de otras vidas, de ser tan acumuladora, Beca era mucho más. Era un coctel de inmensidad. Había algo muy salvaje y aventurero en ella.

Separó la sábana que la tapaba para mostrarme sin ningún pudor las costelaciones que se dibujaban sobre su cuerpo y en las que yo ya me había sumergido. Acaricié la piel de su vientre. Mi mente se llenó de calor, pensé que quizás no me importaría quemarme un poco.

—Podría intentarlo —dejó caer—. Quizás no pueda arrollarte, pero hay otras formas de doblegar hasta a la montaña más alta…

Se removió. Verla así y escucharla retarme me la puso dura.

Me olvidé del trabajo, de los problemas y del motivo por el que estaba en Madrid.

—Inténtalo. Quiero ver cómo lo haces —confesé.

Beca terminó de retirar la sábana para verme a mí en todo mi esplendor. Que era mucho, para qué negarlo.

—Bien, veo que ya tengo medio trabajo hecho.

Me reí, y ella me miró con una mirada seductora que, unida a aquel lunar de su labio, la acercó más al Hollywood de los años cincuenta. Muy cercana a Ava Gardner, Katherine Hepburn o Marilyn Monroe.

Se encaramó encima de mí y me acarició con firmeza. Dejé de reír al momento. Eché la cabeza hacia atrás. Desde luego esta montaña no estaba hecha de piedra. En sus manos me sentía un volcán a punto de estallar. Ella sonrió cuando comprobó que me tenía cogido por las pelotas…

—¡Joder, Beca!

—¿Sigo?

No todas las chicas sabían tocar a un tío, a pesar de que no teníamos muchos secretos, pero ella era…

—¡Sí! —exhalé.

Beca echó mano de los preservativos y me preparó. Después se deslizó con suavidad encima de mí. Entré en su cuerpo, acoplándome por completo. Estaba húmeda, apretada… ¡A la mierda el trabajo y las obligaciones! Quería morir allí. Podría prometerle lo que quisiera si seguía meciéndose así encima de mí, con aquellos rizos balanceándose sobre sus pechos.

Entonces recordé que no estaba solo en aquello, reaccioné y la acaricié. Beca se abrió para que pudiera tocarla, a pesar de que yo estaba a punto. La toqué, la escuché.

—Espera.

—¿Qué? —pregunté tratando de no dejarme ir.

Beca se bajó y se tumbó. Tiró de mi cuerpo, colocándome detrás de ella, tumbados en la cama. Me aferré a su cadera. Me hundí en ella mientras mi boca besaba su nuca.

—¡Más! —murmuró.

—Pensé que estabas preocupada por que resultara impactante…

Gimió, hundiendo la cabeza en la almohada.

—Ya no me asustas —murmuró mirando hacia atrás con los ojos embriagados.

Me hundí más profundamente en ella.

Quizás a ella no la asustara, pero a mí sí que comenzaba a asustarme lo que estaba sintiendo. Hacía muchos años que no sentía algo así. Aquello era sexo. Sexo desinhibido, sin prohibiciones ni cortafuegos. Sin embargo… Había algo más.

Me quedé sin sangre en el cerebro.

No podía pensar.
La vi deshacerse en mis manos.
Los rizos negros de Beca lo llenaban todo.
Exploté.

Capítulo 11

Nuestros ancestros

Beca 

—Está casi todo —indiqué acercándome al salón—. Tengo una cafetera americana al fuego.

Era la una de la tarde. Después de hacerlo unas tres veces más esa mañana, con una siesta de por medio, decidimos ducharnos y salir de la cama. Nos habíamos saltado el desayuno, así que había improvisado un *brunch*. Había preparado unos huevos revueltos, un bol de fruta, yogur con cereales, panecillos calientes con mermelada y mantequilla, zumo natural y el café en breve estaría.

Salí a mi inmenso y abarrotado salón para buscar a Filip.

—Menos mal que tenías prisa por irte a trabajar a las ocho de la mañana —lo acusé.

—De eso tienes tú toda la culpa.

—Es cierto. Recuerdo haberte atado a mi cama.

Levantó una ceja desde donde estaba moviendo la cabeza y dirigió la mirada hacia los objetos que centraban su atención.

—No me des ideas —murmuró, cogiendo una foto entre sus manos.

La sola idea hizo que me burbujeara el estómago. Él y yo en una cama con cuerdas podía ser… Bueno, no lo había probado nunca, pero estaba dispuesta. Con él lo haría.

Él curioseaba en uno de los muebles del fondo del salón. Era de madera antigua. Tenía varias puertas, pero también estanterías. Justo allí tenía algunas fotografías familiares. Filip las ojeaba. Supongo que sentía curiosidad. Me pareció natural el hecho de querer saber más de la persona con la que acabas de llegar al orgasmo varias veces. Por otro lado, Filip no daba mucho. Él no contaba ni saciaba mi curiosidad. Ya me había dado cuenta de ello

en estas semanas y, para una yonqui de las buenas historias como yo, aquello era algo así como estar a dieta.

No me percaté de cuál era la fotografía que tenía entre sus manos hasta que llegué hasta él. Era una imagen de mis padres. La tenía sin marco, escondida por detrás de otras. Incluso tenía una cajita de plata delante que la tapaba en parte. Sin embargo, él había llegado a ella.

Vio como había cambiado mi expresión al verla. La libido se me bajó hasta los pies.

Cogí la fotografía entre mis manos.

Amaba y odiaba aquella fotografía.

—¿Tus padres?

Lo adivinó. Supongo que no era demasiado difícil hacerlo.

—Sí, mis padres.

En la fotografía se veía a una pareja joven, de cuarenta y algo, al lado de una avioneta privada. Ambos estaban estupendos. Eran guapos, poderosos y estaban enamorados. Se les veía muy sofisticados… Lo tenían todo. Recordaba aquel día, unos dieciocho años atrás. Mis hermanos y yo nos habíamos quedado en la casa de mi abuela materna, mi abuelo ya no vivía en aquel entonces, y mis padres iban a pasar la tarde entre las nubes, ¿había algo más romántico? Mi padre tenía los permisos para pilotar en avioneta, y allí estaban, a lo Grace Kelly y Rainiero de Mónaco, enfrente de la única avioneta que había tenido mi familia en propiedad.

Acaricié la fotografía.

—Me dijiste que habían muerto.

Asentí.

—Sí, murieron este día, yo solo tenía nueve años, pero lo recuerdo perfectamente —contesté—. Supuestamente, mi padre sabía pilotar muy bien. Tenemos algún vídeo guardado de algunas salidas en avioneta que solía hacer con mi madre. Sin embargo, supongo que ese día no supo manejarse bien. Dicen que hacía un tiempo algo tormentoso. No lo parece en la foto, ¿no?

—No.

—Pues, al parecer, había algo de viento. Aun así, se podía volar. Si no, no los hubieran dejado salir, pero quizás él no había pilotado

antes en esas condiciones y bueno, ya te imaginarás. —Hice una pausa—. Salieron del aeródromo de El Molar sobre las seis y media de la tarde. Parece que perdió el control de la avioneta unos quince minutos después.

Filip estaba en silencio.

—Lo lamento.

Asentí.

—Yo también.

Sabía que la imagen era trágica. Siempre producía el mismo efecto. Se les veía tan espléndidos en aquella instantánea que la gente se quedaba un poco fuera de juego cuando les decía que era la del día en que habían fallecido.

Coloqué la fotografía donde estaba: detrás de las que sí tenían marcos y de la cajita de plata, donde las otras fotos ocultaran las sonrisas de mis padres. Una historia de amor y poder con final trágico.

—¿Estos son tus hermanos? —preguntó tras coger una foto en las que estábamos los tres.

—Sí, es mi dieciocho cumpleaños.

Filip me miró con aquella expresión en la que las comisuras de sus labios querían formar una sonrisa y levantó una ceja.

—Ya lo había adivinado.

No era difícil; en la instantánea había una tarta con las velas del dieciocho. A mi derecha estaba mi hermano, que entonces tenía unos veintitrés años, y a mi izquierda mi hermana, con veintiuno. Los dos me abrazaban. Mi abuela había hecho aquella foto. Me daba la impresión de que habían pasado muchos años desde entonces, que la escena pertenecía a la prehistoria.

Ahora, nueve años después, hacía tres años que mi abuela se había marchado. Mi hermano llevaba desde los veinticinco en Nueva York y mi hermana hacía un par de años que se había instalado en París. No solíamos juntarnos habitualmente, ni tan siquiera en Navidades. Creo que se debía a que cuando estábamos juntos éramos más conscientes de nuestra orfandad. Mi hermano estaba en Nueva York al frente de la empresa que habían levantado mis padres dedicada a los bienes raíces. Era una de las empresas inmobiliarias

de más peso del sector. El negocio de los bienes raíces lo habían levantado gracias a la ayuda económica recibida de mis abuelos. Tanto mis abuelos maternos como los paternos estaban en muy buena posición económica para ayudarlos a levantar su empresa. Incluso les habían adelantado en vida parte de su herencia para que pudieran tener la solvencia que necesitaban. No deja de ser algo irónico, ya que mis padres murieron muy jóvenes y, si hubieran seguido el orden natural de las cosas, no habrían disfrutado de las herencias de sus padres.

Mi abuelo materno había sido un banquero que hizo su fortuna en los años sesenta. El negocio de la banca había dado dinero, especialmente, cuando se había vendido a un banco más grande. Mi abuela materna había sido una mujer de su casa, pero ella era el auténtico cerebro de aquel matrimonio. Había sido ella la que había guiado a mi abuelo al éxito en las finanzas. Todas las decisiones en lo que respecta a entrar en el mundo de la banca, expandirse y vender habían sido de mi abuela. Ella era el genio, él, el ejecutor.

La otra parte de la fortuna familiar venía de mi familia paterna, originaria de Francia. Ellos habían cultivado fresas. De hecho, el negocio lo habían empezado mis bisabuelos y lo había heredado mi abuela paterna de sus padres. Ella amplió el negocio a la fabricación de mermelada con las fresas que cultivaban. Mi abuelo siempre trabajó a su lado, pero todas las ideas y el emprendimiento vinieron de ella. Llegó a ser, en su momento, la mejor mermelada de toda Francia.

La finca original de mis bisabuelos, donde estaba la casa, todavía la conservábamos, e íbamos de vacaciones de vez en cuando. Aunque era muy grande y algunas de sus dependencias requerían una puesta a punto. Los grandes terrenos, cercanos a la casa, donde se habían mantenido por décadas las plantaciones de fresas, se habían vendido. Mis hermanos habrían vendido aquella propiedad también, pero yo no lo había permitido. Amaba esa finca, me sentía enraizada a ella, como a los muebles antiguos, las porcelanas, los espejos; todo lo que había formado parte de las casas de mis abuelos y de mis padres.

Lo que sí habíamos vendido era el piso de mis padres en Madrid, porque a todos nos resultaba muy difícil estar en él. Nos hacía sentir eternamente huérfanos. Conservábamos el piso de mis abuelos maternos, que era nuestra casa familiar. Situado unas calles más arriba del piso que yo había comprado y en el que vivía desde hacía dos años.

A mi piso había trasladado parte de aquel universo de cosas antiguas de las diversas propiedades de mi familia.

—Álvaro y Candela —comenté mirando la fotografía.

—Están en Nueva York y París, ¿no? Creo que me contaste algo al respecto.

—Sí. Álvaro, en Nueva York y Candela, en París, dirigiendo las sedes de nuestra empresa inmobiliaria en ambas ciudades. —Miré con cierta añoranza la fotografía—. Tendrías que verlos, a los dos, parece que hayan nacido en esas ciudades. No se puede ser más parisina que Candela ni tener un perfil más de alto ejecutivo de Manhattan que el que transpira Álvaro por cada poro de su piel.

—¿Estáis en más ciudades?

—No, en esas dos. Bueno, al margen de la primera sede, la más antigua, claro, que es la de Madrid.

—En la que deberías estar tú.

Negué con la cabeza.

—No, gracias. Hay en ella un gerente estupendo. Mi hermano es el presidente de Nueva York, Candela, de París y, respecto a la sede de Madrid, tienen una presidencia solidaria entre los dos. Yo recibo los dividendos. Es todo mi contacto con la empresa.

Filip sonrió.

—Muy cómodo.

—No puedo quejarme —declaré—. Tampoco gano el dinero que ellos ganan. Te puedo asegurar que ambos tienen muy buenos sueldos asignados. —Hice una pausa—. Ellos quisieron tomar el relevo, lo llevan en la sangre.

Filip me miró. Parecía evaluar hasta dónde llegaba mi situación de heredera.

—No necesitas hacer magdalenas.

Me encogí de hombros. No lo necesitaba, no. Pero que el sector inmobiliario no fuera para mí no significaba que deseara quedarme con el culo metido en la cama hasta las doce de la mañana, simplemente, disfrutando de los réditos del trabajo de mis padres y abuelos.

—Me gusta hacer magdalenas.

Mis padres habían transformado el dinero de sus respectivos padres en un negocio que había multiplicado aquel dinero. Mi padre había estudiado arquitectura y mi madre era interiorista, pero ninguno ejercía en sus respectivas carreras. Entre los dos habían cogido el dinero que le habían dado mis abuelos y habían invertido en bienes raíces: propiedades, solares, edificios, casas, pisos, edificaciones singulares. Sabían cómo comprar y vender, cómo multiplicar el valor de un terreno o un inmueble. Tenían ojo para los edificios. Mi madre era una enamorada de los edificios antiguos con techos altos, puertas de madera pesadas y llenas de carácter, y yo había heredado de ella esa pasión.

Mientras que el amor por la cocina y las mermeladas me venía de mi abuela paterna, de quien guardaba con celo su libro de recetas. Las mujeres de mi familia habían sido fuertes y tenaces, incluso Candela lo era al frente de la empresa inmobiliaria. La única mujer en *stand-by* era yo.

Sentía aquella pasión, las ganas de hacer algo quemándome en las venas, pero tenía que estar segura de qué quería hacer para dar el paso y tomar mi propio camino. No me interesaba la vida de altos ejecutivos de mis hermanos. Yo quería crear con mis propias manos. Supongo que la sangre de mi abuela paterna estaba más presente que la de ninguno de mis otros ancestros en mis venas.

El café burbujeaba. Dejé la foto en su sitio.

—Café listo.

—Me muero de hambre —declaró Filip.

—Estupendo.

Comimos en la gran mesa de la cocina mientras sonaba un disco de The Cure. Teníamos en común la música y de eso ambos hablábamos sin tapujos. Podíamos profundizar sin que Filip pusiera cortafuegos. Aquella mañana de domingo escuchando *Friday I'm In*

Love, de The Cure no pude evitar pensar que quizás no fuera viernes, pero aquel domingo tenía sabor a *Friday I'm In Love* para mí.

—Grupo y canción favorita —pregunté.

Filip era un poco difícil de descifrar, salvo en la cama, donde creo que sí lo había descifrado. Pero para mí la música decía mucho de las personas y, como era un punto en común, decidí averiguar cuánto de común.

—AC/DC.

—Bien. ¿Canción?

Filip me miró.

—*Ride On*.

¿*Ride On*? Una canción que hablaba de la soledad, de la juventud y la madurez, de la necesidad de seguir adelante solo, casi como si estuviera huyendo. ¿Eso era lo que hacía Filip? Llegaba a un sitio por un trabajo del que no podía hablar. No podía echar raíces, no había futuro. Solo un ahora y una necesidad de seguir adelante.

—Vaya —declaré, y bebí un poco de café—. Te va como un guante, supongo. Por eso te gusta.

—Quizás.

Lo estaba mirando, y miraba más de lo que Filip quería mostrar, así que cambió el foco de atención.

—¿Tú?

—*Angie*, de los Rolling.

—Muy melancólica.

—Sí —acepté—. No puedo escucharla sin emocionarme. No es que sea de esas personas que se deshacen en lágrimas con las películas o las canciones emotivas, pero esa canción tiene algo.

—Te entiendo.

Los ojos de Filip, castaños, verdes, dorados, me decían muchas cosas. Demasiadas. Quizás él también tuviera momentos melancólicos. Quizás fuéramos dos personas melancólicas que se habían conocido de la forma más disparatada. Habíamos dormido bajo el mismo techo el primer día en que nos habíamos conocido y no habíamos follado. Ahora, dos semanas después, no solo lo habíamos hecho un número de veces que me avergonzaba

reconocer en menos de veinticuatro horas, sino que sabíamos mucho más el uno del otro. Conocíamos un poco de ese barniz melancólico que ambos teníamos.

—¿Qué le pasó a tu madre?

Le cambió el gesto.

—¿Y esa pregunta?

—No sé. Yo te he hablado de mis padres, solo siento algo de curiosidad por ti. —Lo miré a los ojos, buscando aquello indescifrable —. Me has contado que tu padre falleció cuando tú eras pequeño —comenté, recordando nuestra conversación. Filip simplemente asintió —. Pero ¿qué hay de tu madre?

—Mi madre también falleció. Cuando yo estaba en el instituto.

Otra tragedia. Éramos dos huérfanos.

—¿Cómo?

Negó con la cabeza.

—Prefiero no hablar de ello.

—Está bien. —Vi como bebía de su café y no pude evitar preguntar más. Quizás él no quisiera contarme más, pero yo sí quería saber—. ¿Te criaste con algún abuelo también?

Volvió a sacudir la cabeza.

—Con nadie.

—Pero eras menor.

Hubo un silencio que finalmente Filip rompió.

—Me emancipé.

—¿Te emancipaste? ¿Cómo que te emancipaste? —pregunté sin dar crédito—. ¿Con qué edad?

Sus ojos tenían algo. Quizás la necesidad de no dejarme llegar al lugar por el que yo parecía querer caminar. Filip no quería hablar de aquello, se veía, pero, aun así, no pude evitar querer tirar del hilo.

—Con dieciséis años.

—¿Con dieciséis?

—Sí. Lo solicité con quince, cuando ocurrió lo de mi madre, pero no me lo concedieron hasta los dieciséis.

—Entonces, ¿qué hiciste mientras tanto?

Filip se limpió con la servilleta.

—Estuve durante un tiempo en un hogar de acogida.

—Pero…

—No quiero hablar de ello —me cortó.

Segundo aviso. Me pareció suficiente como para no preguntar más.

—Está bien —acepté—. ¿Más café?

El desayuno-comida siguió con café y más canciones de The Cure. Luego Filip se excusó y encontró la salida de mi casa para poder continuar trabajando. Habíamos tenido mucho sexo y algo de una intimidad que tenía la impresión que hacía mucho tiempo que él no tenía con otra persona, y aquella intimidad no tenía nada que ver con el sexo, sino con dejarse conocer de verdad. Solo que Filip apenas cedía centímetros cuando yo quería avanzar kilómetros.

En un primer momento había pensado que Filip era una persona introvertida, pero ese día comprendí que no lo era. Era una persona reservada, que es muy diferente.

No sabía si era por la vida que había llevado o por tener que firmar acuerdos de confidencialidad para no hablar de lo que hacía, pero, fuera por el motivo que fuese, Filip guardaba celosamente su intimidad. Entendí que, como a mí me había marcado aquella tarde en la que mis padres habían salido en avioneta para no volver, a él lo había marcado aquella emancipación solicitada cuando tan solo tenía quince años. Supuse que una parte de nosotros venía irremediablemente marcada por las experiencias que habíamos vivido a tan temprana edad. Éramos dos huérfanos que se habían encontrado.

Capítulo 12

Amienemigas

Salí por la tarde a pasear por Madrid. Al parecer, el maratón de sexo con Filip no me había agotado, sino que me había llenado de energía, y todavía quedaba día por delante. Así que había quedado con Sofía y Nat en el Templo de Debod, a solo unos minutos de la plaza de España.

Cuando llegué ya estaban allí, sentadas sobre el césped y bebiendo en vasos de plástico una botella de Lambrusco que Sofía había llevado. Acompañaban la bebida con una bolsa de patatas fritas.

Sofía sostenía un vaso de vino en la mano y un cigarrillo en la otra.

—Pensé que lo habías dejado —comenté mirándola.

—Lo retomé hace un par de días —confesó—. Todo lo que está pasando en mi trabajo me tiene un poco desquiciada —añadió, y le dio una calada al cigarrillo.

Suspiré. ¿Otra vez con eso?

—¡Olvídate ya de lo de tu trabajo! ¿No has tenido suficiente con la que liaste? —pregunté mientras me sentaba—. No quiero que metas a Filip en más líos. Lo de ayer fue un gran favor, no quiero que tengas que pedirle nada más.

Sofía me miró con una sonrisa ladeada y dejó escapar el humo entre sus labios. Estaba endemoniadamente guapa. El humo le pegaba mucho, con su cabello pelirrojo y sus aires de *femme fatale*.

—Pues la verdad es que me encantaría pedirle otro favor, y creo que él estaría dispuesto a hacérmelo —replicó con intención.

La fulminé con la mirada.

—Olvídate de eso.

Me miró ensanchando la sonrisa. Sofía sabía leerme.

—¿Por?

—Porque quiero que te olvides y punto.

Se acercó nuevamente el cigarro a los labios.

—Te lo has tirado.

Nat se sirvió más vino, parecía ignorarnos, como si directamente aquella conversación no fuera con ella.

—Pásame las patatas. —Fue lo único que dijo.

Sofía le lanzó la bolsa, que Nat cogió al vuelo para, posteriormente, ponerse a comer patatas.

—¿Te lo has tirado? —Esta vez me lo preguntó.

—¿Para qué lo quieres saber, Sofía? —pregunté molesta—. Porque si no me lo he tirado, ¿crees que te lo puedes tirar tú? ¿Es eso? ¿Tan segura estás de ti misma?

Me arrepentí al momento de haberlo dicho. ¿Cómo no iba a estar segura de sí misma? La pelirroja estaba increíble en el marco incomparable del Templo de Debod. Era sexi, más sexi de lo que yo sería jamás. Su atractivo lo completaba Satanás, sentado a su lado.

—Bueno, es un tío, ¿no? —respondió como si con eso lo dijera todo: él era un tío y cualquier tío querría acostarse con Sofía—. Además, ayer nos reímos, así que sí, creo que él no tendría ningún problema en acostarse conmigo.

—Hum, ¡cómo no! —murmuró Nat con la nariz metida en la bolsa de patatas.

—¿Algún problema? —preguntó Sofía.

Entonces Nat la miró.

—Eres incapaz de conocer a un tío y no acostarte con él.

Sofía se ofendió.

—Me acostaré con él si me da la gana. ¿A qué viene eso, Natalia? Yo no me avergüenzo de tener una vida sexual activa. Me gusta conocer hombres, y sí, me gusta follar.

En ese momento me acordé de por qué la llamaba demonia. Sofía podía prender fuego y hacer arder el mundo entero en un momento. Incluyéndonos a nosotras.

Satanás comprendió que Sofía estaba molesta. Nos miró tanto a mí como a Nat, por si fuéramos una amenaza.

—Será si le da la gana a él —siseé molesta.

—¿Qué? —preguntó volviendo la vista hacia mí.

—Digo que te acostarás con él si a él le da la gana. Supongo que él tendría algo que decir al respecto. —Hice una pausa—. En todo caso, sí, me he acostado con él, y si eres mi amiga, respetarás eso.

Entonces el ceño fruncido de Sofía cambió y me miró con una mirada clara y despejada. En cuestión de segundos su actitud era otra.

—Joder, ¡bien! ¡Por fin! Pensé que te ibas a *virginizar* —declaró abrazándome. Satanás tuvo que echarse a un lado para que no lo arrollara—. Me alegro mucho por ti. Si es así, puedes estar segura de que no me inmiscuiré. Estaré a varios kilómetros de tu edificio, para que podáis echar abajo las paredes con total discreción.

—No hacía tanto tiempo —murmuré sintiendo como me ruborizaba ligeramente. Yo no era una mujer que se avergonzara de su intimidad, pero es que Sofía era demasiado abierta.

—Dejaste a Bruno en diciembre… Así que has pasado un largo invierno de sequía, pero ya sabes que en primavera siempre sale el sol —añadió levantando una copa a modo de brindis por mi retomada vida sexual.

Moví la cabeza a ambos lados y no pude evitar beber del vaso de plástico que Sofía me había dado para celebrar.

Nat estaba en silencio.

La miré, ella miraba a Sofía.

—¿Qué pasa, Nat? —pregunté.

Sofía la miró y se dio cuenta de que ella centraba toda la atención de Nat.

—¿Qué? —preguntó a su vez.

—Amienemiga —dijo de repente.

—¿Qué? —repitió Sofía.

Yo tampoco lo había entendido.

—¿Qué dices, Nat?

Los ojos de Natalia saltaron de Sofía a mí, y vuelta.

—Digo que Sofía es una amienemiga. A simple vista parece nuestra amiga, pero en realidad se comporta como una enemiga. —La miró directamente. Nat estaba molesta, muy molesta—. ¿Por qué

tenías que provocar a Beca? Tú ya sabías que a ella le interesaba ese chico. Ya me lo habías comentado, pero tenías que decir algo. Tenías que provocarla para hacerla saltar.

Sofía no comprendía la actitud de Natalia.

—Solo la piqué un poco. Quería saber si se había acostado con él o no.

Nat la miraba con rabia.

A Nat le pasaba algo, desde hacía algún tiempo, algo que estaba latente todo el tiempo y que parecía a punto de salirle a borbotones de la piel.

—¿Y a ti qué más te da?

—Bueno, yo…

—No, en serio, ¿a ti qué más te da? —insistió—. Si Beca quiere contárnoslo, nos lo va a contar. Y si no hubiera querido, pues no dice nada y punto. Parece que se ha puesto de moda airear la vida privada de cada uno y, que yo sepa, no es obligatorio. Si a ella no le apetece, no tiene por qué decir nada. —Paró un segundo solo a coger aire antes de seguir—. Además, tú me has dicho antes que a ella le gustaba ese chico. Me lo dijiste hace un momento. Entonces, si piensas eso, ¿por qué coño tienes que decirle que si no se lo tira ella, te lo tiras tú? ¿Qué pasa? ¿¡Tienes que estar siempre compitiendo!? —Bufó antes de reiterar—: ¡Amienemiga!

La cara de Sofía era un poema.

—¡Yo no soy una amienemiga!

—¡Oh, claro que lo eres! Además, te diré algo: ¡deja de centrar todas tus conversaciones en el sexo!

—¡Yo no hago eso! —se excusó Sofía.

Aquello iba por mal camino. Las dos parecían a punto de lanzarse al barro y sacarse los ojos.

—Por supuesto que lo haces. Hablas de sexo constantemente. ¿A quién le importa tanto el sexo?

Sofía no daba crédito.

—Somos amigas. Las amigas hablan de sexo —declaró.

Miré a una y a la otra. Oficialmente, me sentía en una cancha de tenis.

—Amienemigas —la corrigió Nat—. Somos amienemigas. Beca y yo somos amigas. Nos deseamos buenas cosas. Tenemos consideración la una con la otra. Nos ayudamos, nos motivamos, nos escuchamos e incluso nos damos espacio cuando es necesario. Tú haces otras cosas.

Hora de intervenir.

—Bueno, a lo mejor estamos demasiado enfadadas y estamos diciendo cosas que no pensamos —me incluí para suavizar, a pesar de que yo no había dicho nada—. Es mejor que nos tranquilicemos las tres.

—¡Eso! ¡Tranquilízate! —siseó Sofía mirando a Nat.

La pelirroja estaba enfadada, pero esa no era su única emoción. La conocía bien y sabía que en ese momento estaba dolida, muy dolida. Nat había dicho algunas cosas en las que se había pasado; Sofía no era nuestra amienemiga, era nuestra amiga. Aunque era verdad que en ocasiones era un poco picona y podía llegar a herir. Además, estaba su constante competitividad. Competía en el trabajo, competía con nosotras sin darse cuenta y hasta competía consigo misma subiendo las series de ejercicios cada mañana. Sí, Sofía podía llegar a ser un poco irritante, pero nos quería. Eso sí, tenía que aprender a querer un poco mejor y a competir menos.

Nat cogió la bolsa de patatas y se metió dos o tres juntas en la boca. Las masticó y las tragó. Parecía rumiar algo. Finalmente lo soltó.

—Además, para que lo sepas: ¡nadie necesita hablar tanto de sexo! —declaró—. Al menos, yo no lo necesito. No me interesa ese tema de conversación.

Miré a Nat. ¿Qué le pasaba? ¿Por qué se ponía así? Es verdad que a veces tenía roces con Sofía, pero esto… Esto era otra cosa.

De repente lo soltó, como una bomba.

—La verdad es que no me interesa el sexo en absoluto.

¿A qué venía aquello?

Entonces Sofía la miró. Se le pasó el enfado y se detuvo, como yo, a indagar en lo que Nat nos estaba diciendo. Nuestra amiga había estado muy distante, muy fría y reservada. Hacía tiempo que

se guardaba muchas cosas dentro, y ahora estaba hablando. Supe que estaba diciendo mucho y que era hora de prestar atención.

—¿Qué te pasa, Nat? —pregunté.

Soltó la bolsa de patatas y nos miró.

—Lo que he dicho: que no me interesa el sexo.

Hasta Satanás comprendió que aquello era importante, porque levantó las orejas y nos observó.

Nat tomó aire y volvió a hablar.

—No me interesa. No me llama la atención. He llegado a la conclusión de que ni siquiera me gusta demasiado.

La mandíbula de la pelirroja se descolgó.

—¿Qué estás diciendo? —Sofía no podía dar crédito.

—No me extraña que te cueste tanto entenderme.

—Hombre, es que lo que has dicho…

—¡Déjala, Sofía! —le pedí—. Deja que Nat se explique.

Nat me miró agradeciendo que fuera su amiga y la dejara hablar, y no una enemiga que necesitara discutir todo lo que decía.

—No me interesa el sexo. Creo que nunca me ha interesado de verdad, no al menos como a otras personas.

—Pero ¿y Diego?

Suspiró y miró la bolsa de patatas.

—A Diego lo he querido mucho, muchísimo… Pero ya no…

—¿Ya no folláis? —preguntó Sofía.

—Sofía… —murmuré.

—¡Bah, déjala! —se rindió Nat, cansada de pelear con su amienemiga—. No, no follamos.

Satanás ladró. Al parecer, aquello lo escandalizaba tanto como a su dueña.

—¿Desde cuándo? —preguntó la pelirroja.

—Desde hace más de medio año. No sé, ocho o nueve meses quizás, pero antes tampoco lo hacíamos mucho.

Sofía la miró con horror, casi como si hubiera blasfemado delante del Papa.

—Será porque lleváis muchos años —murmuré.

Nat negó con la cabeza.

—Nunca he sido muy sexual.

—Pero Nat… —Esta vez Sofía parecía querer hablar con cuidado de no decir algo que la hiriera—. Diego y tú sois jóvenes; cuando empezasteis, él tenía que tener mucha libido.

Sofía se colocó el cabello detrás de la oreja.

—Supongo, pero como yo nunca he sido demasiado activa, creo que se adaptó. Para mí con una vez de vez en cuando estaba bien. Además, lo he querido mucho, y al quererlo pues también lo hacía por él, la verdad. Pero es que ahora…

—¿Ahora qué? —preguntamos Sofía y yo a la vez.

Satanás miró fijamente a Natalia.

—Ahora lo que había entre nosotros ya no está —confesó al fin —. Al menos, por mi parte. Por lo que, si ya nunca me interesó mucho el sexo, pues ahora nada.

—Entonces, ¿es por eso que no viene Diego? ¿Estáis mal?

Nat asintió.

—Sí, estamos mal, por decirlo de alguna manera. Creo que nos hemos convertido en compañeros de piso, y el problema es que nadie habla de cortar cuando es lo que deberíamos estar haciendo.

Ni Sofía ni yo nos atrevimos a decir nada al respecto. Opinar sobre cuándo debe cortar una amiga con su novio siempre es una mala idea. Nuestra opinión podría volverse contra nosotras en cualquier momento. ¿Y si al final no rompían? ¿O si le aconsejábamos romper y después decidían darse otra oportunidad? Era un asunto peliagudo.

—Además, hay otra cosa…

—¡Eduardo! —exclamé, segura de que su exjefe tenía algo que ver con aquel cambio con Diego.

—¿¡Qué!? —preguntó Natalia sorprendida—. ¿Hablas de mi exjefe?

—Sí —murmuré ya poco segura—. Pensé que ibas a decirme que estabas enamorada de él.

Natalia negó con la cabeza.

—¿De dónde has sacado eso?

—No sé, como quedas tanto con tus excompañeros para rajar de él…

El rostro de Natalia se suavizó.

—¿Quién no despotrica sobre un exjefe cuando se encuentra con sus antiguos compañeros de trabajo?

Comprendí que me había equivocado por completo. Que me había montado una película. A ver, no es que pensara en ello constantemente, solo que cuando se juntaba con sus amigos para poner verde a su exjefe, me daba la sensación de que había demasiado amor-odio por su parte. En vista de la cara de desagrado de Nat, me quedó bastante claro que había solo odio, nada de amor.

Sofía se había quedado callada y me miraba con cara de *¿qué película te estás montando?* Me arrepentí por completo de mis divagaciones.

—¡Perdona, Nat! Se me ha ido la cabeza —me excusé.

—No te preocupes —me disculpó sin darme importancia—. Eduardo no me interesa en absoluto. No me interesa ningún hombre en realidad. Es otra cosa.

—¿Qué? —murmuré.

Nat nos miró. Primero a mí, después a Sofía y, finalmente, a Satanás.

—Quiero tener un bebé.

—¿Que quieres qué? —preguntó Sofía—. ¡Pero si acabas de decir que no quieres follar!

Nat movió la cabeza negativamente.

—No quiero follar, quiero tener un bebé.

La cabeza de la pelirroja cortocircuitó. He de confesar que a mí también me estaba costando seguir a Nat, solo que yo no era tan abrupta en mis opiniones.

—¡La mecánica de una cosa es necesaria para la otra! —replicó Sofía.

—No necesariamente.

—¿Qué quieres decir, Nat? —pregunté.

—Que hoy en día hay otras formas.

Ahora sí que no la podía seguir.

—¿Qué otras formas?

Nat dudó, pero finalmente habló.

—He estado leyendo sobre la inseminación artificial.

—¡No puedes estar hablando en serio! —soltó Sofía.

La pelirroja estaba completamente desencajada. La entendía; yo también estaba alucinando, pero así no estábamos ayudando a Nat.

—¿Qué pasa? —preguntó Nat a la defensiva al sentirse atacada —. ¿Por qué no puedo explorar esa opción?

—¡Porque tú tienes novio! —respondió Sofía, por si nuestra amiga lo hubiera olvidado—. ¿Cómo te vas a inseminar? ¿No quieres que te folle Diego y quieres inseminarte? ¡Si no te gusta Diego, fóllate a otro!

Nat negó. No la estábamos entendiendo, se sentía muy incomprendida.

—No es eso. Quiero tener un bebé. El sexo no me interesa. Hace mucho tiempo que es así. Te lo acabo de explicar —insistió mirando directamente a Sofía—. No soy sexual. Me puede apetecer, no sé, quizás un par de veces al año. ¿Crees que así voy a conseguir un bebé?

Sofía se pasó las manos por el pelo. Bueno, una; en la otra tenía una colilla consumida.

—Pero ¿¡por qué quieres tener un bebé!?

Nat puso los ojos en blanco.

—¿En serio, Sofía? ¿Por qué quiere tenerlo el resto de la gente?

—¡No lo sé! —declaró—. Me parece un puto misterio, maja. Pero tú eres joven, tienes mucho tiempo para tener hijos. Como también para hacerlo en el futuro con otro novio, con uno con el que te apetezca acostarte.

—¡Que no quiero follar! —declaró levantándose—. Sabía que no me entenderíais.

Nos miraron unos amigos que estaban sentados un poco más allá. Sonreí incómoda y me levanté después de Natalia.

—¡Eh, vamos, Nat! Espera, no te vayas así.

Natalia meneó la cabeza.

—Lo siento, Beca. No me apetece quedarme. Prefiero marcharme.

No sabía qué hacer. No quería insistir si ella necesitaba estar sola.

—Está bien, pero llámame y hablamos —propuse.

—Eso, llámala a ella, ya que yo soy la encarnación de Lucifer —rumió Sofía mirando hacia otro lado.

Nat la miró desde arriba y no dijo lo que pensaba, pero yo sabía lo que era: jamás llamaría a Sofía para buscar apoyo. No lo encontraría en su amienemiga.

—Adiós, ya nos veremos otro día —se despidió Nat.

Le di un beso.

Sofía hizo un gesto con la cabeza.

Me senté en el suelo, al lado de Satanás, mientras Sofía comprobaba que no quedaba Lambrusco en la botella. Encendió otro cigarro mientras miramos como Nat se alejaba.

—No la entiendo, villana —declaró—. ¡Te juro que no la entiendo!

—Quizás Nat no necesita que la entendamos, solo que la apoyemos.

Sofía dejó que el humo se escapara de entre sus labios y no dijo nada.

Satanás se relajó y se estiró sobre el césped para absorber los rayos de sol de la media tarde.

Siempre habíamos sido tres personas muy diferentes. Nuestras diferencias siempre me habían parecido algo positivo, que hacía que nos complementáramos. Sin embargo, ahora, cada vez que Nat y Sofía estaban juntas, sentía que me enfrentaba a una competición de boxeo, me preguntaba si realmente éramos capaces de ponernos en la piel de la otra persona para apoyarnos. ¿No es esa la finalidad de la amistad? Estar al lado de la otra persona sin juzgarla, aunque no comprendas o compartas sus decisiones. En ese momento, supe que Nat no nos lo había contado antes porque sabía que, en el fondo, nos costaría simplemente apoyarla sin entrar a juzgarla.

Capítulo 13

November Rain

Llamé al timbre de Filip a las nueve de la noche. Apenas tardó unos segundos en abrirme. En cuanto lo hizo, comprobé que, mientras yo pasaba una tarde complicada con mis dos mejores amigas en el Templo de Debod, él había aprovechado para afeitarse aquella barba de unos días que solía llevar y que había rascado mi piel la noche anterior, y esta mañana, para qué negarlo. Sentí el impulso de tocarle la cara y ver cómo de suave estaba.

—Te has afeitado. —Fue lo primero que dije.

—Ya tocaba —comentó con una mirada relajada.

Levanté un poco la bandeja que traía entre las manos y que tapaba un bonito paño de cocina de cuadros amarillos.

—Traigo cena —comenté—. Supongo que, ya que hemos tomado un *brunch* hace horas, ya tendrás bastante hambre.

Las comisuras de los labios de Filip estaban a punto de tirar hacia arriba; seguramente, estaba pensando lo mismo que yo, que yo había ido hasta allí buscando saciar otra cosa, además de mi apetito. ¿Qué podía decir? A mí sí me interesaba el sexo, al contrario que a Nat, y al haber estado privada de él tantos meses, ahora tenía hambre atrasada. Filip había desatado a la bestia y ahora tendría que alimentarla.

—Pensé que venías buscando otra cosa —dejó caer, materializando mis pensamientos.

Sentí calor en el estómago.

Sus ojos, llenos de amarillo, castaño y verde, me miraron. Mi mente estalló, recordando sus miradas con aquellos mismos ojos llenos de colores y tonos imposibles mientras me penetraba.

—Eso también —confesé.

Un brillo centelleó en sus ojos.

—Estupendo.

—Estupendo —repetí.

Filip se echó a un lado, invitándome a entrar.

—Por favor, pasa a mi humilde morada.

—No tan humilde, te recuerdo que son casi doscientos metros.

—Y yo te recuerdo que esto es un alquiler, yo no percibo dividendos de un *holding* inmobiliario.

Levantó una ceja.

—Sí, se ve que tú vives en la pobreza —repliqué con sorna.

Ambos nos reímos.

Temía que el hecho de haber tocado temas sensibles al final del *brunch* esa mañana hubiera dejado las cosas un poco raras entre nosotros, pero, al parecer, mis miedos eran infundados. Él no había querido hablar de cómo había muerto su madre, ni de su paso por un hogar de acogida. Podía comprenderlo; al fin y al cabo, cada uno tenía sus propios fantasmas, y el hecho de que yo me sintiera lo suficientemente cómoda con él para hablar de la muerte de mis padres no quería decir que él también tuviera la misma facilidad que yo para hablar de determinadas cosas. Especialmente, cuando él era forzadamente reservado. En todo caso, entré segura de mí misma, sabía cuándo era bien recibida y él quería que yo estuviera allí.

—¿Qué es? —preguntó siguiéndome hasta la cocina, donde dejé la bandeja sobre la encimera.

Lo miré. Sabía que le encantaba comer.

—Fajitas de pollo con mucho pimiento, champiñones, cebolla y queso. Mi secreto está en especiar bien el pollo y ponerle mucho limón.

—Seguro que está buenísimo.

—Desde luego. No me verás cruzar esa puerta con algo con lo que no te mueras del gusto.

Me miró y negó con la cabeza.

—Me voy a ahorrar la réplica —comentó divertido—. Pero empiezo a pensar que pretendes seducirme a base de comida.

—Dicen que por el estómago es una buena forma de conquistar a los hombres. —Esbocé una sonrisa ladeada, yo también sabía jugar a aquello—. Aunque pensaba que ya te había seducido.

Filip deslizó una mano por mi cuello y la hundió en mis rizos negros.

—Es posible —murmuró cerca de mis labios.

—Te vas a chupar los dedos —declaré.

Filip me miró con una promesa en los ojos.

—Te creo, pero antes estaba pensando en otra cosa...

Ensanché mi sonrisa y él apoyó una mano a cada lado de mi cuerpo sobre la encimera. Quedé entre sus inmensos brazos y su tórax tamaño XXL. Subí la mirada hasta sus ojos. Él llevaba una camiseta de Green Day y yo, una de Led Zeppelin.

—¿En qué estabas pensando? —pregunté.

Se humedeció los labios, pero no de forma deliberada, más bien como haces cuando no eres consciente de que lo acabas de hacer. Eran unos labios muy deseables, un poco gruesos, demasiado tentadores.

—En darme una ducha —respondió.

Mi mirada centelleó. Y la imagen de Filip entre el vaho de mi baño como un yeti mejorado de la tarde anterior vino a mi mente.

—Esa es una propuesta imposible de rechazar —repliqué a escasos centímetros de su boca—. Pero antes tengo que confesarte algo.

Sentí los labios de Filip en mi cuello deslizando sus dientes lentamente. Haciendo caminos que se estaban marcando en mi piel de una forma indeleble, aunque en ese momento todavía no lo sabía.

—¿Qué? —susurró contra mi piel.

Me abracé a él tratando de abarcar su inmensidad mientras susurraba contra su cuello:

—Odio a Green Day.

Filip soltó una carcajada antes de cogerme en peso como si estuviera hecha de plumas y llevarme en brazos a su cuarto de baño.

Nunca había sido de las que se duchan con sus novios, pero pensé que podría acostumbrarme a ducharme con él. Me abracé a su cuerpo; estaba lista para otra sesión «impactante».

En esta ocasión nos arrancamos la ropa entre risas negociando que históricas bandas de *rock* estábamos dispuestos a escuchar mientras teníamos sexo. Al final gané yo y Filip puso Guns N' Roses mientras yo me metía, bajo su atenta mirada, en la ducha. Filip oscureció la mirada cuando entró detrás de mí. Durante unos instantes no me tocó, simplemente me observó, dejando que el agua cayera sobre mi cuerpo y que yo me derritiera bajo su mirada.

Entonces cogió mi rostro entre sus manos buscando algo en mis ojos, pero yo no sabía el qué. Yo quería darle aquello que estaba buscando, pero no estaba muy segura de qué era.

De repente me besó. Fue un beso largo, denso y que de algún modo me supo a despedida, y entonces me abrazó, recogiendo todo mi cuerpo en sus brazos.

—¿Qué pasa? —murmuré pegada a su cuerpo debajo de la ducha.

El agua caía pretendiendo colarse entre nuestros cuerpos.

—Nada, solo pensaba.

—Vaya, veo que no te hace mucho efecto verme desnuda si te pones a pensar en Dios sabe qué… —dejé caer solo para tratar de aligerar la presión del momento.

Me abrazó un poco más contra su cuerpo y cierta parte de su anatomía se clavó en mi vientre.

—¿Tú crees? —murmuró contra mi oído bajo la lluvia de la ducha.

La temperatura subía por nuestros cuerpos mientras lo sentía presionando en mi vientre. Pretendía distraerme con sexo, pero yo era buena buscando, averiguando qué escondían los objetos preciosos, y él era uno sin lugar a dudas.

—Ese de ahí abajo está conmigo —declaré subiendo los ojos hacia él—. Pero ¿qué está pasando por tu cabeza?

Filip me miró y besó mi frente.

—Pienso en que te voy a echar de menos.

Lo soltó así sin más, como quien deja caer una bomba: *Pienso en que te voy a echar de menos.* Se me ató algo a la garganta y sentí que me costaba hablar. Parpadeé para tratar de que no se me notara cómo me había afectado. Me ayudó el agua que caía

incesantemente de la ducha y el vaho que se había formado en el cuarto de baño envolviendo nuestros cuerpos.

—¿Te marchas? —conseguí articular.

—Todavía no, pero algún día —respondió contra mi cabello mojado—. Más pronto que tarde.

Asentí.

—Lo sé.

Me abrazó un poco más fuerte y yo hundí mi cara en su pecho.

—No sé si esto es complicarlo todo demasiado.

—¿El qué? ¿El exceso de sexo?

Filip se rió sin dejar de abrazarme.

—Sí, el exceso de sexo también... Me está friendo las neuronas.

Vi lo que dejaba caer: el exceso de sexo *también;* entonces había otra cosa. Algo a lo que él no le había puesto nombre, ni yo tampoco me atrevía a etiquetar, pero que sabía que hacía mucho que no sentía. En realidad, no estaba segura de haber sentido una atracción así con otro hombre alguna vez. Quizás con Miguel, mi primer amor, pero eso había ocurrido hacía diez años, cuando yo solo era el proyecto de la persona que era ahora.

Miguel había sido el primero en todos los sentidos, habíamos estado juntos algo así como un año y medio. Después de él había tenido temporadas sola y alguna que otra relación, pero nada demasiado memorable. Algunas de aquellas relaciones habían empezado fuerte, como con Bruno, pero cuando rascaba aquel brillo inicial, veía que no tenía nada en común con la persona, o que era desapasionada, o que no sabía escuchar, o que no era especial… Al menos para mí. Sí, había tenido un primer amor, un amor juvenil cuando era poco más que una niña, pero después no me había vuelto a enamorar de verdad. No había tenido uno de esos amores que te dejan sin respiración y te muerden las entrañas.

Sin embargo, lo que estaba empezando a sentir por Filip era diferente. Él había despertado algo. Sentía la necesidad de saber de él, de abrazarme a su inmensa espalda, de ver como las comisuras de sus labios tiraban hacia arriba tratando de contener sonrisas, de cocinar para él… Todo eso no me había pasado en la edad adulta. Con mi primer amor sí que había sentido las mariposas en el

estómago, pero lo que sentía por Filip eran auténticos bocados. Aquello era diferente, algo difícil de explicar. Él era como un enigma inmenso que necesitaba descifrar y al que resultaba imposible resistirse, sobre todo, para alguien como yo, a quien le gustaba tener todas las respuestas.

Cuando sonó *November Rain*, de Guns N' Roses pensé en lo que significaba la canción. Una metáfora de la fría realidad de estar solo, de lo efímero y la fragilidad del amor. Del enamoramiento. De cómo comienzas algo y se muere. Yo era una adicta a las cosas con alma, a las historias con alma, y tenía a Filip entre mis brazos, que me decía, a su manera, lo mucho que aquello significaba para él. Filip no podía enraizarse a mí porque él estaba allí de paso, pero ¿no era en eso en lo que consistían las relaciones? En vivir, en entregarse sin contar el tiempo. ¿Quién decidía que se sentía más en un año que en un par de semanas? Mientras estaba abrazada a Filip bajo la lluvia de la ducha no pude evitar pensar que aquello era real y estaba naciendo descontroladamente entre nosotros.

Para tratar de aligerar la tensión del momento traté de bromear.

—Creía que los hombres no se quejaban del exceso de sexo.

—Bueno, yo no soy de esa clase de hombres.

Lo miré a los ojos. El agua de la ducha caía por la pared de su espalda.

—¿Y de qué clase de hombre eres?

—De los que no se acuestan con muchas mujeres.

Cogió mi mano y se llevó a la boca los dedos, para besarlos.

Esbocé una sonrisa tratando de buscar alguna broma, porque no estaba lista para hablar de algo con tanta intensidad.

—¿He corrompido tu virtuosidad?

Sonrió.

—Algo así.

—Ya lo noto —repliqué abrazándolo con más ganas.

Busqué que el sexo desviara aquello otro que había allí y que comenzaba a llenarlo todo.

—¿Lo notas?

¿Quién no lo notaría? Aquello estaba en pleno esplendor.

—Supongo que no lo preguntas en serio.

Los dos nos reímos.

La intensidad se fue y el sexo comenzó a llenar el espacio. Era más sencillo moverse en la pasión que navegar entre aquellos sentimientos que empezaban a crecer. Eso era más complicado.

Alargué mi mano y lo agarré.

Filip apretó los dientes.

Puede que no fuera como todos los tíos, pero era un tío. Me pegó a la pared de la ducha y me tocó mientras yo lo tocaba a él. Una respuesta animal. Gemimos entre besos húmedos y vaho, dejando sostenidas entre nosotros las frases sobre todo lo que habíamos y no habíamos dicho.

Entró en mí contra la pared de la ducha tras colocarse un preservativo.

Me abandoné a aquel inmenso mar de sensaciones que Filip me hacía sentir.

Quizás no tuviéramos respuestas ni etiquetas para todo lo que estábamos viviendo, pero los dos éramos muy conscientes de que estaba creciendo algo entre nosotros que, a pesar de lo que pudiéramos sentir, tenía fecha de caducidad, simplemente porque Filip no se iba a quedar. Por ello, mientras entraba en mí y me besaba el cuello tuve la absurda idea de que necesitaba una foto con Filip. La imprimiría y la pondría en el rincón de mis fotos importantes, sin marco, como la de mis padres, para no tener que verla en un primer plano y poder tenerlo siempre semiescondido entre mis tesoros.

Cenamos en su cama las fajitas después de que Filip las calentara en el horno mientras yo secaba mi mata de rizos negros para evitar despertarme helada otra vez.

Esa noche dormimos abrazados después de hablar muchísimo.

Hablamos de música, que era el campo en el que coincidíamos, de series y películas antiguas, de mil cosas y de ninguna. Así descubrí que Filip era un amante de *Perdidos* y de *Breaking Bad,* y que sus películas favoritas eran *El silencio de los corderos* y *Cadena perpetua.*

Después de discutir sobre quién era el mejor actor de todos los tiempos, yo abogaba por Marlon Brando y él, por Jack Nicholson, volvimos a hacer el amor mientras sonaba una *tracklist* de *rock* de los 80 y 90 que incluía Guns N' Roses, Scorpions, Bon Jovi y Led Zeppelin, entre otros. Nos dejamos envolver por guitarras rasgadas y baterías, entre gemidos y caricias. De algún modo aquellas canciones estaban incorporándose a la banda sonora de nuestra historia, y cuando volvió a sonar *November Rain* supe que ya nunca podría escucharla sin acordarme de Filip.

Capítulo 14

Unas botas negras

Me desperté a las 5:25 de la mañana de forma natural. Con cinco minutos de margen para apagar el despertador antes de que sonara. Traté de escabullirme de la cama sin despertar a Filip.

—No te vayas —murmuró todavía con los ojos cerrados.

Estaba tumbado boca abajo y ocupaba muchísimo espacio. La cama era muy grande, como él, supongo que se había asegurado de traerse una de su tamaño.

—Tengo que irme a trabajar—me excusé—. Debo hacer magdalenas, ¿recuerdas?

—No necesitas hacer magdalenas —murmuró sin abrir los ojos.

—Puede ser, pero es mi trabajo —insistí—. Hugo vendrá en unas horas a recogerlas y tengo que entregarle cien magdalenas recién hechas —añadí mientras me ponía la camiseta.

Filip alargó el brazo y tiró de mí para acercarme a su cuerpo.

—Dile a Hugo que hoy no hay magdalenas, que aproveche para correr un poco. ¿No era atleta?

Filip se había abrazado a mi cintura hundiendo su cara en mi vientre.

—No hablas en serio —repliqué entre risas—. Tengo que hacerlo. Es mi trabajo, estoy comprometida. Esperan el reparto cafeterías y despachos de pan.

Filip abrió los ojos, levantó la cabeza y me miró.

—No, no hablo en serio —aceptó—. Ve a hacer magdalenas. Haz ciento una y tráeme la mía después.

Sonreí.

—¿Quieres que vuelva después? ¿No tienes que trabajar?

Asintió con un suspiro.

—Sí, tengo que trabajar. Mucho en realidad. —Hizo una pausa —. Pero da igual, quiero que vuelvas.

Se volvió a abrazar a mi cintura, apoyando su cabeza en mi vientre. Tuve una sensación extraña, como de estar en casa. Nunca había tenido esa sensación de calidez estando con un hombre.

—Te estoy malacostumbrando —murmuré pasando mis manos por su cabello.

—Sí, a tener cada día sesiones de sexo interminables y a la buena comida.

Los dos nos reímos.

Filip subió la cabeza y se sentó en la cama. Me besó. Cerré los ojos y pensé que era la primera vez que me gustaba un beso por la mañana sin dentífrico de por medio.

—Vuelve más tarde —repitió.

Solo eran unas palabras, pero contenían mucho.

Asentí y lo abracé. Supongo que lo hice porque no había nada que pudiera contestar. Me puse las zapatillas y lo dejé en su inmensa cama.

***

Volví unas horas después con la magdalena prometida.

Desayunamos, hicimos el amor y Filip trabajó mientras yo me echaba un rato en su sofá.

Me quedé dormida sin pretenderlo.

A las doce me desperté y Filip no estaba en el piso. Su supersecreto centro de mando con ordenadores y pantallas estaba allí, pero faltaba uno de sus portátiles. Debía de ser el más importante, porque era el que se había llevado.

Me había dejado una nota encima de la mesa:

> He tenido que ir un momento a la sede del cliente. Vuelvo en un par de horas. No te pongas a cocinar. Hoy te invito a comer fuera, si puedes, claro.
>
> Filip

—Claro que puedo —murmuré ensanchando una sonrisa. ¿Filip queriendo hacer algo fuera del piso? Eso era toda una novedad.

Busqué el móvil y le escribí un wasap en respuesta:

> Yo: Hola, he visto tu nota. No te preocupes, te espero en tu piso, pero me apetece más pedir a domicilio. Podemos comer viendo una peli antigua. ¿Te apetece comida tailandesa? Conozco un restaurante estupendo. Entregan rápido y llega todo muy calentito.

Apenas tardó un par de minutos en contestar:

> Filip nuevo vecino: Me encanta la comida tailandesa. Pide lo que quieras a las dos. Estaré ahí antes de las dos y media. Creo que me cogeré la tarde libre.
>
> Yo: Últimamente coges mucho tiempo libre.
>
> Filip nuevo vecino: Y ¿quién tiene la culpa?

Vi el mensaje con una sonrisa boba en la cara. No respondí. Creo que ya habíamos dicho lo suficiente por ahora. Todavía recordaba su *vuelve* flotando entre nosotros esa mañana.

Decidí zapear algo en la tele. No tenía aplicaciones contratadas: ni Netflix ni Max ni SkyShowtime ni Amazon Prime. ¿Quién podría vivir sin plataformas hoy en día? ¿Acaso él estaba por encima de los servicios de *streaming*? ¿O es que no quería vincularse a ninguna plataforma para no tener que darse de alta con sus datos? Empezaba a pensar que rozaba lo obsesivo su celo por la intimidad. Podía comprender la necesidad de salvaguardar la confidencialidad de un trabajo del que ni tan siquiera podía hablar, pero aquello era un poco demasiado.

De repente llamaron a la puerta.

Supuse que era un repartidor.

Me levanté y caminé hasta la puerta del piso de Filip.

Abrí y me encontré con un hombre alto, rapado y con cara de país del este. Con bastante más cara del este de la que tenía Filip gracias a su sangre checa.

—Hola —saludé.

—Buenos días —respondió con un fuerte acento.

Abrí un poco más la puerta.

—¿Puedo ayudarte? —pregunté pensando que se trataba de un mensajero—. Filip no está. ¿Tienes algún paquete para él?

No dijo nada.

No vi ningún paquete.

No llegué a repreguntar porque de repente me dio un puñetazo en la garganta. El dolor fue inminente, como si me hubiera caído un rayo encima.

Me caí al suelo. No podía respirar.

El extraño entró en el piso y me arrastró con él, cogiéndome del cabello y la camiseta. Me llevó hasta el centro del salón y se agachó a mi lado.

Yo abría la boca tratando de coger aire.

—¿Qué? —acerté a decir con dificultad—. ¿Qué pasa?

—¡Mírame! —siseó con su fuerte acento del este—. Dile a tu novio que esto es un aviso. Que lo deje ya. No habrá un segundo aviso.

Lo miré como pude, tratando de boquear como un pez. El dolor me había paralizado.

Dejó que me pusiera medio de rodillas.

Respiré con mucha dificultad tratando de coger aire.

—Yo no tengo novio… —jadeé con dolor.

Esbozó una sonrisa.

—Ya.

Se puso recto y me miró con unos ojos grises helados.

—Lo siento, muñeca —añadió cogiéndome del cabello y tirando de él para acercar su cara a la mía—. No es personal. Solo es trabajo.

Entonces me dio una patada en el estómago.

Lancé un grito ahogado, casi un gemido animal, y me encogí en posición fetal.

Quería vomitar, respirar… ¡Aire, aire!

Se dio la vuelta y vi como sus botas negras se alejaban caminando hacia el recibidor con lentitud, como si no tuviera la más mínima prisa.

Traté de volver a ponerme de rodillas. No podía, solo conseguí ponerme de lado. El dolor era terrible, lo llenaba todo.

Se giró de nuevo hacia mí.

—No olvides el mensaje —añadió con aquel acento tan peculiar —. No habrá ocasión para un segundo aviso.

Quise decir algo, pero sencillamente no pude.

Abrió la puerta y salió con tranquilidad.

Escuché como la puerta se cerraba.

Tenía el cuello entumecido. Boqueé. Quería coger mi móvil. Necesitaba una ambulancia. Me arrastré unos metros. El móvil estaba cerca, lo había dejado en el sofá. Intenté acercarme un poco más.

Solo un poco más…

¡Me costaba tanto respirar!

De repente el sofá estaba borroso.

Perdí el conocimiento.

Capítulo 15

Solo Filip

Filip 

Idiota. Había sido un idiota. Un imbécil. El hijo de puta más grande con el que se había cruzado Beca en su vida. ¿Por qué me había implicado tanto? ¿Por qué no había mantenido mis manos alejadas de ella? Si lo hubiera hecho, ahora ella no estaría en esa habitación de hospital y yo no tendría que verla en aquella cama.

Cuando entré en el piso y la vi en el suelo pensé que iba a volverme loco. De hecho, me volví loco. Ella no… Ella no reaccionaba, pero respiraba. Por lo menos la ambulancia llegó rápido. Dijeron que había tenido suerte, que se había desmayado del dolor, pero que podía respirar por sí misma y que la tráquea no estaba rota. Le habían hecho un TAC; no tenía lesiones graves y creían que solo debería pasar una noche en el hospital.

Había tardado unas tres horas en despertarse. Para cuando lo hizo ya estaba en el hospital el inspector al mando, Juan Ramón Ramírez, y dos mujeres, alguien de la Secretaría de Estado de Defensa y alguien del CNI. Entre los tres formaban una buena comitiva. No es eso lo que esperas encontrarte cuando te despiertas en un hospital, pero, tal y como estaban las cosas, no me había quedado más que avisar de lo que había ocurrido. En ese momento no solo estaban interrogando a Beca, sino que seguramente la estaban poniendo al día de lo que yo había estado ocultándole todo aquel tiempo, pero no quedaba otra, tenía que saberlo.

No llevaba nada despierta, tenía que estar abrumada. La veía desde el pasillo, a través de un cristal. Beca escuchaba atentamente lo que le estaba diciendo la mujer de la Secretaría de Estado de Defensa.

Llevaba un buen rato esperando a que todos ellos se largaran para poder entrar en la habitación, aunque no estaba muy seguro de que ella quisiera verme.

Justo en ese momento miró hacia mí, mientras escuchaba en esta ocasión la perorata de la del CNI.

Levanté una mano y saludé.

No me devolvió el saludo.

Estaba jodido.

Lo leí en su mirada: todo había cambiado. Seguramente, a sus ojos, me habían salido cuernos y pezuñas. No podía culparla por eso. Supuse que me lo merecía. Había sido un cabrón, uno de los grandes.

Beca devolvió la mirada a la mujer que le estaba hablando. Era, otra vez, la enviada de la Secretaría de Estado de Defensa, quien no paraba darle indicaciones de vida. La conocía bien, sabía lo intimidatoria que podía resultar. Beca parecía escucharla con atención.

Todavía tardaron un rato en salir de la habitación.

Cuando por fin lo hicieron, se fueron en tropel. Primero salieron la enviada de la Secretaría de Estado de Defensa y la del CNI y, por último, el inspector Juan Ramón Ramírez, quien se paró a mi lado.

—Lo lamento, Filipo.

—Lo sé.

El hombre me dio un golpe en el hombro para reconfortarme.

—No teníamos ni idea de que te estaban controlando. Debimos hacerlo de otra manera.

Asentí. Vi en el fondo del pasillo al par de cuervos que habían puesto de guardaespaldas.

—¿Esos se quedan aquí?

—Sí —confirmó Ramírez—. Uno se quedará aquí para proteger a la chica, el otro irá contigo.

Negué con la cabeza.

—No me voy a ningún sitio —declaré—. Me quedaré aquí hasta que le den el alta.

—Estará aquí hasta mañana, Filipo. Antes no la van a dejar salir y aquí no haces nada. Te necesitamos.

—No me voy a marchar —porfié—. Me quedo aquí, con ella.

—Filipo, no me hagas insistir, ya sabes todo lo que está en juego. Se nos acaba el tiempo y todo son trabas.

—Lo sé, pero tenéis a Olavi —argumenté. No pensaba largarme a ningún sitio—. Es el mejor, solo necesita un poco más de tiempo. Dale algo de margen.

El inspector negó con la cabeza.

—Tú eres el mejor y tenemos un trato.

Lo sabía, me tenían pillado por los huevos. Vi a través del cristal a Beca en la cama. Ella miraba hacia la ventana. Fuera se estaba haciendo de noche. Supuse que lo hacía para no tener que mirar hacia el pasillo y verme allí. Estaba enfadada. Yo la había metido en aquel lío, ella era lo primero.

Negué con la cabeza.

—Me tengo que quedar aquí. Me quedaré hasta que le den el alta. Después seguiré con el trabajo.

Juan Ramón me conocía lo suficiente para saber que no iba a ceder ni un milímetro por mucho trato que tuviéramos.

—Está bien —tuvo que claudicar—. En cuanto ella esté en casa te quiero en la central —rumió—. ¡No me jodas, Filipo!

—Gracias. No lo haré.

Asintió.

Vi como se marchaban por el pasillo, quedándose solo los cuervos que tenían que velar por nuestra seguridad.

Llamé a la puerta y entré a la habitación de Beca.

—Hola, ¿puedo pasar?

Beca me miró sin decir nada. Sin embargo, sus ojos lo dijeron todo. Es asombroso cómo una mirada puede hablar sin una sola palabra. Vi el reproche en su cara. Sus ojos azules grisáceos parecían hechos de hielo. Todo lo que había pasado en esos días se había volatizado, así, sin más.

—¿Cómo estás?

—Dolorida. Me duele al tragar y me duele el estómago. Creo que hasta me duele al respirar —contestó con mala cara—. Es irónico, yo me siento morir y al parecer los golpes no fueron para tanto. Dicen que los golpes que me dieron estaban muy bien

estudiados para no destrozarme. Que pudo haberme matado solo con el golpe en el cuello, si hubiera querido.

—Lo sé.

Meneó la cabeza.

—No doy crédito, Filip. ¡Es que estoy alucinando!

Me acerqué un poco a la cama.

—Lo comprendo, Beca. Lamento muchísimo que te haya ocurrido esto. Jamás habría imaginado que podría pasar.

—Yo tampoco lo puedo creer. Me parece todo una locura. —Guardó silencio unos instantes antes de añadir—: ¡Joder, eres un delincuente!

Callé. ¿Qué podía decir?

—Siento que no te conozco —declaró—. Me han hecho esto por ti, por ese trabajo tan secreto del que no podías hablar. ¿¡Estás trabajando para el Gobierno!?

—Es un asunto de seguridad nacional. No podía hablar de ello.

—Sí, estás trabajando en un asunto de seguridad nacional, pero eres un delincuente. Me lo han dicho —me acusó—. Esa señora, la de la Secretaría de Estado de Defensa, me lo explicó todo.

Beca tragó y un gesto de dolor cruzó su rostro.

Sentí ganas de blasfemar. ¿Por qué tenían que contárselo? ¿Era preciso?

—Quizás no tenía que habértelo dicho. No era necesario.

—No. Quizás no, pero ahora sé la verdad —replicó con ojos helados—. Eres un *hacker*, no un simple informático como yo creía. —Me miró alucinada, no podía dar crédito—. Eres un pirata informático que el Estado ha contratado porque les interesa, porque necesitan que les salves el culo, pero no por eso dejas de ser un delincuente.

Beca me miró como si no me conociera en absoluto. Sin embargo, ella me conocía. Conocía mis gustos, mis emociones y mis sentimientos. Me conocía mucho mejor de lo que nadie me había conocido desde hacía muchos años.

Me acerqué a la cama y me senté a los pies sin tocarla. No me había dado permiso para sentarme, pero conocía mi envergadura. Sabía que para generar confianza tienes que hablar con los ojos al

mismo nivel y seguir de pie, mirándola desde arriba, no era el mejor escenario para generar confianza.

En el frío de su mirada se coló otra cosa.

—Filip, ese tío… —Vi como se asustaba al recordarlo—. ¡Lo de ese tío iba en serio!

Alargué mi mano por encima de la cama y alcancé su mano pequeña y cálida. La apreté ligeramente para tratar de reconfortarla.

—Beca, el asunto en el que estoy metido es muy serio —sentencié. Era hora de hablar claro—. Está en peligro todo el sistema. Estoy trabajando para evitar que queden comprometidos todos los datos de la Agencia Estatal de Administración Tributaria. —Hice una pausa—. Llevan atacando el sistema cerca de dos meses. Los intentos de ataque son un goteo diario. Cada día aparece algo: un ataque al servidor del Departamento de Recaudación, otro día al Departamento de Aduanas e Impuestos, incluso al Servicio Jurídico… ¡Mantener el sistema a salvo está siendo una locura!

Movió la cabeza a ambos lados.

—¿Y contratan a un *hacker* rehabilitado para tratar de controlar lo que está pasando? ¿Tú solo para tratar de salvar a todo un país? ¿Es eso lo que me quieres decir?

—No estoy solo, estoy trabajando con un finlandés y todo un equipo de apoyo. Solo no podría.

—¿Otro *hacker*?

—Sí.

—¿Él también es un delincuente?

Sentí como tiraba el dardo directo a dar. Me lo merecía. Hacía doce horas estaba dentro de su cuerpo y ahora ella estaba allí tirada por mi culpa. La había expuesto, le había jodido la vida.

Era un asunto confidencial y estaba seguro de que ya la habían advertido al respecto, pero Beca merecía saberlo todo. No solo lo que estaba haciendo ahora, sino lo que había hecho antes. Merecía saber quién era yo. No estaba muy seguro de ser capaz de decírsele todo, porque TODO era demasiado, pero se merecía sinceridad.

—No. Él no es ningún delincuente —contesté—. No todos los *hackers* lo son.

—¡Ah, vaya! Es que pensé que iba implícito en el cargo.

Apreté la mandíbula.

—Pues no. —Hice una pausa—. Yo no planeé ser lo que soy, Beca. Simplemente, tomé un camino que me llevó a ello. Primero acepté algunas cosas sencillas, entrar en algunos sistemas informáticos… Después la cosa fue haciéndose más grande. Pasé a hackear alguna empresa y, cuando me di cuenta, había aceptado encargos para hackear y entrar en grandes corporaciones.

Vi como su rostro pasaba del enfado a la crispación y después al asombro. Estaba tan acostumbrado a lo que hacía que no era consciente de lo difícil de creer que era.

—Pero ¿no te pillaban?

Negué.

—No, no me pillaban. Durante años me moví por varios países con diferentes identidades. En la red era ilocalizable y físicamente también. El meterte en ese mundo te da entrada a conocer todo un submundo que te permite tener pasaporte, identidades falsas. Todo el soporte para ser ilocalizable.

Me miró y supe que me estaba evaluando.

—Me pregunto quién eres…

No contesté. Me merecía la pulla, esa y todas las que quisiera lanzarme.

—Llegué a tener más de siete identidades distintas.

Beca parpadeó.

—No hablas en serio.

—Sé que es difícil de digerir, pero es cierto. No quiero mentirte.

—¡Maravilloso! —exclamó—. Así que no solo has cometido delitos informáticos, también falsedad documental.

Asentí.

—¿Y al final te pillaron?

—Sí, al final me pillaron aquí, en España. Fue hace unos meses —confesé—. Me hicieron una oferta y llegué a un acuerdo con la Fiscalía. Yo los ayudo a ellos y ellos me ayudan a mí.

—Y te libras de la cárcel.

—Y me libro de la cárcel —acepté.

Beca me miró y dudó.

—Pero me has dicho que has cometido delitos en varios países. O sea, que tienes cargos pendientes en otros lugares.

Negué con la cabeza.

—No. En otros países no me pillaron.

—Así que te has librado. Te has ido sin pagar por tus pecados.

La miré, allí en la cama, golpeada por mi culpa, y sentí un peso inmenso a mis espaldas.

—Estoy pagando ahora.

Tal y como si Beca pudiera leer mis pensamientos, negó.

—No, estoy pagando yo —me corrigió—. Estoy pagando yo, Filip. Que yo sepa, a ti no te han dado una paliza.

—Beca… Lo lamento muchísimo. Daría cualquier cosa porque esto no hubiera ocurrido.

Levantó una mano para que me callara.

—No quiero que me hables así… —«Así, de un modo tan íntimo», le faltó decirme. Así, con aquel tono cercano de las personas que han tenido piel—. Ahora no puedo. No.

Bajé la mirada. Era un puto cabrón, le habían hecho eso por mí, me sentí una rata.

—Perdóname, Beca —dije con honestidad—. No quería meterte en esto.

El silencio se impuso como una losa.

—Esa gente, Filip… Esa gente es muy peligrosa.

—Lo sé.

—Siempre pensé que el tema de los secuestros informáticos era una cuestión de dinero y control —declaró—. Esto parece otra cosa. ¿*Hackers* enviando sicarios? Es algo loco. No sé, es difícil de creer.

La miré. Se había llevado lo peor, se merecía tener toda la información; al fin y al cabo, era la única que había salido golpeada.

—Creen… Bueno, creemos que hay detrás alguien que tiene mucho que perder. Los *hackers* no han enviado a los sicarios. Alguien muy importante está detrás de todo esto, y esa persona es la que ha enviado a los sicarios y está detrás de los hackeos.

—¿Cuándo dicen creen te refieres al Gobierno?

—Sí.

Tragó y se llevó una mano al cuello.

—Así que creen que alguien con poder está detrás de los *hackeos*, ¿no? ¿Alguien como quién?

—Alguien como una gran fortuna con un origen dudoso que tenga mucho que perder. O alguien que haya montado un conglomerado de empresas fantasma para que no se sepa en realidad quién está detrás, o que pretenda ocultar alguna actividad ilícita. Sea quien sea, creemos que es alguien a quien la Agencia Tributaria ya le tiene echado el ojo. —La miré, vi como comenzaba a comprender la magnitud de todo aquello—. Alguien que necesite hacer desaparecer sus datos del sistema y que tenga todo el dinero a su disposición para lograrlo.

—Pero no son solo sus datos. Son los datos de todos.

—Efectivamente, son los datos de todos los españoles, son datos íntimos que no solo son muy importantes para Hacienda, sino que son datos sensibles que se podrían vender como bases de datos en la *darknet.*

Beca me miró sin dar crédito.

—Esto es una locura, parece de película.

—Entiendo que te cueste creerlo. Beca, yo…

—¡Basta! —me pidió Beca llevándose una mano al cuello—. Me duele mucho, creo que no puedo seguir hablando.

Vi que tenía mala cara.

—Llamaré a la enfermera.

Negó con la cabeza.

—No, no te necesito. —Cogió el cable con el botón de llamada —. Mira, ¿ves? —Lo apretó—. Es muy fácil pedir ayuda en un hospital. Puedes irte, no te necesito.

—No voy a irme a ninguna parte.

—Ni siquiera sé quién eres, no te conozco. ¿Acaso te llamas Filip de verdad?

La miré. Se lo debía.

—Me llamo Filipo Alexander Papadopoulos.

—Pero… ¿Qué?

—Tengo herencia griega por parte de mi padre —indiqué—. Mi padre era andorrano, pero su padre era griego. Mi abuelo paterno

era griego, mi abuela paterna, española, catalana. Ellos se instalaron en Andorra donde tuvieron a mi padre. —Vi como me miraba—. En eso no te mentí, solo te oculté parte de la historia.

—Como cuando me dijiste que eras informático —masculló—. ¿Es cierto que tu madre era checa?

—Sí, es verdad.

—No te entiendo —declaró mirándome sin dar crédito—. Me ocultabas cosas, otras eran verdad... —Hizo una pausa—. ¿Sabes qué? Medias verdades también cuentan como medias mentiras.

—Cuando viajo a un sitio nuevo por un encargo, intento contar algo que sea cierto para no perderme en las mentiras.

Soltó una media risa y se llevó otra vez la mano a la garganta.

—Muy inteligente, supongo.

Le habría explicado la problemática de mentir demasiado. De perdernos en mentiras; pero no creí que le interesase averiguar cómo confeccionar buenas mentiras.

—Beca, yo…

Me miró como si le hubiera dado una bofetada.

—Te lo pregunté, ¿recuerdas? —preguntó con rabia—. Te pregunté si Filip era un diminutivo de Filipo. Me dijiste: «No, solo Filip».

Recordé el momento. Sí, en ese momento le había mentido directamente a la cara.

—Nunca doy mi verdadero nombre, ni mi apellido, es muy comprometido. A veces soy Filip, a veces utilizo otros nombres como Mark, Tomás, Marco…

—Maravilloso, a veces mientes un poco, a veces mucho.

La enfermera entró.

—¿Todo bien?

—No, siento dolor —dijo Beca. La enfermera se acercó a ella—. ¡Vete, por favor! —pidió mirándome.

—Beca…

—Vete.

Capítulo 16

Querer bien

Beca 

Me dieron el alta a la mañana siguiente con varias indicaciones para seguir en casa y una montaña de calmantes. Ese día no hice magdalenas. Avisé el día anterior a Hugo quien me excusó frente a los establecimientos que esperaban el pedido ese martes por la mañana, como cada día, para que se buscaran otra opción. Cuando una persona intenta llevar un negocio sola puede resultar bastante complicado, en especial, cuando te pones (o te ponen) enferma. No había sustituto, pero no era la primera vez que tiraban de otro obrador, aunque normalmente era por vacaciones o algún viaje, y solía avisar con tiempo. Podía comprender a los autónomos; era muy jodido.

Al salir del hospital tuve que pasar por la Comisaría Central. Con la descripción que había hecho el día anterior y el trabajo de la policía, pudimos identificar al sicario que me había golpeado. Era un bielorruso que tenía orden de búsqueda internacional. Aquello no me sirvió para sentirme más tranquila, pero por lo menos la policía sabía a quién estaba buscando.

No me apetecía regresar a casa, así que llamé a Nat y quedé a comer con ella en el Mercado de San Antón.

Natalia solía trabajar en las oficinas de la aseguradora por las mañanas, por las tardes o teletrabajaba o no trabajaba. La verdad es que tenían unos horarios un poco extraños. A veces paraba al mediodía y otras veces le proponía que fuéramos a la última sesión al cine y ella no podía porque estaba trabajando. Era difícil seguir sus ritmos.

Conseguí una mesa alta. Pedí una cerveza y la esperé ojeando las redes sociales. Llegó al rato. Vi como se acercaba a la mesa

levantando una mano en la distancia para saludar. Nat era preciosa. Tenía unas curvas impresionantes y llevaba un vestido de punto que para mí estaba hecho para ese tipo de mujer *curvy*. Con su cara morena y su cabello cortado por encima del hombro parecía una prima lejana de las Kardashian. Se quitó la cazadora de cuero que completaba su atuendo cuando llegó a la mesa.

—Hola —saludó—. Me asustaste con tu llamada. ¿Todo bien?

Me costó sonreír, pero lo intenté.

—No demasiado, ahora te cuento.

Natalia tenía dos grandes virtudes: una gran capacidad de escuchar y la facultad de guardar hasta el más terrible de los secretos. Lo que me había pasado era un asunto confidencial, ya que estaba vinculado con el secuestro de datos de la AEAT, del que no podía hablar. No podía airear el asunto a los cuatro vientos, pero con alguien me tenía que desahogar. Contar lo que me había pasado y todo lo que había averiguado de Filip. Nat era mi persona de confianza. Además, Nat hubiera sido un fichaje increíble del KGB o de la CIA: no diría nada, jamás.

Le hablé de lo que hacía Filip, de a qué se dedicaba en realidad. Me sentía completamente traicionada por él, así que estaba dispuesta a despotricar todo lo posible sobre él. Le dije que era un delincuente, un pirata informático. Le expliqué que lo habían pillado y que ahora estaba ayudando al Estado, en pago de sus pecados.

—¡No doy crédito a nada de lo que me estás contando! —declaró mirándome con la boca abierta.

—No me extraña —confesé—. Supongo que no debería haberte dicho nada, pero es que no sé… Es demasiado. Necesitaba hablarlo con alguien.

Natalia me miró. Estaba preocupada.

—Beca, ya sabes que puedes contarme lo que quieras, yo jamás diría nada. Puedes contar conmigo para lo que necesites.

Bebí un poco de mi cerveza aprovechando que el camarero se había acercado a pedir nota a Natalia de qué quería beber.

—Tenías que haberlos visto a todos, con sus trajes y sus caras… No sé, parecía todo de película. Además, yo estaba drogada, me parecía todo de ciencia ficción.

—Tuviste que asustarte mucho.

Asentí.

Nat alargó la mano y me la apretó. Ella me conocía mucho, muchísimo. Sabía que era fuerte, pero que había ocasiones en las que necesitaba un poco de apoyo. En esta ocasión, mucho apoyo, a decir verdad. A veces tenía una inmensa necesidad de que alguien me reconfortara. Solía achacarlo a ese sentimiento de orfandad que en ocasiones me abrumaba. Sabía que tenía que ser fuerte, tenía todos esos ejemplos en mi familia: mujeres fuertes, increíbles, empoderadas… Y después estaba yo que de vez en cuando necesitaba una mano en el hombro, un poco de apoyo y confort. Por eso la había llamado; enfrentarme a lo que había averiguado de Filip sin un poco de ese apoyo y confort era demasiado.

—¿Te duele mucho?

Me llevé la mano al cuello. El cuello era lo peor. El estómago lo llevaba mejor, pero sí, me dolían ambas cosas. Al parecer, el dolor tardaría días en irse, pero al menos tenía buenas drogas.

—Estoy mejor. Ayer sí que era un dolor brutal, pero ahora ya mejor. Los calmantes ayudan bastante.

—Me alegro —aseguró mi amiga—. ¿Y ahora? ¿Estarás segura? Ese tipo puede volver.

—No te preocupes. Estamos con vigilancia. Además, tengo fe en que puedan detenerlo, ya que pude identificarlo.

Nat no parecía muy convencida, ponía esa cara de haberse comido una acelga. Todo aquello no le gustaba nada.

—¿De verdad crees que lo van a coger?

—Sí, seguro —contesté más para infundirle seguridad a ella que porque yo la sintiera. Quería desahogarme, pero no quería que estuviera todo el tiempo preocupada por mí—. Además, nos están cuidando en este momento.

—¿Ahora?

—Sí. Hay un agente.

—¿Dónde está?

—Sentado en las mesas de atrás con un café. No mires —le pedí—. En teoría no podemos hablar de nuestros cuervos.

Natalia asintió.

—¿Por qué lo llamas cuervo?

—Filip llama así a los policías que nos están dando escolta.

—¿Qué pasa? ¿Van todos de negro en plan con traje o gafas oscuras?

—Pues la verdad es que no precisamente.

Observé a mi cuervo, sentado unas mesas más allá. Pues no, no llevaba traje ni gafas oscuras como nos imaginábamos que haría cualquier persona de un equipo de seguridad. Este más bien lo que hacía era estar en chándal y leer un periódico sentado en una mesa. Conste que a mí lo de leer la prensa en papel hoy en día me parecía bastante sospechoso, pero suponía que había quien seguía haciéndolo.

—Siento que haya pasado todo esto —confesó—. Sé que te gusta de verdad.

Nat podía leerme con claridad.

—Un poco.

—Un poco bastante —replicó.

—Un poco bastante, cierto —acepté—. Pero se me ha ido todo el enganche. Supongo que es lo que pasa cuando te mienten y un sicario bielorruso te amedrenta.

Nat dudó.

—¿Es eso cierto?

—Sí. —Lo dije sin demasiada energía, pero recordé las mentiras y los golpes del tío rapado y me reafirmé—. Sí, estoy segura, no va a haber nada más entre nosotros.

—¿Así que no vas a hablar con él?

La miré sorprendida. El camarero le puso a Nat su copa de vino blanco y nos preguntó si ya sabíamos lo que íbamos a comer. Negamos y le pedimos unos minutos más. No habíamos ni visto la carta.

—¿De qué voy a hablar con él? —pregunté cuando el camarero nos dejó.

—¿Qué sé yo? —comentó Nat—. ¿De qué se habla con un delincuente informático? ¿De cómo hacerse rico hackeando a multimillonarios?

Esbocé una sonrisa. Nat y yo no solíamos hablar de dinero; lo habíamos hecho en alguna ocasión, pero no a menudo. Ella sabía el dinero que tenía mi familia y que en realidad yo no necesitaba trabajar. Tenía más que suficiente para vivir bien con los beneficios que percibía, aun así, hacía magdalenas. Sabía que yo no podría quedarme sentada, sabía que quería montar algo, mi propio negocio, ser una mujer a la altura de las mujeres de mi familia, pero todavía no había tenido las agallas de enfrentarme a mi propio destino. De coger el toro por los cuernos y de montar mi propia empresa.

A pesar de todo eso, hicimos la broma. Era necesario.

—¿Y para qué querríamos ser ricas nosotras? —comenté siguiéndole el rollo.

Nat ojeó la carta.

—No sé. Para irnos de viaje a las Bahamas durante medio año. Todo a gastos pagados.

—¿Y el otro medio? —pregunté con una sonrisa tenue.

Estaba bien lo de tratar de enfrentarse a la situación con un poco de humor.

Natalia frunció el ceño.

—Pues a otro destino de multimillonarios como, por ejemplo, Omán o Dubái quizás.

Arrugué la nariz.

—¿Omán? No cuentes conmigo para eso, amiga.

Nat asintió.

—Está bien, ¿qué te parecen las Seychelles?

—Hum, eso ya es otra cosa, pero ¿qué haríamos tú y yo con tantas islas? Yo no soy muy acuática.

—Tienes razón. Ninguna de las dos lo somos.

—Además, nos aburriríamos teniendo tanto dinero.

Natalia me miró.

—Tienes razón —declaró—. ¿Quién quiere ser multimillonario? Mucho mejor romperse todo el día el cabeza con asuntos de seguros —comentó haciendo alusión a su trabajo.

—La vida tiene más gracia con un poco de drama —concluí.

—Tienes razón.

Sabía que Nat se estaba guardando algo.

—¿Qué pasa, Nat? ¿Por qué me miras así?

—No sé… Quizás podrías perdonarle.

—¿Perdonarle? —No podía dar crédito—. Estás loca. Me mintió.

—No parece que tuviera mucha opción. Además, más que mentir, te ocultó información.

Comprendí que ella también le mentía a Diego, quizás por ello se sentía reacia a juzgar a Filip con dureza, pero yo no podía dejar de pensar en el nivel de intimidad que había compartido con él, y no era por el sexo. Como pensaba la propia Nat, el sexo no era tan importante, había muchas otras cosas mucho más importantes como el hecho de que le había hablado de mis padres, de la pérdida y la ausencia. Le había dejado ver esa parte tan vulnerable de mí misma. Creía que él se sentía reconocido en mí: dos huérfanos que se habían encontrado para equilibrar sus ausencias. Habíamos crecido con la misma sensación de pérdida, de no tener alguien a quien aferrarnos cuando nos caíamos. Pensé que Filip me comprendía, que él había sentido lo mismo que yo, y quizás fuera así, o quizás él hubiera fingido todo el tiempo. Me costaba perdonarlo. ¿Y si había fingido todo el tiempo? ¿Acaso él no era un experto en mentir?

Quería decirle a Natalia que guardarse información es el equivalente a mentir, pero no quería hacerle daño. Ella también se había callado cosas. Así que mantuve para mí esa reflexión.

—¿Cómo estás tú? —dejé caer.

Natalia dudó.

—Regular. Perdida, supongo.

—Nat… ¿Por qué no acudiste a mí antes?

Se encogió de hombros.

—Porque no podrías haber hecho nada. Tengo que encontrarme a mí misma. Llevo más tiempo perdida del que me gustaría admitir, pero hay algunas cosas que tengo claras.

—¿Cómo lo de querer tener un bebé?

Esbozó una sonrisa y vi cuánto lo quería en realidad. Un sueño por cumplir.

—Sí, eso es algo de lo que estoy segura.

Dudé.

—¿Y no será una crisis con Diego? Quizás sea una crisis que podáis superar —comenté—. Ya sé que Sofía fue muy bruta, pero…

—Bruta es poco decir.

—Lo sé, a veces puede ser muy…

—¿Gilipollas?

—Cruda iba a decir.

Las dos sonreímos.

—Cruda está bien —aceptó.

—Aun así, Nat, creo que Sofía podría tener parte de razón. Eres muy joven, podrías esperar un tiempo.

—¿Esperar a qué?

—No sé. A encontrar a otra persona con la que te apetezca formar una familia. Si tienes claro que tu relación con Diego está agotada, pues cierra esa puerta. Pero no sabes a quién puedes conocer en el futuro.

—Beca, es que yo no quiero nada de eso —sentenció—. No quiero conocer a un hombre, esa es la cuestión. No quiero compartir mi vida, mi casa, mi espacio con otro hombre. No me interesa el sexo en exceso, ya os lo he explicado. Me gustaba la compañía de Diego, lo quise mucho tiempo, pero ya no siento lo mismo que un día hubo. Seguir con él tampoco es justo —añadió—. Pero lo que sí tengo claro es que quiero tener un bebé. Crear una familia: mi bebé y yo.

No podía dar crédito. Estaba claro que Nat tenía derecho a tomar sus propias decisiones y que lo que los demás opináramos al respecto estaba de más.

—¿Y qué vas a hacer con Diego?

—Con Diego ya hablé ayer.

—¿Le dijiste lo del bebé?

Negó con la cabeza.

—Le dije lo que sentía. Que, después de tantos años, lo quería como un amigo y nada más. —Hizo una pausa, le costaba hablar—. También le dije que sabía que lo querría toda la vida.

—¿Estás segura de todo esto, Nat?

Mi amiga asintió con aquellas lágrimas, que se negaban a caer, bailando en sus ojos.

—Sí, siempre lo querré, pero no como él necesita —declaró—. Él necesita que lo quieran bien y yo ya no puedo quererlo así.

—¿Y qué dijo Diego?

—Diego hizo una mochila y se fue a dormir a la casa de sus padres.

Capítulo 17

Sopa fría

Sonó el timbre a las nueve de la noche. Me acerqué; quería mirar por la mirilla, pero no había mirilla en mi puerta desde que un sofá la había arrollado. En su lugar había un pedazo de tablón clavado como remedio temporal hasta que un ebanista pudiera venir a arreglar mi puerta.

Me paré al lado de la puerta.

—Soy yo —anunció Filip al otro lado.

Giré la llave y abrí la puerta, sin dejar de soltarla.

—¿Qué? —pregunté asomando mi nariz.

Filip me miró serio. Estaba demacrado y parecía muy cansado. No se había afeitado y una ligera sombra comenzaba a crecer en su rostro.

—Pasaba para ver cómo estabas, y te he traído esto.

Observé la bolsa de papel que sostenía entre las manos, era de uno de los mejores sitios de comida para llevar de Madrid. Abrí un poco más la puerta mostrando interés.

—¿Qué es?

—Es crema de verduras y sopa. Supuse que preferirías líquidos y cosas blanditas para cenar.

Me limité a asentir sin cogerlo.

—Ya sé que no tiene nada que ver con lo que tú cocinas, pero pensé que igual hoy no te apetecería cocinar y que no tenías cena.

—Ya.

—Yo soy nefasto cocinando, pero no soy tan malo con las compras.

Quise sonreír, pero me costaba. Ahora había un abismo entre nosotros, aunque al verlo allí con aquella ofrenda me ablandé un poco, no podía negarlo, solo un poco.

Filip había pasado toda la noche en el hospital. No habíamos hablado prácticamente; él se había quedado todo el tiempo en el pasillo, al lado de la puerta de mi habitación, simplemente esperando. Se había quedado allí hasta que yo me había ido con mi escolta a la comisaría y él con el suyo a donde fuera que estuviera trabajando para la AEAT.

Habíamos estado muy lejos.

Ahora estábamos muy cerca, allí en la semioscuridad del rellano, pero yo me resistía a ceder. ¿Quién era él en realidad?

—Cógela, Beca, por favor. Me siento un poco imbécil con la bolsa en las manos —sentenció—. Es para ti. Solo es un poco de sopa.

Miré la bolsa. Sí, puede que solo fuera un poco de sopa, pero era en realidad era mucho más.

Finalmente cedí. Solté la puerta y cogí la bolsa de papel para sujetarla en mis manos. Tenía razón, solo era un poco de sopa y yo no tenía fuerzas ni energía para cocinar nada, así que me vendría bien como cena improvisada.

—¿Puedo pasar? —preguntó.

—No.

Filip apoyó una mano en el marco de la puerta. Sentía su cuerpo cerca, muy cerca. Sus ojos verde-acastañado-dorados se me clavaron. Él no estaba dispuesto a dejarlo estar. Todo me empujaba hacia él. Todo aquello que sentíamos, pero no podía ceder. Ni tan siquiera sabía si aquella química solo la sentía yo o si tal vez todo había sido un espejismo. ¿Era posible que solo estuviera en mi cabeza?

—Beca, no quiero dejar así las cosas.

Negué y miré hacia abajo.

—¿Podemos hablar? —insistió.

—No quiero hablar contigo ahora.

—Será solo unos minutos.

Volví a negar.

—Es que no hay nada de lo que tengamos que hablar —declaré sin mirarlo a los ojos.

Como si un imán nos atrajera, apoyé una mano en el marco de la puerta. Él también estaba apoyado. Ambos estábamos unidos por aquel pedazo de madera.

—Beca, no quiero creas que no me conoces.

Se me escapó una pequeña risa irónica. Sin embargo, no pude evitar subir mi mirada hacia él.

—Pero es así. No te conozco en absoluto —apunté—. No sé quién eres.

Filip ladeó la cabeza. Se le veía dolido.

—No digas eso, Beca. —Alargó la mano y me acarició, hundiendo aquella mano en mis rizos negros y en mi nuca—. Eres la persona que mejor me conoce —declaró casi en un susurro.

Solo con aquellas palabras había conseguido que se cayeran pedazos del muro que se había levantado entre nosotros.

Cuando me di cuenta estaba entre sus brazos.

No pude evitar que me sostuviera contra su cuerpo. Filip resultaba reconfortante y yo lo había pasado fatal. Él era enorme y, cuando apoyé mi cara en su pecho, pude escuchar su corazón fuerte latiendo contra mí.

Dejé que me abrazara mientras yo sostenía la bolsa de papel que tenía la sopa, pero no fui capaz de ceder. La huérfana que había en mí quería aferrarse a él. Dejarse consolar y consolarlo, porque una parte de mí entendía la inmensa vida de soledad en la que tenía que vivir Filip. Estaba segura de que no le costaría nada encontrar mujeres con las que acostarse en las diferentes ciudades en las que se alojaba, con las diferentes identidades que adoptara, pero si de algo tuve certeza fue que, en realidad, Filip estaba solo. Estaba tan solo como yo.

—Beca, hay algo de lo que tengo que hablarte —dijo mientras me abrazaba y yo me abrazaba a la bolsa de papel.

—¿Más secretos?

—No —murmuró contra mi cabello.

¿Por qué estaba entre sus brazos si había decidido odiarlo por toda la eternidad? Quizás porque la piel va por su propia cuenta, a pesar de lo que nos diga la cabeza.

—Quieren que me mueva de aquí.

Me separé. Subí los ojos hacia él.

—¿Qué quieres decir?

—Este ya no es un lugar seguro para mí, ni para ti.

—Pero nos están protegiendo, ¿no? ¿No iban a estar en la calle los escoltas veinticuatro horas al día?

—Sí, pero, aun así, quieren que me mueva —explicó con sus ojos clavados en los míos—. Este asunto es muy gordo y yo soy uno de los que están impidiendo que hagan lo que les dé la gana con la AEAT. Soy un objetivo.

—Un objetivo… —murmuré. Eso sonaba mal, muy mal.

—Sí, y tú también lo eres porque creen…

—Creen que soy tu chica.

Asintió.

—Pero no lo soy.

No sé por qué lo dije en voz alta. Quizás para recordármelo a mí misma, quizás para poner distancia o quizás todo lo contrario. Quizás lo hice para que él quisiera reclamar algo, aunque no sabía todavía el qué. ¿Qué había pasado con toda la desconfianza, con mi resentimiento por sus mentiras?

—No —dijo por fin—. No lo eres, pero eso ellos no lo saben.

Asentí.

—Entonces, ¿te marchas?

Mis tripas pugnaban por decir mucho más: «¿Te vas así sin más?». «¿No vas a suplicar más?». Mi cabeza y mi corazón estaban enfrentados. Una parte de mí quería que suplicara, que pidiera perdón, que insistiera en que nadie, jamás, lo había conocido como yo lo conocía. Quería que hiciera todo eso y, de alguna forma, después ceder, dejarme ir y abrazar aquella parte de mí que me pedía que lo abrazara y lo acunara en mi pecho. Que me decía que él estaba tan solo como yo en este mundo y que sí había hecho cosas que no estaban bien, que había mentido, pero que yo podría olvidar todo eso y dejarlo atrás. Pero no dije nada, simplemente, me quedé allí con mi bolsa de papel y una sopa que se estaba enfriando esperando a que él hablara, que declarara que se tenía que marchar del edificio y dejarme atrás.

—Entonces les he dicho que no me voy a ir a ninguna parte. No me pienso marchar de este piso.

—¿Por qué? —pregunté con el corazón latiendo con fuerza en mi pecho.

—Porque tú no te irías conmigo, ¿o me equivoco?

Dudé. Una parte de mí quería irse con él a donde fuera, pero otra estaba enraizada a aquel piso. Ni tan siquiera sabía a qué se refería. ¿Se refería a irnos un tiempo mientras trabajaba para el Estado? ¿o quería que me marchara con él indefinidamente? Todo era demasiado confuso.

No dije nada.

—Me quedo aquí —volvió a hablar él—. Hasta que termine mi encargo. No pienso largarme y dejarte aquí sola. Me da igual cuántos cuervos tengan protegiéndote, no podré estar en paz hasta que pillen a ese tío y termine con este encargo —añadió—. Me quieren asustar, quieren que lo deje, pero cuando el sistema esté completamente a salvo y hayamos terminado con estos asaltos intermitentes yo no seré un objetivo. Con la AEAT a salvo del secuestro informático, también nosotros estaremos a salvo. —Hizo una pausa—. Tú estarás a salvo y yo podré desaparecer de tu vida y dejarte en paz.

Nos miramos a los ojos. Separados por apenas unos centímetros en el umbral de la puerta de mi casa.

—Y cuando pase eso será como si nunca nos hubiéramos conocido, ¿no?

Filip me miró en la semioscuridad del descansillo. Los tonos dorados ganaban espacio al verde y al castaño.

—Sí, después será como si nunca nos hubiéramos conocido.

—Estupendo —murmuré sin ser apenas consciente de lo que estaba diciendo.

Filip dio un par de pasos atrás. Entre nosotros creció un abismo y sentí que aquel pequeño acercamiento había sido tan solo un espejismo.

—Sí, estupendo —repitió con aquella constante que teníamos muchas veces en la que los dos terminábamos con la misma frase las conversaciones.

Filip abrió la puerta de su piso y yo sentí la terrible necesidad de retenerlo, de ganarle kilómetros a aquel abismo, aunque fuera solo por un momento.

—Filip.

—¿Sí? —preguntó mirando hacia atrás.

—Gracias por la sopa.

—Nada que agradecer —respondió sosteniéndome la mirada—. Ha sido un placer traértela.

Cerramos las respectivas puertas de nuestros pisos y me recogí en la intimidad de mi hogar. Estaba agotada; comí un poco de sopa fría y decidí acostarme pronto.

Me dije a mí misma que al día siguiente las cosas mejorarían.

***

Me desperté a la una de la madrugada con ansiedad. Sentí que me ahogaba y vi frente a mí la cara del sicario que me había golpeado. No era nada más que un sueño, pero había sido brutalmente real. Encendí la luz de la mesilla y traté de tranquilizarme.

Di varias vueltas en la cama tratando de dormir, pero fue imposible. No conseguía coger el sueño. Finalmente me levanté y caminé hasta el salón. Eché un vistazo hacia el exterior a través de las grandes puertas acristaladas de los balcones buscando allí sombras sospechosas. Un aviso de que allí había alguien dispuesto a venir a hacernos daño, pero no vi nada. Lo que sí vi, aparcados con discreción, fueron los dos coches que hacían guardia vigilando nuestro edificio. No conseguí averiguar, sin embargo, si los conductores estaban dentro o no, debido a sus oscuros cristales.

Volví la cabeza y paseé la mirada por mi salón. Estaba lleno, abarrotado, de objetos de otras vidas, de antigüedades, curiosidades, piezas de colección, lienzos, cajitas de madera y plata. Auténticas reliquia que había acumulado con un mimo que rayaba en lo obsesivo. Sin embargo, en ese momento sentía que todos aquellos objetos, los jarrones de porcelana, los largos lienzos de fuertes colores, los muebles oscuros…, todo parecía lanzar cientos

de sombras, cuchichear a mis espaldas sobre mis miedos nocturnos. Sentí el corazón galopando en mi pecho. Estaba aterrada y no me sentía segura en mi propia casa. Recordé al sicario, el golpe seco en la garganta que me había dejado sin aliento, cómo me había caído al suelo y aquella patada que me había dado en el estómago mientras me decía que aquello solo era trabajo; y después, cómo la oscuridad me había tragado por completo.

Estaba aterrada.

Caminé hasta la puerta de entrada como un autómata. Cuando llegué a ella, vi el tablón clavado en mi puerta, aquel apaño temporal hecho de distinta madera que mostraba la herida brutalmente infligida a mi puerta tal y como me la habían infligido a mí. Ni tan siquiera lo pensé. Giré la llave. Salí y me vi a mí misma golpeando la puerta de Filip.

No tardó en abrir. Me miró todavía medio dormido.

—¿Beca? ¿Qué haces aquí?

—Estoy aterrada —confesé—. No puedo dormir.

No hizo falta decir más.

—Ven aquí.

Me cogió de la mano y me llevó a su habitación.

Cuando llegamos y, antes de que hiciéramos algo de lo que después pudiera arrepentirme, hablé.

—Esto no significa nada —murmuré soltándome de su mano—. Simplemente necesito dormir y no me siento segura en mi casa.

—Vale. Está bien —aceptó—. Si quieres, esta vez duermo yo en el sofá.

Los dos recordábamos cómo unas semanas antes yo ya había golpeado su puerta pidiendo asilo en su sofá. Dos ocasiones en las que no me había sentido segura y dos ocasiones en las que eso me había ocurrido por algo relacionado con él. A pesar de todo, acudía a él para pedir ayuda.

—No, quédate —le pedí. La luz que entraba por la ventana hacía sombras sobre su rostro y su cuerpo—. Eres muy grande, Filipo Alexander, creo que algo podrás hacer para protegernos, llegado el caso. Yo me arrepiento de haber ido a clase de pilates en

vez de a la de defensa personal —declaré—. Además, tu cama es de tamaño XL; aquí podemos dormir sin tocarnos.

Las comisuras de los labios de Filip trataban de formar una sonrisa que ayudaba a ahuyentar el miedo que había sentido.

—Llámame Filip, la gente que me conoce me llama Filip.

Me dieron ganas de reír.

—La que no te conoce también —siseé dando la vuelta a la enorme cama.

Me metí en el lado de la izquierda de la cama y Filip lo hizo por la derecha. Giré mi cuerpo hacia la ventana para no tener que mirarlo a los ojos. Sabía que él estaba girado hacia mí, a pesar de aquellos inmensos centímetros que nos separaban.

—Me alegro de que hayas venido —murmuró.

Sentí sus palabras recorriendo el espacio entre nuestros cuerpos en la cama, llenándolo.

—He venido porque estoy muerta de miedo, no por otra cosa —insistí—. Así que no creas que eres un gran seductor. No es que haya buscado tu cama por tus dotes amatorias.

Esta vez Filip no pudo evitar una pequeña risa. Yo también sonreí, pero no me volví hacia él. Hacerlo me parecía demasiado peligroso. Preferí espiar el cielo de la plaza madrileña que se podía ver desde la ventana de Filip.

—Bueno —comentó—, pero estás aquí.

Su respiración llegó hasta mí.

—Sigo sin haberte perdonado —murmuré.

Sentí como se movía en la cama y el colchón cedía bajo su peso, y era mucho bajo lo que ceder. El calor de su cuerpo se coló debajo de las sábanas, envolviéndome. Cerré los ojos para relajarme y, a pesar de saber que en realidad no conocía a Filip, una parte de mi cuerpo sabía que podía descansar, que estaba en un lugar seguro, que, de algún modo, estaba en casa.

Filip alargó una mano y me tocó ligeramente la cintura. Sentí su cuerpo más cerca del mío, sin pegarse. Entonces depositó un beso en mi cuello. Abrí los ojos, vi la Madrid nocturna a través de la ventana de Filip.

—Por algo hay que empezar —susurró Filip en mi cuello.

Sentí como su mano soltaba mi cintura, pero su cuerpo se quedaba cerca.

Estaba allí, cuidándome, protegiéndome. Era posible que él no fuera quien yo pensaba, que tuviera una parte oscura, que hubiese hecho cosas ilegales. Sin embargo, de alguna forma, sentí que, a pesar de todo, él haría cualquier cosa por protegerme.

Sentí la respiración profunda de Filip a mi espalda.

Cerré los ojos y conseguí dormir profundamente.

Capítulo 18

Secuestro de datos

Me desperté temprano. Intenté moverme, pero estaba completamente atrapada por el cuerpo de Filip, y eso era mucho cuerpo. Me sujetaba contra él con cierta fiereza. Me costó escabullirme de su lado, pero en esta ocasión lo conseguí sin despertarle. Seguramente Filip necesitaba descansar. Supuse que apenas había dormido la noche anterior, que habíamos pasado en el hospital: él en el pasillo y yo, en mi habitación. Si yo hubiera sido él, no habría pegado ojo. De hecho, el único motivo por el que yo había logrado dormir era gracias a las drogas legales que me habían suministrado en abundancia.

Salí de su casa de madrugada para preparar las cien magdalenas que Hugo vendría a recoger, como cada mañana. Quería un poco de normalidad, una rutina que me había hecho feliz durante los últimos meses. Pero ese día me costó cumplir con mi encargo. Normalmente me ponía música con mis grandes cascos. Me gustaba escuchar *rock* de los 70, 80 y 90 mientras preparaba las bandejas de magdalenas y ponía los hornos a pleno rendimiento. Tenía muy controlados los tiempos. Era rápida en la cocina y no había masa que se me resistiera. La música siempre me había ayudado a concentrarme. Entraba por mis oídos, se colaba por debajo de mi piel para llegar hasta mis dedos, donde se hacía la magia. Sin embargo, nada funcionaba esa mañana. No había ninguna canción con la que consiguiera conectar, me costaba centrarme y, al final, se me había quemado una hornada de magdalenas. Cuando llegó Hugo todavía tenía el horno funcionando, así que lo metí en la cocina y le preparé un café mientras esperábamos.

—¡Me van a matar, Beca! —se quejó Hugo nervioso—. Tenía que estar en la segunda parada y todavía no he salido de aquí.

—¡Lo sé, lo sé! —repliqué suspirando y apartándome unos rizos de la frente con el dorso de la mano—. Pero estoy segura de que es mejor que llegues un poco tarde a que no las entregues.

—Te has llenado de harina —apuntó Hugo desde la mesa.

Negué con la cabeza y cogí un paño de cocina al tiempo que me miraba en el reflejo del microondas.

—Hoy no estoy centrada, Hugo, perdóname —le pedí mientras me limpiaba con el paño la frente.

El horno sonó. Trabajo terminado.

—Está bien, no te preocupes. ¡Venga que ya las tenemos! —me comentó para tratar de animarme.

Esperamos un poco a que se enfriaran, pero no el tiempo que me hubiera gustado, ya que no lo teníamos. Desmoldé las magdalenas y las coloqué en las cajas que se llevaría Hugo.

Acompañé a Hugo hasta el ascensor.

En ese momento abrió la puerta Filip. Parecía estar sincronizado con Hugo. Eso o que estaba atento a su llegada, porque hoy iba tarde y muchas veces coincidíamos los tres en el rellano cuando Hugo se marchaba con las magdalenas.

—Buenos días —saludó Filip.

Estaban ya tan acostumbrados a verse en el descansillo que ambos se saludaron con normalidad. Aunque había entre ellos una leve rivalidad ridícula que no desaparecía a pesar del tiempo que había pasado desde que se habían saludado por primera vez.

—Buenas —saludó Hugo mirándolo sin muchas ganas—. Bueno, Beca, me voy. ¿Corremos esta tarde?

Dudé. Miré a Filip. No sabía si salir a correr por Madrid era o no seguro, pero no podía vivir a medias. La noche anterior me había vuelto loca y había necesitado la cama de Filip para poder dormir, y esa no era una solución. No podía acudir a él. Tenía que hacer mi vida a pesar de lo que me había pasado. ¿No era eso lo que me habían dicho, que hiciera mi vida con normalidad?

Volví a mirar a Hugo quien permanecía expectante, sosteniendo la puerta del ascensor con una mano. Hugo no sabía nada de lo que había pasado. Solo sabía que había estado en el hospital por un tema de salud. Además, Hugo nunca preguntaría algo tan íntimo

como un tema médico si yo no se lo contaba. Me hablaba con normalidad y no había notado la ligera marca que tenía en el cuello, por debajo de la mandíbula.

Me encontraba bien, muy recuperada, y necesitaba aquella normalidad.

—Sí, corremos esta tarde —contesté.

Filip rompió el contacto visual y se centró en cerrar su puerta.

—Genial. Luego te escribo —comentó mientras me daba un beso en la mejilla.

Después de hacerlo, miró a Filip y se despidió con la mano. No tuve ningún tipo de duda de por qué me había dado aquel beso.

El ascensor se cerró y Hugo desapareció de nuestra vista.

—Hola —saludó Filip acercándose.

—Hola —respondí desviando la mirada al suelo.

—¿Cómo estás? No te escuché cuando te levantaste esta mañana.

Tuve que volver a subir la mirada.

—Estoy bien —respondí—. No me extraña que no me escucharas. Estabas dormido profundamente, como una roca.

—Confieso que caí rendido. No había dormido nada el día anterior.

—Lo supuse.

Filip se acercó un poco más. Alargó una mano para acariciarme el cuello.

—Beca…

Me escabullí de su agarre.

—¿No tienes que irte a trabajar y salvar el mundo o algo así?

Asintió.

—Sí, supongo que sí.

—Estupendo.

Me volví hacia mi puerta.

—Beca —me volvió a llamar.

Volví la mirada hacia él.

Filip estaba preocupado, se le veía en el rostro, pero había algo además de la preocupación. Estaba aquello etéreo e intangible que tiraba de nuestros cuerpos. Del uno hacia el otro, como si fuéramos

las dos piezas de un todo que se habían encontrado entre miles de piezas, que habían encajado a la perfección y que no querían volver a conformarse con menos. Era algo carnal, poderoso, que se imponía entre nosotros. Vivir separados después de haber probado lo que era estar juntos era difícil, pero, a pesar de toda aquella atracción que era imposible de obviar, las mentiras de Filip seguían pesando mucho en la balanza.

—Yo también te daría un beso en la mejilla como despedida, pero creo que el hecho de que te hayas escapado de mi cama esta mañana ha sido bastante elocuente. No estoy seguro de que quieras un beso mío.

Dio un paso al frente. Puso su mano sobre el marco de la puerta.

El corazón me latía con fuerza. Vi sus manos grandes y sus ojos llenos de dorados a la luz de la mañana.

—Hugo es un colega.

—Lo sé.

Su voz sonó densa, cálida.

—¿Celoso?

—Nunca lo he sido —respondió mirándome con aquella profundidad—. ¿Te gustaría que lo estuviera?

Negué con la cabeza.

—No sé ni por qué lo he dicho.

Filip me miró a los ojos y después bajó sus ojos al lunar de la comisura de mis labios.

—Tienes harina en la mandíbula —murmuró acariciándome en el lugar indicado con suavidad.

—¿Me estás quitando la harina o acariciándome? —pregunté tratando de aclararme la voz.

Bajó su mano hacia mi cuello y llegó hasta la clavícula.

—Lo que tú quieras.

El ambiente se había caldeado rápidamente y yo parecía demasiado dispuesta para ser alguien que supuestamente no iba a perdonar su engaño. Tragué mientras sentía su mano todavía en mi cuello regalándome lentas caricias.

En ese momento su móvil sonó. Filip se apartó y contestó la llamada.

—¿Sí? —respondió. Alguien le hablaba al otro lado del teléfono —. ¿Cómo ha podido ocurrir eso? Pero ¿no estaba el equipo trabajando esta noche? —Volvió a dejar que hablaran al otro lado—. No, no. ¡Esto es un desastre! —Más charla desde el otro lado—. Sí, voy ahora. Ya estoy saliendo para allí.

El gesto le había cambiado.

—¿Todo bien? —pregunté caminando un par de pasos detrás de él.

—No, parece que ha habido complicaciones. Tenemos los datos de la AEAT secuestrados —comentó frustrado—. Ha pasado hace nada, pero ya se ha filtrado a la prensa.

—¿En serio?

Buscamos en nuestros móviles. La noticia estaba en todos los periódicos: *«Secuestrados los datos de la Agencia Tributaria», «La AEAT ha sido hackeada», «(…) Fuentes cercanas apuntan que los piratas informáticos llevan varias semanas atacando el sistema, que ya estaba siendo fortalecido. Esta noche han conseguido saltarse toda la seguridad implementada y hacerse con los datos de Hacienda. ¿Pagará el Gobierno el rescate?».*

—¡Joder! —bramó Filip—. Esto es un puto desastre.

—Pinta mal, ¿no?

—Sí, muy mal —aceptó echando un ojo a las noticias—. Me tengo que largar ya. Me está esperando un coche para llevarme a la sede de Hacienda.

—Comprendo. Vete, no te entretengo.

Filip se encaminó a las escaleras y yo a la puerta de mi casa.

—Beca —me llamó antes de bajar las escaleras.

Me volví.

—Dime.

—Prométeme que tendrás cuidado. Necesito saber que estarás bien.

Lo miré unos instantes en silencio. Se le veía preocupado.

—Tendré cuidado.

Filip asintió y se marchó.

Capítulo 19

Techos de tres metros

Aquella tarde hice una ruta de seis kilómetros con Hugo. El problema fue que al rato de llegar a la casa de mi ruta llamó a mi puerta mi escolta. Quería hablar conmigo. Le eché un vistazo. Era un agente de incógnito con vaqueros, camiseta, zapatillas y gorra y, a decir verdad, tenía la camiseta completamente sudada. Se le veía molesto y me dijo con mucha amabilidad que la próxima vez que quisiera hacer entrenamiento de alto rendimiento tenía que avisar, ya que él había tenido que ponerse a correr con vaqueros. En ese momento se me voló la cabeza: no había pensado en él en ningún momento. Era un tío con el cuerpo de un bombero, así que supuse que estaba más que acostumbrado a hacer ejercicio durante horas; aun así, podía comprender que quisiera la ropa adecuada. Me disculpé, le di las gracias por su trabajo y le confesé que no me había dado cuenta de que había estado corriendo detrás de nosotros todo ese tiempo. A lo que me contestó que si nos hubiéramos dado cuenta, él no duraría en ese trabajo ni dos días.

Mi escolta se llamaba Joan y, aprovechando que había tocado a mi puerta y que estábamos departiendo sobre mis rutinas y su trabajo, le hablé de mis terrores nocturnos. Obvié explicarle que había tenido que refugiarme en la cama de Filip la noche anterior, eso a él no le interesaba, pero yo necesitaba una solución para no caer en la tentación de volver a golpear en la puerta de Filip. No me apetecía hacer el papel de damisela en apuros, prefería el de mujer autosuficiente que sabe resolver sus propios problemas. La verdad era que solo habían pasado dos días desde el ataque y no me sentía segura. No tenía que avergonzarme de ello, era humana. Pensé que la policía debía buscar una solución a mi problema, ¿no? Joan llamó a su superior y, tras debatirlo con él, me aseguró que durante unos

días me enviarían a alguien que se quedaría en el piso conmigo por las noches. Al parecer no podían prescindir de la vigilancia en el exterior, pero podían destinar más efectivos a mi protección durante unos días.

Se lo agradecí enormemente a Joan y me despedí de él quien me aseguró que lo habían reemplazado en el exterior y que vendría alguien a pasar la noche en mi casa, ya que su turno había terminado y estaba deseando llegar a su casa para darse una ducha por la sudada que llevaba encima.

Cuando Joan se marchó, hice una tabla de ejercicios con la televisión puesta. No habían dejado de hablar durante todo el día del secuestro de datos de la AEAT. La noticia parecía estar en todos los telediarios y los programas de actualidad. En todos los canales la estaban comentando, no se hablaba de otra cosa.

Después de ducharme comprobé que tenía un wasap de Filip:

> Filip nuevo vecino: Hola. ¿Va todo bien? Te escribo para decirte que voy a estar aquí toda la noche. Estamos trabajando contra reloj para tratar de recuperar los datos. Solo quería asegurarme de que estarás bien.

Miré el wasap. Filip estaba preocupado. Sabía que era sincero, pero no sabía qué debía responderle. ¿Podía llegar a perdonarle? ¿Estaba dispuesta a dejarme arrastrar por la pasión que sentíamos ahora que sabía quién era él? Dudé. El corazón me decía una cosa, la cabeza otra, y algo que me unía a Filip no dejaba de morderme las tripas.

> Yo: Estoy bien, no te preocupes. He hablado con mi escolta y vendrá un agente para estar conmigo en casa por las noches, así que se acabaron los miedos nocturnos.

Filip leyó el wasap y tardó unos segundos en contestar. Yo tenía una toalla rodeando mi cuerpo mientras mi melena rizada, cargada con el peso del agua, caía por mi espalda. Miré el móvil esperando su respuesta. Escribió, borró y volvió a escribir.

> Filip nuevo vecino: Gracias por contármelo. Me quedo mucho más tranquilo. Cuando consiga salir de aquí hablamos.

«¿Hablamos?». ¿De qué teníamos que hablar? Miré el móvil pensando en mil respuestas, pero finalmente no escribí ninguna. Me puse una camiseta amplia y unos pantalones cortos de seda con un estampado de flores y me preparé algo de cena mientras esperaba a la caballería.

Durante los días siguientes conseguí retomar mis rutinas, pero de algún modo todo era diferente. No conseguía centrarme haciendo magdalenas. No me ayudaban mis *playlists* y eso que probé de todo, desde Queen, AC/DC, Led Zeppelin, Dire Straits, Boston, hasta Guns N' Roses, Prince e incluso The Cure. A mí, una apasionada del *rock* clásico, nada me funcionaba. Era como si todo hubiera cambiado. No era capaz de concentrarme y evadirme, llenarme de música y masa, como me ocurría antes de conocer a Filip. En todo caso, conseguí entregar los pedidos a tiempo cada mañana y no volví a quemar una hornada de magdalenas.

Las tardes las ocupé en salir a correr y hacer mi tabla de ejercicios al terminar. Después de ducharme, algunas noches cocinaba dulces y le ofrecía siempre algo a la agente que pasaba las noches en mi salón. Se trataba de una chica de unos treinta y cinco años, y se llamaba Olga. Ella siempre se tomaba algo de lo que había cocinado con un café bien cargado, para aguantar toda la noche. Eso me animaba a seguir cocinando, ya que en algo tenía que emplear las horas en aquel *impasse* en el que estaba inmersa desde que Filip había desaparecido para tratar de salvar los datos de todos. Sentí que de algún modo no solo estaban secuestrados los datos de la AEAT, sino que yo misma lo estaba, a la espera de no sabía el qué.

Con Olga en mi casa se fueron los terrores nocturnos, pero, aun así, no podía dejar de dar vueltas en la cama. Echaba de menos el enorme cuerpo de Filip y su brazo aferrándome a él con fiereza. ¿Qué iba a hacer con todos aquellos sentimientos contradictorios que tenía hacia él?

No vi a Filip durante días. Supuse que tendría que venir de vez en cuando a ducharse, pero no coincidíamos nunca. Las veces en que la debilidad pudo más que mi determinación y llamé a su puerta, jamás me abrió. De repente parecía que nunca había estado

allí, como si su presencia solo hubiera sido un producto de mi imaginación. Sin embargo, sabía que no era cierto, que Filip había sido algo real, muy real. Durante las noches, en mi cama solitaria, podía recordar con total claridad su cuerpo encima del mío, y cómo me miraba a los ojos cuando entraba dentro de mí. Sí, Filip era real. Todo en él era real, desde sus grandes manos cogiendo mis pechos hasta su lengua hundiéndose entre mis piernas y su mirada llena de dorados imposibles.

¡Era ridículo! Ni tan siquiera sabía si podía llegar a perdonarle o dónde iba a estar él dentro de un par de meses. Todo aquello que bullía dentro de mí era como un inmenso puzle de piezas que no encajaban, pero la realidad es que al final del día daba vueltas en la cama, dejando que mis rizos negros se extendieran por la almohada mientras mis pensamientos volaban al recuerdo de su cuerpo caminando entre el vaho de mi cuarto de baño.

—¡Joder, Filip! ¿Dónde estás? —susurré atusando la almohada antes de volver a darme la vuelta en la cama.

***

Era sábado. Llevaba tres días con la agente Olga en casa cada noche y sin rastro de Filip cuando por fin las noticias cambiaron. Había salido a tomar un vermú y picar algo con la intención de acercarme a mi local después. Hacía tiempo que no iba por allí y me gustaba pasarme de vez en cuando por él. Quizás con la esperanza de que, en algún momento, el enigma de lo que iba a hacer con él desaparecería.

Estaba esperando el cambio de un semáforo de rojo a verde cuando escuché hablar del tema a dos mujeres que se habían parado a mi lado. No era mi intención escuchar su conversación, pero hablaban en un tono bastante alto.

—¿Te has enterado de lo de Hacienda? —preguntó una de ellas.

—¿De qué? ¿Ha habido algo nuevo?

—Sí, acaba de salir en los periódicos: han conseguido liberar los datos. Por fin, llevan un montón de días con eso.

—¿En serio? ¿Y no será que el Gobierno ha pagado?

—No, no —negó la primera—. ¿No has escuchado lo que dicen en la televisión? No hay que doblegarse nunca a los piratas informáticos. Si lo haces una vez, tienes que hacerlo siempre. Al parecer, han conseguido recuperar los datos sin tener que pagar.

Cogí el iPhone y busqué rápidamente las noticias. Estaba ya por todas partes: *«Los datos de la Agencia Estatal de Administración Tributaria son recuperados sin que haya que pagar el rescate», "Los* hackers *contratados por el Gobierno consiguen revertir el cifrado gracias a uno de los criptoanalistas más reputados en la red», «Fin al secuestro que ha tenido al país entero en vilo durante días», «Los* hackers *contratados por el Gobierno liberan los datos y blindan el sistema para evitar futuros ataques».*

¡Lo habían conseguido!

Llamé a Filip sin pensar, pero no conseguí contacto, tenía el móvil apagado. Supuse que podríamos hablar después, que estaría ocupado con otros menesteres más importantes que atenderme a mí en un momento como aquel. Debía de estar exhausto, había sido una semana muy larga en la que todo el país había estado en vilo desde que se había filtrado la noticia a la prensa.

Llegué a la calle Lagasca, muy cerca del Retiro, donde tenía mi local comercial. Abrí y subí la persiana. Tenía un frontal a la calle perfecto, con unos ventanales de cristal y hierro negro muy grandes y luminosos. Entré y caminé por el espacio amplio y prácticamente vacío de mi local. Todo lo que había dentro eran desechos de una vida anterior; algo de escombros y la antigua barra de un bar. Era un local con techos de casi tres metros. Eso era lo que más me gustaba. Eso y los yesos dibujados de su techo que, junto con los grandes ventanales, hacían que el local fuera grande, luminoso y con carácter. Cuando entrabas en él no podías ser indiferente a su belleza.

Caminé hacia el fondo entre algunas mesas viejas, unas sillas de madera medio cojas y los restos de lo que un día había sido un gran café bar. La ubicación era perfecta. Estaba en un barrio bien, muy cerca del Retiro. Miré a mi alrededor y supe que allí triunfaría cualquier negocio. La cuestión era estar segura de qué negocio

quería levantar con mis propias manos y si estaba dispuesta a entregarlo todo, a darlo todo por conseguirlo, como habían hecho las mujeres de mi familia. Sentía una especie de precipicio cuando pensaba en cómo estaba el listón.

Respiré hondo mientras observaba las paredes de aquel local lleno de posibilidades. Lo había encontrado bicheando en los inmuebles que tenía en Madrid nuestro *holding* inmobiliario. Había sido amor a primera vista. Lo había adquirido de inmediato pagándolo con parte del dinero que había heredado. Tenía aquel dinero gracias a mis padres, y a mis abuelos, todos ellos emprendedores que no habían hecho más que multiplicar el dinero, y allí estaba yo, sin saber cómo tomar las riendas de mi vida. Escudándome en la producción diaria de cien magdalenas de las que ni siquiera pagaba impuestos. Me sentí un poco fraude. Vistos mis ancestros, ¿qué pasaba? ¿Tenía algún gen defectuoso?

Recordé a mi hermano feliz cuando le había dicho que quería comprar aquel local para montar un negocio relacionado con mi campo. Que había tenido un flechazo con ese local. Sin embargo, a ojos de mi hermana mi empeño con aquel local fue algo caprichoso, especialmente, para tenerlo parado. Por lo menos podía contar con el apoyo de mi hermano, él siempre había tenido una gran fe en mí, decía que yo estaba destinada a grandes cosas. La fe de mi hermano a veces me resultaba abrumadora, pero, en cierto modo, era reconfortante. Sin embargo, los de las grandes empresas eran ellos, mis hermanos, Candela y Álvaro, que habían tenido las agallas de ponerse al frente del *holding* familiar mientras que yo todavía dejaba que me llevara la marea sin ser capaz de nadar hacia un lugar en concreto.

Me saqué el móvil del bolsillo y vi la hora; ya eran las tres y veinte de la tarde, así que en Nueva York serían las nueve y veinte de la mañana. Conocía a mi hermano y sabía que a esas horas estaría ya despierto y trabajando.

Llamé.

—Hola, enana —me saludó desde el otro lado de la línea telefónica—. ¿Está todo bien? Es un poco temprano aquí para recibir llamadas desde el otro lado del Atlántico. ¿Alguna novedad?

Recordé los labios de Filip en mi cuello, el sicario golpeándome, la noche en el hospital, el escolta con la camiseta sudada después de seguirme en mi ruta por medio Madrid, la bandeja de magdalenas quemadas.

—Sí, todo va bien —metí descaradamente—. Solo tenía ganas de escuchar tu voz y hablar un poco. ¿Acaso es mucho pedir?

Sentí como mi hermano ensanchaba una sonrisa al otro lado de la línea.

—Me alegro de que hayas llamado, a mí también me apetecía escuchar tu voz. Hacía un montón, ricitos.

Mi hermano tenía un repertorio de nombres para mí; enana y ricitos eran los más recurrentes.

—Además, a mí no me engañas. Sé que te has despertado al menos hace una hora. ¿Estás trabajando?

—Es sábado —replicó como una manera de desviar la atención.

—Ajá, ¿y eso qué tiene que ver? Te conozco bien, Álvaro. ¿Estás trabajando?

Conocía perfectamente a mi hermano: era un *workaholic.* Solía aprovechar la mañana del sábado para revisar alguna cuestión importante que le quedara pendiente de la semana, y como siempre había algo importante pendiente, pues a eso solía dedicar todas las mañanas de los sábados.

—Sí, bruja, estoy trabajando —confesó con un suspiro—. Pero estoy en la cama…

—¡No me digas más! —lo interrumpí acercándome a los ventanales de mi local, por los que podía ver a la gente que caminaba por la calle. Una pareja pasó besándose justo en ese momento. Pensé que seguramente irían al Retiro—. Estás en la cama con el pecho al aire, un zumo de naranja recién exprimido, algunos informes en papel, el portátil sobre la cama y un iPad abierto con las noticias e información de la bolsa... ¿Me dejo algo? —pregunté—. ¡Ah, y envuelto en unas carísimas sábanas negras de seda, muy al estilo Grey!

Álvaro soltó una carcajada.

—Las sábanas son de color burdeos. En el resto has acertado —confirmó—. ¿Cómo es posible que me conozcas tan bien con lo

poco que nos vemos, enana?

—¡Oh! ¡Qué hortera! Te puedo asegurar que Christian Grey las preferiría negras.

—Yo no soy Christian Grey.

—¿Y las mujeres con las que te acuestas lo saben?

Nos reímos los dos.

Parpadeé unas cuantas veces para evitar llorar. De repente, lo echaba muchísimo de menos.

—En serio, ¿va todo bien? —insistió un poco más serio.

Hacía un par de meses al menos que no hablábamos. Álvaro y yo éramos como uña y carne. Nos queríamos muchísimo, a pesar de eso y de que apenas nos viéramos. Quizás porque cuando lo hacíamos sentíamos otra vez lo huérfanos que éramos.

Con Candela no tenía el mismo *feeling*. No es que tuviéramos una mala relación, pero éramos muy diferentes. Ella era más introvertida, mientras que yo era más como un pequeño huracán. Ella era de pop y yo, de *rock*. Ella, serena y yo, pura energía. Como si todas esas cuestiones no fueran suficientes, ella llevaba su largo cabello negro como una tabla mientras que yo siempre mostraba mis exuberantes rizos.

Álvaro era muy protector con las dos, siempre lo había sido. Como un león con sus cachorros. Él había adoptado el papel de cabeza de familia en nuestra descabezada familia. Sin embargo, para el resto del mundo era una especie de bloque de hielo insensible.

—¿Te das cuenta de lo triste que es la idea de que algo tenga que ir mal para que tengamos que llamarnos? —solté casi sin darme cuenta.

—Lo sé —aceptó mi hermano—. Este verano iré a España, lo prometo.

—Pues ya podías venir cuando no hiciera tanto calor y que pudiéramos salir de cañas e ir a pasear. Han abierto un sitio donde ponen unos bocatas de jamón increíbles.

—¡Maldita! ¡Cómo sabes dar donde más duele!

Me reí.

—Si no vienes por mí, al menos ven por la comida.

—Ya sabes que quiero ir, es solo que…

—Ya lo sé, no te preocupes —lo interrumpí poniéndoselo fácil, a mí también me costaba llamarlo, y hacer planes juntos, y mucho más a Candela. Siempre que estábamos juntos éramos muy conscientes de toda la gente que nos faltaba—. He venido al local y me he acordado de ti. Sentí el impulso incontrolable de llamarte y ya sabes cómo soy con los impulsos.

Álvaro suspiró al otro lado de la línea. Podía verlo en su inmensa cama con sus horteras sábanas de color burdeos en su lujoso e increíble apartamento de Manhattan con vistas a Central Park.

—Dime que me has llamado porque ya sabes qué vas a hacer con él.

—No, la verdad es que no —claudiqué—. Te he llamado porque me he acordado de ti. De lo feliz que te pusiste cuando lo adquirí. Es bueno tener a alguien que no ha perdido la fe en mí.

—Beca, tú tienes muchísimo potencial —sentenció—. Tienes una energía increíble, eres creativa y magnífica en lo que haces y sé que harás algo grande, enana. Créeme, tú eres de las que se comen el mundo, no de las que ven la vida pasar desde el banquillo. Solo necesitas un poco de tiempo.

—Eso creía yo, pero es que ya no lo sé. Tengo este increíble local y sé lo que se me da bien… También tengo todas esas ideas, pero todo parece muy confuso, como si no pudiera centrar el tiro.

Mi hermano chasqueó la lengua al otro lado del aparato.

—Esto es solo una racha, pasará. Sé que encontrarás tu camino y será algo increíble, porque tú no te conformas fácilmente.

—Ya veremos —murmuré dando unos pasos por el local.

—Todo llegará, estoy seguro. Además, como última opción, siempre puedes ponerte a la cabeza de la sede de Madrid del *holding*.

Puse los ojos en blanco, eso ni loca.

—En cualquier momento recojo el guante.

Ambos nos reímos. Álvaro me conocía lo suficiente para saber que no quería saber nada de la gestión de la empresa. Agradecía la posición económica que nos reportaba, pero no me interesaba asumir un cargo de relevancia en ella.

—Por cierto, he visto lo del secuestro de los datos de Hacienda en la prensa española, menos mal que ya los han recuperado —comentó cambiando de conversación de repente.

Tragué.

—Sí, hemos estado unos días en vilo —murmuré.

—He estado leyendo antes al respecto, parece ser que ya llevaban con ataques varias semanas.

Me puse nerviosa, Álvaro notaba al instante cuándo mentía. Tenía una especie de radar para las mentiras.

—Algo he leído —me excusé—. ¿Y tú qué tal estás? ¿Todo va bien?

—Bien, todo en orden por aquí —declaró al otro lado de la línea.

—¿Alguna rubia de impresionantes piernas largas en tu cama un poco más allá del portátil?

En esta ocasión, mi hermano mayor se rio.

—Dos rubias. Tengo cuatro piernas largas más allá del teclado —bromeó—. No, la verdad es que últimamente he estado un poco escaso de compañía femenina.

Bufé. Mi hermano solo, ¡qué desperdicio! No estaba bien decirlo, pero mi hermano era impresionante. Seguramente el hombre más atractivo que había conocido.

—¡Será porque quieres!

—No sé, la rueda de las citas ya me aburre un poco.

—Sí, estar con modelos, actrices e hijas de la alta burguesía de Manhattan debe ser de lo peor —declaré—. Muy aburrido escuchar a todas esas chicas contándote los detalles de sus vidas grises.

—¡Exacto, enana! Muy aburrido.

Esbocé una sonrisa.

A través de los ventanales vi la imagen de mi escolta un poco más allá. Parecía simular estar paseando al final de la calle. Llevaba allí demasiado rato. Debía de tener calor; pensé que si estuviera libre, podríamos ir los dos a tomar unos pinchos de tortilla y unas croquetas.

—Creo que te voy a dejar seguir trabajando —murmuré—. Prométeme que harás algo para divertirte este fin de semana,

además de trabajar.

—Claro… —comentó.

Mentira. Estaba absorbido por el trabajo, no le creía en absoluto.

—Ah, ¿sí? ¿Como qué?

—Iré al gimnasio, y tengo un partido de pádel.

—Lo del partido seguramente será con uno de tus amigos del gimnasio, así que realmente esas dos cosas son la misma cosa. Haz algo diferente. ¡Por Dios, Álvaro, vive un poco!

—Ya sabes que no soy muy de salir por ahí.

Suspiré. Mi hermano era impresionante. Tenía el mismo cabello negro rizado que yo y los mismos ojos azules grisáceos. Era un tiburón de Wall Street. Tan guapo y exitoso que dejaba sin respiración al sector femenino y a parte del masculino allí por donde iba, pero no había tenido una sola relación profunda en toda su vida. Con lo único que se comprometía era con el gimnasio. Él sí tenía unos abdominales de acero, pero no le servían de mucho si no había nadie que lo abrazara en su cama. Sabía que él era seguramente el que más había sufrido de nosotros tres. Aquel sentimiento de orfandad que yo tenía él lo tenía todavía más acrecentado. No solíamos llamarnos porque nos dolía reconocer aquellas cicatrices que compartíamos. Era un auténtico cliché: guapo, exitoso, rico y emocionalmente inaccesible.

—Tienes que buscarte una novia.

—Y tú, un novio —me recriminó—. ¿O ha aparecido alguien especial y me llamas por eso?

Callé.

—Nada que declarar, señoría —respondí.

Mi hermano me lo notó al momento.

—¿Beca? ¿Qué estás ocultando?

—¡Oye, te tengo que dejar!

Rumió.

—¡Está bien! Te dejo que me cuelgues, pero te lo advierto: no te creo nada—. Guardó silencio—. Anda, enana, prométeme que te cuidarás y que, si tienes algún problema, o si simplemente quieres hablar, me pegarás un toque.

—Pues claro. Ya sabes que siempre recurro a ti.

Era cierto, no le había contado lo que me había pasado con Filip, pero, de algún modo, había recurrido a él, porque Álvaro era familia. Él era esa tabla a la que podía aferrarme en caso de naufragio. Hecho de la misma carne y los mismos huesos que yo estaba hecha, y eso era mucho.

—Así me gusta —murmuró al otro lado de la línea, y sentí la calidez de su voz, casi como un abrazo—. Hablamos pronto.

—Sí, hablamos pronto —confirmé.

Los dos sabíamos que no hablaríamos pronto. Así como sabíamos que él no vendría ese verano, ni yo iría a París a ver a Candela, a pesar de las veces que lo había prometido. Quizás volveríamos a hablar dentro de cuatro o cinco meses. Mientras tanto él haría abdominales y jugaría partidos de pádel, y yo horniearía mis magdalenas cada mañana mientras olvidaba a mi vecino, descendiente de los *bigfoot*, que un día había destrozado mi puerta.

Sí, dentro de cuatro o cinco meses Filip se habría volatilizado de mi vida, el secuestro de datos de la AEAT sería una anécdota y yo volvería a llamar a mi hermano. Quizás en esa ocasión sí hubiera una rubia durmiendo más allá del portátil encima de su cama.

Colgamos el teléfono y, como siempre, me quedé con las ganas de hablar con Álvaro de muchas cosas y de ninguna en concreto.

Observé una vez más mi local vacío, lleno de posibilidades, que esperaba expectante a que yo decidiera su destino. Eché un vistazo a sus techos de tres metros y a las molduras de yeso dibujadas en él. Sentí el mismo enamoramiento que había sentido la primera vez que estuve allí. Quizás no había llegado el momento de establecer una relación seria con aquel local, pero sí que seguía sintiendo la misma chispa que la primera vez cada vez que estaba allí.

Salí al exterior y eché la persiana.

Capítulo 20

¿Merienda tardía o cena europea?

Filip 

Sentí el agua cayendo por mi espalda. Estaba destrozado. Había pasado los últimos días en una especie de búnker, aislado de todo lo que no tuviera que ver con la recuperación del sistema. No se podía pagar el rescate, para eso estábamos nosotros, ¿no? Cuando se había hecho público el secuestro, la presión política en todo el país se había unido a la presión que ya ejercía sobre nosotros la policía. Había llegado un momento en que Olavi y yo lo habíamos visto todo negro. El Finlandés incluso me había llegado a sugerir que igual había que claudicar. Que dijera eso el mejor criptoanalista con el que podía contar era desalentador, pero supongo que todos flaqueamos en algún momento.

A nivel personal no me había planteado rendirme ni en un solo momento, tenía muy claro que estaba en juego el riesgo reputacional de la AEAT. Si se salían con la suya, si se pagaba el rescate o si se filtraban los datos secuestrados, habría muchas consecuencias y una de ellas era la pérdida de la confianza digital. Además, ¿en qué situación quedaría la seguridad del Estado si Hacienda pagaba a unos ciberdelincuentes? Sería un auténtico desastre.

Por supuesto, no claudicamos. Había mucho en juego, no solo para el Estado y toda la ciudadanía española, sino para mí a nivel particular, por mi acuerdo con la Fiscalía. No podía permitirme fallar. Teníamos que quedarnos allí encerrados hasta que encontráramos una solución y eso fue exactamente lo que hicimos.

Me giré en la ducha sintiendo el agua sobre mi cuerpo. Estaba muy caliente, pero tenía la espalda muy tensa, me ayudaba. Necesitaba relajar todos los músculos o acabaría con contracturas.

No era la primera vez que me ocurría ni era la primera vez que pasaba días trabajando frente al ordenador en una situación de lo más comprometida, pero esta ocasión había sido especialmente estresante.

Es cierto que ya llevábamos tiempo con aquello. Habíamos estado trabajando durante semanas, repeliendo intentos de ataques, pero lo de los últimos días había sido demasiado. Todo se había descontrolado cuando se había filtrado la noticia a la prensa. Así que no quedaba otra que trabajar contra reloj.

Habíamos estado aislados, encerrados y apestando. Solo había venido en dos ocasiones a mi piso en esos días y apenas me había quedado más que el tiempo de ducharme y cambiarme de ropa antes de volver a salir. Habíamos tenido que dormir en una sala que nos habían habilitado cerca de los servidores, donde habíamos instalado la zona de trabajo. Aquello había sido una especie de infierno donde solo se hablaba con palabras técnicas, se comía *pizza* y donde la gente no se bañó ni se cambió de ropa más que en una o dos ocasiones.

Aquellos cabrones habían utilizado herramientas de anonimización para ocultar su identidad y canalizar sus comunicaciones a través de distintos países con el fin de que no pudiéramos detectarlos. Habían trabajado duro con múltiples capas para enmascarar su identidad, pero no habían hecho nada que no hubiera hecho yo antes. La verdad es que por un momento fue como si me viera en un espejo, tenía la sensación de que estaba enfrentándome a mí mismo. Comprendía el filón que el Estado había visto en mí.

Sí, aquello había sido un infierno, pero por lo menos el personal de la Brigada Central de Investigación Tecnológica de la Policía Nacional, con los que habíamos trabajado durante todo ese tiempo, era realmente bueno.

Olavi también me lo había comentado hacía un par de horas; si no hubiéramos unido fuerzas con ellos, no sé cómo lo habríamos conseguido.

Finalmente habíamos recuperado los datos, revirtiendo el cifrado del *ransomware*, gracias a una vulnerabilidad que aquellos

cabrones no habían considerado. Había sido como encontrar el santo grial. Me pareció un puto milagro y fue el momento en que estuve más cerca en mi vida de ser creyente.

Terminamos con el secuestro, restauramos el sistema e implementamos mejoras en nuestras medidas de seguridad para evitar nuevos ataques futuros. Había sido un trabajo largo, especialmente duro en los últimos días, pero estaba hecho.

Por fin sentía que me había sacado un peso de encima, así que dejé que el agua se llevara todo lo malo por el desagüe. Me sequé con una toalla grande y me miré en el espejo.

Tenía mala cara. Debía echarme a dormir y tratar de descansar un poco. Lo necesitaba, pero antes tenía que hablar con Beca. Me afeité, por lo menos para mejorar un poco el aspecto. Era un tío grande. Había estado en mejor forma física; las piernas y los brazos los tenía en forma, pero quizás necesitara alguna tabla de ejercicios y un poco menos de comida basura. Estos días solo habíamos comido *pizza* y alguna que otra hamburguesa. Necesitaba aire fresco, necesitaba comida buena y algo de deporte, pero por encima de todo, necesitaba a Beca, y eso era algo nuevo.

No recordaba tener esas ganas de querer quedarme en un sitio que sentía al estar con ella. Pero no lo podía evitar, ella había despertado algo y, aunque sabía que no me podía quedar, quería perderme en ella, refugiarme, solo un poco más.

Podríamos vivir en una burbuja tan solo por unos días, ¿no? ¿O era eso pedir demasiado? Sabía que no la merecía, que le había mentido y que todavía no me lo había perdonado. Además, estaba la cuestión moral de todo lo que yo tenía a mis espaldas. Había blasfemado durante todos esos días de lo jodido que nos lo habían puesto los *hackers* que habían atacado a la AEAT, pero ellos y yo no éramos diferentes. Todos éramos ciberdelincuentes, al fin y al cabo, y yo no estaba muy seguro de que Beca estuviera dispuesta a estar con alguien así, aunque solo fuera por un tiempo. Tenía que hablar con ella. Quería estar con ella. Sería como un pequeño sueño. Un tiempo que robar al destino antes de marcharme.

¿Estaría ella dispuesta a soñar ese tiempo conmigo?

Tenía que verla.

Me vestí y miré la hora. Pasaban de las seis y media de la tarde.

Abrí la puerta para ir al piso de Beca.

No hizo falta ni dar un paso. En cuanto abrí la puerta, ella estaba enfrente de mí con la mano levantada justo a punto de llamar. Llevaba puestos unos vaqueros, con una camiseta, una americana suelta y deportivas. Su cabello negro rizado lo llevaba recogido, de modo que cascadas de rizos caían en diversas direcciones dejando al aire su cuello.

Sentí deseos de deslizar mi lengua por él. Supuse que era el mismo pensamiento que habría tenido un perro, lo cual no me dejaba muy arriba en la escala evolutiva.

—¿Me buscabas?

Esbozó una sonrisa. Una pequeña, pero prometedora.

—Puede ser. ¿Y tú?

—Yo iba a buscarte a ti en este mismo instante.

Movió la cabeza a ambos lados, negando.

—Buenos días —la saludé.

—Buenas tardes querrás decir —respondió levantando las cejas —. En la mayor parte de Europa ya están cenando.

—¡Cierto! —acepté—. Perdóname, ando un poco loco con los horarios últimamente. He estado prácticamente encerrado estos días.

—Sí, supongo que ha sido todo una locura. —Hizo una pausa—. No he sabido nada de ti.

—He estado en un agujero, pero, ahora que he conseguido salir de él, iba directo a buscarte —me apuré a justificarme. No quería que tuviera ningún tipo de duda en lo que a mis prioridades se refería.

—Ya veo —murmuró—. ¿Quieres que tomemos algo?

—¿En tu casa o en la mía? —Y, aunque no lo dije con ninguna intención, la calidez se extendió abarcando todo el recibidor.

Ella me miró dubitativa.

—¿Tú tienes algo para comer?

—Absolutamente nada —confesé—. Si hay algo en mi nevera, tiene que estar en mal estado. Seguramente golpeando la nevera

desde dentro para tratar de salir de allí. No es un sitio acogedor.

—Lo sé —replicó—. Le he visto en anteriores ocasiones—. Yo he comido muy temprano hoy, apenas tomé un pincho de tortilla antes de hacer unos recados. Si te apetece, podemos tomar algo en mi casa.

—¿Una merienda?

—O una cena europea —replicó.

—¡Estupendo! Es un plan fantástico, siempre que no sea *pizza*. Creo que estos días he comido toda la *pizza* que una persona debería tomar en un par de meses.

Sonrió, un poco más que en la ocasión anterior.

Seguí a Beca a su casa.

La puerta seguía herida e iba a hacer un mes que nos conocíamos.

—Siento que todavía no te hayan reparado la puerta.

—Se ve que los ebanistas están muy demandados —comentó mirándola con resignación—. Tendré que esperar.

Asentí y entré en el piso detrás de ella.

La casa de Beca nunca dejaba de sorprenderme. Estaba tan llena de ella que cada vez que entraba allí estaba dispuesto a absorber cada detalle para conocer todo aquello que todavía no me había sido desvelado. Había decenas, cientos, de cosas por todas partes. Una sobreexposición de objetos con historia. Beca era peculiar, era profunda, era muy sensible y era una auténtica devoradora de historias. No había allí nada trivial. Todo parecía haber pertenecido a alguien, o contar una historia; algunas cosas parecían incluso tener mil vidas.

—¿Te parece bien si primero me doy una ducha y después preparamos algo de cena? —preguntó.

La miré mientras se quitaba la americana. En el escote de su camiseta podían verse algunos de sus lunares.

—Yo acabo de estar como una vida debajo del chorro de la ducha de mi baño, pero, si me invitas, me encantaría meterme de nuevo en la ducha contigo.

Esta vez la sonrisa de Beca fue de las grandes. De las que había visto antes de que aquel cabrón la golpeara, antes de que se

enterara de que yo le había mentido y de que no era ningún ángel, tan solo un ciberdelincuente rehabilitado, y eso porque me habían pillado.

—Bueno, aunque la propuesta es bastante tentadora, creo que voy a decir que no —respondió.

Asentí.

—¿Todavía no me has perdonado?

—¿Por cuál de todos los agravios? ¿Por mentir o por ocultarme que eres un delincuente?

—Exdelincuente —maticé—. Con la justicia española acabo de cumplir mi trato, así que pena cumplida.

—¿Y con el resto?

—El resto no me pilló.

Beca se quitó la pinza y sus rizos negros cayeron a ambos lados de su rostro. Me miró con aquellos ojos azules, muy claros, casi grises, con aquel color tan cercano al de una mañana con bruma.

—¿Quieres decir que en los países que no te pillaron entonces no pasa nada? ¿No hay consecuencias? Eso es tener una moral un poco laxa, ¿no crees?

Di un par de pasos por el salón, aproximándome a ella.

—Es posible, pero como no me pillaron, prefiero dejarlos en el pasado.

—¿Eso qué quiere decir? ¿Que ahora eres un hombre nuevo?

—Que ahora, en España, mi cuenta está a cero.

Miré sus labios, aquel lunar. Vi como se le abría la boca, como las aletas de la nariz se hinchaban. Me deseaba, tanto como yo a ella.

—Conmigo la cuenta no está a cero —indicó hablando muy despacio, como queriendo enfatizar cada palabra para que lo tuviera claro.

—Lo sé.

Se quitó la camiseta. Llevaba un sujetador rosa de tela transparente que apenas tapaba sus pechos.

—Voy a ducharme sola —sentenció—. Tú puedes poner un poco de música. Nada demasiado romántico.

Tragué.

—¿Qué tal AC/DC?

—Bien.

En aquel momento Beca lo llenaba todo, apenas podía razonar. Así que yo haría lo que ella quisiera que hiciera. Solo podía pensar en su piel, sus lunares, en hundirme en ella y en olvidarme del infierno que había vivido durante esos días. Sin embargo, tuve claro que ella estaba dispuesta a hacerme suplicar. Bien, no importaba, yo estaba dispuesto a suplicar.

Se dio la vuelta, pero antes de desaparecer por el pasillo, me miró con sus ojos de bruma, su cabello negro suelto sobre sus pechos apenas tapados con aquella tela rosa transparente y con aquel universo de lunares y piel blanca.

—Y solo vamos a cenar —matizó—. Después he quedado con mis amigas para salir, así que no te vayas a pensar lo que no es.

¿Por qué iba a pensar yo nada?

—No me he pensado nada.

—Bien.

—Solo en poner algo de música, nada demasiado romántico, y en cenar algo contigo que no sea *pizza*.

Beca asintió.

—Eso es.

—Buscaré un disco.

—Sí, haz eso.

Desapareció por el pasillo.

Sabía que entre lo que Beca decía y lo que hacía había una especie de abismo en algunas ocasiones como aquella. No podía culparla por ser contradictoria. Estaba luchando entre lo que deseaba y lo enfadada que todavía estaba conmigo. Podía comprenderla. Yo, por mi parte, estaba dispuesto a jugar y a arriesgarme, solo esperaba que ella también lo hiciera.

Me hubiera gustado escuchar el sonido de la ducha desde el salón, pero la verdad es que en aquellos pisos tan grandes era difícil que los sonidos llegaran de una punta a la otra. Busqué en la discoteca de Beca; había visto otro día el *Back In Black*, de AC/DC. Lo localicé y lo puse en el tocadiscos. Pronto el sonido comenzó a

llenar el ambiente. Observé el tocadiscos. Era antiguo y supuse que tenía su propia historia, como casi todo lo que había allí.

Beca llegó al salón con una camiseta blanca ancha con un hombro descubierto y unos pantalones amarillos de seda con un estampado floral por encima. Eran ridículamente cortos, como todos los que se ponía para andar por casa, pero supuse que eran suaves, como otros que ya había tocado en otras ocasiones. Recordé su tacto y me aguanté las ganas.

Beca se había secado un poco el cabello, pero no del todo. Estaba un poco húmedo y, por tanto, mojaba un poco la camiseta.

Me pilló mirándola indebidamente.

—¿En qué piensas? —preguntó.

—En cuál será la historia del tocadiscos —mentí subiendo la vista de la humedad de su camiseta a sus ojos.

—¿Por qué supones que tiene una historia?

—¿Tienes algo en este piso que no tenga su historia?

Beca echó un vistazo alrededor.

—Supongo que no. Aunque confieso que de muchas de las cosas que he adquirido en anticuarios y casas de segunda mano desconozco su historia.

—Pero la tienen, por eso te gustan.

—Sí —murmuró con un destello—. El tocadiscos era de mi abuela. La materna, con la que me crie en Madrid cuando fallecieron mis padres.

Asentí y seguí a Beca a la cocina.

—Se lo regaló mi abuelo cuando se casaron —añadió—. Era un melómano. Creo que de él heredé mi amor por la música y el *rock*.

—¿Falleció?

—Sí, todos lo hicieron. Mis abuelos y mis padres. Solo quedamos mis hermanos y yo. El resto de mi familia es lejana. Tanto mi padre como mi madre eran hijos únicos, así que no hay tíos ni primos. Por eso siempre he creído que si algún día tengo hijos tendré varios, cuatro o algo así.

—Esos son muchos hijos —repliqué con una sonrisa—. Te volverán loca.

—Sí —aceptó. Pero ni tan siquiera sé si tendré uno, así que es un tema para el futuro.

—Ya.

Beca abrió la nevera y echó un vistazo.

—¿Qué te parece una ensalada templada?

—¿Es una forma de decirme que me hace falta perder unos kilos? —pregunté divertido.

Beca me miró con ojos de gata.

—Mmmm… Depende de los gustos.

La miré serio.

—Eso no es lo que te he preguntado.

Cerró la puerta de la nevera. Sentí ganas de empotrarla contra ella y besarla. Besarla mucho y muy hondamente.

—No, no lo creo.

Los dos nos miramos mientras aquello que había entre nosotros cuando estábamos cerca flotaba ingrávido por la cocina.

—Una ensalada templada estará genial —contesté.

Preparamos juntos una ensalada templada de gambas y aguacate. Mientras veía a Beca con la espátula de palo dándole vueltas a las gambas de la sartén sentí que se me apretaba el corazón. Ella, con su camiseta amplia, sus pantalones ridículamente cortos y sus rizos negros todavía algo húmedos, explicándome los beneficios de introducir el aguacate en mi dieta. El aguacate que, a pesar de ser a simple vista sencillo, e incluso un poco insípido, resultaba ser un alimento esencial, con muchas cosas positivas que, según Beca, no me podía perder. Mientras que yo en lo único en lo que pensaba era en que no quería perdérmela a ella, a pesar de que me tenía que marchar. Aunque, quizás, si ella aceptara, podríamos tener algo, aunque tuviera fecha de caducidad. Sería apenas un destello de lo que podría ser. Pero algo era mejor que nada, ¿no?

—Ya me enteré de que al final habéis conseguido recuperar los datos y terminar con el ciberataque.

Esbocé una sonrisa.

—Sí, tengo la sensación de estar despertándome de una pesadilla.

—¿Ha sido muy complicado?

¿Cómo podría explicárselo a alguien lego en la materia?

—Bueno, ha sido algo así como los doce trabajos de Hércules.

Beca me miró.

—Me alegro de que haya terminado.

—Sí, yo también, puedes estar segura.

—¿Ya no tienes que ayudarles más? ¿Cómo dijiste antes? Que la pena estaba cumplida.

—A ver, sí, he cumplido con el pacto que firmé con la Fiscalía, pero la verdad es que tendré que volver a ayudar si requieren mis servicios durante un año aproximadamente —le expliqué—. Después de ese tiempo solo quedará esperar a que cancelen mis antecedentes.

Beca puso la ensalada en la mesa mientras yo colocaba los platos y el resto del menaje que me había facilitado.

—Eso ¿qué quiere decir exactamente? ¿Que te tienes que quedar por Madrid durante un tiempo? —comentó sin mirarme.

No hacía falta que dijera nada. Había quedado en el aire, flotando, la pregunta subyacente: ¿iba a quedarme o a largarme? No sabía cómo habíamos llegado a eso, pero tenía claro que lo que había entre los dos era importante. Algo con lo que ninguno de los dos había contado. Ninguno quería cortar el cordón umbilical, pero había que hacerlo, aunque fuera doloroso.

—No, Beca. No es necesario que esté aquí —sentencié—. Cuando termine me marcho.

Beca dejó la ensalada y se dio la vuelta. Me miró a los ojos.

—Esto se ha terminado —indiqué de manera firme, porque sería ruin no ser claro. Ella se lo merecía—. Me iré unos días a desconectar a la Costa Brava. Tengo la casa de un viejo conocido que puedo utilizar de vez en cuando. Descansaré allí unos días y después me marcharé.

Vi como el rictus de su cara cambiaba. Estaba seria.

—¿Te vas?

—Sí, ya sabíamos que me iría.

Asintió.

Miré sus rizos, sus labios, aquel lunar impertinente, sus ojos azules, hechos de velos grises de bruma.

—Beca, me voy mañana a la Costa Brava —repetí—. Desconectaré y descansaré unos días, lo necesito. Estaré localizable por si la policía me necesita, pero después me marcharé. —Hice una pausa—. Ven conmigo estos días.

Me miró sin entender, tratando de digerir.

—¿Contigo?

—Sí, ven a la Costa Brava. Pasa estos días conmigo, antes de que cada uno tenga que seguir su camino.

Beca parpadeó varias veces. Quizás tratando de buscar la respuesta apropiada.

—No me gustan las despedidas.

—Pues no habrá ninguna despedida.

Negó con la cabeza. Sabía que estaba debatiendo consigo misma.

Alargué una mano y la abracé contra mí.

Se dejó abrazar. Hundí mi mano en su cabello mientras ella buscaba un hueco en mi pecho. Sentí la humedad de su cabello. No pude evitar besarla en el pelo.

—Ni tan siquiera te he perdonado —murmuró contra mi camiseta.

—Da igual, ven sin haberme perdonado —propuse—. Ven y haz que suplique —musité contra su cuello.

Se rio.

—Eso es ridículo.

—Ven… Después no volveremos a vernos. Serán solo unos días. No quiero que nos los perdamos.

—¿Cuántos días?

—Tres, cinco. No lo sé todavía, pero menos de una semana.

Guardó silencio unos instantes.

—Menos de una semana y después no volveré a verte.

Deslicé una mano por su cabello bajando por su espalda.

—Exacto —aseguré manteniéndola cerca de mi corazón—. Después podrás olvidarte de mí para siempre, y de que fui tan imbécil como para decirte que me llamaba Filip y no Filipo Alexander cuando preguntaste.

Nos reímos los dos.

—Desde luego no sirvió de mucho guardar tu identidad, dieron contigo igualmente y se filtró todo a la prensa.

—Sí —confesé—. ¡La verdad es que ha sido todo un auténtico desastre!

Subió la mirada buscando en mis ojos.

—¡Está bien! —claudicó—. Iré contigo unos días.

Ensanché una sonrisa y la apreté con fuerza contra mí.

—¡Estupendo!

—Pero todavía no te he perdonado.

—Está bien.

—Y esta noche voy a salir con mis amigas, no te quedes despierto esperando una gran noche de sexo.

—Acepto el castigo, pero ven a dormir conmigo. Te daré una copia que tengo de las llaves.

—¿No tienes miedo a que te asfixie mientras duermes? —preguntó tirando de la broma que habíamos hecho la primera vez que había dormido en mi sofá.

—Correré el riesgo.

—Bien.

La miré. Deseando besarla, comérmela por completo.

Ella se soltó y se dirigió hacia la mesa. Estaba claro que iba a hacerme suplicar un poco más.

—Cenemos. Ahora será una ensalada fría.

Solté una carcajada y me senté en mi sitio.

Capítulo 21

Una noche en el Penta

Beca 

—¿Siempre que salimos hay que venir aquí? —preguntó Natalia.

—¿Qué pasa? —repliqué sin entender—. Antes te encantaba el Penta.

Nat miró a su alrededor como si buscara algo o tratara de reconocer qué había pasado para rechazar un local que antes le encantaba. El Penta no había cambiado ni un ápice desde que lo conocíamos. En realidad, no había cambiado durante años. Aquel era el bar de la *Chica de ayer*. Un local mítico en el corazón de Malasaña desde 1976. Un lugar que Sofía adoraba, al fin y al cabo, era la más popera de las tres, pero que a Nat siempre le había gustado. Lo mío era más el *rock* que el pop, pero siempre había respetado al Penta por el viaje que conseguías hacer cuando entrabas allí. En él podías revivir el auténtico sabor de la movida madrileña.

—Antes también le gustaba Diego —siseó Sofía como si solo me contestara a mí.

Nat la miró con dureza.

—¡Sofía! —le recriminé.

—¿Qué? ¿Acaso he dicho algo que no sea cierto?

—¡Déjala! —indicó Nat—. Sofía necesita hacer bromas de todo. Espero que también te rías cuando las bromas sean sobre ti.

Sofía tragó, pero no dijo nada.

—Voy al baño —comentó Nat dejándonos.

—¡Nat! —la llamé.

—No pasa nada, solo quiero ir un momento y ya vengo.

La dejé ir y vi como se movía entre la gente.

—¿Por qué has hecho eso? —pregunté.

Sofía negó con la cabeza. Un par de chicos que pasaron por nuestro lado no hacían más que mirar a la impresionante pelirroja de largas piernas. No podía culparles, Sofía era un espectáculo digno de ser visto.

—Le ha hecho daño, Beca —se quejó Sofía, mirándome dolida y olvidando a la horda de hombres que le echaban miradas—. Ya sé que Nat es tu debilidad, siempre la has adorado… Ella es tan perfecta, tan madura y sosegada, pero Diego también es nuestro amigo —sentenció mirándome con dureza—. Ayer estuve tomando algo con él y está destrozado. ¡Él se merecía otra cosa! No se abandona así a alguien tan bueno que ha estado a su lado durante tantos años.

—¡Sofía!

—¡No! —resolvió—. Lo siento, pero es lo que siento, Beca. ¡Joder, que Diego también es tu amigo! ¿O él no importa?

Sofía consiguió que me sintiera mal por todos: por Nat, que estaba en una etapa de transición y necesitaba dejar todo atrás, por Diego, que había sido abandonado, y por Sofía, que se había preocupado por algo en lo que yo ni tan siquiera había pensado. Me sentí una mala amiga y es que yo ni tan siquiera me había planteado llamar a Diego con la cantidad de años que llevaba en nuestras vidas.

—Sofía, eso no es justo. A veces las relaciones se acaban.

—¡Sí, pero no así! —se quejó, moviendo la cabeza a ambos lados—. Es que se lo ha dicho de un día para otro, sin darle tiempo de reaccionar ni de poder cambiar lo que estuviera fallando.

Vi que Sofía estaba realmente molesta.

—Pero Sofía, ¿¡de qué iba a servir eso!? ¿Acaso no escuchaste a Nat?

Sofía Bufó.

—¡No me jodas, Beca! ¿Qué es todo eso que nos contó? ¡Está hecha un lío! —exclamó poniendo mala cara—. ¿¡Cómo va a inseminarse!? Eso es una locura. ¡Créeme, no lo hará! Simplemente está hecha un lío. Quería dejarlo y lo hizo de la forma más abrupta.

—No hay una forma buena de cortar.

—Es posible, pero seguro que podía hacer algo más que soltárselo en el desayuno mientras él le preguntó si quería cereales o tostadas.

Me moví para dejar pasar a algunas personas. Comenzó a sonar *Aunque tú no lo sepas*, con la voz tan característica de Enrique Urquijo.

—No sabía que había sido así.

—Ya lo suponía, villana —comentó tratando de sonreír—. Mira, quiero a Nat, pero también a Diego y creo que no lo trató bien. Él se ha tenido que largar de la casa que han compartido todos estos años de la noche a la mañana, como si todos estos años no fueran nada. —Sofía chasqueó la lengua—. No sé, ya sé que yo no soy de relaciones ni una especialista en tratar bien a los tíos…

—No, eres más estilo mantis religiosa.

Las dos nos reímos, con una risa que no nos llegaba a los ojos.

—Bueno, ya lo sé, pero él es Diego. ¡Lleva toda la vida con nosotras, Beca! —declaró como haciéndome ver algo que no estaba teniendo en cuenta—. Hemos hecho mil planes con Diego. Hemos ido de *camping*, hemos ido a festivales, hemos comido, hemos reído… ¡Joder, a mí Diego me ayudó a pintar el piso!

Recordé el jaleo en el que se había metido Sofía por pretender solventar el tema del cambio de color de las paredes sin llamar a profesionales.

—Lo sé.

Sofía volvió a chasquear la lengua, molesta.

—No sé, supongo que de una forma inevitable siempre nos ponemos de parte de alguien en una ruptura. Y por mucho que los dos sean nuestros amigos, yo soy *team* Diego. Creo que Nat se arrepentirá.

—Esa es su opinión. Debemos respetarla.

Sofía asintió. Había algo de nostalgia en su mirada, o quizás fuera por la canción compuesta por Quique González, que calaba hasta los huesos.

—Dime, Beca, ¿dónde va a encontrar Nat un tío así? —preguntó mirándome entre aquellas estrofas nostálgicas—. No

existen, créeme, yo me acuesto con gilipollas a diario. Diego es un diez, y a los dieces no se los tira por la borda.

Miré a mi pelirroja. Sabía lo mucho que quería a Diego, la realidad era que todas lo queríamos. Me sentí una miserable. Tenía que llamarlo.

Sofía normalmente era una explosión de arrojo, poder y belleza. Algo así como ver fuegos artificiales en directo. Sin embargo, ahora parecía estar a medio gas. Le toqué el brazo.

—¡No hay tíos así, Beca! —exclamó negando.

—Es que no lo has entendido —la apremié—. Nat no está pensando en nadie. No necesita otro hombre.

—Todas necesitamos a alguien —replicó con la mirada algo vidriosa.

Me pregunté si había alguien especial de quien Sofía no me estaba hablando. Pensé en Filip, en cómo lo que estaba sintiendo por él me estaba sacudiendo de arriba abajo, como nunca me había pasado.

—No sé, Sofía, supongo que sí, que todos necesitamos a alguien —acepté—. Pero no tiene que ser un hombre. Puede ser a una buena amiga, a nosotras mismas y, en el caso de Nat, a un bebé, que al parecer es lo que más quiere en este momento. Y no lo quiere con Diego. Nuestro deber es apoyarla porque lo que se espera de una amiga no es un látigo, sino un brazo en el que apoyarse. ¿Acaso no consiste en eso la amistad?

Sofía asintió.

—¡Ya sé! ¡Estoy siendo una amiga nefasta! Es solo que últimamente no la entiendo y me ha dolido que jodiera así a Diego. —Se encogió de hombros—. No lo puedo evitar. Lo siento.

—Eso te hace una muy buena amiga de Diego.

—¡Maravilloso!

Nos reímos. Con unas risas agridulces que se nos quedaban atragantadas.

—Voy a coger una copa —me comentó—. Creo que es mejor que bebamos algo.

—Vale, yo iré al baño a por Nat.

—Está bien, ¿te pillo algo?

—Mmm…

—¿Nos tomamos unos Manhattan?

—Uf, ¿*whisky* y vermut rojo? No pensaba beber esta noche.

—Pues yo creo que lo mejor es tomarnos unos copazos.

No sé si fue por la nostalgia de aquellas noches en las que Sofía me arrastraba a subirnos a bailar encima de los sofás de todos los garitos de Madrid, mientras Nat y Diego nos vitoreaban desde abajo. O si fue porque empezó a sonar la *Chica de ayer* de Nacha Pop, pero decidí que unos Manhattan no eran tan mala idea.

—Está bien, uno y no más. Me voy a por Nat al baño. Este mal rollo que os traéis tiene que terminar.

Sofía asintió.

Me moví entre la gente, escuchando la característica voz de Antonio Vega. Era muy sensible a la música, siempre lo había sido, y las letras del tema calaron mientras buscaba a Nat.

La localicé saliendo del baño.

—¡Oye, Nat, vamos a tomar unas copas!

—No, me marcho.

—¡No, mujer! Si apenas hemos estado juntas.

Nat movió la cabeza a ambos lados.

—No me apetece estar aquí.

—Podemos ir a otro sitio.

Nat negó con mal gesto.

—No, no es eso. Es que esto ya no me apetece, de verdad. —Hizo una breve pausa—. Vine por vosotras, por estar juntas, pero no tengo energía para discutir con Sofía. Está claro que ella tiene algún problema conmigo, que no sé cuál es, pero yo no puedo ser su saco de boxeo.

Miré a Nat entre el bullicio que nos rodeaba.

—No es eso —le aseguré—. ¿Qué va a tener contigo? Está así por su trabajo, la tiene obsesionada.

—Eso ya lo sé, pero hay algo más, aunque no sé el qué.

Nat negó. Miré su cara bonita. Me dieron ganas de abrazarla.

—No te vayas, no hemos podido hablar nada.

Nat buscó en mis ojos.

—¿Es por tu chico? ¿Querías hablar?

Pensé en Filip. Bajé la mirada y los rizos me taparon un lado de la cara.

—No es mi chico.

—Bueno, Filip —se corrigió—. Estoy feliz de que todo eso haya terminado y el tema de la confidencialidad y los seguratas siguiéndote se haya acabado.

Se lo había contado antes, cuando habíamos tenido un rato a solas. Al haberse solventado el tema del secuestro de datos de la AEAT, se había terminado eso de tener una sombra detrás de mí todo el día. Me había llamado el inspector Juan Ramón Ramírez para informarme de que me retiraban la escolta. Consideraban que ya no la necesitábamos ninguno de los dos.

—No eran seguratas.

—¿Escoltas?

—Sí.

—¿Cómo era que los llamaba Filip?

—Cuervos.

Nat sonrió.

—Eso me gusta, muy novelesco.

Las dos sonreímos.

Durante estos días había hablado en un par de ocasiones con Nat por teléfono. Con alguien tenía que hacerlo para no volverme loca.

—Sí, yo también estoy feliz de que haya terminado. Solo quiero olvidarlo todo, como si hubiera sido un mal sueño.

—¿Y ahora qué?

Recordé a Filip en mi cocina confirmando que se marchaba y aquel abrazo con el que me había sostenido contra su pecho.

—Se marcha —me escuché decir—. Estará unos días de descanso en la Costa Brava y después se va de España. Quiere que lo acompañe.

—¿Quiere que te vayas del país con él? —preguntó abriendo muchísimo los ojos.

—¡No, no! Eso no. Quiere que me vaya con él unos días a la Costa Brava. Algo así como unos días juntos antes de que desaparezca de mi vida y solo me quede una puerta rota.

Nat me miró buscando en mis ojos todo lo que estaba burbujeando dentro de mí. ¿Cómo era posible que me sintiera así? Filip y yo apenas hacía un mes que nos conocíamos. Lo que había pasado entre nosotros apenas había sido un suspiro. Entonces, ¿por qué pesaba tanto?

—No suena mal —declaró—. ¿Tú quieres ir?

Dudé.

—No lo sé, el problema es que…

—El problema es que tú no eres de las que pasan por las cosas de forma superficial y tienes miedo a engancharte estos días y después pasarlo mal, ¿me equivoco?

No contesté.

—Mira, Beca, yo creo que lo mejor que puedes hacer es lo que sientas de corazón. Lo que te apetezca de verdad. Si quieres ir, ve y si no, quédate. No está ni bien ni mal —argumentó—. Yo me he equivocado mucho por tratar de hacer lo que era correcto y por tratar de contentar a los demás, cuando lo único importante es contentarse a uno mismo. Piensa en qué quieres hacer tú.

—Qué vieja y sabia eres —la piqué.

Nos reímos.

—Siempre seré más vieja que tú.

Nat sonrió y me dio dos besos a modo de despedida. Los besos de Nat eran prácticamente aire. Ella no era de excesivas muestras de afecto, ni de grandes abrazos.

—¿De verdad te vas?

—Sí. Mira, la próxima vez quedamos solas tú y yo, ¿vale? Creo que Sofía y yo necesitamos dejar que respire nuestra relación. Tenemos que darnos un tiempo.

—No sois pareja.

—Pues últimamente parecemos un matrimonio viejo. Que no un viejo matrimonio, que es muy distinto —apuntilló.

No pude contradecirla porque creía que en cierto modo sí lo eran. Siempre había habido piques entre ellas, yo era la bisagra, el pegamento de aquella unión entre las tres, pero últimamente los enfrentamientos entre ellas eran la tónica. Al final no iba a ser incierto eso de que eran amienemigas.

—Está bien, nos vemos pronto —claudiqué.

—Bueno, me marcho —añadió—. Por cierto, disfruta de tu luna de miel.

Bufé.

—La luna de miel es para los recién casados, no para los que se van a separar.

—Bueno, esta historia ha sido un poco extraña desde el principio, ¿no? —comentó Nat con una media sonrisa—. Empezasteis enfadándoos cuando te rompió la puerta, ¿por qué no terminarla con una luna de miel?

Vi como Natalia se marchaba entre la gente mientras otra canción dispuesta a transportar a todo el bar a los años ochenta arrancaba por los altavoces.

Busqué a mi demonia favorita entre la gente. Me la encontré hablando con un grupo de chicos. Guapísima con su larga melena pelirroja. Brillaba, destacando entre ellos, mientras que sus acólitos solo podían sentirse deslumbrados. Siempre había admirado la capacidad de Sofía de ponerse una máscara y parecer divina y perfecta cuando unos minutos antes estaba destrozada. ¿Cómo se hacía eso?

Me saludó y el grupo de hombres me hizo un hueco. Yo no era impresionante como Sofía, pero tampoco estaba nada mal, y las miradas de los chicos me confirmaron que ellos opinaban lo mismo. No me apetecía conocer a nadie, ni charlar con ningún desconocido, pero eran majos y quería que Sofía lo pasara bien. Ya había perdido a Nat esa noche, así que me quedé y decidí pasármelo bien.

Nos bebimos nuestras copas y repetimos otra ronda. Sofía se tomó hasta tres Manhattan, mientras yo con dos decidí que ya no podía más, comenzaba a sentir que podía caminar sin tocar el suelo con los pies.

Bailamos, reímos y bebimos. Poco a poco, quizás por no conseguir nada, los chicos con los que habíamos estado desaparecieron. Seguimos solas bailando, uniéndonos a un grupo de chicas que cantaban a todo pulmón. Mientras la melena pelirroja de Sofía ondeaba, mis rizos negros buscaban su propia danza. Destellos de luces de colores nos rodeaban en aquel local tan emblemático

que arañaba nuestros corazones con nostalgia de una época ya pasada que, de alguna forma, siempre viviría en el corazón de Malasaña.

Cuando tuvimos bastante de copas, chicos, charlas con desconocidas, bailes y temazos llenos de pop y nostalgia, salimos.

—No me puedo creer que Nat se largara —comentó Sofía mientras se le trababa la lengua.

Nos habíamos sentado en el escalón de un portal en la calle de la Palma. La gente caminaba por la calle y el alboroto de la noche en Malasaña mostraba lo viva que estaba Madrid un sábado por la noche.

—No le apetecía quedarse, no le des más vueltas.

—Tengo que hablar con ella.

—Dale unos días. Ya verás que lo arregláis.

Sofía se apartó la melena pelirroja de la cara.

—Sí, eso espero.

Nos quedamos calladas mirando a la gente caminar y reírse. Era más fácil reírse de noche que de día.

Quise contarle lo de Filip y la AEAT, y lo que me había ocurrido. Desde que todo había sido filtrado a la prensa no había motivos para guardarlo. Sin embargo, decidí que ambas llevábamos demasiado alcohol encima como para hablar de ciberdelincuencia y de sicarios a esas horas de la noche. Tampoco quería que se preocupara por mí, ahora que había pasado todo. Sofía aparentaba ser una apisonadora fuerte y explosiva, pero era muy sensible. Por eso en un primer momento se lo había contado a Nat, ella era más tranquila.

—¿Cómo va lo del espionaje en tu trabajo? —pregunté.

—Mal. No doy con el culpable. He descartado ya a tres personas —contestó—. Incluso hablé con el Departamento de Informática de mis ideas… Pero me cortaron las alas. Al parecer, no es un tema del que yo tenga que ocuparme.

Me reí.

—En eso tienen razón.

—Ya lo sé, pero estoy segura de que alguien de dentro nos la está jugando y no sé quién es.

—Quizás deberías olvidarte de eso.

Sofía bajó la cabeza y hundió las manos en su cabello pelirrojo.

—Casi me pillan buscando en la agenda de una compañera.

—¡Sofía!

Levantó la mirada y sus ojos verdes acusaron culpa.

—No lo pude evitar.

—Pero ¿qué pensabas encontrar?

—Algo incriminatorio.

—Se te está yendo la cabeza. ¿Crees que alguien que hiciera algo incriminatorio lo apuntaría con rotulador rojo en su agenda?

—Sí, algo así como: nota, robar últimos diseños y pasárselos a MUTE CLOTHING AND ACCESSORIES.

Ambas nos reímos.

—Estás mal de la cabeza —murmuré.

—Es posible.

Sofía me abrazó. Estaba borracha y, cuando se emborrachaba, era muy cariñosa. Algo poco original, pero muy honesto.

—¿Sabes que te quiero mucho? —murmuró sujetándome contra su cuerpo—. Pero te quiero de verdad, de amor real —añadió arrastrando las palabras.

—Y yo a ti —repliqué—. Pero eso no quita que estés borracha.

—Sí, pero los borrachos siempre dicen la verdad —sentenció—. Dime algo que yo no sepa —me pidió.

Apenas tuve que pensarlo.

—Filip me ha invitado a irme unos días con él a la costa. A Cataluña. —Me mordí el labio, dejando salir algo que llevaba toda la noche dando vueltas dentro de mí—. He decidido aceptar, así que nos vamos mañana.

No dije más. Aquello era una verdad y era suficiente por ahora.

No le conté nada de lo que había pasado.

No le expliqué que aquel viaje era una despedida.

—¡Estupendo! —declaró Sofía con la felicidad de una auténtica borracha que llevaba encima tres Manhattan—. ¡Espero que folléis mucho! —añadió con una gran sonrisa y los ojos achinados.

—Gracias, supongo —murmuré.

Sofía volvió a apoyar su cabeza en mi hombro.

—¿Quieres que te cuente yo algo que tú no sabes?

—Claro, cuéntame.

Sofía guardó silencio unos instantes. Un breve paréntesis antes de soltar una bomba de racimo.

—Estoy enamorada de Diego. —Silencio. Un terrible silencio de borracha—. Lo he estado siempre.

¿Qué cojones había dicho?

Me quedé sin respuesta posible.

Entonces Sofía vomitó y comprendí que la noche había terminado.

Capítulo 22

Verdadera intimidad

Entré en la casa de Filip abriendo con la llave que me había dado.

Llegué hasta su habitación y lo vi durmiendo profundamente en su cama. Las luces de la ciudad que se colaban por la ventana lanzaban sombras sobre su rostro. Se le veía en paz. Me alegré; aquella semana había vivido un infierno y merecía descansar. Dejé sobre una silla que había en la esquina de la habitación mi bolso. Me quité la americana, los botines, los vaqueros y los calcetines. Me quedé solo con una blusa vaporosa sin mangas, con escote de pico y con diminutos botones en la parte delantera, y mis braguitas negras de seda.

Caminé despacio para no despertarlo y me colé en la cama de Filip para abrazarme a su inmensa espalda.

Filip estaba caliente, siempre estaba caliente, y su espalda era como una pared cálida en la que hundir mi rostro. Filip olía a gel de ducha y a limpio. Me encantaba ese olor de su piel, tan natural. Lo echaría de menos.

—¿Has descartado la posibilidad de asfixiarme? —murmuró acariciando el brazo con el que lo había rodeado. Dejó su mano encima de la mía.

—Mmmm… Todavía no lo he descartado del todo, ¿por?

—Porque eres terriblemente escandalosa, así vas a ser una delincuente terrible.

—En esta cama solo hay un delincuente —repliqué contra su piel.

Filip se rio.

—Exdelincuente —matizó.

—Exdelincuente, cierto.

Besé la piel de su espalda. Un solo beso con los ojos cerrados, y me quedé pegada a él.

Sentí la respiración profunda de Filip. Se dejaba abrazar y sostenía mi mano con la suya, pero no se había dado la vuelta.

—¿Duermes? —murmuré.

—No, pero pensaba hacerlo —replicó con la voz pesada—. ¿O tienes alguna otra propuesta?

Me mordí el labio, pero eso él no podía verlo.

—¿Pretendes que yo te pida otra cosa? —pregunté vacilándolo —. Aquí el que tiene que suplicar eres tú.

Filip, que de tonto no tenía ni un solo pelo, se giró y buscó mis ojos. Vi su rostro en la oscuridad, estaba cansado.

—Estoy dispuesto a suplicar, pero no quiero tensar la cuerda. Estoy feliz con que hayas venido hasta aquí.

—¿Entonces no necesitas sexo?

Ensanchó su sonrisa.

—Hombre, espero que tengamos sexo, pero no tiene que ser esta noche.

Levanté una mano y acaricié su rostro.

—¿Ya me has perdonado? —preguntó reteniendo mi mano y llevándose después mis dedos a sus labios.

Me encogí de hombros.

—No lo sé —confesé—. Supongo que hay cosas que ni siquiera sé si se pueden perdonar.

—¿Cómo mis ciberpecados?

—Exacto.

Filip sostuvo su cuerpo con su brazo izquierdo mientras con su mano derecha acariciaba mi rostro y mi cuello. Bajó sus labios y me besó el escote.

Suspiré.

—Comprendo que no puedas olvidarlo o pasarlo por alto así como así —añadió desabrochando uno de los botones de mi blusa para dejar un beso en el lacito de mi sujetador negro, justo entre mis pechos.

Hundí mi mano en su cabello.

Filip desabrochó otro botón y se mostró la piel más abajo de mis pechos.

—Aun así, puedo hacer penitencia, mientras llega el perdón —susurró mientras me acariciaba con suavidad.

Dio un beso en uno de mis lunares, situado debajo de un pecho, y soltó el último botón.

—Eso suena bien —repliqué.

Estiró su mano grande sobre mi estómago.

—Si lo consideras, puedo estar toda la noche en vela haciendo penitencia —añadió levantando una ceja.

Estaba agotado, sin embargo, se mostraba entusiasmado una vez despejado el cansancio inicial.

—Eso no será necesario —respondí cogiendo su rostro con mis manos—. Yo también estoy cansada.

Se llevó una mano al pecho.

—Vaya, eso ha dolido. No es lo que un hombre quiere escuchar cuando está animándose.

Esta vez levantó las dos cejas y no pude evitar reírme.

No hacía falta que declarara lo animado que estaba. Lo sentía firme contra mi pierna. Sin embargo, a pesar de las ganas de estar con él que tenía, si era sincera conmigo misma, la huida de Nat, la noche de fiesta y la declaración de Sofía habían acabado con mis energías, tras una semana complicada. Solo quería abrazarme a Filip y dormir pegada a él.

—No pretendía herir tu ego. Ni pretendía despertarte para darte calabazas —aclaré—. Simplemente, quería decirte una cosa.

Filip se acomodó a mi lado, poniendo la cabeza en la almohada para que pudiéramos mirarnos a los ojos a la misma altura.

—Dime.

Llené mis pulmones de aire y sentí que estaba a punto de tirarme por un precipicio. Aun así, me lancé.

—Iré contigo a la Costa Brava.

Ensanchó una sonrisa.

—Pero —advertí— no quiero que estos días que pasemos juntos sean una maratón de sexo de despedida.

Filip me miró asombrado por lo que había dicho.

—¿No habrá sexo? —preguntó con las comisuras de sus labios tirando hacia arriba, tratando de contener una sonrisa, en aquel gesto tan suyo.

Ambos sentíamos aquella parte de su cuerpo dura, saludándome, entre nuestros cuerpos.

—¡Claro que habrá sexo! —declaré entre risas.

—¡Bien, eso me gusta!

Tras las risas, ambos nos relajamos. Filip me acariciaba los brazos, el cuerpo, acercándome a él.

—Pero quiero algo más —murmuré.

Filip me miró algo serio buscando en mis ojos.

—¿Qué más quieres?

—Quiero que me folles el cerebro —declaré. Filip se quedó en silencio—. Quiero saber más de ti, quiero que me cuentes tus sueños y tus miedos, tus debilidades. Lo quiero saber todo.

—Eso es mucho pedir —murmuró Filip mirándome con unos ojos que en la oscuridad parecían de cristal—. Lo que me pides es tener verdadera intimidad.

—Veo que lo has entendido.

—Sí —murmuró, hundiendo su mano en mis rizos para atraerme hacia él.

—Eso es lo que quiero, si de verdad quieres que te acompañe.

—Comprendo.

Filip no prometió nada. Simplemente escuchó mi petición, pero preferí tomármelo como silencio administrativo a favor de mi petición.

—Y hay algo más —añadí.

—¿Qué más? —preguntó con una media sonrisa.

—No habrá despedida. No me gusta decir adiós —expliqué—. Jamás me despido de mis hermanos cuando nos vemos.

—¿No los llevas al aeropuerto?

—¡Jamás!

—¡Qué mala hermana! Y entonces, ¿qué haces?

—Pues nada, cuando nos separamos me despido como cualquier día. Como si fuéramos a vernos al día siguiente. —

Parpadeé. No quería que se me pusiera un nudo en la garganta—. No soporto las despedidas.

Filip me miraba valorando mi propuesta.

—Está bien. Follarte el cerebro y nada de despedidas —sintetizó.

—Exacto.

—Eran unos días para relajarme —comentó levantando una ceja—. Y ya me estás poniendo las cosas difíciles.

—También puedo no ir…

Me abrazó contra su cuerpo, su miembro había bajado su intensidad, parecía que al final sí íbamos a dormir.

—De eso nada. Ya dijiste que vendrías. Vamos a dormir.

Entonces me besó. Un beso largo. Seguido de pequeños besos pensados para impedir que pudiera añadir nada más. Supongo que Filip pensó que dos peticiones eran más que suficientes.

Esa noche Filip me ancló a su cuerpo con uno de sus fuertes brazos y por fin pude descansar de verdad después de varios días.

Capítulo 23

Derritiéndome las neuronas

El camino hacia la Costa Brava se me pasó volando. En gran parte lo pasamos escuchando música y hablando de mil cosas, pero ninguna especialmente íntima, a pesar de mi petición del día anterior a Filip. No me había hablado nada de su vida. Habíamos debatido mucho sobre música, un campo en común, y por supuesto habíamos hablado de todo lo que había pasado esos días, aunque habíamos tratado de no regodearnos, para intentar olvidarlo un poco. Especialmente porque Filip necesitaba descansar de todo el estrés y la presión que había vivido, y yo porque quería olvidar lo que me había ocurrido. Ambos necesitábamos olvidar la amenaza y la presencia de escoltas de esos días. En todo caso, Filip no había tocado ningún tema de su niñez, ni de su adolescencia, nada de su familia o amigos. Quizás, pedirle verdadera intimidad a alguien como Filip, que parecía llevar solo toda la vida, era demasiado. Pero esperaba que, aunque fuera en pequeñas dosis, algo pudiera darme. Necesitaba quedarme con algo de él, ahora que estaba a unos días de salir de mi vida, lo sentía casi como una necesidad vampírica.

Otra parte del camino la pasé directamente durmiendo porque necesitaba recuperar horas de sueño. Esa mañana me había despertado mucho antes de Filip y me había ido a mi piso a preparar una pequeña mochila para los días en la costa. Había metido solo cuatro cosas, supuse que para tres o cuatro días serían más que suficientes. Hablé con Hugo para explicarle que me cogería unos días y también conseguí contactar con dos de las cafeterías que esperaban mis magdalenas para avisarles de que durante unos días tendrían que buscar otro proveedor. No era la primera vez que me iba de vacaciones y tenían que abastecerse con otro, pero sí que era la primera vez que los dejaba tirados sin avisar con tiempo por puro

ocio, yo no solía fallar en mi trabajo. No me gustaba faltar a mi palabra con las caferías y los despachos que dependían de mí, aunque parecía que últimamente era la tónica, y en las dos ocasiones por algo relacionado con Filip.

Me disculpé alegando que había estado en el hospital y que, por los mismos motivos de salud, ahora tendría que descansar unos días. No me gustaba mentir y nunca se me había dado bien. Quizás podría pedirle consejo a Filip, él era un experto, ¿no?

Llegamos a Sant Feliu de Guíxols, Girona, cerca de las nueve de la noche. Estábamos en junio. Comenzaba a anochecer y el cielo había cambiado sus tonalidades. Además, había una sensación de calor denso. Pensé que quizás se acercara una tormenta de verano, algunas nubes parecían arremolinarse en el cielo poco a poco.

Yo no sabía nada de aquella localidad. En realidad, no había estado jamás en la Costa Brava, y eso que había viajado por todo el país con mis amigas. Incluso con mis hermanos, antes de que ellos fijaran sus domicilios definitivos en Nueva York y París. Pero en ninguna de todas esas ocasiones había podido conocer la Costa Brava. Lo primero que llamó mi atención fue la belleza verde, los árboles, y la naturaleza densa, abrumadora. Era increíble, casi como estar dentro de una de esas pinturas donde está ensalzado el color de una forma casi irreal, brillante y lleno de fuerza.

Sant Feliu de Guíxols era un pueblo situado en una pequeña bahía abierta entre las montañas de Sant Elm y la colina de El Molí de les Forques. El pueblo en sí era bonito, con su playa y su puerto. Pero lo mejor estaba al abandonar las calles principales. Estaba rodeado de verde, con playas y calas de ensueño, algunas rocosas, otras encajonadas y escondidas, e incluso alguna a la que había que acceder mediante escaleras. Era el lugar perfecto para los amantes de la naturaleza, la montaña y el mar. Y, aunque yo prefería perderme en el asfalto de una gran ciudad y pasar un domingo por la mañana buscando antigüedades en el rastro antes de hacerlo tostándome en la playa, podía reconocer la auténtica belleza de aquel lugar. Al fin y al cabo, todos necesitábamos desintoxicarnos de tanto asfalto de vez en cuando.

La casa a la que llegamos estaba en medio de un bosque, cerca de una zona protegida. Gracias a ello la naturaleza era increíble y no había casas cerca.

—¿Esta casa es legal? —pregunté observando la casa de verano frente a la que habíamos aparcado.

Ambos nos bajamos del coche.

—¿Eso es lo primero que se te ocurre preguntar? —se rio.

Filip se acercó al portal de hierro y lo abrió. No parecía estar cerrado con llave.

—Me parece una buena pregunta cuando hace un buen rato que en la carretera solo vemos árboles y me has dicho que estamos en una zona protegida.

—He dicho que estamos cerca, no que estemos en una zona protegida —anotó Filip—. Estamos en las inmediaciones de la zona de protección forestal, no dentro de ella —matizó—. Veo que mis antecedentes me preceden.

—Es posible —murmuré.

Filip metió el coche mientras yo observaba el terreno de la casa, que tenía una parte de jardín bastante asalvajado, mientras que en otra parte había patio donde habían echado firme. Ahí dejó Filip el coche. Supuse que la combinación era la mejor para no tener que cuidar en exceso una casa vacacional.

La casa era blanca con grandes paredes acristaladas y cubierta plana. Muy moderna y funcional. No puede evitar pensar que era muy del estilo de mi hermano. La rodeaba un muro de poco más de un metro y medio, de color blanco, que en algunas zonas no se veía debido a que los árboles de la propiedad se confundían con los del bosque.

Filip bajó del coche y me observó inspeccionando la casa y sus alrededores.

—¿Qué te parece?

—Me parece que a mi hermano Álvaro le encantaría.

Filip soltó una carcajada.

—¿Eso quiere decir que a ti no?

La observé tratando de ser objetiva.

—Es preciosa, parece muy funcional.

—No te gusta.

—No es mi estilo. —Me encogí de hombros, ¿qué podía decir? Era difícil decir que no te gusta lo que la mayor parte de la sociedad consideraría una auténtica belleza—. No es lo que yo elegiría, pero sí, claro, es increíble.

Filip se acercó a la gran puerta principal negra, de dos hojas, y marcó una clave en la cerradura electrónica. La puerta se abrió. Entró y en la pared que había en el interior, al lado de la puerta, desactivó la alarma.

—¡Bienvenida a nuestro hogar! —comentó haciendo un gesto con una mano para invitarme a entrar. En el otro brazo cargaba, muy caballerosamente, con nuestras mochilas.

Solté una carcajada.

—¿Nuestro hogar? No sabía que había cosas *nuestras*, eso es muy íntimo.

Filip levantó las cejas.

—Por eso lo he dicho, estoy tratando de hacer méritos.

—Bien, sigue haciéndolos —repliqué divertida.

Dejó las mochilas en un banco que había en el recibidor mientras caminábamos adentrándonos en un salón de doble altura donde los elementos principales eran una gran chimenea de gas negra, un inmenso sofá y varios sillones. Todo muy sobrio y muy moderno.

Cerca de la entrada había una escalera blanca con barandilla de cristal y varias puertas negras que destacaban en la pintura blanca de toda la casa. Supuse que serían el baño de la planta baja, la cocina y alguna otra dependencia.

—¿Crees que tendré alguna compensación? —preguntó de repente Filip.

Dejé de mirar las inmensas paredes blancas del salón, donde solo había dos grandes cuadros abstractos, para mirarlo a él.

—¿Por?

—Por mis méritos.

—¿Qué clase de compensación quieres?

Filip esbozó una media sonrisa.

—La que tú quieras darme; a estas alturas, y después de una semana de dolorosa abstinencia, ya me conformo con cualquier cosa… ¿Alguna que otra caricia, por ejemplo?

Me reí.

—¿Qué quiere decir una semana de dolorosa abstinencia? ¿Es que acaso no has pasado nunca una semana sin sexo?

—Sí, he pasado muchas, muchísimas semanas sin sexo —replicó Filip—. Te recuerdo que soy un triste informático.

—Un *hacker* —puntualicé.

—Que no deja de ser un informático.

—Bueno. Entonces, si has pasado muchas semanas sin sexo, ¿a qué viene ahora la queja?

—Es más difícil pasar sin sexo cuando tienes la tentación tan cerca.

Filip se aproximó.

—¿Cómo de cerca? —pregunté.

—Como a un paso —replicó acercándose un poco más para quedarse a un paso de mí.

—Yo creo que podría estar todavía más cerca.

Filip acortó la distancia que nos separaba, consumiéndola por completo. Nos mirábamos a los ojos como dos adolescentes, con una sonrisa tonta en los labios. De repente era como si se hubiera esfumado todo lo malo, casi como si ni tan siquiera hubiera existido. Él no era un ciberdelincuente rehabilitado gracias a la necesidad que tenía la Fiscalía de su ayuda, y yo no era la chica de las magdalenas. La que se levantaba para hacer cien magdalenas exactas cada día a pesar de ser la heredera de una gran fortuna. Simplemente éramos dos personas que se habían encontrado en el inmenso océano que suponía una ciudad como Madrid y que habían sabido verse.

—¿Te sigue doliendo? —preguntó acariciando mi garganta.

—Ya no, las drogas han sido muy eficaces.

—¿Sigues tomando analgésicos?

—No, hace un par de días que los dejé —contesté—. Ayer utilicé los Manhattan como calmantes. Funcionan bastante bien.

—Ya lo noté, ya… —murmuró esbozando una sonrisa ladeada al tiempo que acariciaba mi cintura y me acercaba a él.

Levanté las cejas sorprendida.

—¿Estás diciendo que ayer llegué borracha?

—Yo no he dicho eso en ningún momento —murmuró con ironía muy cerca de mis labios—. Un poco contenta quizás.

—Bueno, eso puedo admitirlo. Un poco alegre sí llegué.

—Recuerdo que hundiste tu cara en mi espalda y me abrazaste muy cálidamente.

—Pues eso no sirvió para animarte.

Mi comentario no era justo, porque él sí se había animado, al final, pero yo no había ido más allá por lo cansada que estaba y por hacerlo sufrir un poco más, para qué negarlo.

—Ayer estaba muerto y muy feliz de tenerte en mi cama como para arriesgarme a más. Además, no soy de los que se aprovechan de borrachas.

—¡Oye! —me quejé entre sus brazos—. ¿No me habías dicho que no estaba bebida?

Me dio un beso rápido sobre los labios.

—¿Qué llevan los Manhattan?

—*Whisky* con Martini rojo.

—¡Madre mía! ¿Quién bebe eso?

—Nosotras…

No pude seguir hablando. Filip me besó y esta vez fue uno de esos besos que te dejan sin aliento. Que te comen entera en una sola caricia. Sus labios engancharon los míos. Abrí irremediablemente la boca para que entrara dentro de mí. Aquellos besos eran dulces como la miel. Pero una miel llena de sexo porque, en cuestión de segundos, nuestros besos subieron de temperatura. Nos teníamos demasiadas ganas. Todas las que no habíamos consumido durante aquella semana y todas las de una vida entera esperando un momento como aquel. Jamás había deseado a nadie como lo deseaba a él. Nos besamos con bocas abiertas y verdadera hambre. Por mi parte, yo quería comérmelo entero, no quería dejar ni los huesos. Quería comerme su cuerpo, sus labios, su piel, sus deseos, sus miedos, sus pensamientos; todo lo que él era desde los pies hasta la cabeza.

Nos arrancamos las camisetas con manos rápidas.

—¡Joder! —murmuré cuando comenzó a deslizar su lengua por mi garganta camino de mis pechos—. ¡Por fin! Por un momento pensé que solo íbamos a hablar de sexo, pero nada de práctica.

—¿Te estás quejando de falta de acción?

—Sí, por favor, un poco más de acción —pedí hundiendo mis manos en sus cabellos.

Filip subió la mirada desde el estómago que estaba besando, ya que había caído prácticamente de rodillas a mis pies. Me sentí poderosa.

—¿Qué quieres?

—Hazme gritar. ¿Acaso no estamos en medio de la floresta?

Si no fuera porque me escuché a mí misma decir eso, hubiera jurado que yo jamás le diría eso a un hombre.

Filip no necesitó más indicaciones. Se separó de mí y un destello aceptando el reto se vislumbró en su mirada.

—*Challenge accepted!*[3]

Filip me cogió en peso al hombro, como si fuera un saco de patatas.

Grité, muerta de la risa.

—No sabía que te gustara *Cómo conocí a vuestra madre* —acerté a decir.

Me llevó escaleras arriba.

—Me encanta —confesó mientras subía conmigo en peso—. ¿Ves como te cuento cosas? Ahí tienes lo que me pediste ayer: más intimidad, para que no te quejes. Y ahora vamos a solucionar lo que acabas de pedirme.

Me tiró encima de la cama y se me quedó mirando unos segundos. Estaba guapísimo, con su mirada castaña-verde-dorada llena de destellos. Por primera vez tuve la certeza de que sus pensamientos estaban exactamente en el mismo lugar que los míos: pensando en sexo. ¡Bien, estábamos en sintonía! Ya le había quitado la camiseta, le quedaban los vaqueros y los tenis. A mí, el sujetador y los vaqueros, y mi propio calzado.

—¡Fuera pantalones! —ordené.

—Lo que tú digas.

Me sujetó de un pie y tiró de mí hacia él. Me quitó los tenis y después echó mano al botón de mis pantalones.

—Me refería a tus pantalones.

Filip se rio mientras me quitaba la prenda, así que no me quedaba más que desabrocharle los suyos. Entre risas y besos rápidos, llenos de sexo, conseguí soltarle el botón. Pero no alcancé a bajarle la cremallera, ya que me lo impidió sujetándome las manos y cayó encima de mí con los vaqueros puestos, después de haberse quitado el calzado.

—¿Qué haces? —murmuré excitada mientras se colocaba entre mis piernas y me rozaba presionando la erección de su pantalón contra mi ropa interior.

—Esforzarme en follarte el cerebro.

—Más bien esforzándote en que se me derritan las neuronas —repliqué mientras volvía a embestirme con la ropa puesta.

Eso era maldad en estado puro. Rozarme sin penetración. Aun así, no puede evitar un pequeño grito al sentirle duro mientras me rozaba.

—No has tardado mucho en gritar —susurró en mi oído.

—¡Cabrón!

Los dos nos reímos y volvimos a besarnos con besos llenos de deseo.

—¡Joder, Filip!

Filip me presionaba con todo su cuerpo, que era mucho cuerpo, la piel caliente de su torso se pegaba a mis pechos desnudos, ya que se había deshecho de mi sujetador mientras me besaba. Sentía su erección a través de la tela del vaquero.

Arañé las sábanas, apretándolas con fuerza bajo mi mano.

—¡Vas a reventar! —me quejé, porque yo también lo iba a hacer. Él quería llevarnos al límite sin consumar.

—Es posible —bufó sentándose en la cama sobre sus talones.

Me quedé estirada, solo con mi braguita de seda azul oscuro puesta, mientras él se acariciaba a sí mismo lentamente por encima del pantalón. Aquello era lo más cercano al sexo tántrico que había vivido en mi vida. Me sentí febril. Estaba ardiendo; todo mi cuerpo estaba en plena ebullición, pensé que podría llegar sin mayor

estimulación si seguía viendo aquella imagen tan erógena de su mano sobre su… ¿No le estaba apretando demasiado el pantalón? Sentí deseos de arrancárselo.

—¿Siempre las llevas de seda? —preguntó haciendo referencia a la única prenda que me quedaba.

—Sí. El sujetador puede ser de algodón, pero abajo quiero suavidad.

Esbozó una media sonrisa.

—Tú sí que me follas a mí el cerebro con estas cosas.

—¿Por qué?

—No sé, creo que no voy a poder olvidarme de todos esos pantalones cortos tan ridículos con los que vistes por casa. Todos de seda… Todos suaves.

—Pijamas, son pijamas —repliqué con la voz entrecortada.

—No por eso son menos ridículos —comentó con la mano en aquella zona prohibida.

Lo miré.

—Son cómodos —susurré sin poder dejar de mirar la mano sobre su erección.

—Tócate —me pidió.

—¿Qué?

—Tócate para mí. Quiero verte.

De repente se vislumbró un rayo. Hacía rato que había comenzado a anochecer y una tormenta de verano se acercaba. Uno de los muros de la habitación era prácticamente una pared de cristal por la que se podían vislumbrar los árboles del bosque. Estábamos en plena naturaleza y parecía que aquel ambiente salvaje y oscuro había penetrado en la habitación. Sombras se dibujaban sobre nuestros cuerpos semidesnudos.

Yo lo había retado. Le había pedido que me hiciera gritar, le había pedido intimidad y le había pedido que me follara el cerebro. Allí tenía el resultado. No tardaría en descubrir que Filip estaba dispuesto a cumplir con todo lo que había exigido y a dar mucho más de sí mismo.

De repente me sentí muy tímida, a pesar de estar muy excitada. Era ridículo, porque habíamos hecho ya de todo, pero una

cosa era hacérselo a él o que él me lo hiciera a mí, otra muy diferente cumplir peticiones específicas tocándome abiertamente para otra persona que me está mirando fijamente.

—Nunca lo he hecho —susurré.

Filip se desabrochó del todo su pantalón vaquero.

—¿Nunca te has tocado? —preguntó levantando una ceja.

—Nunca me he tocado para otra persona que me está mirando así.

—¿Así cómo?

—Así tan directamente.

Nos quedamos callados mirándonos.

—Vale, empezaré yo —declaró deshaciéndose de la ropa que le quedaba.

Se puso de pie demostrándome que él no tenía nada que ocultar. Lo cual no dejaba de ser una ironía porque cuando nos habíamos conocido había tapado parte de quién era detrás de una capa de mentiras. Quizás por eso mismo ahora quería despojarse de todo y mostrarme quién era por completo.

Se tumbó a mi lado. Me besó con un beso lento y profundo y después se separó un poco.

—Mírame —me pidió.

Después se tocó.

Filip me miró mientras lo hacía y yo… Bueno, yo no podía dejar de mirar. Fuera cayó un trueno y comenzó a llover con fuerza. Una tormenta de verano que a mí no me refrescó en absoluto, ya que en aquella habitación estábamos ardiendo en llamas.

Me quité las braguitas y deslicé mi mano.

Comencé con cierta timidez, solo cubierta por mis lunares y mis rizos negros esparcidos sobre las sábanas de a saber quién.

Filip se acercó a mi cuerpo para darme calor con su proximidad.

—No pares —susurró en mi oído.

Yo seguí. Abriéndome en muchos sentidos. Dejándole ver más de mí de lo que nadie había visto en ningún aspecto. Mientras él no dejaba de mirarme.

—Filip…

—No pares.

Me sentí íntimamente ligada a él. Expuesta como nunca antes.

—Filip… Por favor…

Al final había suplicado yo.

No hacía falta decir más. Tiré de su cuerpo para pegarlo a mí y lo busqué. Necesitaba tenerlo dentro. Filip se movió para salir de la cama. Supe inmediatamente que estaba pensando en buscar un preservativo.

—No te vayas. —Lo cogí del brazo para que no se marchara.

—Tengo los condones en la mochila.

Volví a tirar de él, para que no se alejara.

—Tomo la píldora —le dije mientras caía un rayo.

Filip me acarició mirándome.

—¿Estás segura?

—¿Estás sano? —repliqué.

—Sí.

Respondió con seguridad y yo volví a tirar de él para que se colocara entre mis piernas.

—Estoy segura —murmuré besándolo.

Filip entró dentro de mí. Me penetró profundamente y a la vez con una delicadeza extrema. Lo sentí, como nunca antes, y gemimos a la vez. Filip me miró a los ojos sin dejar de penetrarme, llevándome cada vez un poco más allá… Más allá, más, más… ¡Hasta que finalmente me hizo gritar de verdad!

Me quedé temblando entre sus brazos mientras él no dejaba de besarme los labios, la cara, los hombros, el cuello, toda la piel que tenía a su alcance sin salir de mí.

Nadie, jamás, me había hecho sentirme así. En ese momento comprendí que sí, Filip me había derretido las neuronas, pero también me había follado el cerebro. ¿Cómo iba a poder olvidarlo?

Capítulo 24

No te cuelgues, Beca

El lunes me desperté temprano, y antes que Filip, como la noche anterior. Cuando miré el reloj comprobé que no es que fuera temprano; era muy temprano. Eran las 06:50 y ya había salido el sol. Supuse que me había despertado por mis propias rutinas y ritmo de trabajo. Estaba acostumbrada a madrugar mucho de lunes a viernes y, aunque aquella hora sería tardía para empezar a hacer magdalenas, era pronto para estar de vacaciones.

Filip dormía a mi lado, al igual que el día anterior. Estaba tumbado boca abajo y se veía toda la piel de su espalda descubierta. Estaba en la etapa más profunda, era como si lo hubieran pinchado con sedantes. Supuse que seguía acumulando mucho cansancio y su cuerpo estaba rendido.

Intenté permanecer en la cama sin hacer ruido, pero era algo imposible. En parte porque no era capaz de estarme quieta y en parte porque comenzaron a sonarme las tripas. La noche anterior no habíamos cenado. ¡Como si pudiéramos vivir tan solo de alimentarnos el uno del otro!

Me duché y me vestí con el mayor sigilo. Bajé a la cocina y busqué en la despensa. Estaba abastecida, pero solo de cosas con caducidad tardía como pasta, arroz, conservas, latas, agua, refrescos o vino. Tendríamos que ir de compras para adquirir productos frescos. Encontré café y me preparé una taza. Trasteé un poco más y encontré en el congelador levadura. ¡Maravilloso! Tenía elementos básicos, así que preparé una masa de pan en un periquete. Por lo menos tendríamos algo que desayunar.

Una hora y media más tarde, Filip seguía sin despertarse.

Decidí salir a caminar.

Estábamos en una zona de mucha naturaleza. La casa estaba construida prácticamente en medio de una gran arboleda. Sabía que estábamos a un kilómetro aproximadamente de la costa, así que me dispuse a caminar hacia ella. Por esa zona había calas. Bueno, por toda la Costa Brava las había. El problema era que no conocía exactamente el camino, pero resolví recorrer los senderos y caminos de tierra que fuera encontrando cerca de la casa hacia el mar que, si bien no veía en ese momento, sabía hacia dónde estaba. Supuse que podría orientarme bien.

De repente me sonó el móvil. Lo cogí pensando que era Filip, pero no.

—Hola, demonia —saludé descolgando el teléfono.

—Hola, villana.

Le escuché un poco rara la voz. Nada de su habitual energía.

—¿Ha pasado algo? Es un poco temprano para una llamada de cortesía —pregunté mientras caminaba.

—No, solo necesitaba hablar. Además, ¿tú no te has levantado hace horas para hacer magdalenas?

—No. Estoy en la Costa Brava, con Filip. Te lo dije el sábado.

—¡Es verdad! No lo recordaba en absoluto —declaró sorprendida—. El sábado estaba perjudicada.

—Lo recuerdo —respondí—. ¿Y tú no deberías estar entrando en la oficina a estas horas? Son las nueve de la mañana.

—Hoy no he ido a trabajar. Estoy enferma.

Me sorprendió mucho, a pesar de que sí que le notaba rara la voz. Sofía no era de esas personas que se ponían enfermas, y si lo hacía trabajaba igualmente. O, en el peor de los casos, teletrabajaba. Aquello era toda una novedad.

—¿Enferma? ¿Cómo de enferma? ¿Qué te pasa?

—Al parecer es algo vírico. Ayer, al final de la tarde, vino mi padre a por mí para llevarme a urgencias. Llegué a cuarenta de fiebre y me era imposible desplazarme por mí misma al hospital —me explicó—. Parece que me puso literalmente enferma nuestra salida del sábado.

—Ya —murmuré.

No quería ser yo quien sacara el tema de lo que me había confesado el sábado de borrachera, pero estaba claro que Sofía se acordaba perfectamente. En otro caso, no me hubiera llamado.

—Creo que he somatizado… lo que te conté.

Miré los árboles alrededor y seguí por un sendero que supuse me llevaría al mar. No sabía ni qué decir. No había tenido tiempo de digerirlo. Ni tan siquiera sabía si Sofía quería hablar de ello conmigo o si llamaba porque no le quedaba otra y estaba arrepentida de habérmelo contado.

—¿Ahora estás mejor? —pregunté, porque no sabía ni qué decir.

—Bueno, con el paracetamol y el ibuprofeno, me mantengo en los 37-38 grados, pero me encuentro fatal, me duele todo el cuerpo —declaró y sentí que tenía la voz cargada.

—Estarás mejor a lo largo de la mañana, ya lo verás.

—Y volveré a tener más fiebre al final de la tarde.

—Seguramente —acepté. Ambas nos reímos—. Tienes que estar muy mal para no trabajar.

—No podría concentrarme, solo pienso en lo que te dije.

Miré el camino de tierra entre los árboles y la luz de lo que parecía que iba a ser un día radiante llenándolo todo.

—No tenemos que hablar de ello —murmuré—. Si tú no quieres. No tienes que decirme nada.

—¡Joder, villana! ¿Siempre tienes que ser tan jodidamente perfecta? —resopló—. ¿Ni siquiera me vas a decir un par de insultos?

Me dejó fuera de juego.

—¿Qué dices? —repliqué—. ¿Estás loca? ¿Cómo voy a hacer eso?

—¡Joder, maja! ¡Eres una puta santa! —declaró—. Deberías decirme de todo —añadió con aquella voz congestionada.

Al parecer, Sofía quería más castigo. Algo así como una penitencia que poder cumplir para después redimirse.

—No tengo nada que decirte.

—¡Dime algo! —casi gritó.

—Pero ¿qué quieres que diga?

—¡Que soy una mala amiga! ¡Que soy una cabrona, joder! —exclamó fuera de sí—. ¡Estoy enamorada del novio de mi amiga!

La escuché sollozar, eso sí que me impresionó. Sofía no era de las que lloraban. Era una mujer dura, fuerte, su lema era «pisa siempre primero antes de dar la oportunidad a nadie de que te pise». Yo, que la conocía bien, sabía que también era muy sensible, pero primero iba su coraza y verla resquebrajarse me descolocó.

—Sofía, tranquila —traté de consolarla e intentar que se calmara—. No voy a decirte nada de eso.

—Pero lo piensas —advirtió sonándose los mocos.

—No.

—Sí. ¡Di la verdad!

—Ya te he dicho la verdad.

—¡Mentira! Crees que soy una persona horrible.

Sofía estaba alterada y febril, no me extrañaba que con ese panorama no se atreviera a ir al trabajo. Ella era muy competitiva, no permitiría que nadie la viera así. Estaba hecha polvo.

—No creo eso en absoluto —traté de tranquilizarla—. Te conozco bien. No creo que seas una persona horrible.

—Pues yo sí lo creo, ¿sabes? —sentenció—. Una cabrona, una mala amiga. ¿Quién desea al novio de su amiga?

Me quedé callada unos instantes, pero algo tenía que decirle.

—Piensa que Nat lo ha dejado… —comenté por animarla, pero sí, era inexcusable, pero no hacía falta que yo metiera el dedo en la llaga—. Ellos ya no están juntos y si tú estás enamorada…

—¡Han estado juntos siete años!

—Pero no has estado enamorada de Diego siete años —dije con ligereza para hacerla sentir mejor.

Silencio.

—¿Demonia? —murmuré.

Comenzaba a ver el inmenso mar entre los árboles.

—No lo sé —susurró—. ¿Cómo se sabe cuándo se enamora una? Quiero decir, ¿cómo se sabe cuál es el momento exacto en el que alguien se enamora?

—No sabría decirte —repliqué.

Yo había tenido una relación seria cuando era muy joven, y alguna otra, como la que había mantenido con Bruno, que pensaba que iba a ser mucho más de lo que finalmente había sido. Empezaba a sospechar que no me había enamorado profundamente de ninguno de mis novios. Bueno, quizás del primero, pero como eso había pasado en la prehistoria era difícil saberlo. Quizás yo no sabía qué era vivir el amor de verdad y solo había experimentado el proceso de enamoramiento que acaba diluyéndose en alguna ocasión antes que en otras. Pensé en Filip, y en lo que sentía por él. Que era algo que no podía comparar con nada y que no sabía en qué momento había empezado a sentir.

—¿Cuándo empezó a gustarte? —pregunté volviendo a centrar el tiro en mi amiga.

—El primer día en que lo vi.

Sentí un hondo suspiro, como si el haberlo confesado fuera parte del proceso de sanación por el que tenía que pasar.

Volé rápidamente al pasado y recordé que a Diego lo habíamos conocido todas a la vez, en una cafetería *indie* que había en Malasaña donde algunos domingos de invierno quedábamos para jugar a juegos de mesa. Sofía y yo éramos muy competitivas con el Trivial, a Nat la saturábamos y lo único que aceptaba era leernos las tarjetas, pero no estaba dispuesta a entrar en nuestra dura competición.

Diego estaba en la mesa de al lado con unos amigos tomándose algo. Recuerdo que era una tarde oscura de mucha lluvia y el local estaba lleno. Era cálido y acogedor. Nadie quería irse y enfrentarse al frío de enero en Madrid. Diego resultó ser el más abierto de sus amigos. Era el típico buen tío y me dio esa impresión desde el primer momento en el que me chivó una respuesta al oído, aprovechando que yo era la que estaba más cerca de su silla. Diego era guapo y muy risueño. Cabello negro y ojos oscuros. Tenía una nariz recta que llamaba la atención y una mandíbula marcada, muy de anuncio de perfume masculino. Pero lo que más destacaban eran sus ojos alegres, era muy afable. Tras chivarme la respuesta, Sofía protestó y dijo que eso no valía. Ella no había recibido ayuda, así

que un amigo de Diego, un guaperas rubio como el sol se animó a echarle una mano o lo que ella quisiera. Nos reímos todos.

Los hombres solían reaccionar así con Sofía. Cuando ella estaba era como si las demás perdiéramos brillo. Ella era muy llamativa, tanto por su carácter como su físico. A pesar de que yo era una tía guapa, sexi y extrovertida, al lado de Sofía era como un gatito adorable frente a una pantera negra. Cuando ella estaba todos los chicos se fijaban en ella al primer vistazo. Después, ya dependía de los gustos, pero no era solo que Sofía fuera guapa o atractiva con su brillante cabello pelirrojo, sino que era muy lanzada y extrovertida. No le costaba nada hablar con los tíos y era de las que siempre se reía a carcajada limpia atrayendo todas las miradas. Ahora que hacía memoria recordé cómo la había mirado Diego en cuanto Sofía se quejó de su ayuda. Él la había mirado y no fue una mirada diferente a la del resto de los tíos, y ella se había reído hablando con él. Se habían caído bien en el primer momento. Un auténtico flechazo de amistad, o eso era lo que yo siempre había pensado.

Una hora y media más tarde, después de jugar, hablar y reírnos, Sofía y yo nos marchamos. Teníamos entradas para un musical al cual llegamos empapadas, y eso que estábamos a solo unas calles del teatro, pero es que llovía a raudales. Los chicos, que eran un total de cuatro, sumando dos amigos más, menos resultones, pero igual de majetes, se empeñaron en que Nat se quedara con ellos a jugar otra ronda, mientras amainaba.

Todavía recordaba cómo nos animaban desde el ventanal del local a que Sofía y yo corriéramos bajo la lluvia para llegar al musical. Había sido una de esas tardes para recordar y de las que te ríes años después. Esa tarde en la que el destino hizo que Sofía y yo tuviéramos que marcharnos mientras Natalia podía quedarse un poco más con ellos.

El primer día en que lo vi había dicho Sofía. ¿Cómo podía ser eso posible?

—Pero, Sofía, ¿qué?

No tenía palabras, y Sofía no podía culparme por no encontrarlas; aquello era para que me volara la cabeza.

—No sabes la de veces que me arrepentí.

—¿De qué? —Al parecer, a mí todavía me costaba procesar, a pesar de que sospechaba a qué se refería.

—Que no sabes la de veces que me arrepentí de haber ido a aquel musical —murmuró secándose los mocos—. Ni tan siquiera valió la pena, era un espectáculo bastante prescindible.

—Bastante prescindible —repetí como un loro.

—Si no me hubiera marchado, si no nos hubiéramos marchado… Él y yo… Tú no lo recuerdas porque seguramente será algo a lo que no prestaste importancia, pero tuvimos un momento.

—¿Qué quieres decir con que tuvisteis un momento?

La escuché respirar al otro lado del teléfono.

—Pues que tuvimos un momento —insistió—. Una de esas miradas donde dices muchas cosas. Le gusté, lo sé.

Recordé aquella tarde. Sí, quizás Sofía tuviera razón, pero eso era lo normal: que ella les gustara a los tíos. Era lo que solía provocar Sofía.

—Les gustaste a él y a todos sus amigos —maticé—. Les gustas a todos los tíos, Sofía.

—¡Bah! —replicó ignorando mi comentario y siguiendo con su prólogo—. Pero entonces nos largamos y acabó pidiéndole el número a Nat. El resto ya es historia. —Guardó silencio unos instantes—. Seguramente ahora ni lo recuerde. Lo único que recordará de aquella tarde es que conoció a Nat en una cafetería con sus amigas. El foco de sus recuerdos no soy yo, créeme, sé cómo me mira ahora.

Y yo, que no podía dejar de estar en un estado de incredulidad permanente, solo pude preguntar:

—¿Cómo te mira?

—Como miras a un bollo de leche.

—¿¡Perdona!?

—Como miras a un bollo de leche —repitió mi demonia favorita —. Cuando entras en una confitería y miras el género, al ver los bollos de leche la cara que la gente pone es de indiferencia.

—Nadie podría mirarte con indiferencia.

—Diego sí.

Meneé la cabeza. Nos estábamos yendo del tema. ¿El tema era cómo la veía Diego o el tema era la traición de ella a Nat?

—¿Qué vas a hacer? —pregunté tratando de volver a encauzar el asunto.

—¿Con Diego o con Nat? —preguntó.

—Con ambos, supongo.

Sofía se sonó los mocos. No sabía si la congestión era por la pena o por los virus. Quizás por ambas.

—Nada, no puedo hacer nada.

—¿No se lo vas a decir a Nat?

—No. ¿Por qué lo preguntas? ¿Crees que debería decírselo?

Lo pensé un momento. ¿De qué valdría ahora? Sofía no había tenido nada con Diego y no lo iba a tener. Me lo había contado porque tenía que explotar en algún momento, y por la borrachera. La noche del sábado necesitaba desahogarse con alguien. Ella no podía tener al tío que le gustaba y al que Natalia simplemente desechaba. Ese era el motivo de su enfado y frustración. Pero ¿de qué valía confesarlo ahora que ellos lo habían dejado?

—No —contesté—. Creo que lo mejor es que no se lo digas. No sumaría nada a vuestra tensión y, por muy calmada que sea Natalia, no sé cómo llevaría el hecho de averiguar que has estado enamorada durante años de su novio.

—Mal, se lo tomaría mal. Seguramente lo llevaría mejor si la confesión viniera de ti —apostilló.

—¡Eso es una tontería!

—No tanto, no creas —insistió convencida—. Nosotras dos hace tiempo que no estamos en sintonía. Supongo que el haberme tragado esto durante tanto tiempo me ha hecho estar tirante con ella, y picarla. Lo que le ha hecho a ella estar incómoda conmigo y… Bueno, al final tener esta relación de mierda que tenemos últimamente.

—Comprendo.

Y lo dije en serio. Ahora podía comprender mucho mejor por qué Sofía estaba tan mal con Natalia últimamente. Por qué no se entendían. Lo de estar enamorada del novio de una amiga no era lo mejor para conservar la amistad, desde luego.

—¿Y a Diego? ¿Vas a decírselo? —tanteé.

—¡No! ¡Estás loca! —exclamó asustada—. No puedo decir nada. A Diego menos que a nadie. Hemos sido amigos todos estos años. Él ha estado con una de mis mejores amigas y ahora está destrozado. ¿Cómo le voy a decir esto? ¿Para qué? ¿Para sumarle el marrón de mirarme con lástima? Diego no me quiere. Está enamorado de Nat, ella no lo quiere y él la adora, eso es lo que más me jode.

—Sofía…

—Perdona, ya lo sé. Natalia tiene que hacer lo que ella sienta, ya lo sé. —Hizo una pausa para coger aire—. Si la teoría me la sé. El caso es lo que siento. Eso es otra cosa y no lo puedo cambiar.

Moví la cabeza a ambos lados a pesar de que ella no me podía ver. Tenía una buena papeleta por delante.

—Lo siento mucho, Sofía —declaré—. No tenía ni idea, me has dejado fuera de juego por completo.

Sofía volvió a sonarse los mocos.

—Ya lo sé. He sido muy buena actriz, ¿verdad? —comentó con cierta amargura.

—Bastante buena, sí.

—Para que veas, vosotras dos siempre con la cantinela de que me llevaba a los tíos de calle y ya ves.

—Una cosa no quita la otra, llevártelos te los llevas.

—¡Bah! Ya ves, a todos menos al único que me ha interesado de verdad.

Nos quedamos calladas las dos y yo llegué hasta una especie de acantilados entre los que se vislumbraba más de una cala impresionante, pero a las que no estaba muy segura de saber cómo bajar.

—Te he dejado sin palabras —indicó Sofía.

—Y eso es algo bastante difícil —repliqué.

—Ya te digo. —Nos reímos las dos, porque era mejor reírse que llorar—. Lo siento mucho, Beca, siento haberte contado todo esto. Haberte vomitado todo esto el sábado.

—No es lo único que vomitaste.

Esta vez nos reímos con ganas y con las risas se alivió el tono de pesadumbre de toda la conversación.

—No pasa nada, para eso están las amigas.

—Y para que se enamoren de tus novios… —añadió metiéndose consigo misma.

—Sofía…

—¡Bah! Tengo que reírme de mí misma y hacer bromas. No puedo llorar todo el rato. Necesito dejar todo esto atrás. —Hizo una pausa—. ¡Ojalá no me hubiera enamorado nunca de Diego! ¡Ojalá no hubiéramos ido aquella tarde a aquella cafetería! Diego no habría entrado en nuestras vidas. Nat no habría estado tantos años con él para ahora dejarlo, no se sentiría frustrada con su vida, y yo no tendría que guardar este inmenso secreto tantos años ni tendría que habértelo confesado a ti en una noche de borrachera.

—No te preocupes más, Sofía —intenté animarla—. Seguro que pronto estará todo mucho mejor. Lo olvidarás, llegará otra persona y esto será un recuerdo del pasado. No diremos nada y lo dejaremos en una anécdota.

—¡Menuda anécdota! —bufó.

—Algún día, ni lo recordarás.

—¿Como si nunca hubiera estado enamorada? —preguntó con esperanza.

—Exactamente, como si nunca hubieras sentido nada. Lo verás como lo que es: un buen amigo.

—¿Crees que eso será posible? ¿Que conseguiré dejar todos estos sentimientos atrás sin más?

La pregunta de Sofía hizo que se me removiera algo dentro, quizás porque yo tenía demasiados sentimientos dentro con los que tampoco estaba muy segura de qué hacer.

—Claro. —Tragué con dificultad—. Por supuesto que sí. ¿Conoces a alguien que se haya muerto de amor?

—Quieres decir, ¿alguien además de Romeo y Julieta?

—Ellos solo murieron en el papel y fue porque así lo decidió Shakespeare, podría haberles dado otro final.

Sofía se rio.

—Pero otro final sería poco trágico, muy poco apropiado para una tragedia —comentó mi amiga.

—Muy cierto. Debían tener un final a la altura del género.

Observé los increíbles acantilados, el mar mediterráneo, la belleza brutal, exuberante, de la Costa Brava.

—¿Qué tal estás tú? —preguntó de repente—. ¿Cómo es esto de irte de vacaciones con tu vecino? ¿Vais a estar muchos días fuera?

Esbocé una sonrisa.

—Esas son muchas preguntas.

—Es para compensar la chapa que acabo de darte.

—No me has dado la chapa.

—Eso solo lo dices porque eres una buena persona, y buena amiga… Dos cosas que yo claramente no soy.

—¡Sofía! Déjalo ya, no te martirices más.

—¡Vale! Dejaré de autoflagelarme y olvidaré todo este asunto —sentenció.

Traté de centrarme en darle respuestas para no volver a caer en hablar de Diego, Nat y ella otra vez.

—Filip me invitó a pasar unos días en la Costa Brava porque después se marcha de España. Su trabajo aquí ya ha terminado.

—¿Ese tan supersecreto?

A Sofía no se lo había contado, ni lo que había hecho ni que su trabajo ya no era tan supersecreto ni, por tanto, lo que me había pasado a mí. Quizá algún día, con un café o unas cañas. En aquel momento, con sus dramas era suficiente. ¿Para qué preocuparla por lo que me había pasado? Lo sabía Nat, que era mucho más calmada y sosegada que ella, y para mí había sido suficiente desahogo.

—Terminó el encargo por el que vino a Madrid. Así que, después de unos días de descanso, recogerá sus cosas y se marchará.

—¿Se va a Andorra?

—La verdad es que no lo sé. No me lo ha dicho, ni se lo he preguntado.

—Chica, ¡qué misterioso todo!

—No es eso. Es más una cuestión de que se va a marchar y estos son los últimos días que pasaremos juntos. No hemos hablado de qué hará después porque ya no va a estar en mi vida. —Me callé

unos instantes—. Él quería que pasáramos unos días juntos y la verdad es que a mí también me apetecía.

Sofía estaba en silencio al otro lado de la línea.

—¿Has colgado? —pregunté.

—No, no, estoy aquí. Te estaba escuchando… Es solo que…

Silencio.

—¿Solo qué?

—Que te noto triste. No sabía que te importaba tanto.

Negué con la cabeza antes de ser capaz de articular palabra.

—No me importa así, no te preocupes —traté de tranquilizarla, a pesar de que obviamente Filip me importaba mucho, pero era difícil admitirlo cuando estábamos de despedida—. Me gusta y me apetecía pasar unos días con él.

—No te cuelgues, Beca —me advirtió Sofía notando lo que se dejaba ver de mis palabras—. Te ha dicho que se va a largar, no ganas nada colgándote de él.

Me impresionó un poco lo que me había dicho Sofía. No porque yo misma no me hubiera dado cuenta de que Filip me importaba mucho, demasiado, sino porque escuchárselo decir a alguien que me veía desde fuera sonaba más determinante. No estaba colgada. No lo estaba, ¿no?

Capítulo 25

Mujeres fuertes y feroces

Filip 

Lo primero que percibí cuando abrí los ojos fue que había muchísimo sol en la habitación. Supongo que es lo normal cuando una de las paredes de la habitación era prácticamente de cristal de arriba abajo. Lo segundo fue el olor a… ¿pan? Algo olía muy bien y ese olor era muy de horno. Me vino a la mente el recuerdo del pan recién hecho de cuando entras en una panadería. Supuse que Beca se había puesto manos a la masa y no pude evitar esbozar una tonta sonrisa. Sin embargo, rápidamente tuve un sentimiento contradictorio, porque sentí que también olía a casa, a hogar, y fue como si algo me mordiera por dentro, porque yo no estaba acostumbrado a ese tipo de olores. De manera inconsciente aterricé en un recuerdo de mi infancia, pero rápidamente moví la cabeza como si así pudiera apartarme de aquel recuerdo. No me gustaba cómo me hacía sentir.

Miré mi móvil. Pasaban de las doce y media. Me levanté y me duché sin prisa. Apoyé los brazos en las paredes de la ducha y dejé que el chorro de agua hirviendo cayera por mi espalda, todavía sentía la tensión acumulada. Seguramente tendría más de una contractura.

Unos minutos después salí del baño. Me vestí con una camisa amplia de manga corta y unas bermudas.

Cuando llegué a la cocina no pude hacer otra cosa que sonreír. Beca era ella misma en estado puro. Me apoyé en el marco de la puerta y me recreé en el espectáculo.

Beca llevaba sus rizos negros recogidos en un moño del cual varios mechones se escapan irremediablemente. Vestía un pantalón corto vaquero y llevaba una camisa blanca con un par de botones

abrochados en el pecho y después anudada. Vi los lunares de su estómago y sentí ganas de follármela, a pesar de que me rugía el estómago de hambre. Tenía puestos sus auriculares grandes negros y no paraba de cantar *She's So Cold*, de los Rolling. Tenía guasa la cosa, porque ella no era en modo alguno fría, como relataba la canción. Meneaba las caderas y la cabeza. Tenía en la mano una espátula que utilizaba a modo de micrófono y que hacía girar cuando movía las caderas. Los ojos cerrados para concentrarse mientras rizos negros se le cruzaban por la cara. Cantaba a viva voz, no desentonaba demasiado y me contagió rápidamente con su alegría.

En la gran isla de la cocina se veía el pan recién hecho. Olía de maravilla. Todavía estaban el paquete de la harina y otros utensilios por allí esparcidos, parecía que había estado ocupada.

De repente se dio la vuelta y abrió los ojos.

—¡No te había visto! —se rio.

—¿*She's So Cold*? ¿En serio?

Me miró con una sonrisa ladeada.

—Me parece divertida, la tengo en mi lista de reproducción —se excusó—. ¿Qué pasa? ¿Acaso la detestas?

—No, pero es un poco antigua para alguien tan joven como tú.

Beca se desternilló de la risa.

—Vale, abuelo, te recuerdo que solo tienes treinta y uno, y yo tengo veintisiete. La diferencia generacional no es muy grande.

—Los treinta son una gran barrera —repliqué levantando una ceja.

Beca se acercó y estaba tan apetecible como aquel pan caliente recién hecho. Me dieron ganas de darle un bocado.

—Te veo bastante bien —murmuró—. Aunque no te vendrían mal unas series de abdominales.

—¡Serás malvada! —fingí ofenderme, por supuesto que me venía bien cualquier tipo de ejercicio. De tanto estar sentado se me iban a atrofiar los músculos—. Hasta ahora no me ha dado la impresión de que te quejaras mucho de la ausencia de una buena tableta de abdominales en mi estómago.

Me miró con sus ojos azules divertidos. Se mordió el labio y no pude evitar ver aquel lunar en la comisura y enervarme.

—Es que hay pocos tíos con una verdadera tableta —declaró colando una mano por debajo de mi camisa y tocándome el estómago—. Pero confieso que a mí me gusta tu barriguita.

Solté una carcajada.

—¿¡Así que tengo barriguita!? —pregunté levantando la ceja.

Beca se mordió otra vez el labio y la apretujé entre mis brazos, pegándola a mi pecho y a mi barriguita.

—¡No te preocupes! ¡No podías tenerlo todo perfecto! —me picó.

Nos reímos los dos.

—No sabía que había pedazos de mí perfectos —lo dije en tono divertido porque ninguno de los dos estábamos hablando en serio, pero sentí un extraño escalofrío. Yo jamás me había visto a mí mismo como alguien perfecto, ni tan siquiera por parcelas, por lo que el hecho de que ella hiciera aquella declaración, a pesar de las bromas, me había puesto nervioso.

Beca subió los ojos hacia mí mientras la mantenía apoyada contra mi pecho. No tenía ninguna intención de soltarla.

—Tu cara —declaró.

—¿Mi cara?

—Eres muy guapo. Quizás el tío más guapo que conozco.

Me reí, porque era eso o ruborizarme.

—Bien, entonces eso perdona mi barriguita.

—Yo no la llamaría barriguita —empezó a recular.

Bajé los labios para enganchar los suyos y besarla. Beca sabía a café y me dieron ganas de comérmela entera.

—Antes sí la denominaste así —repliqué cuando se soltó.

—Bueno… Era para picarte un poco —confesó—. Eres un tío grande y un poco ancho, pero a mí me encanta cada centímetro de tu cuerpo, por si no lo tenías claro.

Levantó ambas manos en un gesto insinuante, para comérsela. Le cogí la cara con las manos y volví a besarla.

—Si sé que me lo vas a agradecer así, te diré piropos más a menudo —declaró rompiendo nuestro beso.

—Eso está bien —acepté—. Te veo contenta esta mañana. ¿Eso significa que ya me has perdonado del todo mis faltas?

—Bueno, digamos que lo he apartado por un tiempo.

—¿Y eso?

—Solo vamos a estar aquí unos días y prefiero disfrutar antes de que cada uno siga su camino.

Sentí una espinita clavada, la misma que vi en su mirada cuando mentó lo efímero de nuestra relación. Sí, en unos días nos separaríamos, pero en aquel momento ella estaba en mis brazos y eso era más que suficiente para disfrutar de un increíble día de sol y descanso. ¡Me lo merecía, joder! Me habían hecho currar mucho valiéndose del acuerdo que había firmado con la Fiscalía. El estrés casi me había vuelto loco y todavía recordaba lo que le había pasado a Beca. Le acaricié el cuello de forma automática y ella tuvo un ligero cambio en su forma de mirarme. Sabía que estaba pensando en lo mismo que yo, pero ninguno de los dos quisimos mentarlo.

—¿Qué has cocinado? —pregunté, a pesar de que era obvio.

—Pan. Tenían levadura en el congelador. Increíble, ¿eh? —comentó feliz—. La gente no suele tenerla, pero ahí estaba. Así que he hecho pan para que tengamos algo para desayunar. Era eso o una lata de conservas —aclaró—. Además, tienen un aceite buenísimo. Te vas a chupar los dedos, créeme.

Me reí.

Eché un vistazo. Había también una cafetera.

—¿Y café?

—Café también, y es bueno.

—Bien, eso me anima. —La miré a los ojos—. ¿Hoy no has tomado té para desayunar?

—Sin leche no. Beber agua hervida sola para desayunar no es un desayuno —replicó.

—Muy cierto.

Me la quedé mirando, ¡qué bonita era, joder! Pero bonita de verdad, de la gente que brilla por dentro. ¡Y yo, tan indigno! Pero no importaba, en aquel momento estaba en mis brazos. ¿Qué más podía querer?

Volví a bajar la cabeza para enganchar sus labios con los míos. Beca se apretó contra mi cuerpo. Me cegué y sentí el latigazo del deseo tirando de mí. La apoyé en el marco de la puerta para

presionar su cuerpo con el mío, necesitaba sentirla más cerca. Entrar dentro de ella. Beca gimió débilmente mientras deslizaba una de mis manos por su muslo, colocando una de mis piernas entre las suyas.

—¿No tienes hambre? —jadeó contra mis labios.

—Me muero de hambre —reconocí bajando por su cuello y tratando de esquivar los cascos que había apoyado en él.

Sujeté sus pechos por encima de la camisa sin poder evitarlo. Había dejado de pensar. Los apreté ligeramente mientras ella se movía contra mi cuerpo.

—Te diría «cuidado con las manos, que van al pan», pero pensé que preferirías el pan que te he cocinado, ya que ayer tampoco cenamos…

Mi estómago rugió y yo gruñí con la cabeza entre sus pechos. La subí y traté de comportarme como una persona civilizada.

—Tienes razón, tengo que comer algo.

Beca sonrió con unos labios hinchados de nuestros besos. El azul de sus ojos con el sol de la mañana era brutal. Un color casi irreal. ¿Era el sol de la Costa Brava o me estaba convirtiendo en un puto cursi? Joder, Beca, ¡cómo la iba a echar de menos!

La seguí a la mesa redonda de cristal que había en una esquina de la cocina frente a unos grandes ventanales. Por ellos se veía parte del jardín exterior, el firme del patio y, más allá, el muro y los árboles de la floresta.

—Siéntate, yo te sirvo —declaró dejando el móvil y los auriculares sobre el mostrador.

Moví la cabeza a ambos lados para evitar decir la sarta de barbaridades que se me ocurrían en contestación. Decidí optar por algo un poco más refinado.

—¿Y eso? ¿He hecho algo para merecer semejante deferencia?

Beca me puso delante un plato con dos grandes rebanadas de pan con aceite que ella misma acababa de echarle.

—¡Uy, deferencia! ¡Qué palabro tan culto!

—Uno que es estudiado —repliqué para seguirle la broma.

Beca no hizo ningún comentario a mi estancia en un hogar de acogida, ni a cómo había podido seguir formándome, porque era parte de mi pasado complicado y no me apetecía hablar de ello.

Me sirvió una taza de café humeante.

—Listo, milord —declaró con un gesto—. Has tenido la suerte de que justo acababa de hacer la segunda cafetera de café, y en esta ocasión hice bastante suponiendo que estabas a punto de levantarte.

Aproveché para acariciarle otra vez el muslo, justo antes de que se me escapara de entre los dedos para sentarse en otra silla en la mesa.

—¿La segunda?

—Sí, señorito. La primera la hice solo para una taza y hace varias horas.

—¿Te levantaste hace mucho?

Bufó con sorna.

—Es casi la una de la tarde —declaró como si eso lo dijera todo —. ¡Claro que me levanté hace mucho!

Me extrañó.

—¿A qué hora? ¿No querías aprovechar para dormir? ¿Acaso no tenías sueño?

—Pues todavía no eran las ocho de la mañana cuando salí de la cama.

—¡Desde luego que has madrugado! —comenté antes de darle un buen bocado a una de las tostadas.

—Sí, un poco. Intenté seguir durmiendo, pero fui incapaz, es cosa de los biorritmos. ¡Qué le vamos a hacer!

Se encogió de hombros.

—¿Y qué has estado haciendo todo este tiempo?

—Recorriendo los alrededores. Llegué hasta los acantilados o precipicios, no sabría como definirlos.

—¿Bajaste a la cala?

—No. La verdad es que vi que la bajada era un poco empinada y decidí volver —aclaró—. Cuando llegué pensé que ya estarías despierto, pero qué va, todavía dormías profundamente. Así que me vine a hornear el pan, había dejado la masa lista antes de salir.

El pan estaba muy bueno. Era una puta fantasía eso de despertarse y que alguien te hubiera hecho pan.

—¡Está buenísimo!

—Me alegro de que te guste.

Mordí con ganas la segunda rebanada grande de pan y me supo a gloria. Yo podía defenderme en la cocina, pero para sobrevivir. Mis habilidades culinarias quedaban a la altura del betún en comparación con las de Beca. Lo de ella era de otro mundo.

—¿Cuándo vas a poner en marcha ese local? —comenté, porque ella tenía que compartir con el mundo ese don. Montar un restaurante, o una cadena de restaurantes, al fin y al cabo, tenía los fondos para ponerlo en marcha. Yo comería en él cada día.

Se encogió de hombros desviando la mirada. Ya me había dado cuenta hacía tiempo de que ese era su punto más vulnerable. Ella no necesitaba el dinero. Era de una familia rica, y no solo era una cuestión de haber heredado dinero o propiedades, no; su familia tenía una empresa inmobiliaria, una de las grandes. La había buscado en cuanto me habló de ella. Había cientos de noticias al respecto: sobre su posición en el mercado inmobiliario, su salida a bolsa, entrevistas a sus hermanos, etc. Había mucha información. Era una empresa muy top. No era una herencia a gastar, era una herencia viva y seguía generando dinero.

Si bien Beca no tenía un cargo en la empresa que le reportara un sueldo, sí percibía unos dividendos elevados, que era la forma de encauzar hacia ella los beneficios de la compañía. Mi búsqueda de información al respecto fue la de cualquier espectador externo. No quería meterme en su empresa ni muchísimo menos. No quebraría así su confianza, ni me interesaba. Ella recibía mucho dinero, no necesitaba trabajar para obtener fondos, pero sí lo necesitaba de alguna forma. No podía quedarse quieta. La realidad era que Beca podría vivir de las rentas el resto de su vida, pero cualquiera que pasara unos días con ella podía ver aquello que había burbujeando en su interior y que necesitaba salir. El problema de Beca era que no se atrevía a dar el paso. Tenía miedo, y el miedo es el peor compañero de viaje.

—La verdad es que no tengo ni idea.

—¿Hace mucho que lo adquiriste?

—Más de un año. Cuando decidí dejar de estudiar.

—Me dijiste que habías estudiado cocina, ¿no?

Se rio con sorna.

—¿Estabas escuchando cuando te lo conté o no podías pensar por mirarme cierta parte de mi anatomía? —preguntó con cierto aire de desafío.

Sentí ganas de alargar la mano, coger la silla y arrastrarla hasta mí, pero me contuve. Tuve que aceptar que quizás tuviera razón. Me gustaba mucho escucharla hablar, pero si teníamos en cuenta que, cuando me lo contó, todavía no nos habíamos acostado, es posible que me hubiera despistado con sus rizos o con otras partes de su cuerpo. Y sí, puede que no me hubiera quedado con todos los detalles de sus estudios.

—Soy chef —explicó echándome una mano—. Estudié en Le Cordon Bleu, en su escuela en Madrid. Cocina y pastelería. Además, he hecho múltiples cursos, desde lo más básico que te puedas imaginar hasta alta cocina. —Hizo una pausa—. Todo esto ya te lo he contado.

Esbocé una sonrisa. Me la comería entera.

—Bueno, perdóneme, chef, por no quedarme con los detalles… En todo caso, lo había resumido bien.

—Sí —resopló—. Todo se puede resumir en que he estudiado cocina —sentenció—. Bueno, da igual. En todo caso, he de decir que he sido muy autodidacta. Tengo los recetarios de mi abuela, que han sido mi mejor libro de cocina. Me refiero a mi abuela francesa, a la española no le gustaba tanto cocinar —matizó—. También tengo el Grado en Historia del Arte.

—Eso no lo sabía —declaré. O eso o me había despistado demasiado con su anatomía.

—Historia del Arte la estudié porque me gustaba, sin ningún tipo de pretensión de trabajar dando clases ni nada por el estilo.

—No me extraña en absoluto. Encaja perfectamente con tu personalidad, tu necesidad de acumular antigüedades y tu necesidad de desentrañar sus misterios.

—Cierto —claudicó.

—Así que estudiaste arte por ti, y cocina por tu abuela.

—Supongo que sí. Aunque, para ser honestos, yo he sentido inquietud por la cocina desde niña, pero ese amor no hizo más que

incrementarse gracias a mi abuela paterna —explicó—. De pequeños íbamos todos los veranos a Francia. Recuerdo las plantaciones de fresas y a mi abuela cocinando. Era una gran repostera, además de una increíble empresaria. Mi abuela heredó la explotación de fresas cuando tenía veinticinco años. Llevaba trabajando en la plantación desde niña. A los treinta y cinco empezó con la empresa de mermelada. Mi abuelo entró en las empresas con ella, siempre a su lado, haciendo que creciera el negocio —explicó—. Lo mantuvieron todo a pleno rendimiento hasta que ella cumplió setenta años. Mi abuelo se hubiera retirado antes. Era mayor que ella unos cuatro años, pero esperó hasta que ella estuvo preparada para dejarlo. —Suspiró, se advertía la admiración por las mujeres de su vida—. Así que mi abuela sostuvo un negocio próspero, manteniendo la explotación que había heredado y levantando la empresa de mermeladas, que estuvo en pie treinta y cinco años.

—¿Después se cerró?

—Sí. Tanto mis abuelos paternos como los maternos tuvieron un solo hijo cada uno, y mis padres tenían sus propias ideas de negocio.

—Los inmuebles.

—Exacto. Así que todos los ayudaron a llevar a cabo su propio sueño.

Podía comprender a sus padres, pero también entendía aquella pena. Su abuela había cerrado sus negocios porque no había un heredero dispuesto a tomar el relevo.

—¿Qué pasó con la empresa de mermeladas?

—Cerró.

—¿No la traspasó?

Beca negó con cierta melancolía.

—No pudo. Era su sueño, y quizás por eso no fue capaz de dejarlo en manos de un desconocido. Así que simplemente echó el cierre. Las explotaciones de fresa sí que las vendió porque era una pena abandonar aquellas tierras.

—¿Dónde estaban?

—En el pueblo de Belvès, en Périgord. Una zona francesa conocida por su cultivo de fresa. ¿Lo conoces?

—Sí. Conozco Francia bastante bien.

—No sé por qué no me sorprende —murmuró.

—Estuve allí en alguna ocasión —añadí volviendo al tema—. Un lugar muy bonito.

—Cierto, es como de cuento. Por eso no he podido deshacerme de la casa familiar que tenemos allí.

—¿Las instalaciones de la empresa las vendisteis?

—Sí. Ahora hay otro negocio. Nada que ver.

Le di un largo trago a mi taza de café. Me había comido las tostadas y calmado mi hambre. Al menos la de comida, de ella no creía posible saciarme.

—Así que la pasión por las mermeladas te viene de tu abuela —declaré—. Me has dicho que es lo que más te gusta hacer, asumo que más que las magdalenas.

Se rio, pero estaba aquel punto de melancolía en su mirada.

—Sí. Ella me enseñó mucho, muchísimo. Durante mi infancia, y hasta su fallecimiento, pasé muchos veranos en Francia. Durante todo ese tiempo cocinamos muchas horas juntas, fui con ella a la empresa y a las explotaciones de fresas. —Se quedó callada durante unos instantes, mirando por la cristalera hacia ningún punto en concreto—. Mis abuelos murieron cuando yo era adolescente. Mi abuela materna, hace tres años, y mi abuela paterna, uno antes. Perder a mis padres tan pequeña fue terrible, pero mis abuelas cubrieron su pérdida con todo lo que eran, y eran mucho. A mi abuela paterna le debo mucho, tanto como a la materna. Ambas supusieron una gran pérdida.

—No quería ponerte triste.

Negó con la cabeza.

—No hay tristeza. Las recuerdo con orgullo —añadió con una sonrisa que difícilmente podía disimular que le aguijoneaba la pena al recordarlas.

—Una generación de grandes mujeres.

—Cierto.

Finalmente enganché con un pie una de las patas de su silla y tiré de ella; al momento me ayudé de la mano y la arrastré hasta

que la silla y ella llegaron a mi vera. Abrí las piernas y coloqué las suyas entre las mías.

—Tú sigues el linaje de grandes mujeres —murmuré mirándola a los ojos.

Podría sonar adulador, pero era toda una declaración, aunque Beca negó con la cabeza.

—Ese es el problema. No lo creo en absoluto.

—¿Por eso no haces nada con ese local?

Suspiró y miró hacia abajo, para no tener que mirarme a los ojos.

—Supongo que tengo el listón demasiado alto para lanzarme a emprender. Me da bastante respeto. —Soltó aire y fue como si un peso saliera de su cuerpo, pero no del todo, seguía allí.

—¿A quién tienes tanto miedo a decepcionar?

Beca esbozó una ligera sonrisa, melancólica, que no llegaba a sus ojos.

—A todas ellas; a las mujeres fuertes y feroces de mi familia. A mis abuelas, a mi madre.

Curiosamente, no mentó a su padre, ni a sus abuelos, a pesar de que el cariño estaba más que implícito, pero de algún modo, le daba vértigo no estar a la altura de ellas, de las mujeres. Estaba claro que no veía lo mismo que yo. Una mujer dispuesta a madrugar cada día, a la que no le daba miedo mancharse las manos para hacer cien magdalenas diarias, a pesar de que no lo necesitaba en absoluto. Trabajadora, que necesitaba estar activa constantemente. Creativa, que se pasaba tardes enteras preparando recetas nuevas. Enamorada de la belleza, buscando tesoros que mucha gente pasaba por alto y que ella rescataba de anticuarios y casas de segunda mano.

Beca brillaba con luz propia, pero le paralizaba no estar al nivel de cómo habían brillado las mujeres de su familia.

—Ana Botín no se vino abajo por miedo a no estar a la altura de su padre —murmuré.

Beca subió los ojos a mí y ambos nos reímos.

—No, supongo que no, pero creo que compararme con Ana Botín es un poco pretencioso.

Le acaricié las piernas. Su piel blanca y sus lunares.

—No lo creo —murmuré sin dejar de acariciarla—. Ya le gustaría a Ana.

Nos reímos los dos. Era una de esas risas que son preludio del sexo, en las que, a pesar de la ligereza, sabes que se ha caldeado el ambiente de forma imparable.

Beca se levantó para sentarse en mis piernas. Seguí acariciándola con cierta cadencia, me sentía incapaz de quitarle las manos de encima.

—No hace falta que seas tan adulador —murmuró con una mirada divertida—. Pretendo seguir acostándome contigo.

—Eso me gusta, pero no es adulación…

Me besó para callarme y no pude hacer otra cosa que apretarla contra mí. La necesitaba cerca de mi cuerpo, como no había necesitado a ninguna otra mujer, a nadie antes de ella, porque yo no era de apegarme a nada y menos a las personas. ¿De qué otra manera podría hacer las maletas y cambiar de ciudad como quien cambia de chaqueta? Beca besó mi cuello, y me mordió ligeramente la oreja. Fue desabrochando los botones de mi camisa para acariciar mi pecho con sus uñas, como una gata mala. Hundí mi mano en sus rizos mientras seguía bajando a medida que se abría mi camisa. Cuando deslizó su lengua por mi pecho perdí el control. Dejé de pensar y solo pude sentir. La sentía a ella llenándolo todo, empapando por completo mi cerebro.

—Beca…

Subió los ojos y me miró mientas su mano había llegado hasta el botón de mi pantalón.

—¿Qué? ¿Alguna petición especial?

A pesar del sentido sexual del asunto, sentí como si alguien me diera un puñetazo en el corazón. ¡Joder! ¿Cómo cojones se suponía que la iba a dejar atrás?

—¿Qué pasa? —preguntó al ver que había cambiado el gesto.

—Nada. —La callé con besos.

¿Qué podía decir? ¿Cómo ponerle nombre a aquello que me estaba apretando el corazón?

Me dejé arrastrar por el deseo sexual, que era algo en lo que sabía manejarme mejor y no me daba vértigo.

La subí encima de la mesa y aparté a un lado el plato y la taza, que rodó y cayó al suelo haciéndose añicos. Nos besamos apresurados, con mucha hambre, como si el tiempo apremiara y se nos escapara entre los dedos, y en parte era así. Le arranqué el pantalón corto y la ropa interior, y la toqué. Estaba tan húmeda... Ella ya me había desabrochado las bermudas, que se me escurrieron por las piernas, y me bajó la ropa interior, acariciándome con decisión.

—Beca… —fue lo único que pude decir mientras la penetraba encima de la mesa de la cocina.

—¡Sigue! —respondió mientras se aferraba a mi cuerpo. Ni tan siquiera le había quitado la camisa, por lo que la toqué por encima de la tela—. ¡Más fuerte! —me gimió en el oído, hundiendo su cabeza en mi cuello.

Y yo, como un loco ebrio de ella, seguí penetrándola, fuerte, profundamente, dándole todo lo que yo era. Beca me clavó las uñas en los hombros; por suerte, tenía todavía puesta la camisa. Seguí y seguí hasta que sentí que comenzaba a llegar, entonces colé una mano entre nosotros para estimularla y continuar hasta que se rompió.

Me cegué al ver su rostro. Entonces la penetré con profundidad y me corrí dentro de ella, como nunca lo había hecho.

Cuando llegamos, la mantuve pegada a mi cuerpo. Abrazándola, sin ser capaz de soltarla ni salir de ella, a pesar de que empezaba a perder fuelle, mientras ambos tratábamos de respirar.

Jamás me sentí tan completo como en aquel momento, tan fuerte y tan aterradoramente débil a la vez.

¿Cómo sobrevivir después de aquello cuando ya no la tuviera en mi vida?

Capítulo 26

Niño pobre, niña rica

Beca 

Después de recoger la cocina, que ahora tenía una taza menos, nos dimos una ducha rápida, por separado, o jamás saldríamos de casa. Cogimos el coche y nos fuimos al pueblo para poder hacer la compra. Teníamos que llenar la nevera, no todo iba a ser revolcarnos por todas las esquinas de la casa. Compramos en un mercado al aire libre frutas, lechuga y hortalizas, y fuimos a un supermercado a por el resto de los víveres. Después comimos en un restaurante con unas vistas increíbles al puerto de Sant Feliu de Guíxols. El día era espectacular. No quedaba ni rastro de la lluvia torrencial de la noche anterior. Era un lugar idílico y nosotros parecíamos una pareja de enamorados. Hasta compartimos los postres y aproveché para manchar a Filip con helado de chocolate al moverme cuando iba a comérselo de mi cuchara. Sí, hicimos eso tan ridículo de darnos de comer el uno al otro. ¿Se podían hacer más cursilerías? Por supuesto, yo le limpié de chocolate la mejilla con un gran lametón y Filip no se quejó, solo se rio mientras me echaba un brazo sobre el hombro para acercarme a él.

Volvimos a casa a media tarde. Filip se empeñó en que bajáramos a la cala que nos quedaba más cercana, a pesar de que por la mañana a mí me había parecido un tanto peligroso y no me había atrevido a hacer la expedición en solitario. Se había reído de mí, alegando que si todos los lugareños, y una gran parte de los turistas, bajaban a esas calas, no podía ser tan complicado.

Finalmente lo conseguimos. Era una pequeña cala con muchas piedras y un poquito de arena blanca. Una zona escasa en la que no cabrían muchas personas, pero lo suficientemente amplia para un público de dos, que éramos los que estábamos allí.

—¿Ves? No era tan complicado —se rio mirándome esquivar piedras.

—Bueno, hemos caminado más de quince minutos por una estrecha y dificultosa senda, yo no diría que ha sido el camino más fácil del mundo.

Filip sonrió. Estaba guapísimo con la imagen del mar a sus espaldas.

—Gracias a lo dificultoso que ha resultado aquí no hay nadie.

La cala era muy pequeña y había muchísimas piedras.

—Será por lo incómoda que es.

—No te quejes tanto que te he traído a un paraíso natural.

—Eso es cierto —acepté.

Aquella cala estaba en la zona natural protegida, y bastante cerca de nuestra casa, que a mí me parecía que también estaba en zona protegida, aunque bueno, yo no era especialista en urbanismo.

—Además, el sendero ha sido complicado, pero se puede llegar —insistió Filip enumerando las bondades del lugar—. A otras de las calas de la zona solo se puede llegar en barco. Al menos a esta hemos accedido caminando.

Miré a Filip.

—¿En barco?

—Sí. Podemos coger uno para navegar uno de estos días si quieres —añadió.

Aquello parecía implicar que íbamos a estar allí muchos días y, a pesar de que la propuesta era más que tentadora, no podía olvidar que estábamos viviendo en una burbuja. Estábamos en una especie de cuenta atrás y todo aquello se acabaría.

—Pareces especialista en la zona —comenté.

—Bueno, la conozco un poco.

—¿Solo un poco? A mí me parece que la conoces bien… Para postularte a coger un barco y llevarme a recorrer la Costa Brava…

Filip desvió la mirada.

—¿De quién es la casa?

—De un colega.

—¿Y dónde está ese colega? —pregunté acercándome a él y tocándole la espalda.

Filip se giró y el viento enredó sus cabellos.

—No es español.

—¿Y es?

—¿Necesitas saberlo? —preguntó más serio de lo que me hubiera gustado.

La respuesta era sí, quería saberlo porque quería saber más de él, y parecía sinceramente difícil. Aquello formaba parte de la intimidad que le había pedido, porque parecía que llegar hasta Filip era correr una secuencia de puertas cerradas que tenía que ir abriendo para encontrar más y más puertas, sin acabar de conocerlo del todo y, sin embargo, de algún modo, sentía que lo conocía. Incongruente, ¿no? Pues eso era lo más exasperante. Lo conocía cuando me miraba directamente. Sentía que era sincero en lo que me hacía sentir y en lo que yo le hacía sentir a él. Sentía que lo conocía cuando se entregaba a mí, como la noche anterior, o aquella mañana en la cocina.

Alargué una mano y toqué su rostro. Filip cerró los ojos apoyando su mejilla en mi mano.

—¿Qué pasa? ¿Tu colega también tiene cierta tendencia a la ilegalidad?

Abrió los ojos y me miró con aquel mar castaño, lleno de verde y dorado llenándolo todo.

—Podría decirse que sí.

—¿Y podría decirse algo más? —insistí—. Lo digo porque me estoy quedando en su casa y tiene bien abastecida la despensa de alimentos no perecederos. Igual necesita la casa y aparece de repente. O igual es un capo de la mafia italiana y aparece la cabeza de un caballo en la cama por habérsela mancillado.

Filip se rio y relajó el gesto. Sabía lo que yo buscaba: esa intimidad que rascara pedazos de él que se le desprendieran y que yo pudiera almacenar una vez que se hubiera marchado. Quizás no necesitara saber más del dueño de la casa, quizás así el recuerdo de aquellos días quedase intacto, pero, aun así, insistí en saber, quizás por obtener una pequeña victoria.

Alargó una mano para cogerme en un gesto que solía hacer últimamente y me pegó a su cuerpo grande, inmenso; sentí su

corazón y me relajé.

—No es de ningún mafioso italiano —rio contra mi pelo.

Subí la mirada y busqué sus ojos.

—Es de un colega que se dedica a lo mismo que yo —explicó—. Le hice un favor hace unos años y esta es la compensación. Vive en Copenhague últimamente. Le consulté y, como tenía la casa libre, me pareció un buen plan. ¿Son suficientes datos?

Ni nacionalidad ni nombre, pero tampoco necesitaba más, ¿no?

—Mmmm… Sí, me doy por satisfecha.

—Pues ahora vamos a tumbarnos un rato y a no ver la puesta del sol.

Me reí y lo seguí entre las piedras cogida de su mano. Estábamos en lugar idílico, en una cala, con muy buena temperatura y con el mar a nuestros pies. Sin embargo, no veríamos literalmente hundirse el sol en el mar Mediterráneo.

—Quizás podríamos ver el amanecer.

—Tú seguro, que te encanta madrugar —declaró—. Conmigo no cuentes para venir a esas horas.

Filip estiró una gran toalla que habíamos cogido en la casa y la colocó en la zona de arena, que era, como toda la cala, escasa, pero nuestra, allí no había nadie más.

Nos sentamos y durante un rato simplemente observamos el mar. Era todo tan tranquilo, tan natural y brutalmente hermoso que se me encogió el corazón. ¿Dónde se había quedado la urbanita que había en mí?

Filip se tumbó y cerró los ojos.

Le pellizqué un brazo.

—¡Oye! —se quejó cogiéndome la mano, pero sin abrir los ojos.

—¿Cómo que oye? ¿A quién en su sano juicio se le ocurre cerrar los ojos? ¿Pero tú has visto esta maravilla? Esto es increíble.

—Lo he visto, y lo sigo disfrutando aquí, a tu lado. Escucho el mar y siento tu muslo pegado al mío. ¿Qué más quieres?

Negué con la cabeza.

—Que no cierres los ojos a esta maravilla, es sencillamente precioso.

Filip sonrió, pero no me hizo caso.

—Lo sé. Sienta bien dejar atrás el asfalto, ¿eh?

—Sí, lo admito. Ha sido una gran idea venir. —Me tumbé a su lado, apoyándome sobre un codo, con el cuerpo girado hacia él. Filip seguía con los ojos cerrados, le acaricié el cabello—. Gracias por haberme traído.

Filip abrió los ojos y me miró. Era el final de la tarde y la luz había descendido. Aun así, me pudo mirar a los ojos porque mi cabeza hacía sombra sobre su cabeza.

—No tienes que darme las gracias por nada.

—Bueno, si no fuera por ti, no estaría aquí —añadí.

—Si no estuvieras aquí, este viaje no sería lo mismo —replicó —. Si alguien tiene que agradecer algo soy yo, que me has dado un voto de confianza y te has venido conmigo, a pesar de que no me lo merezco.

Subió una mano y me acarició el cuello. Le había dicho que ya no me dolía, sin embargo, los dos teníamos presente lo que me había pasado.

—Bueno, pues gracias a los dos entonces. —Sonreí mientras sentía los dedos de Filip en mi cuello y mis rizos negros se enredaban con el viento.

Filip se quedó un rato en silencio mientras yo jugueteaba con los botones de su camisa y él volvía a cerrar los ojos.

Al rato decidió hablar y comprendí que había llegado el tiempo de la tan solicitada intimidad, y sí, aquella pequeña cala, íntima, recogida y de difícil acceso era el lugar apropiado para hablar.

—Mi colega compró aquí la casa porque yo le hablé de las bondades de la Costa Brava. ¿Recuerdas que te dije que mi abuelo paterno era griego y mi abuela paterna, española? ¿Catalana?

—Sí.

—Ambos eran campesinos —explicó—. Mi abuelo emigró a Cataluña desde Grecia con unos amigos en busca de trabajo en España. Conoció a mi abuela al año de estar aquí. Ella era de un pueblo un poco más al norte, Sant Jordi Desvalls. Ambos se conocieron trabajando en los cultivos. —Hizo una pausa—. Se casaron y poco después se fueron juntos a trabajar a Andorra. Allí había trabajo en agricultura y ganadería en aquella época. Un amigo

que conocieron en el campo los animó a que volvieran con ellos a Andorra. Él había venido a Cataluña como temporero en las campañas de recogida de la pera, la manzana y la uva. Les habló de Andorra y del trabajo que había allí. Así que se animaron y se marcharon a Andorra a buscarse la vida —detalló—. Fueron unos currantes.

Filip no abrió los ojos y yo no dije nada, para que se sintiera cómodo.

—Trabajaron prácticamente toda su vida en la agricultura, en Andorra. Tuvieron dos hijos, mi padre y un tío, al que no conocí, mayor que él diez años. —Se quedó en silencio unos instantes antes de seguir—. Por desgracia, mi tío murió de cáncer siendo un adolescente. Eso machacó muchísimo a mis abuelos. Ellos fueron campesinos toda la vida. Vivieron en Andorra hasta su muerte. Ambos murieron cuando yo era muy pequeño, prácticamente no los recuerdo.

Silencio.

—Mi padre trabajó en una estación de esquí, ahí conoció a mi madre. Ella había venido con unas amigas a hacer un viaje —explicó —. Se enamoraron cuando ella apenas tenía dieciocho años y él, veinticinco. Ella se quedó en Andorra después del viaje, sus amigas regresaron solas y jamás volvió a casa de sus padres. Ellos se enfadaron tanto cuando no regresó que jamás la perdonaron. Durante los primeros años mantuvo contacto con sus hermanas, al final cortó contacto con toda su familia checa y no regresó jamás.

Se quedó otra vez callado.

Lo peiné con los dedos y no pude evitar preguntar:

—Entones, ¿es posible que tengas familia en la República Checa? ¿O en Grecia? Incluso aquí en Cataluña.

Abrió los ojos y me miró.

—Sí, es posible.

—¿Y no los has buscado? ¿Precisamente tú?

Negó con la cabeza.

—¿Para qué? —preguntó, y noté el dolor en el fondo de su voz, a pesar de que lo disimulaba muy bien—. La familia por parte de mi padre sería muy lejana, ya que su hermano murió muy joven sin

dejar familia. La única familia cercana es la de la República Checa, y no siento nada esa cercanía —replicó con sorna—. Yo nací cuando mi madre tenía veinte años y dejó de hablarse con sus hermanas antes de mi segundo cumpleaños. ¿Por qué les iba a interesar saber nada de mí? No me han visto en su vida. No hemos compartido nada.

—No sé… —dudé de aquella postura tan tajante. Él no podía saberlo—. Quizás sí les interese.

Se rio y, a pesar de que disimuló, había cierta amargura en aquella risa.

—Si no se interesaron por su hermana, menos por su mocoso —comentó con cierto tono despectivo—. Sinceramente, creo que la dejaron atrás, sabiendo que no estaba en buenas manos.

Me quedé muy quieta.

—¿Por qué dices eso?

—Porque mi padre bebió toda la vida —soltó sin contemplaciones—. Disimulaba en el trabajo, pero fue un alcohólico hasta que murió de cáncer de hígado. Gracias a Dios mis abuelos ya no vivían para ver en qué se había convertido mi padre.

—¿Lo recuerdas?

—Solo lo malo —respondió mirándome a los ojos con la mirada más fría que me había dado hasta la fecha—. Recuerdo las borracheras, los gritos, los empujones a mi madre y a mí cuando estábamos en su camino.

Se calló. Quizás para no decir qué más recordaba.

No sabía ni qué decir, me había dejado fuera de juego.

—Lo siento muchísimo, Filip. No puedo imaginar el infierno que has tenido que pasar.

Negó con la cabeza y desvió la mirada.

—Mi madre murió de la pena y de una sobredosis —escupió al final—. Es jodido amar a alguien que te trata así. Ella era demasiado joven y él le dio muy mala vida. Estuvo sometida a la vida con un alcohólico cuando era demasiado joven. Vivió durante unos años limpiando para mantenernos a los dos, pero cada vez tenía que meterse más para soportar el tedio de su vida. —Se quedó trabado

en un recuerdo—. Supongo que la miseria de su propia existencia le impedía buscar fuerzas para preocuparse por mí.

—Filip —murmuré con tan poca fuerza que aquel susurro se fue con el viento.

Él volvió a negar, quizás era su forma de decir que era mejor no decir nada.

Me tumbé al lado de Filip y miré el cielo. Tenía la sensación de que seguir contándome todo eso, bajo mi escrutinio, era demasiado.

Nos quedamos en silencio. Él, sumergido en sus recuerdos y yo, tratando de asimilar todo lo que me había confesado, que era muchísimo y de una profundidad inmensa. Eso era mucha intimidad. No sabía ni cómo encajarla.

—Qué jodido es el orgullo, ¿no crees? —murmuró al cabo de lo que me pareció una eternidad.

—¿Por qué dices eso?

—Porque mis abuelos no vinieron ni una sola vez desde la República Checa para ver a su hija simplemente porque ella se enamoró y lo abandonó todo por amor —replicó—. No lo hicieron para castigarla, la dejaron a su suerte y nunca vinieron a ayudarla.

—Supongo que no sabían nada de lo que estaba pasando.

—O no lo quisieron saber —replicó con dureza—. Mantuvo el contacto con sus hermanas durante los primeros años. Supongo que después, con un crío pequeño y un marido alcohólico, la pena le podía y no quiso que ellas vieran lo que estaba pasando. —Calló por unos momentos—. Quizás mi madre se pareciera a mis abuelos y le pudiera el orgullo.

—Lo siento muchísimo, Filip —susurré a su lado—. Es una historia terrible. —Quise decir que tan terrible como la mía, pero, a pesar de que aquello no era una competición, su historia de vida era más dura.

No sabía qué más decir. ¿Qué se podía decir?

Filip no se movió, pero yo sabía que estaba mirando el cielo como yo. Ahora podía comprender por qué no quería hablar del pasado, por qué le costaba tanto esa clase de intimidad. También comprendí, en cierto modo, por qué se había sumergido en aquella

clase de vida, al margen de la legalidad, donde podía reinventarse siempre que fuera necesario, ponerse caretas y disfrazarse de otro.

Cogí su mano con la mía. Quise decir otra vez que lo lamentaba, pero me parecía reiterativo. Busqué algo diferente que decir, pero todo me sonaba a lo mismo: a lamentarse, y Filip no parecía ser una persona de lamentos. Ni querer mi compasión. Y yo lo último que querría sería hacerlo sentir incómodo.

Finalmente fue Filip quien tuvo agallas para volver a hablar.

—Es el pasado.

Con esa frase Filip cerraba la puerta a todo aquel inmenso dolor y yo daba por extensamente cumplida la necesidad de intimidad que le había pedido tan vehementemente.

—Apenas recuerdo a mis abuelos paternos —añadió—. Sin embargo, entre las pertenencias de mi padre estaban algunos cuadernos de mi abuela, le gustaba escribir un diario. Curioso para una campesina en aquella época, ¿no?

—Sí, supongo que sí.

—No era un diario al uso. Era más bien una especie de recopilación de cosas útiles de su día a día. Aunque, entre aquellas páginas, también había mucho dolor debido a la pérdida de su primer hijo de cáncer cuando apenas era un chaval. Claro que cuando ella escribió eso no sabía que su segundo hijo también moriría de cáncer—. Volvió a guardar silencio durante unos instantes —. Una gran parte de todo lo que escribió mi abuela era sobre Cataluña, sobre su niñez y su juventud aquí. Por todo eso, viajé en muchas ocasiones a Cataluña. Por eso soy un enamorado de esta costa.

—Comprendo.

Filip giró su cuerpo hacia mí y yo hice lo mismo.

Me acarició el rostro mientras el viento del atardecer pretendía llevarse mis rizos negros con él.

—¿Solicitud cumplida? —preguntó haciendo referencia a mi necesidad de devorar intimidad.

—Sí —murmuré.

Me había saciado de intimidad. Estaba realmente empachada, porque todo aquello era muy difícil de digerir.

Filip esbozó una sonrisa para calmarme. Para concienciarme de que aquello ya había pasado. Él lo había superado y, por tanto, yo no tenía que quedarme anclada en aquel viejo dolor.

—Niño pobre, niña rica… —comentó esbozando una sonrisa.

—¡Menudo cliché! —repliqué recuperando como él el buen ánimo.

—Podría ser mucho peor.

—¿A qué te refieres?

—A que podríamos enamorarnos —dejó caer y sentí como si hubiera metido mi corazón en un cubo de hielo—. Entonces sí seríamos un cliché.

No dijo nada más; simplemente, me miró. Supongo que lo que acababa de hacer era lanzarme un órdago esperando mi reacción.

—Es imposible enamorarnos, solo nos quedan aquí dos días y después tú te marcharás, ¿no?

Filip me miró muy serio, sin embargo, sentía su mano grande y cálida, que había bajado hasta mi cuello y avanzaba hacia mi hombro.

—Exacto —murmuró—. Es imposible.

Me abrazó y aproveché para hundir mi cara en su cuello, dejando que el viento se llevara nuestras palabras.

Pasamos un tiempo indefinido abrazándonos, algo sin concretar entre diez minutos o diez años.

Finalmente, fue Filip quien habló para llevarse todo el peso de la conversación lejos.

—Deberíamos bañarnos desnudos.

—¿Tú crees? —pregunté siguiéndole el juego.

—Claro, si es cuestión de cumplir con algún cliché, mejor con uno divertido.

—Cierto, tienes toda la razón.

Nos bañamos en la Costa Brava desnudos e hicimos el amor en el mar bañados por la luz del atardecer. Bueno, al menos lo intentamos, porque finalmente tuvimos que rematar sobre la toalla en tierra firme, besándonos con labios salados. Suerte que era una cala pequeña, incómoda y de difícil acceso, lo que nos permitió amarnos sin miradas indiscretas.

Sí. Amarnos a pesar de que no podíamos enamorarnos.

Capítulo 27

Mermelada de fresa

El segundo día de nuestro paréntesis vital en la Costa Brava también me desperté antes que Filip. Busqué una olla para las fresas, que había dejado el día anterior preparadas con limón y azúcar. Quería ponerlas al fuego para hacer mermelada. Localicé una de tamaño adecuado, así que eché la mezcla y esperé hasta que hirviera. Fui vigilándola, y moviéndola cuando era necesario, a medida que se reducía. Mientras tanto me preparé el desayuno. Me tomé un té con leche con una tostada y disfruté de la calma de la mañana sentada en una de las sillas de exterior que habíamos encontrado y sacado al patio el día anterior.

La calma era total. Lo único que podía escucharse allí era el canto de los pájaros y otros sonidos de la naturaleza. Nada del habitual ritmo de la ciudad. Ni uno solo de los ruidos que me eran conocidos en mi día a día en Madrid.

Dejé que la mermelada se hiciera poco a poco mientras disfrutaba de aquella calma que me era tan ajena. El día anterior había tenido la suerte de conseguir increíbles fresas y limones en el mercado. Era fresas de Maresme, una comarca de Barcelona. Las fresas eran perfectas, dulces con un pequeño toque ácido, y no tenían nada que ver con las tristes fresas que podías encontrar en un supermercado. Estas sabían a fresas de verdad. Los limones eran perfectos, firmes y pesados. Cuando los corté no pude más que maravillarme al ver que estaban llenos de zumo, tal y como había deducido por su peso.

Hacía mucho, muchísimo tiempo que no preparaba mermelada. Quizás por la idealización de las mermeladas de mi abuela. Quizás por cómo tenía en un pedestal todos aquellos veranos en Francia a su lado y el sabor de sus mermeladas. O quizás por todo lo que ella

había hecho y lo pequeña que yo me sentía en comparación. Pero, de algún modo, allí, en aquel lugar que no me pertenecía, que solo era un paréntesis en mi vida, unas vacaciones de despedida, podía ser libre para atreverme a preparar mermelada otra vez. No lo había pensado demasiado, simplemente, había dejado que mis manos tomaran las fresas el día anterior y, cuando me di cuenta, estaba preparando la mezcla con azúcar y limón para dejarla reposar toda la noche.

Cuando había terminado la faena y la noche ya se filtraba a través de los ventanales de la cocina, había llegado Filip tras estar media hora en la ducha y acabar con las reservas de agua de media Cataluña. Había curioseado por la cocina para averiguar qué estaba haciendo. Había probado la mezcla y después habíamos hecho otra vez el amor encima de la mesa redonda de cristal, volviendo a poner a prueba su resistencia. Al parecer, a él la cocina le gustaba para unos usos muy diferentes a los que yo le daba, pero no pude quejarme, ya que yo me entregaba entusiasmada a la única forma de deporte que estábamos practicando desde nuestra llegada.

Esa mañana, cuando la mermelada estuvo lista, la eché en dos tarros de cristal que anteriormente habían guardado aceitunas. Estas habían sido desplazadas, con su agua, a un táper. Había lavado los tarros y les había quitado las etiquetas. Cuando estuvieron listos, les di la vuelta y los dejé reposar.

Recogí toda la cocina y vi la hora. Ya eran las once de la mañana, yo llevaba en pie desde las ocho y Filip todavía dormía como un orangután. Sabía que había pasado una semana en la que apenas había dormido dos o tres horas al día, pero bueno, tendría que estar ya recuperado, ¿no? Hacía ya varios días que dormía profundamente muchas más horas que yo.

Subí a la habitación y lo vi, tal y como él acostumbraba a dormir, tumbado boca abajo, sin camiseta. Con toda aquella inmensa espalda al aire y con un brazo por encima y otro por debajo de la almohada. Sentí que se me apretaban el corazón y el estómago, tan guapo y adorable, pero no iba a dejarme llevar por unos sentimientos que ni tan siquiera sabía cómo definir y que, en todo caso, no me podía permitir. Decidí que era mejor dejarse llevar por la

lujuria, que era algo que podíamos coger a manos llenas, y empacharnos, ya conseguiríamos digerirlo cuando estuviéramos de nuevo solos, cada uno con su vida.

Me subí a la cama y me quedé allí de pie, dispuesta a despertarlo y acabar con aquella narcolepsia.

—¿Estás en coma? ¿Crees que debo llamar a una ambulancia? —pregunté encima de la cama, de pie, con los brazos en jarras.

—¿Qué pasa? —murmuró Filip sin abrir los ojos.

—Pasa que ya son las once de la mañana, amigo mío, creo que has dormido más que suficiente. ¿No te parece?

No se le movió ni un pelo.

—¿Hoy hay que ir al cole, mamá? —preguntó con sorna todavía sin abrir los ojos.

Puse un pie encima de su trasero y lo moví. Empujándolo para que tomara consciencia y se levantara de una vez.

—¡Levántate, pedazo de bacalao!

Filip se rio.

—Si quieres despertarme, métete en la cama, que se me está desperezando cierta parte —añadió con guasa.

—Eso quizás más tarde, creo que ahora es hora de levantarse y salir por ahí. ¿No decías que íbamos a coger un velero?

Filip ni se inmutó.

Me subí encima de su trasero, poniendo un pie sobre una nalga y otro sobre su espalda.

Filip abrió los ojos por mi peso.

—¡Joder! —bramó entre risas—. ¡Oye, que pesas!

Salté bajándome de su cuerpo, pero permaneciendo encima de la cama.

—No me hagas reír que, con ese tamaño, esto será como que te moleste una mosca.

Filip se giró quedando boca arriba. Estaba guapísimo con el pecho al aire, el cabello castaño revuelto y aquella mirada brumosa. Tenía algo de vello en la barba, ya que aquellos días no se había afeitado. Sentí deseos de tumbarme sobre él y borrarle la sonrisa a besos.

—Ven aquí —me pidió.

Tan solo con aquellas dos palabras tuve ganas de dejarme llevar. Se me hizo un nudo en el estómago por las inmensas ganas de descubrir todas las perversiones que estaba imaginando.

—No.

—¿Por qué no? ¿No crees que estarías mejor conmigo aquí, debajo de las sábanas, que ahí?

Negué con la cabeza.

—Llevo desde las ocho de la mañana de pie. —Me quité la camiseta y se la lancé a la cara—. He desayunado hace tanto que ya quiero un segundo desayuno. De hecho, me muero de hambre por un segundo desayuno. —A continuación, me quité el pantalón corto y se lo lancé también a la cara.

Filip se rio.

—Sigue, por favor, que veo que el final me va a gustar —me pidió con risas, sentándose en la cama y tratando de cogerme la pierna con una mano.

Me aparté para que no pudiera sujetarme el tobillo.

—De eso nada, guapito. Llevo desde las ocho queriendo ducharme.

Me quité el sujetador y se lo lancé. Este le dio en la cara y se le cayó encima de los muslos.

—Ven aquí, tengo una cosa que hacerte y luego prometo meterte yo mismo en la ducha.

—De eso nada.

Me quité las bragas, que se deslizaron por mis piernas, y salté antes de que una mano de Filip atrapara mi tobillo.

—¡No te escapes! —bramó divertido, siguiéndome por la cama.

—¡Ni lo sueñes, dormilón! Tuviste mucho tiempo para eso. Ahora ese tiempo se ha agotado, me voy a duchar que hace horas que quería darme esa ducha.

Corrí por la habitación hacia la puerta del cuarto de baño. Filip se levantó y salió corriendo detrás de mí. Supongo que el tener a una mujer corriendo desnuda por su habitación lo había despertado del todo.

Miré hacia atrás y los rizos negros se me cruzaron en los ojos. Giré la cabeza mientras mi cabello ondeaba.

Me metí en la ducha justo antes de que Filip me atrapara. Me enganchó con un brazo para pegarme a su inmenso cuerpo.

—¡Eres una chica mala! —murmuró en mi oído, prendiendo fuego a mis venas.

—¡Malísima! —me reí entre sus brazos mientras trataba de zafarme.

—Te pedí con mucha educación que te metieras conmigo debajo de las sábanas, que estaríamos más cómodos —argumentó.

—Yo no diría que me pediste nada. Más bien sonaba como una orden…

Filip me pegó contra los azulejos de la pared de la ducha, que estaban fríos contra mi espalda.

Mis ojos brillaron divertidos.

Él captó mis ganas de jugar.

—¿Y no te gusta que te den órdenes en la cama?

Uy, ¡qué divertidos estábamos esa mañana!

—Yo no diría eso —respondí, y me mordí un labio.

—¿Y qué dirías?

Filip apoyó su cuerpo contra el mío, pegando mis pechos a su tórax.

—No creo que haya algo que no me guste en la cama —repliqué con la intención de volverlo loco.

—¡Joder, Beca…! —murmuró mirándome la boca.

Giré la cara, escapándome de su beso, ya que no podía escaparme de sus brazos ni quería; pero sí que me había puesto juguetona.

—¿Y eso? —preguntó contrariado.

—Tendrás que esforzarte en ganártelo.

—¿Y cómo puedo ganármelo?

—Eso tienes que averiguarlo tú. —Filip sonrió, le había lanzado un órdago y él no era el tipo de hombre que se venía abajo con un reto. —¿Sabes? —murmuró deslizando su mano por mi vientre hasta colarse entre mis piernas—. Creo que podría calentarte hasta que te rindieras a mis besos, pero es que ya estás muy caliente y húmeda —determinó con voz densa antes de colar un dedo dentro de mí.

Le mordí el hombro.

—¿Entonces? —jadeé prácticamente pegada a sus labios, sin que llegara a besarme, ahora era él quien estaba jugando conmigo.

—Entonces, primero tendré que enfriarte —declaró saliendo de dentro de mí.

—¿Qué?

No hizo falta más explicación. Filip abrió el grifo del agua fría y nos cayó el agua helada sobre nuestros cuerpos.

—¡Filip! —grité tratando de zafarme de sus brazos como un pez atrapado en las manos de Poseidón.

—¡De aquí no nos movemos! —declaró fijando su cuerpo al mío —. ¿No querías una ducha?

—¿¡Serás cabrón!? —grité entre helada y divertida.

Filip cogió un bote de gel y me lo echó por el cuerpo mientras que con el otro brazo no dejaba de sostenerme contra él.

Me acarició con el gel entre las piernas mientras yo no dejaba de blasfemar, entre divertida, furiosa y muy excitada.

Me dio la vuelta y me quedé de cara a la pared. Para colmo, Filip todavía tenía su calzoncillo puesto y ahora estaba empapado, pero dentro de él su miembro, excitado, presionaba la tela contra mis nalgas.

—Las manos así —susurró mientras me ponía las manos apoyadas contra la pared y me separaba las piernas.

Reguló la temperatura del agua y se quitó la prenda, que cayó empapada en una esquina de la ducha.

Miré hacia atrás entre mis cascadas de rizos negros empapados.

—¿Qué vas a hacer? —pregunté excitada cuando sentí que me echaba más gel en la espalda y me enjabonaba.

Filip me miró, retándome con los ojos.

Me mordí el labio y me abrí un poco más.

—¿Qué quieres que te haga? —murmuró en mi oído—. ¿Alguna petición particular en lo que no me haya aplicado todavía? ¿O en lo que no me haya aplicado lo suficiente? —preguntó bajando su mano para volver a acariciarme con destreza.

Alargué una mano hacia atrás para coger su cadera y pegar su cuerpo al mío.

Mi cuerpo lo buscó de forma natural.

—Dímelo —susurró en mi oído—. No hay nada que no puedas decirme, Beca.

Me estaba provocando. Tanteando mis límites.

Miré hacia atrás y busqué su boca.

Filip me besó mientras no dejaba de tocarme. Estiré mi mano encima de la suya para guiar sus caricias, más profundas, más oscuras.

Filip obedeció y besó mi cuello.

Yo volví a apoyar mis manos en las baldosas y me dejé llevar.

No, no había nada que no pudiera pedirle en lo que al sexo se refería. Sin embargo, entre la dureza del sexo sin tapujos, pensé que sí había algo que no podía pedirle: no podía pedirle nada después de esos días, pero al menos teníamos esos momentos. Ese ahora empapado entre jadeos y caricias en el que pretendíamos tapar con nuestras manos algo que crecía descontrolado entre nosotros. Algo grande, inmenso, con lo que no habíamos contado ninguno de los dos.

En mi defense diré que los sentimientos por Filip no eran lo único que me constaba afrontar. También estaba el hecho de que había preparado mermelada de fresa, algo que me apasionaba, pero que no había hecho durante años por los recuerdos que me despertaba. Porque aquella simple mermelada me traía recuerdos de un amor inmenso en los veranos franceses, con mi abuela, una mujer increíble y con la que no podía evitar compararme sin sentirme pequeña, indigna, como me ocurría con todas las mujeres de mi vida.

Quizás de algún modo era una apasionada de las historias de verdad, profundas, así como una enamorada de las cosas con alma, aquellas que contaban algo. Una convencida de las relaciones que profundizaban y hacían cicatrices. Pero, quizás, de algún modo, aquellas relaciones profundas, aquellos sentimientos grandilocuentes, me eran esquivos.

Había perdido mucho, siempre había perdido, y no estaba segura de ser digna de no perder por una vez.

Quizás Filip no pudiera ofrecerme un futuro juntos, pero sí me ofrecía un presente maravilloso, y yo debía tomarlo, tal y como era. Así que me aferré a lo que me daba. Aunque aquello pudiera dejarme a la deriva.

***

Filip y yo navegamos en el barco de su colega, de quien no sabía ni su nombre ni su nacionalidad, pero sí que vivía en Dinamarca, que le gustaban las casas estilo moderno con cubierta plana y que le encantaba navegar. Tenía un velero con capacidad para seis y disfrutamos cada centímetro de él.

Salimos del puerto con el motor. Filip navegaba como si lo hubiera manejado toda su vida, lo cual me dio una idea clara de la de veces que lo había hecho. Lo llevaba con suavidad y firmeza.

Me gustó la sensación de salir a navegar. A mis padres les encantaba y tenían un velero un poco más grande que el del amigo de Filip, pero desde el fallecimiento de mis padres no habíamos vuelto a navegar y finalmente se había vendido la embarcación.

Con mis amigas, y algunos colegas, había salido en alguna ocasión. Solíamos alquilarlo entre varios. Siempre eran veleros grandes, con mucha gente a bordo y donde el que lo llevaba era un experto. Siempre había algún colega con titulación náutica que se ofrecía para navegar.

Pero aquí, con Filip, en aquella embarcación más pequeña, la sensación me resultó más íntima con el mar.

Miré el rostro de Filip recortado por el mar mientras el viento soplaba. Me pareció en paz y una sensación cálida me inundó.

Navegamos, y pudimos izar las velas.

Filip me puso a trabajar y sentí las gotas del mar Mediterráneo salpicándonos a medida que cogíamos velocidad. Hacía mucho que no navegaba y jamás había participado activamente en ello, solo había sido una mera espectadora, pero con él lo hice.

—¿Feliz? —me preguntó cuando echamos ancla y arriamos las velas para poder tomar un picoteo en el barco al final de la tarde.

Filip acababa de subirse al barco después de un buen chapuzón. Yo no me había animado a saltar, pero él ya me estaba refrescando al mantenerme abrazada contra su cuerpo.

Lo miré a los ojos y apoyé ambas manos sobre sus hombros.

—Sí, muy feliz.

No me esperaba aquella pregunta, pero mi respuesta había salido de forma natural.

—Bien, yo también estoy feliz, y no recuerdo la última vez que fui realmente feliz. ¿Qué te parece?

No pude responder. ¿Qué podría decirle?

Filip comenzaba a mecerse mientras tarareaba en mi oído la canción que yo le había confesado como mi favorita: *Angie*, de los Rolling.

—¿Vamos a bailar?

—¿Por qué no? —preguntó mirándome a los ojos.

Sí, ¿por qué no?

Apoyé mi cara en su pecho mojado y me mecí con él mientras Filip cantaba en mi oído bajito.

—No cantas nada mal.

Filip sonrió en respuesta, sin dejar de llevarme.

Dejamos que nos acunara aquel mar que nos mecía cálido. Podría ser el final de una novela romántica, sin embargo, tan solo era el principio de nuestro final. Los dos lo sabíamos, así que me dejé mecer y traté de no pensar.

Cuando llegamos a casa, con la resaca del mar, vi mis botes de mermelada en la cocina y sentí una punzada en el corazón. Quizás sí sabía qué quería hacer, quizás simplemente necesitaba tiempo para tener el valor de hacerlo.

Filip entró en la cocina para buscarme, ya era noche cerrada.

—¿Ya está lista la mermelada? —preguntó al verme observar los botes.

—Casi, solo necesita un poquito de tiempo más —respondí pensando en que eso era justo lo que me pasaba a mí misma—. Mañana lo estará.

Miré hacia atrás, a la puerta de la cocina.

Filip alargó la mano hacia mí.

—Bien, mañana la probaremos. Ven a dormir conmigo.

Caminé hacia él y cogí su mano. Lo seguí por las escaleras de aquella casa moderna que no tenía nada que ver con el estilo de lo que a mí me gustaba, pero que para siempre guardaría en sus cimientos nuestras noches de amor.

Hicimos el amor despacio, besándonos casi con pereza, prolongando cada caricia, lenta, pesada, húmeda…, nuestra.

Capítulo 28

Claustrofobia

A la mañana siguiente ni tan siquiera me molesté en despertar a Filip o en esperar por él para empezar el día. Estaba claro que su necesidad de descanso pasaba por poder dormir al menos doce horas por jornada. No recordaba ni una sola época en mi vida en la que hubiera necesitado dormir de esa manera. ¿Estaba mutando de humano a lirón? Quizás Filip tuviera que invernar un par de meses para recuperarse, o quizás debería ir pensando en comprarse algún complejo vitamínico que le ayudase.

Decidí salir a correr un poco por los senderos cercanos hasta la playa. Estaba segura de que Filip no se despertaría durante las siguientes dos horas.

Me puse unas zapatillas, pantalón corto y camiseta. Me coloqué un brazalete para enganchar mi teléfono móvil y mis grades auriculares negros en las orejas y comencé a caminar por el sendero que ya había recorrido los días anteriores, camino de las calas.

Comenzó a sonar una lista de reproducción de Guns N' Roses que había seleccionado mientras yo aumentaba el ritmo y corría ligeramente.

La temperatura era fresca, no eran ni tan siquiera las nueve de la mañana. Me encantaba correr entre los pinos mientras el día todavía se desperezaba.

De repente mi calma se vio truncada.

Algo me golpeó en la espalda y me tiró al suelo.

Me caí mientras *Don´t Cry*, de Guns N' Roses seguía escuchándose por mis auriculares.

Alguien se colocó encima de mí manteniendo mi cuerpo pegado al suelo. No podía respirar con la presión de lo que parecía una rodilla sobre mi espalda.

—¿¡Qué pasa!? —acerté a decir mientras sentía que una mano se apoyaba en mi hombro con rudeza y la otra me arrancaba los auriculares de la cabeza.

Me dio la vuelta mientras yo me revolvía gritando.

—¡Cállate! —me exigió.

Cuando lo miré a la cara no podía dar crédito: era el sicario bielorruso. Mi mente voló a la primera vez que lo había visto. Recordé el golpe en mi cuello y el puñetazo que me había dado sin piedad en el estómago. También recordé mi estancia en la comisaría, cuando lo había identificado rápidamente por ser alguien ya en busca y captura por la policía. ¿Cómo era su nombre? Pensé rápido, sí lo recordaba: se llamaba Sergey Petrova.

—Hola, muñeca —me saludó con una mirada serena—. Siento que tengamos que volver a vernos. Esperaba que no fuera así, pero aquí estamos.

Hablaba con un fuerte acento extranjero que recordaba perfectamente de la ocasión anterior.

Sentí escalofríos.

—No, por favor… —balbuceé.

Fui incapaz de decir algo más. Tan solo podía recordar cómo me había golpeado en el apartamento de Filip en Madrid y no quería volver a repetir la experiencia. Supongo que el cuerpo reacciona a lo que le ha hecho daño, y el mío reaccionó.

Lo tenía encima. Era muy rubio y me miraba con sus impresionantes ojos azules claros, como el cielo de la mañana.

—Ya me imagino que no te hará ninguna ilusión verme aquí —añadió sujetándome con firmeza—. Créeme que lo comprendo. El problema es que tu novio no hizo caso de la advertencia.

Sujetaba mis brazos con los suyos. Tuve miedo de lo que pudiera hacerme a continuación. Un enorme instinto de autopreservación se impuso. Temí lo primero por mi vida, pero en un segundo plano me aterraba que me tocara.

—Por favor, no me hagas daño —imploré.

—No te preocupes, esto son negocios —aclaró leyendo mis pensamientos—. Yo no soy de esos tíos, muñeca. Estate tranquila, ¿OK? No grites ni hagas ninguna tontería. ¿Estamos?

Lo miré asustada.

Me quitó el móvil del brazo.

—¿Estamos? —repitió.

—Sí.

—Muy bien. No tienes nada que temer. Tú solo eres un medio para un fin. Una forma de asegurarnos de que esta vez tu novio cumpla. Si él se porta bien, tú no tienes nada que temer —aclaró—. ¡Venga, en pie! Tenemos que salir de aquí.

Aunque tenía un fuerte acento extranjero, hablaba perfectamente español. Pensé en lo útil que debía ser para un sicario eso de saber varios idiomas.

Me ayudó a levantarme.

—Pero… —intenté hablar.

Me dio una bofetada.

—No quiero hacerte daño —insistió, a pesar de lo que acababa de hacer—. Pero me tienes que obedecer. Tenemos que largarnos de aquí rápido, antes de que tu novio note tu ausencia —añadió—. ¡Vamos, camina!

El bielorruso me llevó por el pinar alejándonos de la casa. Al rato dejé de reconocer la zona, apenas llevaba allí un par de días.

Llegamos a un coche.

—¿La clave del móvil?

Dudé.

—¡Dime la puta clave! —insistió y vi en sus ojos que él podía pasar del frío absoluto a una explosión de rabia en segundos.

—Ocho cinco cero uno —respondí trabándome.

El bielorruso marcó la clave y buscó algo rápidamente en mi móvil. Tras localizar lo que había estado buscando, anotó en otro móvil que se había quitado del bolsillo.

—¿Qué estás haciendo? —me atreví a preguntar.

—Coger el teléfono actual de tu novio —dijo sin más. Debió de ver en mi rostro que no lo acababa de entender, por lo que añadió —: Te imaginarás que una joya como él cambia de teléfono como de camisa, ¿no? Supongo que ya lo habrás pensado: cambio de nombre, de dirección, de teléfono… Es lo que tiene vivir al margen de la ley. No es que sea algo muy especial, yo hago lo mismo.

Me callé porque supuse que todo lo que decía era cierto. Así había conocido a Filip, con un nombre que era una media mentira. En ese momento me di cuenta de que cuando Filip saliera de mi vida cambiaría de teléfono, cambiaría de identidad y saldría de mi vida para siempre. Sería ilocalizable.

—Esto ya no lo necesitamos.

Luego lanzó mi teléfono encendido entre unos matorrales.

—Esto les distraerá.

El bielorruso abrió el maletero.

—Dentro.

—¿Cómo?

—Métete dentro.

Negué con la cabeza. Sentía pánico de los sitios cerrados, ni tan siquiera toleraba los ascensores, huía de ellos siempre que podía. Sufría una gran claustrofobia desde que era una niña, y la idea de meterme allí me aterraba.

—No, por favor. Tengo claustrofobia. Déjame subirme en el asiento. No haré nada, lo prometo.

Chasqueó la lengua.

—Lo siento, muñeca. Tendrás que superar tus temores a la fuerza. No puedo arriesgarme a que salga tu imagen en ninguna cámara.

Me empujó ligeramente para que obedeciera.

—¿¡Qué!? —Mi miedo se imponía al sentido común, que me decía que no lo desobedeciera—. ¡No, no, por favor! No puedo hacerlo. No soporto los sitios cerrados. Es superior a mí.

Las fobias son miedos irracionales y, a pesar de que no era una buena idea ponerse a discutir con un sicario, no pude evitarlo.

—No me obligues a ser más persuasivo —me amenazó cogiéndome del cuello para acercarme al coche.

Estaba claro que estaba agotando su paciencia. Sin embargo, estaba completamente aterrorizada. Sentí pánico.

—No, por favor... —supliqué con un hilo de voz.

Al bielorruso se le acabó la paciencia. Me metió en el maletero a la fuerza mientras yo no podía dejar de patear y resistirme. Se veía que estaba haciendo un esfuerzo por no reducirme a golpes. Supuse

que quizás porque ese no era su encargo, como sí lo había sido en la ocasión anterior, en la que me tenía que meter el miedo en el cuerpo.

—Muñeca, nos tenemos que largar, así que no me compliques las cosas —me advirtió.

Me sujetó las manos a la espalda con unas bridas y, acto seguido, hizo el mismo ejercicio sujetándome los pies con otras. Finalmente me tapó la boca con cinta adhesiva, ahogando así mis súplicas.

Me miró con una mano sujetando la puerta del maletero.

—Va a ser un viaje un poco largo. Intenta dormir.

Increíble, en eso sí trataba de mostrarse empático. Una de cal y una de arena.

Supliqué, pero con la cinta adhesiva lo único que se escuchaba eran balbuceos tapados y amortiguados.

Me revolví como una lagartija en el maletero.

—Lo siento.

Fue lo último que dijo antes de cerrar el maletero con un fuerte golpe.

Me retorcí durante un buen rato allí dentro mientras él arrancaba y se ponía en marcha.

Me desesperé intentando patear, a pesar de lo difícil que me resultaba. La postura era complicada y me estaba machacando el brazo que había quedado atrapado debajo de mi cuerpo.

Aquello era como estar en el infierno. La claustrofobia estaba haciendo que aquella pesadilla fuera todavía peor.

En algún momento empecé a llorar. Lloré mucho, muchísimo. Aquello me parecía el viaje al infierno: aterrada dentro de un maletero, a oscuras y en movimiento. Estábamos en la carretera, tenía que ser una autovía o algo así por la velocidad y la distancia que estábamos recorriendo.

Pasaron horas y perdí la noción del tiempo.

Sentí náuseas, pero gracias a Dios no se me subió el vómito, porque no habría tenido opción de salir de mi cuerpo. Además, no había desayunado para salir a correr, así que no tenía nada en el estómago para vomitar.

Pensé en Filip. ¿Qué estaría pensando? Se volvería loco al ver que no estaba cuando despertara.

Pasaban las horas y finalmente me quedé adormilada del agotamiento y la angustia.

Dormía y despertaba. Sentía náuseas, pero tenía sed. Era una locura.

Entre sueños y vigilia me asoló el recuerdo de mis padres. Soñé con ellos volando en aquella avioneta. También soñé con Natalia embarazada en un mundo paralelo que no sabía si llegaría a vivir. Recordé las lágrimas de Sofía borracha, y me encontré entre los brazos de mi hermano mientras mi hermana buscaba una película de acción para ver la noche del viernes.

Cuando frenó el coche habían pasado horas.

Abrió el maletero y me sobresalté. Me había quedado dormida otra vez.

—Bueno, bella durmiente, hemos llegado —declaró liberándome las manos y los pies.

Abrí los ojos con dificultad. Me costaba adaptarme a un nuevo espacio. Estaba sobrepasada por los acontecimientos. Jamás me había imaginado capaz de dormirme en un maletero. En parte por mi pánico extremo a los lugares cerrados, pero me había agotado por la angustia, el llanto y las horas de trayecto.

El bielorruso me ayudó a salir del maletero y a ponerme de pie. Me tocó el brazo sobre el que había viajado y me encogí de dolor.

—¿Te duele? —Lo palpó—. No está roto, es solo por haber estado encima de él, no te preocupes por eso.

Negué con la cabeza. Querría haberle dicho que eso no era precisamente lo que me mantenía preocupada.

Me arrancó la cinta adhesiva. Dolió, pero fue liberador. Estábamos dentro de una especie de garaje lleno de trastos. Había ruedas viejas con telas de araña y polvo, estanterías con cajas de cartón amontonadas, piezas de otros vehículos, que parecían más formar parte del escenario de un taller de reparaciones que de un garaje particular, y algunos bidones oxidados.

Observó cómo había mirado a mi alrededor.

—No grites, muñeca, no hay nadie en kilómetros, pero no me apetece escuchar gritos histéricos —indicó con cierta severidad en la mirada—. Ya te habrás dado cuenta de que esto es bastante serio. ¿Estamos?

Asentí con la cabeza.

—Estamos.

—Bien.

Me echó un vistazo.

—Veo que no te has orinado encima, buena chica —declaró—. Venga, vamos.

Me guio por una puerta que conectaba el garaje con la casa. Me fue llevando a través de la casa hasta un salón que tenía las persianas prácticamente bajadas. La luz del sol se colaba por finas rendijas y por los agujeritos de las persianas. El salón tenía un sofá viejo a juego con unos sillones que se encontraban en el mismo estado. Uno de ellos tenía la tela raída y se le salía la espuma. Un perro enorme se encontraba en una esquina de la estancia, ladró nada más vernos. Era más grande que Satanás, el dóberman de Sofía, que ya era decir. El bielorruso le habló en un idioma extranjero que no pude reconocer y que supuse que era su idioma natal y el perro se calló inmediatamente y se tumbó. Sentí recelo de él. No parecía estar bien tratado y eso podría hacerle impredecible.

Toda la estancia estaba sucia y había un olor desagradable a cerrado y humedad, deduje que allí no vivía el bielorruso. Era imposible, porque él iba como un pincel. Gánster sí, pero limpio. Seguramente aquel era un antro que utilizaban para maldades varias, pensé que debía de ser de primero de sicario no llevarse a los secuestrados a la casa particular del secuestrador.

Mi cara debía de decirlo todo, porque el bielorruso se excusó.

—Siento que esto no esté muy limpio, pero es el lugar en el que tenemos que esperar —indicó de forma críptica—. Espero que tu novio se porte bien y no tengamos que estar aquí mucho tiempo.

—No es mi novio —murmuré.

Se encogió de hombros.

—Como quieras llamarlo —añadió con una media sonrisa.

Ahora que tenía las manos libres sentí ganas de partirle la cara, pero, en vista de su superioridad física y del aspecto del pobre can, que parecía pedir una excusa para saltar y atacar a alguien, quizás como protesta a cómo lo habían tratado a él, decidí estarme callada.

Había un reloj grande en una de las paredes. La aguja estaba a punto de marcar las seis de la tarde. ¿Estaría bien Filip? ¿Qué estaría pasando por su cabeza?

Me llevé las manos a la cara y me la froté.

—¿Puedo ir al baño, por favor? —pregunté ante la imposibilidad de seguir aguantándome.

El bielorruso asintió.

—Es esa puerta —indicó llevándome a un estrecho pasillo.

Tuve que hacer mis necesidades en un cuarto de baño pequeño e inmundo. Las cañerías olían mal, bueno, todo él olía mal, como si tuviera aguas estancadas.

Cuando salí y regresé al salón el bielorruso me había dejado un bocadillo con una Coca-Cola encima de la pequeña mesita de centro.

El bocadillo tenía buena pinta, estaba metido en una bolsa de una estación de servicio. Al parecer, habíamos hecho un alto en el camino del que no me había ni enterado. Seguramente había parado cuando me había dormido.

Me lo comí todo mientras el sicario hablaba por teléfono y fumaba en el exterior de la casa con la puerta entreabierta.

Levanté un poco la cabeza para tratar de mirar hacia fuera y pude confirmar que estábamos completamente aislados. No veía ninguna casa cercana desde donde estaba. Parecía haber alguna nave empresarial en mal estado. Abandonada, como la casa en la que estábamos.

El sicario volvió al rato.

Me miró con cierto brillo en los ojos.

—Sabes ese dicho español…

—¿Qué dicho? —pregunté fuera de juego.

—Ese que dice «si no puedes con tu enemigo, únete…».

—Únete a él —terminé por él el refrán.

El bielorruso asintió con la cabeza.

—Bueno, yo creo que esta vez tu novio nos va a ayudar.

Encendió el televisor y puso un programa de esos que comentan actualidad por las tardes. Se estaba hablando del nuevo secuestro de datos a la AEAT. El rescate solicitado era de cien millones de euros y debía abonarse en veinticuatro horas.

Capítulo 29

La chica que valía cien millones de euros

Hacía rato que se había hecho de noche y el bielorruso estaba otra vez en el exterior de la casa con el teléfono. Caminaba por delante de la casa mientras hablaba, por lo que en ocasiones lo perdía de vista. Aun así, yo permanecía en el sofá, quieta. Me hubiera gustado ser una persona más gallarda para haberme atrevido a hacer algo, pero no había hecho nada. Ni un solo intento de conseguir mi libertad por mí misma. Hacía horas que me había comido el bocadillo y me había acabado mi Coca-Cola. Había ido en dos ocasiones al cuarto de baño y el resto del tiempo no había hecho otra cosa que permanecer sentada.

El can también había comido algo de pienso y los restos del bocadillo que el bielorruso se había tomado en la cocina y había venido a echarle a su esquina del salón. Seguía sin fiarme del animal. Cuando me miraba y me enseñaba las fauces se podía leer una advertencia en su expresión. Además, me ladraba de tanto en tanto por si no me quedaba clara su posición allí. Me daba miedo, pero también pena. No tenía buena higiene ni buen aspecto. Para mí, a todas luces, era un animal maltratado, y eso lo hacía inestable, llegando incluso a ser agresivo. Mejor mantenerme en guardia con él.

En cuanto al bielorruso, creo que se sentía cómodo conmigo y que había asumido desde el primer momento que yo no opondría resistencia física. En mi día a día podía ser algo aventurera e impulsiva, pero cuando te secuestran es mejor ser cauta y mantenerse a la espera. No se me había ocurrido enfrentarme a mi captor en ningún momento, mucho menos en cuanto vi que llevaba en sus espaldas, metida en la cintura de su pantalón, un arma. Estaba segura de que era un hombre dispuesto a utilizarla si era

necesario, así que lo mejor que podía hacer era obedecer y esperar. ¿Qué otra cosa podría plantearme? En un encuentro cuerpo a cuerpo yo no tenía nada que hacer frente a él. Mucho menos frente a él con un perro que utilizaría sin dudar contra mí y un arma.

Estarme quieta en aquel sofá y esperar eran mi única opción.

Cada vez que estaba al teléfono me ponía nerviosa. Había llamado a alguien en una ocasión, y en dos lo habían llamado a él.

Me sentía inquieta. Pensaba que, en algún momento, me pondría al aparato para hablar con Filip o con la policía, pero no había ocurrido en ninguna de esas ocasiones.

En el reloj de la pared ya marcaban las once de la noche.

El bielorruso volvió a entrar.

Encendió nuevamente la televisión. Fue pasando los principales canales y todos estaban con programación especial. Algunas eran una prolongación de los propios telediarios, otras, mesas especiales de tertulianos y colaboradores hablando del tema estrella del día: el rescate de la Agencia Estatal de Administración Tributaria. Aquello me recordó a la programación especial que suele ponerse cuando hay algún atentado. Aquello no tenía nada que ver, pero a nivel de seguridad informática y protección de datos, había muchísimo en juego. El miedo se palpaba en el ambiente. Además, también estaba la pérdida de la confianza digital. Si los secuestradores se salían con la suya, ¿qué sería lo siguiente? Se hablaba del secuestro de datos de Sanidad, de la Casa de Su Majestad El Rey e incluso del secuestro de datos a diferentes tribunales, como el Tribunal Supremo, el Tribunal Constitucional o la Audiencia Nacional.

Me estaba poniendo muy nerviosa escuchando a todos aquellos tertulianos y opinadores sociopolíticos. No hacían más que incendiar los ánimos, y aquello solo llevaría al caos social, ¿no?

Movía una de mis piernas sin darme cuenta mientras escuchaba a uno de aquellos expertos en nada que estaban hablando en ese momento.

—¿Nerviosa? —preguntó el bielorruso mirándome desde la otra esquina del salón con el teléfono todavía en la mano.

Siempre se mantenía a distancia, lo cual, para ser un sicario, resultaba muy caballeroso y era de agradecer.

—¿Qué?

—Tu pierna.

Fue en ese momento en el que me di cuenta de cómo me estaba moviendo.

—Estoy bien —murmuré.

Él me miró, pero no dijo nada.

Volví mi atención a la televisión.

—¿Crees que le importas lo suficiente? —preguntó.

—¿Cómo dices?

—A tu novio.

Iba a volver a decir que no era mi novio, pero, ¿para qué? El bielorruso apenas me había hablado lo imprescindible en todas aquellas horas y ahora se ponía de charla.

No contesté.

—¿Recuerdas que te dije que no te pasaría nada? —Me miró y no me moví ni un pelo—. Eso implica que tu novio colabore.

—Pero ¿qué queréis que haga exactamente? Ya tenéis los datos secuestrados otra vez, está claro que le habéis ganado el pulso al Estado. ¿No lleváis con esto unos dos meses? —pregunté sacando a la luz lo que Filip me había contado—. No necesitáis a Filip para nada.

—En eso estás equivocada —comentó mostrándome una sonrisa lobuna—. Necesitamos que tu novio mantenga sus manos quietas —añadió con su fuerte acento.

—¿Que mantenga las manos quietas?

El sicario asintió y se acercó un par de pasos por el salón, manteniéndose, aun así, a distancia.

—Tu novio es el mejor —declaró—. Esto al final es una lucha de *hackers* y puede que tu chico sea el mejor, pero, después de él, nosotros tenemos a los siguientes mejores. ¿Me entiendes? Si él no interviene, no podrán librarse del secuestro. Tendrán que pagar.

Tenía un acento fuerte y a veces no se expresaba con corrección, pero le entendía perfectamente.

Tragué con dificultad.

—¿Y si ayuda a la policía a poner fin al secuestro?

—Tú lo pagarás.

No pregunté, pero en su respuesta había una advertencia tácita sobre cómo lo pagaría.

Un miedo atroz se me ató al estómago.

—¿Y si no les ayuda, pero el Estado decide no pagar?

—Pagará —sentenció—. No van a permitir que expongamos los datos de millones de ciudadanos.

Me quedé sin palabras. Había asumido que pretendían que Filip hiciera algo desde el momento en que me habían cogido; en cuanto vi las noticias del secuestro también asumí que la actuación de Filip estaría condicionada a mi seguridad física. Pero ¿mi seguridad física también dependía de que, aunque Filip no ayudara al Estado, este estuviera dispuesto a pagar los cien millones? ¿Y qué pasaba si el Estado conseguía recuperar los datos sin que Filip interviniera y no pagaba?

—Pero…

—Dime —indicó para que tuviera la confianza de plantearle mis dudas. Era increíble lo frío que se podía mantener a pesar de que estábamos hablando de mi integridad física.

—Hay una tercera opción.

—¿Cuál?

—Filip puede cumplir el requerimiento que le hayáis hecho… Y, aun así, pueden recuperar los datos y no pagar.

Se quedó callado.

—Eso puede pasar… —insistí con cautela.

—Filip era el problema. Él es el mejor, hace muchos años que conocen su trabajo. —Por primera vez se refería a los que mandaban sobre él. Los que tomaban las decisiones—. Si él no interviene, los *hackers* podrán mantener el secuestro.

Pensé rápido en todo lo que me había dicho Filip. Había otro *hacker* muy bueno. ¿Cómo lo llamaba Filip? Sí, el Finlandés. Estaban él, además de toda una unidad de la policía trabajando en ese asunto, ¿no? Estarían los mismos que habían estado trabajando todo aquel tiempo. Filip no había estado solo.

—Filip no trabajó solo —indiqué tratando de rebatir su argumento—. Había otro *hacker* y personal especializado de la policía con este asunto…

El bielorruso negó con la cabeza.

—Pero podrían hacerlo sin él… —murmuré otra vez.

Mi libertad y seguridad dependían de que todo un país no fuera capaz de liberarse de aquel secuestro. No tenía ninguna duda de que el Estado iba a poner en ello todos los esfuerzos posibles. No escatimarían en utilizar todos los recursos. ¿Tenían que pagar y fracasar para que yo estuviera bien?

—No lo conseguirán —indicó con seguridad, a pesar de que no podía saberlo.

Lo miré.

En ese momento comprendí que mi vida costaba cien millones de euros y también comprendí que no saldría de allí si no hacían el desembolso. ¿Iba a pagar eso el Estado por mí?

—Filip no hará nada que te ponga en peligro —aseguró—. Parece que no nos equivocamos con él; tú eras la clave —sentenció —. Está cumpliendo.

—¿Qué ha dicho?

Me miró muy serio y negó con la cabeza.

—Se acabó la charla.

—Pero…

—Ya he hablado más de la cuenta. Es hora de dormir.

Me guio hasta una puerta que daba a una pequeña habitación con una diminuta ventana que se habían molestado en tapiar con unos tablones. La cama de noventa tenía una manta de rayas en no muy buen estado. Una diminuta mesilla y una silla en una esquina completaban el mobiliario.

—Habéis tapiado la ventana —murmuré.

—Cuestión de seguridad.

El corazón comenzó a golpearme en el pecho.

—Pero no… No puedo dormir aquí. Tengo claustrofobia.

El sicario me empujó ligeramente para que entrara al ver que estaba paralizada por el miedo.

—Si pudiste venir en el maletero, podrás dormir aquí —indicó quitándole importancia—. Esto será más sencillo.

Me di la vuelta y lo miré a los ojos. Encontré en ellos cero empatía. Puede que en ocasiones mostrara algo de humanidad, pero

cuando tenía que ejecutar su trabajo no se movía ni un centímetro del plan establecido.

—¡Por favor! —supliqué—. ¡No puedo dormir aquí!

—Lo harás.

El perro ladró dos veces desde el salón, como queriendo recordarme que yo no estaba en situación de pedir.

—Buenas noches —fue lo único que añadió antes de cerrar la puerta.

Cerró con llave y apagó la luz que, para colmo, se apagaba desde fuera de la habitación. Estaba claro que esa maldad solo servía para someter a aquellos que pasábamos por allí. Aquello resultaba aterrador. Estaba encerrada en una habitación diminuta, con la ventana tapiada, la puerta cerrada con llave y a oscuras.

Tuve la certeza de que no era la primera persona que vivía aquel terror.

***

Esa noche volví a llorar mucho. Viví una especie de segundo viaje al terror muy parecido al que ya había experimentado dentro del maletero.

Pensé mucho en Filip, en mi hermano y mi hermana. En Sofía y en Nat. Pero sobre todo sentí una angustia inmensa, enorme, que me llevó a tratar de arrancar con mis propias manos los tablones que tapaban la ventana. ¡Como si yo pudiera librarme de ellos de algún modo! Por supuesto, no logré moverlos ni un solo centímetro y lo único que conseguí fue lastimarme las manos. Me clavé algunas astillas y me hice un pequeño corte en un dedo. Por supuesto no pude verlo bien porque apenas tenía la luz que entraba por las rendijas de la persiana.

En algún momento de mi desesperación caí rendida sobre la manta raída, que olía mal, y me abracé a mí misma llorando. En lo último que pensé antes de dormirme fue en la fotografía de mis padres delante de aquella avioneta. En cómo puede empezar un día siendo maravilloso y terminar siendo terrible. Yo me había levantado esa mañana al lado de Filip, lo había mirado mientras dormía y me

había dejado mecer por aquel sentimiento cálido, inmenso, que sentía cuando estaba con él. Ahora estaba encerrada en una pequeña habitación, siendo presa del pánico debido a mi claustrofobia, lo cual implicaba que estaba siendo prisionera dos veces.

Me quedé dormida por agotamiento.

Tuve sueños agitados durante toda la noche.

***

Me desperté cuando escuché que alguien abría la puerta.

—Levántate —indicó encendiendo la luz—. Tenemos que hacer una llamada.

—¿Qué? —murmuré asustada tratando de ubicarme.

—¡Arriba! Vamos, espabila.

Me levanté y lo seguí al salón.

—Tengo que ir al baño —me atreví a decir.

—Está bien.

Fui al cuarto de baño. Hice mis necesidades y me lavé la cara y las manos, que sequé con papel higiénico, porque ni loca tocaría aquella toalla.

Cuando llegué al salón el perro me ladró hasta en tres ocasiones y me miró con una velada advertencia en los ojos. No estaba el ambiente para tonterías, por si no lo había notado.

La televisión estaba puesta. Estaba con el telediario de la mañana.

Miré el reloj, eran las 7:20 de la mañana.

Según lo que pude escuchar, la situación seguía siendo la misma, y quedaban menos de doce horas para que se agotara el tiempo de pago, que se había marcado en las siete de la tarde. El secuestro seguía y no se sabía qué haría el Estado. ¿Podrían recuperar los datos? ¿Pagarían el rescate? ¿Quedarían expuestos y filtrados los datos de millones de ciudadanos?

Respiré con ansiedad.

El bielorruso me miró.

—Vamos a llamar a tu novio. Él ya conoce las condiciones para volver a verte respirando. La policía también —añadió—. Sin embargo, parece que exigen una prueba de vida. Hablarás con él. Tienes un minuto.

Me entregó un teléfono antiguo con números que había que marcar con teclas.

—No me sé su número.

—¿Quién se los sabe hoy en día? —preguntó empatizando.

Estaba bien un poco de empatía. Aquel hombre era mi carcelero, el único que podía liberarme, y al mismo tiempo la única persona con la que podía contar en aquel momento. Tuve una breve idea de qué podría ser el síndrome de Estocolmo.

Marcó en el teléfono y me lo dio.

—Tienes un minuto —insistió en voz baja.

Cogí el teléfono y me lo acerqué a la oreja.

El sicario se dio la vuelta y salió por la puerta. La dejó abierta. Estaba apenas a unos pasos, pero me dio cierta privacidad. Pensé que era un buen sicario; si estuviéramos en la época de Enrique VIII, sería de los que afilaban bien sus espadas o hachas para decapitar en el primer golpe y evitar un dolor innecesario.

—¿Diga? —escuché la voz de Filip al otro lado de la línea.

Me eché a llorar y me tapé la cara con una mano.

—¿Beca? ¿Eres tú?

—Sí —respondí con un hilo de voz—. Sí, soy yo.

—¿Te han hecho algo? ¿Estás bien? —Su voz sonaba desesperada al otro lado de la línea.

—Estoy bien, Filip.

—¿Seguro?

—Sí —respondí emocionada.

—¿Te han tocado? —preguntó con un tono que, a pesar de querer mostrarse sereno, traslucía lo preocupado que estaba.

—No, no, tranquilo. Estoy perfectamente, de verdad —dije tratando de tranquilizarlo yo a él.

El bielorruso me echó una mirada desde el exterior. El tiempo se agotaba.

—Escúchame. ¿Es el mismo tío de la otra vez o hay más?

—El mismo.

—¿Te está escuchando?

—Puede.

—¿Es una casa o un piso en dónde estás?

—Lo primero.

El bielorruso entró en el salón. El tiempo se agotaba y, al parecer, mi libertad utilizando el teléfono también se acababa.

—Tengo que colgar —musité.

—Escúchame, Beca. Resiste y confía en mí. No te va a pasar nada. Sé fuerte, ¿de acuerdo? —dijo con firmeza y cierta rabia contenida.

Me di cuenta de que yo no era la única que estaba llorando.

El bielorruso extendió la mano hacia mí. Me pareció un detalle, quizás otro me hubiera arrancado el aparato. Sus ojos azules eran fríos y firmes. Pensé que aquel hombre era capaz de tener conmigo una conversación agradable y al día siguiente podría matarme sin ningún remordimiento. Él solo cumplía órdenes, al fin y al cabo.

—Un segundo, por favor —supliqué. Me di la vuelta para no mirarlo a los ojos—. Filip, cien millones son mucho…

—No te preocupes…

—Escúchame que tengo que colgar… Si pasa algo…

—No sigas…

—Déjame decírtelo. —Pensé rápido. Podría haberle dicho que hablara con mis hermanos, que les dijera lo mucho que los quería. Podría haber dicho unas últimas palabras para Sofía y Nat. Incluso decir un «te quiero» para él, que sentía atrancado en mi garganta... Porque sí, en aquel momento sentí que lo quería, que lo que habíamos vivido era más que piel. Que era algo inmenso, incomparable, que no había vivido con nadie. Sin embargo, las palabras no salieron, pero sí los sentimientos—. Estas han sido las mejores vacaciones de mi vida —confesé.

Filip contuvo el aliento al otro lado y después soltó un pesado suspiro.

—Beca, yo…

—Se acabó el tiempo —declaró el bielorruso.

—Adiós —dije y colgué el teléfono.

Me di la vuelta y le entregué el teléfono al sicario.

—Gracias.

Él simplemente asintió.

—Ahí tienes una botella de agua y unas galletas —indicó señalando la mesa.

Caminé hasta el sofá en el que había estado sentada tantas horas el día anterior. Vi el paquete de galletas. Era un paquete individual que tenía dentro cuatro galletas. Pensé en si ese triste desayuno sería mi última cena o si habría algo más en el menú a lo largo del día.

Me senté mientras los tertulianos de la mañana hablaban del posible desembolso de cien millones de euros por el Estado para evitar el filtrado de datos de millones de personas.

Nadie hablaba de mi vida. El público no conocía que yo formaba parte del rescate por el que tendrían que pagar si el Estado cedía al chantaje.

¿Valía mi vida cien millones de euros?

Capítulo 30

Adiós, Beca

Filip 

Estaba agazapado detrás de un coche. Bastante había conseguido con que me dejaran estar ahí. Lo normal habría sido que no lo hubieran permitido, pero si habíamos dado con aquella localización había sido gracias a mí. Así que algo tenían que darme a cambio, ¿no?

El coche era oscuro y nadie que lo viera por primera vez podría adivinar que era un coche de la policía. Tampoco es que hubiera mucho movimiento por aquella zona. Nos encontrábamos a las afueras de un antiguo polígono industrial medio abandonado. La parte positiva es que no había personas, ni vecinos que pudieran verse afectados si algo salía mal. Por otro lado, lo malo era que el poco movimiento había hecho que fuese más complicado acercarse a la casa.

Desde mi posición, podía ver la parte delantera de la vivienda a lo lejos. Entre medias había una empresa abandonada situada hacia la parte derecha, detrás de la que nos habíamos protegido. La parcela que se encontraba justo enfrente de la casa, donde tenían a Beca, estaba vacía, tan solo tenía maleza y un par de árboles.

La policía creía que solo había un hombre con Beca: Sergey Petrova. Al parecer, era un tipo muy completo y solía trabajar solo. Estaba en busca y captura desde hacía años, pero si ese día lo cogíamos, sería gracias a mí. No estaba orgulloso, pero algo positivo tenía que tener hacer trabajos en los bajos fondos. Me quedaban contactos de los cuales tirar y, gracias a ellos, pudimos hablar con un antiguo colaborador de Sergey que estaba en la cárcel, en Soto del Real. El tipo nos dio tres ubicaciones que solía utilizar Sergey para sus negocios y la única de ellas que era una casa era esta.

Lo habíamos hecho todo contra reloj, no podía ni creerme que hubiéramos llegado a tiempo. Miré la hora, eran casi las siete de la tarde. En unos minutos sería la hora límite del secuestro y habría que pagar, pero ya habíamos conseguido recuperar los datos. Olavi y yo habíamos trabajado a destajo, no habíamos tenido tiempo ni de pestañear. Es curioso lo que se te despeja la mente cuando hay tanto en juego. Lo que estaba en juego era Beca y ella no era algo con lo cual se pudiera jugar.

Miré el móvil mientras los policías avanzaban escondidos por detrás de la empresa abandonada. Era un dispositivo de cinco geos vestidos de negro, con sus equipos especiales y cascos, supongo que para evitar un balazo. A mí también me habían puesto un chaleco antibalas y me habían prohibido salir del coche. No iba a dármelas de héroe yendo yo a por Beca, pero sí que había salido del vehículo. Me mantenía detrás y trataba de ver algo desde allí, pero la nave antigua me tapaba casi toda la visión de la casa.

Abrí rápidamente el buscador del móvil. La noticia ya estaba por todas partes: se habían recuperado los datos y el Estado no había desembolsado los cien millones. Acababa de salir la noticia y la información ya se estaba viralizando.

Era la hora de actuar.

Esperé agazapado. El corazón me latía con fuerza en el pecho; solo esperaba que el efecto sorpresa, unido al hecho de que la noticia lo distraería, ayudase a que los efectivos pudieran acercarse a aquella casa sin que ese tipo se diera cuenta hasta que fuera demasiado tarde.

También esperaba que siguiera actuando solo y no hubiera alguien más con Beca, ya que eso complicaría las cosas.

Los policías avanzaron y me quedé agachado con el corazón en la garganta.

Pensé en rezar, pero hacía tanto tiempo que no lo hacía que no estaba muy seguro de saber hacerlo.

De repente, todo se precipitó. Escuché voces y ruidos.

La policía estaba interviniendo.

Más ruido.

Entonces, se escuchó un grito. ¡Era la voz de Beca!

Salí corriendo hacia la casa. No debía hacerlo, pero ni tan siquiera lo pensé. A pesar de que yo no tenía casco y de que podrían darme un balazo o ser el receptor de una bala perdida, corrí sin detenerme ni un solo momento a pensar en lo que estaba haciendo. En aquel momento no estaba razonando, mis piernas actuaban por su cuenta.

La casa tenía un pequeño muro que no llegaba al metro de alto, con un portal deteriorado. Había algo de maleza en el exterior y tenía el tejado medio hundido. Era un lugar perfecto para esconderse, en el corazón de aquel viejo polígono abandonado.

Corrí con todas mis fuerzas, salvando la fábrica abandonada y cruzando la calle que me separaba de la casa.

Cuando llegué vi a dos policías sacando de la casa al tal bielorruso. Era clavado a la fotografía.

—¡Beca! —grité.

Una policía se dirigió a mí mientras salía de la casa.

—¿No te hemos dicho que esperaras en el coche?

La ignoré y salté el murete.

—¡Beca!¡Beca, soy yo!

Beca salió acompañada de otro policía que estaba haciéndole algunas preguntas para asegurarse de cómo estaba.

—¡Filip! —me llamó en cuanto me vio.

El resto está confuso en mi mente. Solo sé que me abalancé sobre ella y la abracé contra mi pecho.

—¿Estás bien?

La miré de arriba abajo. Tenía mala cara, pero parecía estar bien, al menos físicamente.

—No —murmuró rompiéndose contra mi pecho.

Lloró mucho, pero creo que yo también lo hice. Jamás había sentido tanto miedo y eso que me había pasado la vida perdiendo personas.

Nunca había amado antes de ella y eso marcaba la diferencia. En ese momento, comprendí lo terrible que podía ser amar y perder.

La abracé con fuerza.

—Por favor, dime la verdad —susurré contra sus rizos negros—. Dime si te ha hecho algo.

—No.

—Joder. ¡El puto perro me ha mordido! —gritó la quinta integrante del equipo de operaciones.

—No le hagas daño, por favor —suplicó Beca—. Le han hecho daño. Él solo actúa por miedo.

La policía salió de la casa. Era difícil diferenciarlos vestidos así, con sus uniformes y cascos negros. Llevaba el arma en la mano. Por un momento, pensamos que le iba a pegar un balazo al perro.

—Llamaré al SEPRONA.

—Gracias —murmuró y volvió a hundir su cara en mi pecho.

No sé cuánto tiempo estuvimos así, pero al final nos sacaron de allí.

Los policías que habían sacado a Sergey ya se habían montado en un coche. En el otro coche nos llevaba una de las policías a nosotros. Cuando nos fuimos todavía quedaban en el lugar dos efectivos. No estaba seguro de si iban a revisar algo más de aquel sitio o si estaban esperando a algún otro equipo. A mí ya no me interesaba nada más. Sentía el cuerpo de Beca contra el mío, sentados en el asiento trasero de aquel coche, y eso era todo lo que me importaba en aquel momento.

Había pasado mucho miedo, aunque nada en comparación con el terror que había vivido Beca, y todo había sido por mi culpa.

La mantenía en mis brazos sin soltarla. Tenía mala cara y estaba agotada.

¡Joder, todo aquello la había machacado!

No me perdonaría jamás lo que le había ocurrido por mi culpa.

Beca subió la mirada hacia mí.

—Me estás apretando.

Aflojé.

—¡Perdona!

Negó con la cabeza. Tenía los ojos enrojecidos.

—No te preocupes. En realidad, me gusta que me abraces fuerte, pero déjame respirar —comentó tratando de poner un toque de ligereza—. No sabes lo feliz que estoy de que estés aquí abrazándome.

Solté aire.

—¡Joder, no sabes el miedo que he pasado! —confesé.

—Yo también —respondió cansada.

La besé en la frente.

Beca cerró los ojos y se quedó dormida apoyada en mi cuerpo mientras el coche conducía hacia el centro de Madrid.

***

Había pasado una semana desde que se habían recuperado los datos poniendo fin al segundo secuestro a la Agencia Estatal de Administración Tributaria. Por fin parecía que, a nivel estatal, podía darse por superada aquella crisis.

Miré el televisor, eran las diez de la mañana y en un programa de sociedad tocaban el tema, pero ya no como días antes. No como durante las fatídicas veinticuatro horas en las que de lo único de lo que se hablaba era del secuestro y de la petición de los secuestradores: nada más y nada menos que cien millones de euros.

Había sido una locura. Todavía me parecía un mal sueño.

En cuanto los secuestradores me llamaron para informarme de que tenían a Beca solicitaron oficialmente el rescate. Me dijeron lo que esperaban de mí y lo que pedían por el secuestro. Cuando les colgué el teléfono supe lo que tenía que hacer. El Estado no iba a pagar. No habían pagado en el primer secuestro y no iban a hacerlo en este segundo. ¿Cómo podrían hacerlo? Si claudicaban en algo así, después habría otro secuestro, y otro, y todos los organismos públicos estarían en peligro. Si ya no debían pagar las empresas privadas, menos las públicas. La postura del Estado debía ser firme y sin titubeos.

Hablé con el inspector Juan Ramón Ramírez y nos movimos rápido. Unimos fuerzas y trazamos un plan. Hubo que tirar de varios hilos hasta dar con el colaborador de Sergey que estaba en Soto del Real. El tipo no tenía nada que perder, pero sí algún beneficio que ganar si colaboraba, así que lo hizo.

Paralelamente trabajé con Olavi buscando en qué habíamos fallado para que hubieran logrado volver a secuestrar los datos en una segunda ocasión. Averiguar de qué vulnerabilidad se estaban

aprovechando. No descansamos ni un minuto hasta poder acabar con el cifrado. Olavi se quedó trabajando duramente, una vez que recuperamos los datos, para implementar medidas de seguridad efectivas que impidieran una nueva intrusión.

Cuando recuperamos los datos y a Beca, por fin pude respirar tranquilo.

El tipo que había secuestrado a Beca todo ese tiempo optó por el mismo camino que su colega de Soto del Real. Sergey Petrova largó todo lo que sabía. Tenía otros delitos por los que estaba siendo buscado y lo más inteligente era intentar pactar. Así que, con la finalidad de conseguir un trato, habló.

Con eso, se pudo trabajar para conseguir atrapar a los *hackers* que habían perpetrado el secuestro de la Agencia Tributaria. Era un grupo de tres hombres que habían tenido en jaque al Estado durante cerca de dos meses. El grupo lo formaban dos rusos y un chino. Los tres ubicados en territorio nacional. Los rusos, a las afueras de Madrid, y el chino, en Barcelona. Él último por poco consigue escaparse, pero finalmente lo habían retenido a punto de coger un avión con la idea de poder llegar a Shanghái.

Y como lo de hablar se había puesto de moda, y nadie quería quedarse atrás, el chino habló y, gracias a él, se supo que, en última instancia, los que estaban detrás del ataque a la Agencia Tributaria eran una banda de ciberdelincuencia y terrorismo informático a escala internacional. Pero destapar todas las personas que estaban involucradas en ella, así como quién había pagado para que secuestraran los datos, sería muy complicado. No obstante, seguían investigando para poder llegar a todos los implicados.

En todo caso, sí que había pruebas firmes para iniciar un proceso contra Sergey Petrova, los tres *hackers* y los enlaces intermedios.

Tenía toda la pinta de que sería un procedimiento largo, y todavía estaban con la instrucción. Por ahora tanto Beca como yo habíamos prestado declaración, volverían a llamarnos más adelante.

Los tertulianos estaban ya con otro asunto. Hablando de un suceso.

Apagué el televisor.

Observé a mi alrededor en aquel salón en el que me había instalado unas semanas atrás; hacía poco más de un mes, pero parecía otra vida. Vi la maleta grande con mi ropa y al lado, unas cajas con mis ordenadores, pantallas y todo el equipo. No quedaba nada por recoger.

Vi el inmenso sofá gris que en aquel salón tan grande no parecía tan inmenso. Recordé como Beca y yo nos habíamos conocido y esbocé una sonrisa. ¡Qué forma más absurda de conocer a la mujer de la que me había enamorado! ¿No? Tuve aquel pensamiento y al momento lo deseché. Pero la realidad era esa: lo que sentía por Beca era profundo, algo que iba mucho más allá del deseo y la carne. Algo inmaterial que de algún modo me había cambiado. Yo llevaba toda la vida a la deriva, con la maleta de una ciudad a otra. Haciendo cosas ilegales, viviendo diferentes vidas, y ella había sido el único lugar en el que me hubiera gustado echar el ancla. Pero ¿cómo podría hacerlo? Le había destrozado la vida. Enredarse conmigo la había llevado a exponerse y ponerse en peligro. Hasta ahora, a la única persona que había expuesto, por mi forma de vida, era a mí mismo. Ser un *hacker* siempre había tenido sus riesgos. Cuando estaba en el lado oscuro de la historia solo tenía que preocuparme por que no me pillaran. Pero ahora que me había cambiado de bando, al trabajar para el Gobierno de España, podía complicarle la vida a las personas que estuvieran a mi lado. Eso me hacía una compañía menos deseable de lo que hubiera querido aceptar. No podía quedarme. Era irónico, porque era la primera vez que quería quedarme en un sitio.

¿Qué tenía yo para ofrecerle a Beca? ¿Y si alguien quería tomar represalias contra mí y las tomaban contra ella? No, no podía arriesgarme. El plan siempre había sido largarme al terminar mi trabajo. ¿Por qué ahora me costaba tanto?

La verdad era que me estaba comportando como un cabrón. No le había hablado de mis sentimientos. Pero, joder, ella tenía que conocerlos, ¿no? Tampoco hacía falta ser explícito. ¿De qué serviría? Solo lo haría todo más difícil.

Me pasé las manos por la cara y miré hacia el recibidor del enorme piso en el que había estado alojado todo ese tiempo.

La idea de no haberle hablado abiertamente de lo que sentía a Beca me pesaba como una losa… Pero se lo había dicho de mil maneras diferentes. Mi cuerpo se lo había dicho decenas de veces. Habíamos hecho el amor. Sí, había hecho el amor con ella, no solo habíamos follado. Yo no necesitaba que Beca me dijera ni una sola palabra sobre lo que sentía por mí, porque lo sabía de sobra. Ella también tenía que saber lo que yo sentía.

Pensé fugazmente en una medionovia que había tenido hacía lo que me parecían mil años. Y en todas las mujeres con las que me había acostado a lo largo de media Europa. No había sentido por ninguna de ellas nada ni lejanamente parecido a lo que sentía cuando estaba dentro de Beca. Cuando su cuerpo se arqueaba debajo de mí. Cuando gemía. Sentía la necesidad de comerme cada gemido que salía de su boca. Como si pudiera alimentarme de su aliento.

Me iba a volver loco si seguía dentro de aquel piso.

Caminé con firmeza hasta el recibidor. Lo crucé. Atravesé el vestíbulo que separaba nuestras casas. Miré la puerta. El día anterior había venido el ebanista; al parecer, le habían cancelado un trabajo y había podido acercarse. La idea de restaurar la puerta a su estado anterior quedó descartada, siempre tendría una cicatriz. Así que habían llegado a un acuerdo para una solución alternativa: habían cortado un rectángulo en la antigua puerta que Beca tanto amaba. Iban a hacer una pieza de hierro forjado con un dibujo en flores que sobresalía. Beca me lo había enseñado. Era *vintage* y le iba como anillo al dedo. Mientras tanto, nuevamente un improvisado tablón había quedado colocado de forma que impidiera el acceso a visitas indeseadas.

Llegué hasta el piso de Beca y toqué al timbre.

Beca apenas tardó unos minutos en abrir.

Tenía mala cara y los ojos enrojecidos de llorar.

—¿Qué haces aquí? Dijimos que nada de despedidas —me recriminó.

Esbocé una sonrisa que supongo que era tan triste como la suya.

—Te escabulliste esta mañana de mi cama.

—Lo hago siempre para hacer magdalenas —replicó desviando la mirada, tratando de quitarle importancia.

—Lo sé. ¿Qué tal quedaron?

—Me costó llegar al número cien.

—Ya.

Beca me miró esbozando una sonrisa agridulce.

—Antes no me costaba nada hacerlas —se quejó—. Las hacía en un parpadeo. Me has estropeado.

Dejé que el aire saliera de mis pulmones, pero ni tan siquiera llegué a sonreír.

Beca ya me había comentado un par de días atrás que, por algún motivo, ya no se sentía motivada como antes para ponerse a hacer sus magdalenas cada mañana. Siempre le había gustado levantarse temprano, ponerse música y meter las manos en la masa. Sentirse ocupada y útil. Lo que hacía estaba bien; más que eso, estaba genial. El problema es que para mí estaba muy claro que solamente era un entretenimiento hasta que se decidiera a hacer lo que de verdad quería. La época de las magdalenas había quedado caduca. Ella era una empresaria, una emprendedora. Una mujer de grandes metas, como el resto de las mujeres de su familia. Solo necesitaba un poco de seguridad en sí misma para poder dar el paso adelante que daría antes o después. Estaba seguro de ello. Ella, toda ella, era inmensa y sabía que tenía muchos proyectos por cumplir, metas por realizar, y todo eso lo haría, estaba seguro de eso. Ella se comería el mundo que, más tarde o más temprano, se rendiría a ella, como lo había hecho yo.

—¿No vas a dejarme entrar?

Esbozo una sonrisa templada.

—¿Para qué?

—¿Para qué se te ocurre? Yo había pensado en un café.

—Un café está bien. —Calló un momento mientras nos miramos —. También podríamos tener sexo sobre la encimera de la cocina — me propuso con su habitual descaro.

Los dos nos reímos. No se puede estar triste todo el tiempo.

—Yo estoy siempre dispuesto… Donde tú quieras me parece bien. La cocina es una opción tan válida como cualquier otra.

Beca me miró y se mordió el labio en un gesto muy suyo. Irremediablemente, mi mirada se fue hacia ese lunar de su comisura.

—Te dejo entrar, pero nada de despedidas —me advirtió.

—¿Cómo se hace eso? —pregunté con un peso insoportable en el pecho.

—Me lo prometiste…

Asentí.

—Sin despedidas —prometí.

Beca se echó a un lado y me dejó entrar.

—Tengo bizcocho de plátano.

—Me muero por probarlo —comenté mientras la seguía a la cocina.

Me senté en la misma silla en la que siempre solía hacerlo. Beca se puso a preparar los cafés mientras yo probaba el bizcocho del que me había hablado.

—¡Esto está buenísimo!

—Dices lo mismo de todo lo que cocino.

—Solo digo la verdad.

Sonrió de una manera pausada. No era una gran sonrisa, pero sí una sonrisa.

Echó el café en las tazas, poniendo después leche en la mía sin preguntar. Me gustaba tener con ella esa familiaridad de las pequeñas cosas.

La miré, con sus rizos sostenidos en un moño alto, su camiseta blanca holgada y el pantalón corto de seda azul con topos amarillos a juego con la puntilla. Era absurdamente corto, pero sabía cómo de suave era y sentí deseos de colar una mano por debajo de la tela.

Beca me descubrió observándole las piernas y compartimos una sonrisa, adivinando quizás mis pensamientos. Se le soltó un rizo del moño, que perfiló su rostro. Era tan hermosa con la luz de la mañana entrando por la ventana que sentí como si me hubieran dado un puñetazo en el pecho. Querría recordarla así para siempre. Guardar esa imagen en mi retina para cuando estuviéramos lejos, muy lejos, uno del otro y ya no quedara nada de aquel calor que compartimos.

En un impulso algo infantil, saqué mi móvil del bolsillo.

—No te muevas ni un milímetro —le pedí.

Saqué una foto.

Beca parpadeó sorprendida.

—¿Y eso?

—Para mis noches frías —contesté.

—¿Y para las mías?

—Haz las que quieras.

Beca cogió su móvil y me hizo una foto. La miró y volvió a levantar la vista hacia mí.

—¿Qué tal? —pregunté.

—Es terrible —declaró—. Sales muy triste.

Se acercó y me enseñó la instantánea. En ella sonreía, pero sí, estaba triste.

La enganché por la cintura e hice que se sentara en mi pierna que, según me había dicho en anteriores ocasiones, era como un árbol. Beca se movió, acomodándose.

—Vamos a probar así —indiqué buscando el ángulo para un selfi—. Ríete —le pedí. Beca trató de sonreír. Aun así, en la imagen se permeabilizaba esa tristeza de la que estábamos impregnados—. He dicho que te rías.

—¡Estoy sonriendo!

—Eso no es ni un amago de sonrisa —me quejé—. Le clavé los dedos en el costado para hacerle cosquillas.

—¡Basta! —Se revolvió sobre mis rodillas—. No me hagas cosquillas.

—Ríete —insistí atacándola sin piedad con mi mano derecha mientras sostenía el teléfono con la izquierda a duras penas.

En ese momento se rio de verdad, con la boca abierta y todas las ganas, y yo me reí con ella, contagiado de aquel momento mágico.

Hice clic y guardé aquella imagen para siempre; la de una pareja feliz.

La miramos juntos.

—¡Qué bonita! —murmuró.

Hundí mi nariz en la curva de su cuello y cerré los ojos, inhalando su olor.

Beca se abrazó a mí y la mecí en mis brazos.

—Si tenemos sexo ahora, creo que voy a llorar —murmuró mientras la mantenía pegada a mi cuerpo.

—Yo creo que también.

—¿Y crees que se te puede mantener dura si estas llorando mientras lo haces? —me preguntó echando mano de su capacidad de bromear y ser descarada aun cuando estaba triste.

Me reí en su cuello.

—Puedo hacer un esfuerzo…

Negó con la cabeza.

—Vamos a acabar llorando —declaró.

Era verdad. Los dos estábamos muy tristes. Beca tenía razón, deberíamos haber obviado aquel café, pero no había podido evitar buscarla una vez más. La noche anterior habíamos hecho el amor varias veces. Habíamos cenado en la cama comida japonesa que habíamos pedido a domicilio, a pesar de que yo había manifestado que era una idea terrible. Por supuesto se nos habían caído unos niguiris en las sábanas que habíamos tenido que recoger como habíamos podido. Habíamos escuchado música y había memorizado cada detalle de su rostro mientras la embestía. ¿Qué más podía pedir? Nada, Beca ya me lo había dado todo, por eso me pesaba tanto el pecho cada vez que pensaba en dejarla.

—Se enfrían los cafés —murmuró Beca.

—La verdad es que no me apetece café —confesé.

Beca se pasó una mano por la cara, apartándose los rizos sueltos.

—Esto es insoportable. Creo que voy a ir al salón para poner un disco —dijo mirando mi mano entrelazada con la suya—. Lo mejor sería que, mientras lo hago, aprovechases para salir.

—Beca…

No me escuchó.

—Necesito que cuando me dé la vuelta ya no estés —sentenció. Me dio un beso rápido en los labios y me acarició el rostro —. ¡Cuídate, Filip!

Beca se levantó y se me escabulló de entre los brazos. Sentí frío en cuanto salió de mi regazo y me pareció premonitorio.

Caminó hacia el salón y la seguí con la mirada.

Me puse de pie de forma automática. Di dos pasos, pero me quedé en el umbral de la puerta que llevaba del salón a la cocina.

De repente me pareció una gran distancia.

Vi como Beca paseaba sus dedos por los discos hasta que cogió uno y lo puso en el tocadiscos.

Comenzó a sonar *Ride On*, de AC/DC. Esa que le había dicho que era mi canción favorita.

La música comenzó a llenar el espacio alcanzando cada centímetro de aquel inmenso salón en forma de ele. Para cuando sonó el segundo solo de guitarra, yo ya había llegado al recibidor.

Abrí la puerta, la crucé y la cerré a mis espaldas.

«Adiós, Beca».

Capítulo 31

Périgord

Beca 

—¡Esto es una delicia! —declaró Sofía mientras cogía más mermelada con una cucharita y la extendía sobre un pedazo de magdalena—. ¡Hummm! Está muy bueno, con esto podría tener un orgasmo.

Puse los ojos en blanco. Sofía era… Bueno, Sofía era Sofía.

—Me alegro de que lo disfrutes; si llegas al orgasmo, dímelo para incluirlo en la etiqueta cuando consiga comercializar mis propias mermeladas —contesté con sorna mientras intentaba recoger un poco el jaleo que había montado en la inmensa cocina de mi casa de campo.

—No es que me guste, ¡es que me encanta! Es la mejor mermelada que he probado en mi vida —declaró—. Por cierto, pensé que habías dejado de cocinar magdalenas.

Me encogí de hombros, quizás para no ponerme triste y pensar en Filip; ahora las magdalenas siempre me recordaban a él. Ese día no quería ponerme nostálgica, la noche anterior habían llegado Nat y Sofía, y estábamos en Francia, en la antigua casa de campo de mis abuelos paternos. Aquellos días eran para estar juntas y disfrutar. Las chicas se quedarían conmigo unos días y eso me parecía un regalo. Llevaba allí desde el mes de agosto. Estábamos a principios de octubre y el tiempo todavía era agradable, por lo que estaba feliz de contar con la visita de mis amigas por unos días.

Desde que había llegado a la casa de campo de mis abuelos franceses el pasado mes de agosto, me había ocupado de ponerla a punto. Es verdad que nunca habíamos abandonado la casa, ya que la utilizábamos ocasionalmente como destino vacacional de la familia, pero había dependencias que no se usaban desde hacía

mucho tiempo y había que darles un lavado de cara. Además, gran parte de la inmensa propiedad pedía una pequeña reforma.

Había decidido trasladarme a Francia y, desde que había llegado, había tratado de estar ocupada para no pensar demasiado en Filip. Estaba claro que me había enamorado del hombre equivocado. Eso era lo que me había estado diciendo a mí misma durante todo ese tiempo para tratar de autoconvencerme de que lo mejor era que estuviéramos separados.

Sabía que antes o después nos veríamos, habría un juicio, pero al parecer todavía faltaban muchos meses para cerrar la instrucción. Todavía seguían con temas de investigación que se escapaban de mi control. Al fin y al cabo, yo solo había sido una pequeña pieza en un caso mucho más grande de lo que parecía. Además, ni tan siquiera ese futuro juicio me aseguraba ver de nuevo a Filip. Era posible que tuviéramos que prestar nuestras declaraciones en días diferentes y, si él estaba fuera del país, podría hacer su intervención por videoconferencia, así que era mejor ser realista y pensar que quizás nuestros caminos no se volvieran a cruzar. Eso era lo más oportuno.

Todo el tema legal me parecía muy complejo. Por un lado, estaban el tema del secuestro de datos, la extorsión al Estado y el chantaje a Filip y, por otro lado, estaba mi secuestro. Todo formaba parte de un macroproceso con varias ramas.

Antes de venirme a Francia, había tenido que pasar en un par de ocasiones por comisaría, pero en ellas ya no coincidí nunca con Filip. Su piso se quedó vacío y no vino ningún nuevo vecino.

Durante las siguientes semanas se me hizo insoportable ver día tras día la puerta de su casa cerrada, sabiendo que él no iba a abrirla y salir en cualquier momento. Que no me lo encontraría por casualidad, que no habría más miradas llenas de matices amarillos, verdes y castaños y que él y yo no volveríamos a perdernos entre lo que decíamos y lo que hacíamos.

La primera vez que nos besamos pensé que sería una aventura divertida. Sin embargo, debí comprender desde el primer momento que algo así pasaría. Nunca he sido de relaciones superficiales, de sexo casual. Me gusta conocer a las personas, profundizar, saber más. El problema es que Filip no era cualquier tío. Debí comprender

que, al querer saber más de él, me iba a colgar irremediablemente. Era algo que sí o sí me iba a pasar.

Pero no solo me enganché a Filip, sino que me enganché a cómo él me hacía sentir. A lo que sentía al verme a través de sus ojos. Filip me miraba y veía muchas cosas. Veía cosas gigantes que yo podría alcanzar y que, en aquel momento, me sentía incapaz ni tan siquiera de imaginar. Él vio mi potencial mucho antes de que yo comenzara a creer en mí misma. Pero, de algún modo, todo lo que viví con él me hizo comprender el miedo que tenía antes de que él llegara a mi vida. La contención con la que había vivido hasta ese momento. El pánico a arriesgarme, a no estar a la altura, a no atreverme a dar el paso de ser yo misma. No había visto que todo eso había estado reteniéndome durante mucho tiempo, manteniéndome paralizada haciendo cientos de magdalenas. Pero ahora tenía las cosas claras, veía con claridad muchas cosas y ya no podía levantarme para hacer magdalenas cada mañana, por muy cómodo que eso hubiera resultado durante un tiempo. Ya no me servía. Ahora sentía que tenía que seguir mi propio camino, sin miedo a arriesgarme. Debía ser valiente como lo habían sido las mujeres de mi familia.

Por otra parte, supongo que la experiencia de ser secuestrada, viajar en un maletero de un coche y estar retenida durante horas me había espoleado a cambiar el rumbo de mi vida. Pero era más que eso. Filip me había hecho vivir de verdad. Con él había sentido. Sin cortafuegos, sin red de seguridad, y sí, puede que lo nuestro no fuera un amor de los que duran toda una vida, pero había sido amor con mayúsculas. Él había empujado esa parte de mí que me decía que no tenía que tener miedo, solo tenía que atreverme a seguir mi propio camino.

Quizá Filip y yo solo teníamos que encontrarnos para curar los pedazos rotos que teníamos guardados dentro de nosotros, desde hacía mucho tiempo, tanto que quizá ninguno de los dos sabía desde cuándo. ¿Cómo iba a imaginarme que me encontraría con alguien que estaba tan huérfano como yo? ¿Que había perdido tanto como yo?

Filip había sido para mí un amor transformador. Una de esas personas que pasa por tu vida y la cambia. Cuando él se marchó, yo ya no me sentía capaz de hacer mis magdalenas. Sí, quizás eso había estado genial durante mucho tiempo. Eso había sido suficiente, pero ya no lo era. No podía simplemente ponerme música y amasar cada mañana. Meter las bandejas en mis hornos con la música *rock* sonando en mis orejas mientras el amanecer despuntaba sobre Madrid. No, ese tiempo había terminado y había llegado el momento de seguir mi propio camino.

Enfrentarme a mí misma y comprender lo que siempre había anhelado. Lo que las entrañas me estaban pidiendo. El camino que siempre me había llamado, pero que no había tomado por miedo a no estar a la altura. Eso que hasta ahora no había sido lo suficientemente valiente para comprender. Quizás el haber vivido lo que había vivido con Filip me había hecho entender que todos aquellos impedimentos no eran más que mis propios miedos… Miedo a no estar a la altura, miedo a ser pequeñita, miedo a no ser como las mujeres de mi familia.

Sin embargo, ahora comprendía con una claridad inmensa que lo único que me había estado reteniendo era yo misma, y que ya era hora de tomar las riendas de mi propio destino y enfrentarme a aquel runrún que siempre había estado en mi cabeza…

Eso que mordía mi corazón: las ganas de recuperar el legado de mi abuela paterna.

Y allí estaba ahora, en aquella enorme casa de campo en la que había pasado muchos veranos de mi infancia y adolescencia. Con mi corazón, mi cabeza y mis manos puestas en la recuperación del legado de mi abuela. Quería volver a cultivar fresas, quería hacer mermeladas, quería recuperar aquello que se había perdido y que para mí era más valioso que el mismo oro.

—No he dejado de hacer magdalenas, he dejado de hacer cien magdalenas al día —repliqué.

—Buena aclaración —aceptó Sofía moviendo a un lado su larga melena pelirroja—. ¿Cómo van las gestiones para la recuperación de los terrenos?

—Está siendo complicado, pero creo que los podremos recuperar —aclaré—. El problema es que los dueños actuales conocen perfectamente el dinero que tiene mi familia.

—Comprendo. Así que se están aprovechando de la situación.

Asentí.

—Lo que están pidiendo por ellos es una barbaridad.

Sofía mordió nuevamente la magdalena untada en mermelada de fresa.

—¡Qué listos! Así cualquiera —comentó—. Saben que no pierden nada por pedir. Pensarán que estarás dispuesta a pagar lo que pidan, ya que tú tienes un vínculo con esos terrenos y además tienes la pasta para pagar.

—Ya, pero bueno, está mi hermano negociando —le recordé—. Y ya sabes cómo es. Álvaro tiene una política muy clara para estos casos: no paga ni un euro más del valor de mercado cuando quiere adquirir un inmueble.

Sofía soltó una carcajada. Conocía muy bien a mi hermano, ellos siempre se habían llevado a la perfección.

—Ya me sé yo cuál es la política de tu hermano: cero negociación.

—¡Exacto! —Sonreí pasando un paño por la encimera—. Hemos ofrecido el precio de mercado y, a pesar de las ganas que tienen de quitarnos un buen pellizco, esa será toda la negociación que va a haber. Con estas cosas es duro y frío, no deja que le cieguen los sentimientos —añadí—. Confío en él. Es el que más sabe de estas cosas. Él ha estado al frente de las grandes adquisiciones y las más duras. Así que he dejado todo el asunto de la recuperación de los terrenos en sus manos. Me fío de su criterio.

—Pero esta no es una gran adquisición, ¿no, villana?

Me encogí de hombros.

—Depende de cómo lo veas. Son unos diez mil metros cuadrados.

A Sofía se le desencajó la mandíbula.

—¿Todo eso?

—Sí, bueno, en la época de mis abuelos no se cultivaba todo el terreno. Hay una parte con instalaciones para aperos de labranza,

tractores y distintas herramientas. —Hice una pausa—. Esto es sin comprar el terreno donde estaba la vieja fábrica de mermeladas. Te hablo solo de recuperar los terrenos originales, los de cultivo que estaban pegados a esta casa.

Mi amiga negó con la cabeza.

—No me pareció un terreno tan grande.

Sofía y Nat habían llegado el día anterior a eso de las cinco de la tarde, tras un viaje de unas nueve horas en coche.

Habíamos paseado por el terreno que tenía la casa de campo, es decir, el que no se había vendido, que eran unos tres mil metros cuadrados de terreno aproximadamente.

Por la parte trasera de la casa, había algunos árboles frutales y había un viejo portal que llevaba a los terrenos vendidos que antes habían sido una continuación de esa propiedad formando un todo, con la única separación de aquel viejo portal.

—Eso te parece porque dedicada a campo solo hay una parte. Hacia el final hay varios árboles y no puedes calcular bien la extensión, pero créeme, son esos metros. Los he recorrido durante estos meses varias veces.

Sofía bebió de su café.

—¿Por qué se empeñan en no soltar los terrenos si no los están trabajando? —inquirió—. ¿No me dijiste que pertenecían a una familia que había dejado la explotación? ¡Qué ganas de fastidiar al personal, maja!

—Al parecer, los cultivaron hasta hace unos años, pero hace un tiempo que ya no plantan fresas. Algunas nacen salvajes, sin control. —Callé un momento—. Piden tanto por pura avaricia. Están seguros de que podrán sacarnos más.

—¡No saben a quién se enfrentan! —declaró Sofía riéndose.

—Eso es cierto. Álvaro puede ser implacable.

Nos reímos las dos.

—Mientras mi hermano sigue con la negociación, me he dedicado a la puesta a punto de esta casa. Y a buscar a la gente necesaria para ayudarme a levantar otra vez el negocio de mi abuela.

—¿Y la empresa? ¿La vas a recuperar?

Negué con la cabeza.

—Las instalaciones originales se vendieron. Hay otro negocio, les va muy bien y no tienen nada que ver con la fresa. La nave es irrecuperable —le expliqué—. De todas formas, no me importa. Si recupero los terrenos, podré proyectar al fondo de los mismos la instalación de una empresa con un tamaño de unos mil metros cuadrados. Puedo hacerlo todo en el mismo terreno: las instalaciones para la recogida de fresas y las de la mermelada —aseguré convencida—. Tendré que obtener los permisos, pero ya lo he consultado con un arquitecto y he estado en el Ayuntamiento. Es viable.

—Pues sí que has avanzado.

—Llevo aquí desde agosto. No tengo nada más que hacer que centrarme en todo lo que necesito para levantar este negocio.

—Estoy segura de que todo saldrá bien. No nos olvidemos de que cuentas con ayuda experta —declaró Sofía levantando su taza de café hacia las enormes fotografías en blanco y negro de mis abuelas y mi madre que había enmarcado y colgado en mi cocina.

Eran tres primeros planos de 50 por 70. Mis mujeres fuertes y feroces. Mi mejor inspiración.

—Sí, ellas son una gran inspiración —declaré mirándolas con orgullo—. Además, esta casa conserva mucho del trabajo que hicieron mis abuelos, decenas de cuadernos y libros de contabilidad. Mi abuela lo guardó todo, quizás con la esperanza de que alguien retomara el legado.

—Espero que tú entres en el mundo digital.

—Pues claro, no solo en la contabilidad y administración de la empresa, sino en la tecnología para el cultivo. Pero no olvides que en estos cuadernos hay historia, y de ahí he aprendido mucho de lo que sé —añadí abriendo las puertas de la alacena para pasar la mano por los lomos de unos viejos cuadernos—. Aquí está todo lo que mi abuela sabía sobre el cultivo de fresas y la comercialización de mermeladas.

La pelirroja echó un vistazo a los viejos libros.

—¿No deberías tenerlos en el estudio?

—Estaban allí. Pero es aquí donde cocino, donde experimento con mermeladas. Es aquí donde aprendí, al lado de mi abuela. En esta inmensa cocina, en el corazón de esta enorme casa de campo y en esas tierras de ahí fuera.

Sofía sonrió.

—Creo que es la primera vez que te veo tan segura, tan decidida. Beca, parece que hayas nacido para esto —declaró—. Me alegro de verte tan satisfecha.

—Lo estoy.

Me sentí feliz. Segura. Me había quitado de encima muchos miedos y cortafuegos. Tenía muchas ganas de trabajar y ponerme al día.

—¿Y lo de abrir el local de Madrid? —me preguntó Sofía cogiendo una segunda magdalena y abriéndola a continuación para ponerle mermelada. Al parecer, le habían gustado de verdad.

—Sí, eso también quiero hacerlo. Será una tienda de venta de artículos *delicatessen*, y cafetería. Quiero que estén mis mermeladas, pero también muchos otros productos. Por supuesto que la idea también es comercializarlas en grandes superficies. Pero ese local siempre quise que fuera algo especial, y me lo imagino perfectamente con mis mermeladas.

Sofía me miró satisfecha.

—Creo que será un sitio con mucho estilo.

—Esa es mi intención, pero primero tiene que arrancar este negocio. No puedo vender mermeladas sin haberlas hecho antes.

—Cierto —aceptó la pelirroja—. Y para eso primero tienes que conseguir esos terrenos.

—Conseguir los terrenos, montar la empresa, cultivar las fresas, hacer las mermeladas, comercializarlas…

—Abrir el negocio de *delicatessen* en Madrid… —me ayudó a enumerar Sofía—. Son muchas cosas.

Nos reímos con ganas. Había pasado de cero a cien. Supongo que porque en el fondo llevaba mucho tiempo frenándome. Dudando. No siendo capaz de ver lo que quería en realidad, a pesar de que siempre había estado delante de mí.

—Muchas para alguien que se contentaba con hacer magdalenas cada mañana.

—Bueno, yo creo que lo lograrás —declaró mi amiga pelirroja con una mirada de seguridad—. Tienes ayuda privilegiada.

Miramos las instantáneas en blanco y negro de las mujeres de mi familia. Fuertes y feroces.

—Al menos lo intentaré —declaré segura—. Pero ¿sabes una cosa? Ya no tengo miedo de no estar a la altura. Seguiré mi propio camino. Recuperaré el legado de mi abuela, pero tendrá mi propio sello.

—¡De eso no tengo ninguna duda! —exclamó Sofía—. No sé cómo se te dará la cosa como empresaria, pero tienes un don para la cocina, siempre lo has tenido —declaró—. Además, el dinero de tu familia te pone en una situación privilegiada para montar un negocio.

Asentí.

—Sí, no te lo voy a negar. Sé que estoy en una situación privilegiada, pero también es un arma de doble filo. Tengo el dinero para adquirir el terreno y montar la empresa gracias al patrimonio que ellas hicieron —acepté mirando las fotografías de las mujeres de mi familia—. También gracias a que mis hermanos siguen al frente del *holding* haciendo crecer el dinero que heredamos. Sé que habrá gente que me lo pondrá difícil. Que precisamente por tener una posición económica holgada me lo quiera hacer pasar mal. Al fin y al cabo, yo no he estado aquí trabajando de sol a sol para conseguir los fondos para montar mi propio negocio.

—Pero ahora sí estás trabajando de la mañana a la noche para tratar de sacar adelante tu proyecto.

—Eso es verdad —acepté tomando aire—. Veremos el gremio cómo me trata. Lo de hacerse hueco no es sencillo y habrá recelo de alguien nuevo, que no lleva en esto toda la vida como el resto de las empresas del sector.

—Experiencia tienes.

—No creo que cuenten los veranos de mi infancia y adolescencia entre las fresas.

—Bueno, yo creo que cuenta y mucho. —Sonrió—. ¡Mira todo lo que sabes hacer! Tienes tantas mermeladas aquí que creo que volveré con unos kilos de más a Madrid.

Sonreí observando los tarros a mi alrededor. Eran experimentos. Era incapaz de estarme quieta, necesitaba crear mientras llegaban los terrenos y los permisos, y en eso era en lo que andaba metida.

—Bueno, no es nada definitivo —me excusé—. Son muestras de algunas pruebas que estoy haciendo.

—¿No tendrás unos tarros de más?

—Por supuesto, todos los que quieras.

—Estupendo.

Guardé en un armario unos platos.

—Oye, ¿iremos a comer al pueblo? —preguntó Sofía mientras se terminaba su segunda magdalena.

—Claro, a donde queráis.

—Pues lo que diga Nat, que es la que tiene más problemas.

En ese momento la aludida entró por la puerta.

Tenía una mano en la barriga y estaba pálida.

—¿En qué tengo más problemas? —preguntó Nat.

—En comer —contestó Sofía—. Me da la sensación de que la mitad de la comida la tienes restringida.

—¡No me habléis de comida! Tengo unas náuseas… Esto es asqueroso —aseguró haciendo una mueca.

—¿Puedo ayudarte? Dime qué necesitas —pregunté aproximándome.

—Comer —declaró con mala cara—. Tengo que comer algo.

—¡Viva la contradicción! —se rio Sofía—. Ayer todo el viaje igual, no veas qué lío… Que si tengo hambre. Que si todo me da asco.

Natalia frunció el ceño.

—Te quiero ver a ti cuando estés embarazada.

Sofía se levantó de la mesa y recogió su taza y su plato del desayuno. Al parecer, dos magdalenas eran suficientes.

—¡Oye, a mí no me mientes a la mala suerte! No quiero oír hablar del tema ni bromeando.

Nos carcajeamos las tres.

—¿Qué te parecen unas tostadas con mermelada? —propuse a la embarazada.

Nat aceptó.

—Lo que sea. Tengo que comer o no habrá forma de frenar estas náuseas.

—Eso es porque tienes que alimentar a nuestro ahijado.

Natalia y Sofía habían hecho las paces después de tantos enfrentamientos. Habían hablado y habían acercado posturas.

Por supuesto, Sofía no había declarado nada sobre su amor por Diego, tampoco es que hiciera falta, ¿no? No se lo iba a contar a Diego y muchísimo menos pensaba confesárselo a Natalia. Eso quedaría en el pasado y no sumaba nada a la relación entre ambas.

Diego era un tío de diez y estaba segura de que, antes o después, superaría lo de Natalia. Antes de mudarme había quedado a tomar una caña con él y Sofía. Era tan buen tío que no había tenido en cuenta en ningún momento que yo no me había preocupado por él hasta tiempo después de la ruptura. Él me había disculpado con una sonrisa y había declarado que en todas las rupturas había que repartirse a los amigos, y que sabía bien que, en el reparto entre él y Nat, yo había quedado en el lado de Nat. Fue tan noble y generoso que no pude hacer nada más que quererlo un poquito más si cabe.

Por otro lado, en cuanto a ese reparto, estaba claro que Sofía también debía quedar en el reparto para Nat, y aparentemente era así, pero todas sabíamos que Sofía y Diego tenían una relación muy cercana. Eran muy amigos, siempre habían conectado muy bien desde aquel día en el que nos habíamos conocido y, si bien Sofía oficialmente era de los amigos que se quedaba Nat, en el fondo era *team* Diego.

En todo caso, lo importante era que Sofía había hecho todo lo posible por recuperar la normalidad en su relación con Nat. Ambas habían pasado meses con tiranteces y eso tenía que terminar. Éramos amigas desde hacía mil años como para ahora romper aquella amistad.

Habían venido juntas a verme y para mí eso decía mucho.

El viaje hasta Périgord no había estado exento de curvas, pero Sofía tenía muy claro que el bienestar de Nat era lo primero.

Nuestra morena era una valiente. Había decidido ser mamá sola, a pesar de lo complicado que podía resultar, y se la veía pletórica.

Nosotras, tras la sorpresa inicial, la acompañábamos en su decisión, porque eso es lo que hacen las amigas. Lo principal para nosotras era que Nat iba a cumplir su deseo de ser mamá y eso la haría feliz. No quería una pareja. No la deseaba y no era necesario que la tuviera para ser madre. Y nosotras, ¿qué teníamos que opinar al respecto? Pues eso: nada.

Nat era la pequeña de cuatro hermanas. Tenía unos padres muy cercanos e implicados en la decisión de Nat de ser mamá en solitario. Así que nuestro ahijado llegaría a una gran familia con muchos brazos dispuestos a acunarlo. Por supuesto, los primeros, los de sus madrinas. Porque sí, las dos seríamos madrinas, tanto Sofía como yo. Aunque ahora que yo estaba en Francia, tenía claro que Sofía pasaría más tiempo con mi ahijado que yo. Al menos durante los tres primeros años, que era lo que había previsto que necesitaba para poner a rodar todo lo que tenía en mente. No para que diera frutos, porque eso no sabía ni cuándo pasaría, pero sí para poner en marcha todo lo que había proyectado para esos terrenos. Así que allí me quedaría, al menos tres años. Después quizás podría ir y venir.

Nat miró su reflejo en los cristales de la antigua alacena.

—Bueno, creo que el bebé está bien alimentado —declaró—. Me he puesto como una foca.

—No digas eso —le reñí sin poder evitarlo—. No estás gorda.

—Pues desde luego no estoy delgada.

—¡Estás embarazada! —rebatió Sofía.

—Para ti es fácil decirlo —comentó nuestra amiga mirándose la panza—. Tú tienes el cuerpo de una modelo, Sofía. El de las supermodelos de los años noventa.

Mi demonio particular negó con la cabeza.

—No estoy muy segura de que eso sea positivo. En los noventa se abusaba de los cuerpos esqueléticos —se quejó la pelirroja.

—Secundo a Sofía —declaré—. ¡Estás divina y los kilos te quedan estupendamente!

—No hace ni tres meses que estoy embarazada —nos recordó —. ¡Y llevo nueve kilos encima!

Era cierto. Nat era una especie de diosa de grandes curvas y rostro redondeado; pero estaba guapísima y eso también era cierto.

—A lo mejor lo engordas todo al principio —comentó Sofía.

Nat me miró con aquellos enormes ojos oscuros.

—A mí no me mires. No sé nada de embarazos y, por ahora, no estoy interesada en saber.

—¡Pues nada! —Nat esbozó una sonrisa—. Vamos de visita gastronómica por Belvès.

Nos reímos las tres.

Me gustaba aquella camaradería como me gustaba estar con ellas allí en mi nuevo mundo.

Me sentía satisfecha. Sentía como se asentaban los cimientos de mi nueva vida tras Filip. Dejarlo a él atrás había sido más difícil que dejar mi vida en Madrid, pero me gustaba el camino por el que estaba caminando, aunque todavía me quedara un mundo por recorrer.

Capítulo 32

Dos Julietas

Después de comer, descansar y tomar unos cafés, doble y sin cafeína para Nat, paseamos un rato por el pueblo. El día había enfriado un poco, pero con unas chaquetas se estaba muy bien para pasear. Resultaba muy agradable.

—¿Qué tal llevas la suspensión? —pregunté a Sofía sacando el tema por primera vez desde que estábamos allí.

Sofía negó con la cabeza. Le cambió el gesto. Se la veía agobiada al tocar ese asunto, pero antes o después tendríamos que abordarlo. La habían suspendido de empleo y sueldo por tres días debido a lo que había ocurrido.

—Mal, la verdad —confesó soltando aire.

No me extrañaba. Sofía era la mujer más competitiva que conocía. La habían amonestado tras encontrarla con el portátil de una compañera de trabajo. Todo por su obsesión por descubrir quién estaba filtrando la información de los diseños de su empresa a la competencia. No había forma de hacerla cambiar de idea. Ella seguía empeñada en que alguien estaba filtrando información de ARA WORLD. ¿Qué otra cosa podría explicar el plagio de tantos diseños?

—Bueno, verás que cuando regreses todo volverá a estar bien —dije para animarla.

—No sé —dudó.

—Llevas años trabajando con ellos —intenté animarla—. Seguro que esto se olvida pronto.

—Yo no estaría tan segura —comentó Nat mirando el escaparate de una tienda frente al que se había detenido.

Sofía frunció el ceño.

—¿Qué quieres decir?

Nat se giró. Llevaba su bonita melena *bob* de siempre. Estaba redonda y hermosa a partes iguales.

—Yo no querría en mi empresa a alguien que se pone a fisgonear en los ordenadores de los compañeros.

Sofía se quedó muda.

—Nat… —murmuré lívida.

Natalia solía ser la que recibía las críticas de Sofía, no al revés. Pero supongo que el universo se estaba equilibrando y, al fin y al cabo, donde las dan las toman. También pesaba el hecho de que Nat en el trabajo era extremadamente responsable. Jamás habría hecho algo así. Ella trabajaba en una gran empresa aseguradora. Había estudiado Derecho y supongo que, de algún modo, sentía un gran respeto por las leyes. En la aseguradora en la que estaba actualmente llevaba apenas un año, pero ya ocupaba un puesto de responsabilidad. Natalia no solo era muy trabajadora, tenía un gran sentido de la lealtad y creía en la importancia de seguir las normas. Sus estándares éticos en el trabajo eran muy elevados. Desde luego, a ella jamás se le ocurriría entrar en el ordenador de otra compañera.

—¡Yo no estaba fisgoneando! —se quejó la pelirroja.

—¿Y cómo llamarías a lo que estabas haciendo?

—Estaba buscando información. Trato de cazar al responsable del robo de los diseños. ¡La empresa no estaba haciendo nada!

—¡Eso es fisgonear! —exclamó Nat—. Te aseguro que en mi empresa eso no se permitiría. Desde luego yo no volvería a confiar en un empleado que hace eso, Sofía. ¿En serio que tú sí? —preguntó mirándola fijamente—. Vamos, reconoce que todo ese asunto se te ha ido de las manos. Ni siquiera tienes la certeza de que os estén copiando los modelos. La creatividad es limitada, Sofía. Quizás no existe el famoso topo.

Sofía tragó, pero no fue capaz de contestar, lo cual en ella era toda una novedad.

Nat dirigió de nuevo la vista al escaparate.

—¿Creéis que ese vestido elástico me serviría? —preguntó Natalia observando un vestido negro y cambiando radicalmente de

tema—. Porque me vendría genial algo así para poder ponerme a medida que me vaya creciendo la barriga.

Sofía la miraba herida. Por primera vez no la picaba ni decía nada que hiriera a Nat. En parte porque lo que había ocurrido en su trabajo era demasiado importante para Sofía como para frivolizar con ello. Natalia, sin embargo, estaba en otro punto. Lo más importante para ella, en aquel momento, era el bebé que crecía en su barriga. La idea de discutir con Sofía no solo era intrascendente a sus ojos, sino una auténtica pérdida de tiempo que no le interesaba en absoluto. Antes le dolían sus constantes pullas, pero de un tiempo a esta parte lo veía todo con otro prisma.

Vi con claridad como no le daba ninguna importancia a cómo se sentía Sofía. Quizás no era del todo justo, pero ella estaba en otras cosas. Por primera vez en la vida, Nat era egoísta. Vi su barriguita y pensé que se merecía ser egoísta.

Miré el vestido negro.

Volví la vista a mis amigas. Sabía que antes de venir habían acercado posturas. Pero en ese momento comprendí que con aquel comentario Nat le había hecho mucho más daño a la pelirroja que con todos los piques que habían tenido en los últimos tiempos.

—Supongo que te quedaría bien —murmuré volviendo a poner los ojos sobre el vestido negro.

—Voy a entrar a probármelo.

—Está bien —repliqué.

Sofía seguía sin decir nada.

Me quedé en la calle con Sofía mientras Nat entraba.

—Tranquila, Sofía. Puede que las cosas no salgan como Nat ha dicho —comenté tratando de ser positiva. ¿De qué serviría ponernos en lo peor?

—No, si tiene razón, ¿qué le voy a replicar? —contestó tragando con lo que le tocaba—. Bueno, en lo de que no hay un topo no tiene razón. Alguien está pasando información, eso es seguro, pero quizás me he implicado demasiado. No era mi competencia encargarme de averiguar quién era. Es algo que denuncié al Departamento de Informática, al de Recursos Humanos y a mi superiora. Todo tratando de que hicieran algo, y no sirvió de

nada… Lo único que conseguí fue desquiciarme y extralimitarme, y mira de qué me ha servido —aceptó con amargura.

—Sofía…

Negó con la cabeza.

—No me excuses, Beca. Sé que lo harás solo porque me quieres —indicó—. La he cagado, Beca, es así —aceptó sin paños calientes—. ¿Cómo se me ocurrió llegar tan lejos? Ya la había liado bastante con el tema del programa espía como para sentarme directamente en la mesa de Elba y meter el hocico entre sus cosas.

—¡Ay, Sofía! —me lamenté recordando el relato que nos había contado de lo acontecido.

Sofía me miró con sus enormes ojos verdes.

—¡He metido la pata hasta el cuello, Beca! Es posible que me despidan.

No me quedaba otra que aceptar que era así.

—Sé que este asunto se te fue de las manos, pero no ganas nada con castigarte.

—No sé. Elba me tenía ganas desde hace mucho tiempo, ¿sabes? Creo que le encantó que me castigaran —comentó haciendo referencia a su compañera alemana—. Les he dado un motivo perfecto para darme una patada en el culo y largarme.

Pasaron junto a nosotras unas señoras paseando y hablando en francés. Nos movimos para que pudieran ver el escaparate. Eran mayores y parecían felices cotilleando sobre alguien.

Sofía las miró con una mezcla de envidia y anhelo.

—Pensé que seríamos como ellas cuando fuéramos viejas.

—¿Encantadoras y risueñas? —pregunté.

—Amigas.

—¡Somos amigas! —repliqué sacándola del pozo de oscuridad en el que se estaba hundiendo—. Siempre seremos amigas.

Sofía asintió y parpadeó. Se la veía afectada, pero Sofía no era de las que lloraban. Siempre aparentaba fortaleza. Era muy sensible, pero jamás lo mostraba.

—Nat tiene razón en muchas cosas —tragó asintiendo—. He sido dura con ella y ahora me la devuelve.

—Pensé que desde que habíais hablado estabais mejor.

—Y así es… Pero supongo que le he hecho daño varias veces y ahora tengo que aguantar. He sido demasiado picajosa con ella. Imagino que es una cuestión de karma. Además, no se discute con una embarazada —añadió pasándose las manos por su melena pelirroja para dejarla sobre su hombro derecho—. Supongo que la he herido. Aunque no era consciente de cuánto.

—¿Quieres que hable yo con ella?

—¡No, para nada! —negó con determinación—. No te metas en el medio. Es mejor para ti.

—Está bien —claudiqué.

—En todo caso, Natalia tiene razón. ¿A quién se le ocurre sentarse en el escritorio de Elba y ponerse a fisgonear? A pesar de que no había encontrado nada con el programa espía que Filip me ayudó a desinstalar, seguía con la mosca detrás de la oreja. No fui capaz de estarme quieta. Todo para no encontrar nada. —Se calló un momento antes de añadir—: De esta me van a despedir.

—¡No te van a despedir! —aseguré con firmeza. Por no decir *todo se arreglará* o *no va a pasar nada*. No me gustaba decir mentiras y estaba segura de que no la iban a despedir, al menos por ahora. Si quisieran hacerlo, ya lo habrían hecho.

—¡Yo qué sé! —rumió mi demonia particular—. No quiero pensar demasiado en ello.

—Está bien.

—De todas formas… ¿Quién está pasando nuestros diseños si no es Elba? —se preguntó frustrada—. He revisado a todos mis compañeros y nada. Solo me quedaba volver al inicio, a Elba.

—Sofía… —le reñí.

—¡Lo sé, lo sé! Debo dejarlo —sentenció—. Sé que Nat tiene razón, cualquier cosa que me diga es poco.

Las francesas de una edad indeterminada entre los cincuenta y los sesenta, después de comentar animadamente el escaparate, siguieron caminando. Charlaban y se reían mientras caminaban.

El sol había bajado, pero todavía faltaba un buen rato para que anocheciera.

—Me apetece otro café —comentó Sofía—. Si Nat va a tardar, podríamos tomar uno en esa terraza de ahí mientras esperamos —

añadió señalando unas bonitas mesas con sillas un par de portales más allá.

—Por mí bien.

—Coge sitio y yo se lo comento —añadió.

—De acuerdo, voy.

Caminé hasta la mesa y me senté.

El encanto del pueblo era ideal. No tenía nada que ver con una gran metrópoli como Madrid. Los ritmos, el tiempo y la vida en sí se saboreaban a un ritmo lento y diferente. Me había adaptado muy bien. Siempre me había gustado estar en Francia, se lo debía a aquella parte de sangre francesa que corría por mis venas.

Miré a mi alrededor y respiré profundamente, llenándome de aquella belleza, de la tranquilidad y de los colores ocres y el sol del atardecer. Era todo tan hermoso que se me encogió el corazón.

Cogí mi móvil y busqué una foto. Aquella instantánea que Filip me había sacado sentada en sus rodillas. Era como aquel atardecer; estaba llena de una luz hermosa, cálida y densa.

—Se está probando otro vestido, así que puede que tarde un poco —me comentó Sofía sentándose a mi lado.

—Muy bien —contesté con el móvil todavía en la mano—. La esperaremos tomando ese café.

—¿Qué miras?

—No es nada.

Sofía echó un ojo a la foto.

—A mí no me parece *nada*.

Me encogí de hombros.

—No sé, supongo que me he puesto un poco melancólica.

Sofía cogió el móvil entre sus manos.

—Al final, he de reconocer que estaba bien bueno —comentó mi amiga.

Solté una carcajada y Sofía se rio también.

—Pensé que te parecía un poco *ancho*.

—Un poco sí —afirmó—. Si no, ¿ya me dirás qué esconde finalmente bajo esas camisetas XXL?

Los ojos verde intensos de Sofía brillaron. De todas, ella era la más apasionada, lo había sido siempre. Las conquistas de Sofía eran

tíos impresionantes, gente extrovertida, divertida, como ella. Pero, sobre todo, tíos inteligentes. En eso éramos iguales. ¿Acaso hay algo más sexi que la inteligencia?

Pensé en la respuesta apropiada para Sofía.

—Un cerebro muy sexi.

Sofía se rio con grandes carcajadas, como a ella le gustaba.

—Eso no lo dudo. Si no fuera un cerebrito, no le debería tanto España entera. ¡Chica, tu novio es un héroe nacional!

Me reí, una de esas risas atragantadas, porque la palabra «novio» era demasiado.

—Yo no diría *mi novio* al referirnos a Filip, ni tan siquiera en pasado.

—Da igual. ¿Qué más da cómo lo llames? Lo importante es que ahora no está y tú tienes que seguir adelante. —Alargó una mano para apretar la mía—. Sé que lo vas a hacer increíble. No espero menos de mi villana.

Sonreí un poco más para que no se diera cuenta de cómo me dolía pensar en que Filip y yo no volveríamos a vernos. Todavía necesitaba un poco de tiempo para lograr olvidarlo.

El camarero tomó nota de nuestro pedido.

—¿Sabes dónde está ahora?

Negué.

—La última vez que hablamos estaba en Suecia.

—¡Caray con Filip, es Willy Fog! —exclamó Sofía sorprendida.

Me encogí de hombros dándole la razón.

—Pero eso fue en agosto, así que ya hace bastante tiempo —aclaré—. Así que no sé por dónde andará. No tengo ni idea.

—Pues con su *modus operandi* podría haber pasado ya por dos o tres países —comentó Sofía—. Es posible que ahora esté en Alabama.

Seguí sonriendo, pero el corazón me dio un pequeño brinco. ¿Y si fuera así? ¿Era posible que Filip estuviera tan lejos? No me había planteado en ningún momento que hubiera cruzado el charco. Siempre me lo imaginaba en alguna ciudad europea. Pero sí, era posible. ¿Por qué no? El oficio de *hacker* era bastante internacional.

—Podría ser —murmuré.

Corrió una ligera brisa que movió mis rizos. ¿Dónde estaría Filip en aquel momento? No podía reprocharle nada. Él me había llamado en dos ocasiones, con una diferencia entre una llamada y otra de diez días. Había aguantado estoicamente sendas conversaciones con él, a pesar de lo mucho que me costaba hablarle como a un amigo. Lo que sentíamos era demasiado intenso y, aunque no lo abordábamos en nuestras llamadas, eso estaba ahí, ingrávido, entre nosotros. No se podía obviar.

Aquellas llamadas habían sido dolorosas, para los dos. Si no había un futuro para nosotros, ¿de qué servía hablar? A mí me dolía.

—¿No vas a contarle a Filip lo que sientes? —preguntó Sofía.

Me removí nerviosa en mi sitio.

—¿Qué quieres que le diga?

—¿Qué te parece «estoy enamorada de ti, deja de dar vueltas alrededor del mundo y vente a plantar fresas a Francia»?

Me reí con una risa floja.

—Sí, me lo imagino perfectamente con un sombrero de paja al sol caminando entre las fresas.

Negué con la cabeza.

—Bueno, con todo lo que os ha pasado hasta ahora no me extrañaría nada.

Después de lo que había pasado con el secuestro informático, y con mi propio secuestro, había hablado de ello largo y tendido con Nat y Sofía. Antes de esa conversación, Natalia sabía lo que estaba haciendo Filip para el Gobierno porque ella era la persona en la que me había apoyado, pero Sofía no sabía nada. Alucinó en cuanto le expliqué todo lo que había pasado, quién era Filip, qué había hecho y cómo había ayudado al Estado con el secuestro informático.

A Sofía le costó asimilarlo todo. Supongo que todas reaccionamos así en un primer momento. A esas alturas yo ya había podido digerir lo que había ocurrido, pero era algo complicado. Algunas noches me despertaba tras soñar que seguía en el maletero de aquel coche. Aunque cada vez me parecía más un mal sueño, algo lejano. Mi mente rememoraba todos los buenos momentos con Filip y de algún modo desechaba los recuerdos dolorosos.

—Tenemos que seguir con nuestra vida —dije sin más—. Nuestra historia ya ha terminado. Siempre tuvo fecha de caducidad.

Sofía me miró y bebió de su café.

—¡Qué mierda tener que olvidarse de la persona a la que amas!

—¿Lo dices por mí o por ti?

El viento movió sus cabellos pelirrojos.

—Por ambas —respondió con sinceridad.

Me quedé un momento en silencio antes de decir:

—Bueno, sabía que, antes o después, esto pasaría con Filip. —Hice una pausa—. Lo superaré, no somos Romeo y Julieta.

—Es verdad —aceptó sin fisuras—. Además, aquí solo hay dos Julietas, y nos iría mucho mejor con unos copazos que con estos cafés.

—Es posible. ¡A mí me encantaría un copazo!

Nos reímos con ganas mientras el sol del atardecer oscurecía el cielo.

—Por cierto, ¿Nat estará comprando toda la tienda? —preguntó la pelirroja.

Era cierto, estaba tardando bastante. Miré hacia la salida de la tienda.

—¡Mira, por ahí viene! —comenté señalando a nuestra diosa con cabello de ébano y grandes caderas.

—¡Ella sí que sabe! —comentó Sofía—. Al menos, ella ha ido a por su propio Romeo.

Las dos sonreímos pensando en el bebé que crecía en el vientre de Nat. Sí, ese era un amor que nunca le destrozaría el corazón.

Capítulo 33

En borrador

El domingo 3 de noviembre me senté con un chocolate caliente y una manta en el sofá. Últimamente me sentía inquieta. El día anterior había estado hablando con mi hermano durante bastante rato. La idea de Álvaro era que Candela y yo fuéramos a pasar las Navidades con él a Nueva York. Unas Navidades en la Gran Manzana, con mucho frío. Veríamos las luces del Rockefeller Center, escucharíamos en bucle a Mariah Carey y patinaríamos sobre hielo en Central Park.

Mi hermano sabía todo lo que me había pasado con Filip. Se lo conté un par de semanas después de que Filip se marchara. Le hablé de nuestra historia y del tema del secuestro. Álvaro era el hombre más protector del mundo y la afirmación categórica que había pronunciado, tras saber todo lo que me había ocurrido, era que estaba muchísimo mejor sin él. No había tardado ni dos días en coger un avión y plantarse en Madrid en pleno mes de julio. Tras una semana en la que no se separó de mí ni a sol ni a sombra, conseguí que volviera a su vida en Nueva York, no sin antes hacerle prometer que no le diría nada a Candela. No me apetecía tener que contárselo todo de cero, menos cuando la separación de Filip dolía tanto. Una cosa era mi hermano, con quien tenía una relación tan cercana, pero otra era mi hermana, con la que guardaba una gran distancia en muchos sentidos. Álvaro se había marchado a regañadientes, pero en compensación no cesaba de insistir en aquella idea de que habría unas Navidades en familia en Nueva York.

Por otra parte, con Candela había estado comiendo un sábado de septiembre en París. Habíamos comido y tomado café. Ella me había hablado de cómo iba la sede de la empresa en París y también de un caballo que estaba pensando en comprarse. Aunque tenía un

piso en el centro de París, los fines de semana los solía pasar en una casa también de su propiedad a las afueras. Con establos más que listos para acoger al caballo que estaba pensando en adquirir. Dudaba en comprarlo, a pesar de sus ganas, ya que el último caballo que había tenido pereció tras cinco años con ella, debido a una afección cardiaca. Candela no era una mujer de grandes afectos, a excepción de lo que se refería a los animales. Con los caballos sentía auténtica pasión, quizás por eso dudaba tanto en volver a entregar su corazón a un nuevo cuadrúpedo. Tanto Álvaro como Candela eran apasionados de la hípica. Todos habíamos sido educados en el amor al deporte, pero el único que compartíamos los tres era el esquí. A mí me gustaba correr y hacer ejercicio, pero no tenía aquel ferviente amor a los caballos que ellos compartían.

Por ahora, Candela compartía su moderno piso parisino con un gran danés. El can era de color pardo claro. Muy cariñoso con ella y bastante antipático con los demás. Un poco como su dueña. Candela no sabía nada de mi historia con Filip ni de su implicación en el tema de los datos a la AEAT ni de mi secuestro. Pero había notado que algo me pasaba. Me había preguntado, pero yo me había limitado a decirle que había tenido una historia con un chico que no había ido a más. Qué sencillo parecía contado así, ¿no?

Siempre había estado más unida a Álvaro y por eso había optado por contárselo todo a él: desde mi enamoramiento hasta el secuestro. Todavía no sabía cuál de las dos cosas era más inverosímil.

En cuanto a la idea de ir a la pista de patinaje sobre hielo de Central Park, bueno, eso podríamos hacerlo juntos. Lo habíamos hecho muchas veces. Cierto que entonces éramos más jóvenes, pero sería como montar en bicicleta.

Finalmente, le prometí a Álvaro que iría a Nueva York con él. Me vendría bien estar esas Navidades en familia. Todavía quedaba pendiente la confirmación de Candela, pero yo ya había comprado un billete de ida para el veintidós de diciembre.

Ninguno de mis hermanos se extrañó por mi decisión de retomar el negocio de cultivo de fresas y mermeladas que había llevado mi abuela. Ambos coincidieron en que toda la vida había

hablado con anhelo sobre ello. Me encantaba cocinar y siempre había adorado replicar las mermeladas de mi abuela. Además, era la única que se empeñaba en ir a Francia y perderse en la fábrica de mi abuela cuando apenas era una adolescente.

Para ellos fue una decisión natural.

Al parecer, esa pulsión siempre había estado allí. Solo tenía que aprender a escucharme a mí misma y dejar mis miedos de lado.

Me sentía satisfecha desde que había tomado la decisión de irme a Francia. Estaba siempre ocupada con la mente en mis proyectos y rodeada de todas las personas que iban a hacer que aquello fuera posible. Que me estaban ayudando a ponerlo todo en marcha.

Había conseguido recuperar los terrenos de la familia hacía apenas una semana. Bueno, Álvaro lo había conseguido; pero los había abonado con mi patrimonio. Escriturados a mi nombre. Ese era mi proyecto.

Tenía todo el asunto en manos de un despacho de abogados que estaba consiguiendo todas las licencias y permisos para poner en marcha el cultivo de las fresas y la producción de las mermeladas. Ya habían venido los agricultores que necesitaba para ver los terrenos y comentar sobre las instalaciones necesarias y el cultivo. Además, un estudio de arquitectura e ingeniería me estaba preparando un diseño para la fábrica donde se llevaría a cabo la elaboración de las mermeladas.

Era domingo. Llovía. Tenía un chocolate muy caliente entre mis manos, y yo solo tomaba chocolate caliente los días de lluvia y cuando me sentía melancólica, como ese día. Quizás porque el chocolate tenía el azúcar que necesitaba para levantarme el ánimo. Tomarlo me recordaba a mi abuela de Madrid; ella solía animarnos con grandes tazas de chocolate caliente. Allí, con aquel tazón de chocolate y la manta de mi abuela paterna sobre las piernas, me sentía de algún modo reconfortada por ambas mujeres esenciales en mi vida, pero, por otra parte, me sentía muy sola.

Miré el portátil que reposaba sobre la mesa de cristal auxiliar que tenía enfrente del sofá.

Pensé en Filip.

Cogí el portátil.

¿Dónde estaría Filip en aquel momento? Recordé que Sofía había dicho un mes atrás que quizás podría estar en EE. UU. ¿Y si era así? ¿Y si Filip estaba en un lugar lejano y recóndito?

Puse el portátil sobre mi regazo y lo encendí. Filip me había dado una dirección de correo electrónico cuando nos despedimos. Me dijo que la guardara por si algún día quería contactar con él. Al parecer, como cambiaba mucho de país, solía comprar tarjetas con distintos números de teléfonos y, si lo llamaba al teléfono que tenía de España, quizás no conseguiría contactar con él si ya no tenía disponible ese número.

Un correo. Ese era el único medio de comunicarme con Filip. ¿Quién utilizaba hoy en día un correo para hablar? El correo era impersonal, una herramienta de trabajo. Pero no tenía opción. No había forma de localizar a Filip en las redes sociales. Finalmente, me había confesado que sí tenía cuentas, pero ninguna con su nombre real. Las utilizaba para *stalkear* en su trabajo y no tenía nada publicado en ellas. Tampoco sabía el nombre de aquellas cuentas. Podría ser cualquiera. Incluso podría llamarse Pato Donald en Instagram o TikTok.

Pues nada, un correo. Esa era la única forma que tenía para intentar llegar a él.

Pensé en escribirle.

¿Qué quería decirle?

Había tanto por decir… Pero ¿qué podía decirle? Lo pensé un momento. ¿Le hablaba de cómo estaba yo? ¿De la plantación de fresas? ¿De las veces que me acordaba de él cuando me pasaba la esponja en la ducha? ¿De las veces que había llorado? ¿De mis noches en vela tocándome mientras pensaba en él?

No, ninguna de aquellas cosas parecía una buena idea.

Me pasé la mano por mis rizos negros y me mordí el labio.

Abrí mi cuenta de correo. Busqué en las notas de mi teléfono su cuenta de correo y la escribí en el apartado PARA.

Puse mis manos sobre el teclado. Empezar con un «hola» estaría bien, ¿no?

Domingo, 3 de noviembre de 2024

PARA: acdc30fa@gmail.com
¡Hola, Filip!
¿Cómo estás? Hace tiempo que no hablamos y me he acordado de ti. No sé, solo quería saludarte. ¡Hola!
Estoy en Francia, con mi proyecto de fresas. Espero, más pronto que tarde, ser una productora de mermelada de fresas, ya sabes. Te lo conté la última vez que hablamos. Por cierto, me parece que ha pasado una eternidad desde entonces.
Bueno, nada, solo quería decir hola.
Espero que estés bien.
Un abrazo,
Beca

Observé el mensaje. ¿Podía haber algo más insulso? Me pasé las manos por la cara, frustrada. Recordé como a Filip le gustaba el lunar que yo tenía en la comisura de mis labios. Sentí deseos de decirle otra cosa.

No me sentí con fuerzas de enviarle aquel correo. Menos con semejante contenido tan pobre.

Lo dejé en borrador.

Cerré el portátil y me tomé mi chocolate mientras llovía. Quizás podría cocinar un bizcocho.

Al día siguiente también llovió. Estuve media mañana tratando temas con el abogado que me estaba llevando el tema de las licencias.

Las mañanas solía tenerlas ocupadas con temas legales, agrícolas o estudiando sobre el cultivo de fresas. Todavía no había podido empezar porque no tenía las licencias, pero tenía que prepararme. Había mucho por hacer. Las tardes las tenía más vacías.

Por la tarde me volví a sentar mientras llovía.

Últimamente no paraba de llover.

Tomé otra vez entre mis manos el portátil.

Leí el correo que tenía en «borradores», pero no me animaba a enviárselo.

Decidí abrir un nuevo borrador.

Lunes, 4 de noviembre de 2024

PARA: acdc30fa@gmail.com
¡Hola, Filip!

Me he animado a escribirte, ya que hace unos meses que no hablamos. Siento curiosidad por saber por dónde andas en estos momentos… ¿Estás en Europa o en algún lugar lejano, no sé, algo así como Tejas o Chicago?
¡Un abrazo!
Beca

Lo releí. Tenía algo más de chispa, pero seguía sin sentirme animada a enviárselo.

Al día siguiente, con la lluvia de media tarde, me encontré haciendo exactamente lo mismo.

Un nuevo día de lluvia.

Un nuevo mensaje.

Guardado en borrador.

Sin enviar.

Martes, 5 de noviembre de 2024
PARA: acdc30fa@gmail.com
Filip:
¿Qué tal? ¿Cómo te va todo? ¿Sigues salvando países con tus artes de *ninja* informático o has vuelto a trabajar en el lado oscuro?
Nunca me has dicho qué es lo que más te gusta de tu trabajo de *hacker*. A mí me parece que es un poco *stalker*, ¿no? Eso de utilizar tu destreza informática para colarte allá donde nadie quiere que husmees es un poco de cotilla mirón. ¿Lo habías pensado?
¡Beso grande!
Beca

Me reí.

Ese sí me hacía gracia, pero no, no me apetecía enviárselo.

Lo dejé en borrador.

La mañana del miércoles me pasé por el mercado. Había muy buen producto. Compré un montón de hortalizas frescas y decidí preparar un buen pisto.

La salsa me quedó de buenísima.

Filip se chuparía los dedos.

Por la tarde llovió tanto que pensé que tendríamos que salir en barca. Fui a coger unas bolsas que había dejado en una mesa del exterior de la masía y, con solo un par de minutos en el exterior, me mojé bastante.

Un rato después, con las piernas envueltas en una manta, coloqué el portátil sobre mis rodillas, dispuesta a repetir el ritual del día anterior.

Un correo para Filip, ya sin ninguna intención de envío.

Miércoles, 6 de noviembre de 2024

PARA: acdc30fa@gmail.com

Hi, Filip!

¿Cómo has amanecido hoy? ¡Dime que estás en un lugar cálido, por favor! Yo, ahora mismo, estoy viviendo en una especie de monzón. ¡Llueve muchísimo en Francia! Voy a tener que reconvertir mis nuevos-viejos terrenos en una plantación de arroz con tanta agua.

Esta mañana he estado en el mercado. Es un sitio encantador, lleno de productos frescos. Un lugar maravilloso para perderse, te encantaría.

Para comer he preparado pisto. Creo que te relamerías de gusto, me quedó genial, la verdad.

Volviendo a la lluvia. Ahora mismo está golpeando los cristales con fuerza. Antes he tenido que salir a recoger unas bolsas que había olvidado en la mesa que tengo en el patio trasero y me he calado. Había un charco en el que no me fijé y me empapé los pies. Me quité los zapatos, los calcetines y los pantalones, y aquí estoy, envuelta en una manta... Así, como si nada, he dejado caer que estoy medio desnuda. No sé si lo has pillado o quieres un jeroglífico.

Tengo conmigo una taza de chocolate caliente. Es lo único que me apetece últimamente, con tanta lluvia. En primavera y verano salía a correr casi a diario y ahora me estoy tomando una taza de chocolate al día… Creo que mis costumbres en cuanto a salud han ido a peor.

Por otro lado, si tú estuvieras aquí, no necesitaría este chocolate para calentarme.

Beca

P. D.: Te extraño. Bastante. Más de lo que me gustaría admitir.

Me quedé mirando lo que había escrito con una media sonrisa. Era gracioso, pero tenía un punto de melancolía.

Me sentí triste.

Lo dejé en borrador.

Cerré el portátil.

***

Diez días después, la costumbre de escribir a Filip prácticamente a diario estaba tan arraigada en mí como la de ducharme cada mañana.

Por supuesto, hacía días que aquello era una inocente diversión. A mí me servía para sincerarme conmigo misma, y no

tenía nada de malo.

Era mi diario personal, por así decirlo.

Un correo para Filip.

Sin intención de envío.

Escribir solo por el placer de sincerarme con mi portátil.

Miércoles, 13 de noviembre de 2024

PARA: acdc30fa@gmail.com

Dear Filip:
Hoy no tengo muchas ganas de hablar. De lo que de verdad tengo ganas es de echar un polvo contigo. ¿No te pasa lo mismo?
Adieu!
Beca

Me reí.

El teléfono empezó a sonar.

Eché un vistazo a la pantalla. Era Nat. Recordé que había ido a hacerse una revisión y había prometido llamarme al salir.

Cogí el teléfono y me pasé buena parte del resto de la tarde hablando con ella.

El jueves también me sentía juguetona.

Puse el portátil sobre mis rodillas con el mismo ritual que llevaba practicando las últimas dos semanas.

Recordé el *e-mail* del día anterior. Pensé en Filip. En aquella forma tan suya de sonreír, cuando las comisuras de sus labios empezaban a tirar hacia arriba, pero todavía no formaban una sonrisa completa.

Jueves, 14 de noviembre de 2024

PARA: acdc30fa@gmail.com
Querido Filip:
Creo que ayer fui un poco brusca. Quizás escribirte así, directamente, para decirte que quería tener sexo contigo, sin preparar el ambiente, fue demasiado.
Echo de menos el sexo contigo, pero creo que lo más correcto sería haber empezado por otras cosas que también echo de menos. Debería haberte dicho que lo que más extraño es tenerte en mi cocina. Por lo menos, aquí, en esta cocina, de este pueblo francés, no tengo recuerdos contigo. Esos se quedaron todos en Madrid. Bueno, y en la cocina de Sant Feliu de Guíxols. Esa era una cocina preciosa, con muchísima luz. Me gustaron nuestros desayunos en ella y también cómo me hiciste el amor encima de la mesa después de desayunar... Sí, el amor. Qué raro, ¿no? Decir «hacer el amor». Siempre me ha parecido extraño. Ahora lo entiendo.

Quiero que sepas que no te culpo de nada. Que, a pesar de lo que pasó con ese tío, que me cogió y me metió en un maletero… Bueno, no sé el motivo, pero no me da angustia pensar en Sant Feliu de Guíxols. No te culpes, por favor. Sé que te culpas, y lo que pasó estuvo lejos de tu control. A pesar de ello, yo no me arrepiento de haber estado contigo, y tú debes hacer lo mismo. Lo que ocurrió no borró ni uno de los momentos que tuvimos.

¿No es increíble? Dicen que el amor puede anteponerse a los momentos más terribles.

¿Crees que es eso lo que nos ocurrió? ¿Crees que fue amor y que ese amor sirvió para tapar todo lo malo? Y, si fue amor, ¿por qué no estamos juntos?

Beca

Terminé de escribir el correo y me sentí llena de lluvia. Ni tan siquiera me atreví a releerlo.

Me había vaciado y ahora todas las dudas estaban en aquellas palabras vertidas en mi portátil.

Sentí vértigo.

Lo dejé en borrador.

Me recogí mis largos rizos negros en el alto de la cabeza y me arrebujé en la manta.

Pensé en que, uno de esos días, tendría que animarme a encender la chimenea de leña. Sabía hacerlo. Lo había hecho con mi abuela en algunas Navidades, pero hacía años ya. El camión con la leña había venido un par de semanas atrás, pero al tener calefacción no me había animado. Sin embargo, recordé algo que me había dicho mi abuela sobre el calor de un hogar y el fuego de la chimenea.

Me había puesto un poco melancólica.

Cogí el móvil.

Tenía un mensaje de Hugo. En él me contaba cómo se echaban de menos mis magdalenas. Añadía que él, por su parte, echaba de menos salir a correr conmigo. Hugo era un atleta. Entrenar conmigo no le aportaba nada, pero estaba claro que era la compañía lo que notaba en falta.

Hugo era genial.

No se me movió ni un solo pelo de todo el cuerpo al pensar en él.

Viernes, 15 de noviembre de 2024

PARA: acdc30fa@gmail.com
Hola, Filip:
Creo que ayer me puse un poco intensa. He decidido echarle la culpa a la lluvia. Hoy no llueve. Hace un rato he salido a correr. No debería excusarme y evitar correr cuando llueve. ¿Qué clase de corredor hace eso? Pero he de decir que en invierno siempre me cuesta más. Quizás sea una corredora estacional.
Esta mañana he estado hablando con el abogado que me está llevando toda la parte legal del proyecto de cultivo. Parece ser que faltan unos documentos que tengo que enviar y ha requerido el Ayuntamiento.
Sin licencias todavía no puedo empezar. Pero ya lo tengo todo apalabrado con los trabajadores. Tengo a un agricultor muy experimentado, Pierre, que es a quien voy a poner al frente de todo el cultivo. Tiene mucha experiencia y trabajó en su día para mis abuelos. ¿No es algo increíble? Poder contar con alguien que estaba aquí cuando ellos trabajaban estas tierras.
Él conoce estos terrenos y sabrá poner un poco la mano que mi abuela ponía en ellos.
Me estuvo comentando algunas cosas que hacía mi abuelo con las matas de las fresas para mejorar la producción, y era un genio. Cuando mi abuela se centró más en las mermeladas, mi abuelo era el que estaba con los trabajadores entre los cultivos. No sé si te lo había comentado.
Filip, te echo muchísimo de menos. Tanto que, en ocasiones, cuando me acuerdo de ti, siento un dolor físico. Una especie de presión en el pecho. También siento muchas otras cosas. Cosas increíbles, que no había sentido antes, estoy segura.
Sé que eso no tiene nada que ver con las fresas, y ya sé que no hablamos de amor.
No hablamos de nosotros.
No hablamos de nada.
Siento que te pesó mucho lo que me ocurrió, pero tú no eres el responsable. Lo sabes, ¿no? ¿Por qué te marchaste así? ¿Tan malo era quedarse conmigo en Madrid?
Beca

Me quedé fría.

Aquello era un poco demasiado, ¿no? Bueno, daba igual. Aquel correo no era para nadie. Solo para mí, como el resto.

Lo dejé en borrador.

Moví la cabeza negativamente. No quería pensar más en Filip.

Busqué el documento que tenía que enviarle al abogado.

Viernes, 15 de noviembre de 2024

PARA: bastien.lefebvre@flavocats.com
Bonjour Bastien,
Je t'envoie le document que tu m'as demandé. Si tu as besoin de quelque chose d'autre, fais-moi signe.
À bientôt,
Beca[4]

Releí el correo.

Le di a enviar.

Sonó mi móvil. Era Sofía.

—Hola, demonia.

—¡Hola, villana! —replicó—. ¿Qué tal todo por ahí? ¿Ya tienes los permisos del Ayuntamiento?

Miré el portátil. Me preguntaba si quería guardar el borrador. Le di a enviar.

—Bien, hoy por fin ha dejado de llover —respondí cuando le daba a enviar otra vez porque había otra pregunta—. Lo de ayer fue demasiado. Pensé que nos íbamos a inundar. En cuanto a tu pregunta, qué va. No los tengo todavía. Justo estoy enviando un documento que requirieron al abogado.

Le di a enviar a todo.

Marqué sí en todas las preguntas que me hacía el portátil.

—Pues aquí sí que llueve y es ya bastante pesada tanta lluvia —comentó Sofía—. Ibas a venir este mes, ¿no? ¿Ya sabes cuándo?

Volví a mirar el ordenador. La carpeta de borradores estaba vacía.

¿Por qué estaba vacía?

De repente me quedé lívida… No, no… ¡No podía ser!

Sofía dijo algo. No la escuché.

—Oye, Sofía, tengo un problema con el portátil. Te llamo más tarde, ¿vale?

—¿Qué ha pasado? ¿Estás bien? —preguntó al notarme rara.

—Sí, sí… Es por un *e-mail* que he enviado.

Sofía se quedó mosqueada.

—Bueno, luego me cuentas, villana.

—Muy bien —repliqué tratando de no entrar en pánico.

Miré nuevamente la carpeta de borrador. ¿Dónde estaban los borradores de todos mis correos para Filip?

Busqué en la carpeta de enviados. ¡Los había enviado todos!

—¡No me jodas!

No, no, no… ¡Pues sí! Había enviado todos y cada uno de aquellos correos que no eran para nadie. Que eran para mí. Una forma estúpida de desahogarme. ¿Qué había hecho?

Entré en pánico.

Busqué rápidamente en internet: ¿Cómo recuperar un *e-mail* enviado? La informática nunca había sido lo mío. Busqué por varias páginas. Algunas indicaban pasos para recuperar correos de Gmail. En otra página leí que solo funcionaba si los dos correos eran de Gmail. El correo de Filip era de Gmail. Sin embargo, mi correo era de Outlook. En una de las entradas indicaba que, si el mensaje se enviaba a un usuario que tuviera un proveedor distinto de servicio de correo electrónico, no podía recuperarse. Iba a volverme loca. ¿Eso significaba que no podría recuperar los correos? Seguí buceando, leyendo y tratando de seguir los pasos que supuestamente me harían recuperar los mensajes.

Media hora después estaba frustrada.

Miraba el móvil con miedo. Esperando una llamada de Filip para hablar de los correos que había estado escribiendo por dos semanas.

Se iba a pensar que era una tarada.

Que lo echaba de menos.

Que pensaba en él todos los días.

Que estaba enamorada.

Capítulo 34

El viento de noviembre

La tercera semana de noviembre el mercado ofrecía una gran variedad de productos de temporada. Era viernes y me apetecía cocinar algo tranquila y sin prisas. Eché un vistazo a los distintos puestos. Había muy buen género.

En unos días me iría a pasar unos días a Madrid. Sofía tenía planes para que saliéramos a cenar y bailar hasta tarde. A ella no la paraba el frío de noviembre.

No había sabido nada de Filip, a pesar de que hacía una semana que lo había bombardeado a *e-mails*. Después de darle vueltas durante todo el fin de semana, había llegado a la conclusión de que o bien había recuperado los correos y Filip nunca los había recibido o que se habían ido todos a *spam*. Sería lo más normal si no le había escrito nunca, ¿no? Aferrada a aquella idea frente a la falta de respuesta de Filip, había decidido dar carpetazo al asunto.

Los correos nunca habían llegado a Filip.

Aquello nunca había ocurrido.

Filip jamás sabría de la incontinencia verbal que me había asolado ni que por su causa me había vaciado por completo en aquellos correos electrónicos.

Esa semana me concentré en el trabajo. Trabajé muchísimo durante toda esa semana en la que las lluvias por fin nos habían dado una tregua.

Había caminado con mis botas de goma por los terrenos con Pierre, planeando los cultivos. Los permisos estaban a punto de llegar y pronto limpiaríamos los terrenos y los prepararíamos para la época de cultivo. También había pasado dos mañanas con el ingeniero que trabajaba en el diseño de la nave. Estábamos ultimando los detalles para cuando pudiéramos empezar.

Todo lo que dependía de mí iba viento en popa. Podría irme a Nueva York en Navidades con la tranquilidad de dejar las cosas bien encauzadas.

La semana había sido intensa. No había parado ni un solo día. Es lo mejor que puedes hacer cuando quieres olvidar algo: mantener la cabeza bien ocupada.

Ahora era tiempo de relajarse. Para mí, eso era sinónimo de cocinar tranquila, sin prisas, con música, y ya que era viernes, y estaba sola, quizás con una copa de vino blanco.

Caminé por el mercado ojeando el buen producto que estaba a la venta. A pesar de que todavía no estábamos en diciembre, ya comenzaba a encontrarse trufa negra del Périgord en algunos puestos. Había mucho donde elegir: calabazas, coles, champiñones, avellanas… Cogí en mis manos una hermosa calabaza. Quizás podría preparar una crema de calabaza con trufa. Miré mi reloj. Eran las doce de la mañana. La receta requería bastantes ingredientes, pero era sencilla. Tendría tiempo para hacerla para el mediodía. Apenas estaba a unos minutos en coche de la casa. Mis ojos serpentearon hacia unos quesos que podría adquirir para completar el menú. Desde que estaba en Francia, los quesos eran un elemento esencial de mi dieta.

Volví a bajar la vista a la calabaza. Tenía muy buen aspecto y estaba en su punto. La golpeé suavemente con los nudillos. Se escuchaba un sonido hueco. Perfecto, estaba lista para el consumo.

—¿Crees que te contestará si llamas delicadamente? —preguntó alguien haciendo un apunte sobre mi gesto.

Aquella voz.

Me giré con la calabaza en las manos.

—Hola —saludó Filip.

Recién afeitado. Con un plumífero tostado, del color de su cabello. Las comisuras de sus labios tirando hacia arriba, queriendo formar una sonrisa. En aquel gesto tan suyo. Reteniéndola, conteniéndola. Sin dejar que la sonrisa llegara a dibujarse del todo.

¡Filip!

—Hola —repliqué alucinada de que estuviera allí.

—¿Y bien? —preguntó señalando con un gesto la fruta naranja.

Bajé la mirada a la calabaza, tratando de centrarme en lo que había dicho.

—Se golpea suavemente con los nudillos para saber si está lista —contesté, explicando mi gesto.

—Ajá.

—Si suena hueca, está lista; si suena más apagada, es que todavía está aguada —expliqué—. Que le faltan unos días para consumirla.

Me miró con intensidad.

—Lo tendré en cuenta la próxima vez que compre una calabaza.

Sonreí débilmente.

—¿Has comprado una calabaza alguna vez?

—Jamás en toda mi vida —confesó mirándome con un brillo conocido en la mirada.

Nos quedamos en silencio. Había mucho que decir, pero no lo decíamos. La dueña de la frutería me miraba ya un poco molesta.

—Creo que deberías pagarla o devolverla —murmuró Filip dejando que se formara aquella sonrisa.

—¿¡Qué!? —pregunté perdida en su sonrisa—. ¡Ah, sí, la calabaza!

Me dirigí a la señora y pagué la calabaza.

Nos apartamos del puesto.

¿Qué hacía Filip allí?

—Pensé que aquí solo consumirías fresas.

Sonreí con sorna.

—No creo que nadie pueda vivir solo comiendo fresas.

—Quizás sí de mermelada de fresas.

—Esa sería demasiada azúcar.

—Es posible, pero a mí no me importaría —apostilló.

Me sentía extraña caminando con Filip por el mercado, ambos enfundados en nuestros plumíferos de invierno. El suyo, castaño, a juego con su cabello. El mío, azul oscuro, en contraposición al azul claro de mis ojos.

—¿Cómo sabías que estaba aquí?

Obviamente, me refería al mercado. Él sabía que me había trasladado a Francia. Se lo había dicho en las ocasiones en las que habíamos hablado por teléfono.

—Es un pueblo pequeño. Fue sencillo localizar la casa. El apellido de tu padre es conocido.

Era cierto, por todo lo que mis abuelos habían hecho allí.

—¿Has utilizado tus dotes de *hacker*?

—No hizo falta. Con Google Maps y preguntar a un par de vecinos fue suficiente —replicó—. Llamé a la puerta de la casa. Al ver que nadie abría, me vine al pueblo. El mercado es el sitio idóneo para una amante de la cocina como tú.

—Ya… —murmuré.

—Estás en tu hábitat natural —añadió Filip.

Tenía razón, era así.

—Pero ¿qué haces aquí? —murmuré mientras caminábamos esquivando gente.

—Pensé que sería obvio —replicó con una voz grave que reverberó por todo mi cuerpo—. ¿Quieres una declaración a lo Romeo y Julieta?

Me mordí el labio.

—Es posible —respondí dejando salir el aire que me quemaba en los pulmones.

—Entonces, déjame que la prepare, no soy de palabras.

—¿Todavía no la tienes preparada? —añadí en voz baja.

—He preparado muchas, pero me desarmo cuando estoy a tu lado —confesó en mi oído mientras caminábamos entre la gente.

Aquello era casi irreal. Caminar con él, en aquel mercado. Rodeados de calabazas, champiñones, setas, avellanas, quesos, carne, pescado y tantos otros productos... Inhalando Francia por los cuatro costados.

Caminamos avanzando un poco entre la gente.

Filip cogió la calabaza de entre mis manos.

—Yo te la llevo.

Subí la mirada mientras seguíamos caminando.

—¿A dónde vamos?

Filip se encogió de hombros.

—A donde tú quieras. ¿Qué pensabas hacer ahora?

—Pensaba comprar ingredientes.

—¿Para hacer qué?

—Crema de calabaza con trufa negra.

Me miró con aquellos ojos llenos de colores.

—¿Y qué necesitamos?

—Bastantes cosas.

—En ese puesto hay trufa —comentó señalando un puesto a mi lado.

—Sí, la hay en bastantes —comenté echando un ojo a la trufa, quizás para escapar de su mirada verde-castaña-amarilla, llena de matices—. Pero me gusta más otro puesto. Ese no es de mis predilectos.

—Bien, tú eres la experta. Yo te sigo —declaró, y pensé en si estaba hablando de algo más que a dejarse guiar por el mercado—. Cojamos todo lo que necesitas.

Buscamos todo lo necesario entre comentarios sobre los productos, el pueblo y el extraño sol otoñal que ese día asolaba el Périgord.

Asentí mientras salíamos del mercado.

Los colores ocres hacían hermoso Belvès. Parecía que estábamos en un cuento. Con los colores otoñales rodeándonos, con aquellas casas tan bonitas de aquel pequeño pueblo francés. Con sus tejados de pizarra o teja tradicional y las tonalidades ocres de sus paredes. No me extrañaba que aquel fuera considerado uno de los pueblos más bonitos de Francia.

Filip me acompañó hasta mi coche.

Abrí el maletero para meter las bolsas y la calabaza.

El viento enredó mis rizos negros y el cabello acastañado de Filip se movió, tratando de seguir los acordes de mis bucles.

No sabía si estaba allí de paso. Si venía a buscarme porque el pecho le quemaba por lo que sentía por mí, como me ocurría a mí. O si simplemente había venido a hablar de mi diarrea verbal, volcada en semejante chorreo de *e-mails*, para despedirse después, una vez más.

Me había autoconvencido de que Filip no había recibido mis correos, o que se habían ido al buzón de *spam*. Pero Filip estaba allí.

—Pensé que no volvería a verte —confesé mientras el viento enredaba su cabello.

—Siento haber tardado tanto —replicó sin dejar de mirarme.

Aquella frase decía mucho, pero no era directa. Era como él, críptica.

Sentí aquella presión en el pecho, como si me hubiera vuelto de cristal y pudiera romperme de un momento a otro.

Desvié la mirada porque no quería que viera con total claridad cómo me había dolido su ausencia. Su indecisión.

—La casa no está lejos —comenté—. Solo a unos minutos en coche.

—Lo sé —comentó con una sonrisa—. Vengo de allí. —Guardó un breve silencio antes de añadir—: Mi coche está ahí. Te sigo.

Segunda vez que lo decía en un breve espacio de tiempo. ¿De verdad estaba dispuesto a seguirme? ¿Acaso quería decirme que todo quedaba en mis manos? Entonces, ¿por qué sentía que era él quien tenía la sartén por el mango?

—Muy bien —repliqué algo tensa.

Subí a mi coche mientras Filip me seguía con el suyo. Me pregunté si en su maletero llevaría una mochila para pasar un par de días, si estaría vacío o si, por el contrario, llevaría una maleta grande. Si había venido con lo puesto o había venido a quedarse. ¿Había futuro? Y si lo había, ¿era un futuro de algún fin de semana ocasional o podríamos tener algo más juntos? No estaba segura de poder volver a vivir una aventura sin más con Filip, con la primera ya me había quemado.

No me di cuenta de cómo me iba el corazón hasta que me puse en marcha. Nunca me había gustado demasiado conducir, y hacerlo con una taquicardia no parecía la mejor idea. Aun así, conduje, y no tardamos mucho en llegar a la casa.

Dejamos las bolsas en la mesa de la cocina y salimos al exterior. Aprovechando el tibio sol de noviembre, caminé con Filip por los recuperados terrenos de mis ancestros.

Le expliqué la idea de cultivo en la que había estado trabajando. Por dónde pondríamos las plantas de fresas y dónde se localizaría la construcción de las instalaciones necesarias tanto para los aperos del campo como para poner en marcha la fábrica de mermeladas. Aun así, el primer año me centraría en el cultivo, vendiendo las fresas. No esperaba comercializar mermeladas de manera inminente. Iría paso a paso. Además, tenía que estar bien el producto antes de comenzar con las mermeladas. Una vez que tuviéramos controlados los cultivos de fresas, seguramente también necesitaría una época de ajuste antes de poder comercializar las mermeladas. Las primeras serían prueba y error. Una cosa era lo que yo podía hacer en mi cocina, otra, trabajar de forma industrial. En todo caso, le expliqué a Filip que ya tenía contratados a los agricultores y a las personas que me ayudarían en todo el proceso. Grandes profesionales con amplia experiencia en la materia.

Caminé con él por los terrenos explicándole que, en cuanto tuviera luz verde, prepararíamos los terrenos. Lo quería todo limpio y a punto para empezar a cultivar.

Nos habíamos detenido a una buena distancia de la casa.

Miré a mi alrededor. Entre aquellos terrenos verdes matizados con ocres del otoño, llenos de vida y naturaleza. Rodeados de árboles. La belleza era impresionante. Había verde, miraras donde miraras, incluso en los ojos de Filip.

—Bueno, y este es el plan —comenté mientras mirábamos a nuestro alrededor.

—Es un plan fantástico —comentó de forma críptica.

Un plan fantástico, ¿para quién? ¿Lo era para mí? ¿Lo era para él conmigo? ¿Había venido porque había la posibilidad de un nosotros? ¡Qué estupidez! ¿Qué iba a hacer un *hacker* en medio de aquella región francesa?

—¿No te parece una locura? ¿Pasar de hacer magdalenas a cultivar fresas en cantidades industriales y comercializar mermeladas?

Negó con la cabeza, pero no sonreía.

—No.

—¿No? —Las dudas me seguían asolando de vez en cuando, y allí, viéndome a través de los ojos de Filip, volví a dudar—. No hablamos de hacer mermeladas en mi cocina, hablamos de levantar una empresa. Es querer abarcar mucho. Quizás no sea capaz de lograrlo.

—Lo harás —afirmó con seguridad—. Lo llevas en la sangre. Siempre supe que harías grandes cosas. Solo necesitabas un poco de claridad para hacer algo con todas esas ganas de comerte el mundo que tienes.

Solo con aquellas palabras, sin ni tan siquiera tocarme, ya me había desarmado.

—No sabía que tenía ganas de comerme el mundo.

—Sí, a grandes bocados —añadió.

Silencio enredándose con el viento y aquel tibio sol de otoño.

—¿Y tú? —pregunté—. ¿Sigues trabajando en el lado oscuro?

Negó con la cabeza.

—He estado trabajando para el Gobierno del Reino Unido —confesó—. He estado en Londres estos últimos meses.

—¿Y eso?

—Tuvieron problemas de seguridad informática y tenían buenas referencias.

—¿Qué pasa? ¿Ahora eres el 007 de moda? —pregunté con una sonrisa.

Filip se encogió de hombros.

—No creo. No tengo licencia para matar, solo ciertas habilidades informáticas.

El viento enredó mis rizos. Lo miré a través de aquellos rizos con mis ojos azules muy claros.

—¿Recibiste mis correos? —pregunté dejando que mis palabras se las llevara el viento.

—Sí —contestó con una mirada clara.

—¿Los leíste?

—Todos.

—Dios, ¡qué vergüenza! —exclamé arrepentida. ¿Por qué los había escrito?

Me llevé las manos a la cara muerta de la vergüenza. Filip salvó el espacio que nos separaba y me abrazó con fuerza contra su pecho, entre el viento de noviembre. No sabía si reír o llorar.

—No tienes que avergonzarte —murmuró contra mi cabello.

—No eran para enviar. ¡Los tenía en borrador! —me excusé.

—Te aconsejo que no guardes en borrador e-mails con la dirección de envío escrita —replicó con dulzura.

Me abracé a él.

—¿Quieres saber cuál fue mi favorito? —preguntó con voz cálida.

Levanté los ojos hacia Filip.

—Sorpréndeme.

La mirada de Filip brilló.

—Ese en el que me decías las ganas que tenías de echar un polvo conmigo —respondió con una sonrisa algo canalla.

Nos reímos los dos.

Filip hundió sus manos en mis cabellos y atrajo mi boca hacia la suya. Me besó en medio de aquellas tierras por las que mi abuela había luchado tanto y por las que yo estaba dispuesta a pelearme. Con besos con sabor a fresas, a tierra húmeda de otoño, a prados verdes, a trufa y a Francia. Con un amor que nos calaba los huesos.

—¡Filip! —exhalé en algún momento en que sus labios se separaron de los míos.

—Beca, mi chica de las magdalenas —susurró antes de volver a besarme.

Entramos en casa corriendo tras dejar en la entrada las botas de goma y los plumíferos. Subimos las escaleras que nos llevaban a mi habitación sin ser capaces de quitarnos las manos de encima.

Nos arrancamos los jerséis y caímos sobre mi cama.

Filip se encajó entre mis piernas. Metió una mano por debajo de mi camiseta mientras deslizaba sus dientes por mi cuello.

Me arqueé debajo de él.

—Todavía no he escuchado una declaración —jadeé entre besos calientes.

—¿No? ¿Y qué hay de lo echar un polvo? —preguntó con una mirada vidriosa.

Filip me quitó la camiseta y me quedé tumbada en la cama con un sujetador negro, como mis rizos, mis vaqueros y unas ganas inmensas de que entrara dentro de mí.

Lo miré a los ojos. Hundí mis manos en sus cabellos y dejé que me abrasara con aquel verde intenso, lleno de dorado y macerado con castaño.

—Eso está genial —murmuré mientras mi cuerpo lo buscaba—. Pero no es suficiente.

Filip rodeó mi cuello con una mano.

—¡Beca, Beca...! —suspiró mientras bajaba aquella mano hasta mi pecho—. Siempre queriendo más.

—Sí. Quiero más —confesé, y lo comprendí con una claridad inmensa por primera vez.

Filip ensanchó una sonrisa llena de todo lo que vendría después.

—Eso está genial, porque quiero dártelo todo —declaró—. No sé cómo saldrá, pero estoy aquí, para darte todo lo que soy. —Guardó silencio unos instantes—. Le he dado mil vueltas a esto, Beca. No entraba en mis planes enamorarme en Madrid, y cuanto te ocurrió eso por mi culpa…

Le puse una mano sobre los labios.

—Tú no tuviste la culpa.

—No directamente, pero sí de algún modo —explicó—. Me alejé porque era lo que tenía en mi agenda desde el principio. Hacer mi trabajo y largarme. Pero también por culpa. Sentí una culpa inmensa por lo que te ocurrió.

Sentí como le pesaba todo lo que llevaba dentro.

—¿Y por eso te has mantenido a distancia?

Filip me acarició con delicadeza.

—Sí, por eso y por un pensamiento recurrente de que sin mí estarías mejor —declaró—. Pero no he dejado de pensar en ti ni un solo día —confesó—. Cuando recibí tus *e-mails* comprendí que tú tampoco has dejado de pensar en mí. —Me miró con amor y retuve el aire en mis pulmones—. ¡Siento muchísimo lo que ocurrió, Beca!

—No lo menciones más. Eso ya pasó —murmuré tratando de trasmitirle la calma que necesitaba en lo que a ese asunto se refería

—. Eso ya pasó. Estoy bien.

Filip guardó silencio y me acarició la mejilla, apartando un mechón hacia un lado.

—De lo que no me arrepiento es de ser el responsable de que se rompiera la puerta de tu casa, porque gracias a ella llamaste a mi piso para meterte en mi casa a altas horas de la madrugada. Entraste como un torbellino en mi casa, mi mundo y mi corazón, y ya no creo que sea capaz de sacarte de mi vida —declaró. Sonreí, pero no pude evitar que se me empañaran los ojos—. Jamás he tenido nadie a quien cuidar. Ni he pertenecido a nadie. Pero quiero intentarlo contigo. —Soltó aire mientras su mano descendía por mi estómago—. ¿Te parece una declaración lo suficientemente grandilocuente?

—No está mal —repliqué tratando de contener mis emociones —. Aunque quizás falte algo.

Filip me miró.

—¿Qué? —preguntó con la voz cargada.

—¿Qué te parece un «te quiero»?

—¿Un «te quiero»? —preguntó con una mirada muy dorada, con matices castaños y verdes.

—Sí. Un «te quiero» sencillo. Todo un clásico —argumenté.

Filip negó con la cabeza.

—Un «te quiero» me parece pequeño. Insuficiente. Si pretendes que con eso declare lo que siento por ti. —Bajó su nariz y acarició la mía con la suya, en un gesto lleno de calidez—. Pero espero ser capaz de demostrarte todo lo que siento por ti de alguna manera que te haga comprender cómo te me has clavado en el corazón. Estás dentro de mi cabeza, en mi estómago. Lo llenas todo, Beca —declaró rompiendo los esquemas de todas las declaraciones de amor que en mis más secretos sueños hubiera esperado escucharle decir. Me miró a los ojos antes de añadir—: ¿Y tú? ¿No piensas decir nada?

Esbocé una sonrisa inmensa.

—Creo que yo ya he dicho demasiado en mis correos —repliqué hundiendo mi mano en su cabello para atraerlo hacia mí—. Pero confesaré que yo tampoco pensaba enamorarme así, Filip. Ahora sé

que nunca antes había estado enamorada. No de verdad. No como lo estoy de ti.

Filip entrelazó sus dedos con los míos encima de la cama. Me miró con profundidad y me besó.

Nos enganchamos, comiéndonos a besos. Diciéndonos con aquellos besos los «te quiero» que otros decían con palabras. Entregando todo lo que teníamos.

—Quiero tenerte así siempre —murmuró hundiendo su cara en mi cuello.

—¡Fantástico! —respondí divertida mientras sentía sus labios sobre mi piel—. Veo que estamos sincronizados y espero que hayas traído el maletero lleno de tus cosas, porque no tengo ninguna intención de dejarte salir de esta cama por un tiempo.

Filip fijó su mirada llena de colores en el lunar de la comisura de mis labios.

—¡Esa afirmación me encanta! —confirmó enganchando mi labio con sus dientes.

Fuera el sol se había retirado y comenzaba a llover contra los cristales de mi habitación.

—Puedes quitarme los pantalones e ir empezando —añadí—. Tienes mucha tarea pendiente.

Filip bajó mi cremallera.

—¡Bien! En eso estaba pensado —murmuró volviendo a acercar sus labios a los míos.

Me besó y me abandoné a una sensación cálida llena de cosas bonitas que Filip me hacía sentir.

No, no hubo muchos «te quiero» en nuestra historia; porque Filip no era de palabras, y sí, eran dos palabras que podrían servir para muchas parejas, pero no encajaban en el inmenso mundo que construimos.

En compensación, hubo mucho amor.

Amor del bueno.

Del bonito.

Del que llena desayunos de conversaciones.

Del que te despierta con una sonrisa y buscas con ganas los besos antes del primer cepillo de dientes.

Del que acepta las cosas malas del otro.

Del que se cuelga de las imperfecciones.

Del de las bromas privadas que nadie más entiende.

Del que se levanta para cultivar fresas en un paraje idílico de un pueblo francés.

Del que entrega sus cuerpos a una pasión llena de deseo y carne.

Del que suma cuando las inclemencias restan.

Éramos dos huérfanos que se habían encontrado para dejar atrás aquella soledad en la que habíamos navegado durante años.

Y quizás por eso, por estar famélicos de amor del bueno, lo devoramos a manos llenas.

Epílogo

Besos con sabor a fresas

—¿Cómo demonios se supone que iba yo a sospechar de Martina? —rumió Sofía cogiendo una fresa entre sus manos—. Siempre ha sido una *workaholic.* No habría dudado jamás de ella. Llevo trabajando años con ella. Amaba ARA WORLD. ¿Cómo iba a pensar que era ella quien estaba pasando los diseños a MUTE CLOTHING AND ACCESSORIES? ¡Es una locura! —declaró frustrada—. Era la persona más valorada del departamento.

—Supongo que no era una cuestión de prestigio —comentó Nat meciendo a su bebé en sus brazos—. Más bien sería una cuestión de dinero. Por dinero baila el perro.

Sofía arrugó el ceño.

—Si nos ponemos en plan refranero, te diré que más vale pájaro en mano que ciento volando.

—Al parecer, para tu jefa no —comentó Nat.

Cogí el café con leche caliente entre mis manos y me lo acerqué a los labios. Estábamos a finales de mayo. Hacía un día soleado, pero todavía hacía fresco en el Périgord. La noche anterior había llovido y, aunque era una tarde soleada, se notaba que todavía estábamos en primavera y que aquel no era el tiempo de Madrid.

—Me siento una imbécil cuando pienso en todo lo que me maté buscando al culpable y metiéndome en líos, cuando he tenido a la culpable delante de mis narices todo este tiempo. ¡Menuda idiota! —declaró Sofía.

—No te martirices más —le aconsejé—. No era cosa tuya descubrir quién era el culpable del robo de los diseños.

Sofía estaba molesta, no era para menos. A ella la había traído de cabeza aquel asunto.

—¡Te recuerdo que me suspendieron de empleo y sueldo! —recordó—. Tres días.

Nat levantó sus ojos castaños hacia la pelirroja.

—Eso te lo buscaste tú, Sofía.

Sofía la miró con una fresa en las manos. Estaba a punto de responderle cuando el bebé rompió a llorar. Lucas tenía la facilidad de ponerse a llorar cuando Sofía y Nat estaban a punto de enzarzarse en alguno de sus absurdos enfrentamientos. Las dos se querían muchísimo, pero parecía que la costumbre de enfrentarse se había quedado arraigada entre ellas. No eran amienemigas, pero tampoco podían dejar aquel tira y afloja. En el medio de ellas estábamos Lucas, con tan solo seis semanas de vida, y yo.

Nat acunó al bebé en sus brazos y después devolvió su mirada a Sofía.

—En todo caso, Sofía, no te preocupes más por eso. Te amonestaron, es cierto, pero ya ha pasado tiempo desde entonces. A tu responsable la han echado del trabajo y tú mantienes tu puesto. Lo que hiciste lo olvidarán antes o después, y seguirán valorándote como una profesional de diez —declaró convencida.

Miré a Natalia. Sabía que había dicho eso para tratar de enmendar su comentario anterior y se lo agradecí. Sofía también lo hizo. Quizás aquellos comentarios se habían enraizado en su relación, pero ambas intentaban poner de su parte para limar las asperezas que habían surgido entre ellas.

—Gracias —aceptó Sofía relajando el gesto—. Sí, pero no solo la han despedido, también la han denunciado por el robo y filtrado de información.

—Pues han hecho bien. Es lo correcto por lo que ha hecho.

—Hay un montón de rumores. Todo el mundo está hablando de ello en la oficina —comentó Sofía—. Al parecer, habrá un juicio por revelación de secretos de empresa o espionaje industrial. Algo así.

Me estremecí. No quería pensar en nada que tuviera que ver con juzgados. Mi experiencia con el asunto del secuestro había sido más que suficiente. Por lo menos todos los implicados en el secuestro de datos al Estado, y en mi propio secuestro, ya habían

sido enjuiciados en febrero. Algunos habían llegado a un acuerdo con la Fiscalía, con otros había habido juicio.

Finalmente, había caído también la gran fortuna que había contratado los servicios de la banda de ciberdelincuencia y terrorismo informático, así como importantes mandos de esta, pero había algunos tipos sospechosos de ser miembros de la banda contra los que no se había podido reunir pruebas contundentes para probar su implicación y llevarlos a juicio. En todo caso, nos habían dicho que la instrucción había sido un éxito y en tiempo récord. Pero no era de extrañar, ya que, en vista de la envergadura del asunto, se habían puesto todos los medios para ir a juicio cuanto antes.

Por lo menos, eso ya estaba zanjado y no había que volver a pensar en ello.

Para mí era un tema cerrado. No quería volver a tener que saber nada de juicios y asuntos que implicaran a la policía nunca más.

—Mejor hablemos de otra cosa. No quiero saber nada de asuntos de juzgados —comenté.

Sofía alargó una mano y apretó la mía encima de la mesa.

—Bien, villana. Tienes razón.

Me pasé una mano por mis rizos, que se mecieron hacia un lado.

—Podemos hablar de este pequeño lirón —comentó Nat orgullosa—. Se pasa el día durmiendo, ¡qué tío!

El bebé se había quedado otra vez dormido en los brazos de su mamá.

—¡Dichoso él! —se rio Sofía—. Yo también querría que alguien se pasara el día acunándome y hala, a dormir.

—Tú no pararías quieta ni diez minutos —repliqué con guasa—. Eres un culo inquieto.

—Es verdad —aceptó haciendo una mueca—. No puedo estarme quieta.

Natalia se sentó con su bebé en brazos.

—¿Os podéis creer que puedo pasarme horas simplemente mirándolo? —preguntó Natalia embobada—. Soy una mamá estereotípica.

Nat estaba feliz y dichosa con su bebé. Lucas era un bebé precioso que tenía la suerte de tener dos madrinas que lo consentían como a un pequeño príncipe. La maternidad no había sobrepasado ni hundido a Nat. Increíblemente, se había convertido en una especie de mujer todoterreno que no había ni dudado en decirme que sí cuando las había invitado a probar las primeras fresas de mi plantación. Y allí estaba, con su bebé a cuestas.

—Eres una mamá genial —afirmé.

—Es cierto —aceptó Sofía—. ¡Eres una supermamá, Nat! Me quito el sombrero.

Natalia la miró y esbozó una sonrisa con dulzura.

—Gracias, Sofía.

En ese momento las nubes se movieron y un rayo de sol iluminó la mesa de exterior en la que estábamos sentadas. Corría el aire en el patio de la casa de Francia, pero me gustaba aprovechar el exterior cuando no llovía.

—¡Mirad, un milagro! —exclamé al ver como la providencia había iluminado aquel momento de verdadero amor entre mis mejores amigas.

Las tres nos reímos con ganas.

El bebé se removió incómodo.

—Creo que necesita un cambio de pañal —comentó Nat—. Sofía, ¿te apetece?

—Antes preferiría que me desollaran viva.

Me reí.

—Algún día te tocará —comentó Nat mientras se levantaba—. Beca lo hace a la perfección.

—No me importa hacerlo —respondí.

—Beca tiene mucho sexo —replicó Sofía—. Es posible que su cuerpo se esté preparando para pedir un bebé. Su subconsciente la estará entrenando.

—¡No, gracias! —comenté volviendo a beber de mi café.

—Tiempo al tiempo —comentó Nat—. Yo también te veo con algunos críos corriendo por esta enorme casa.

—No me agobiéis —repliqué con una sonrisa.

—¡Mírala! ¡Si se le pone cara de boba enamorada! —me acusó Sofía—. En cualquier momento nos llega a Madrid con un bombo.

—¡Y después a cambiar pañales! —indicó Natalia, que entraba con el bebé en la casa.

Sofía se reía mientras cogía otra fresa entre sus manos. Teníamos una de las cajas de mi cosecha encima de la mesa.

—Te vas a empachar —le advertí.

—¡Están de vicio! ¿Cómo han podido salir tan buenas si son las primeras que cultivas?

Sonreí satisfecha. Mis fresas eran mi orgullo. Por ahora había cultivado las variedades Clery y Donna. Ambas se habían desarrollado con un tamaño perfecto, aroma intenso y sabor dulce. Eran todo lo que una fresa debería ser. También había experimentado con una pequeña partida de Gariguette, que era más jugosa y tenía un sabor ligeramente ácido.

—Son estos terrenos. Bueno, eso y que he contratado a los mejores agricultores —apunté—. Pierre ya había trabajado años con mi abuela.

Sofía asintió.

—Tu abuela estaría feliz. Muy orgullosa de lo que estás haciendo.

Recordé a mi abuela caminando conmigo de la mano por aquellas tierras cultivadas de fresas, o por la empresa, enseñándome sus mermeladas.

—Creo que sí —asentí.

—Puedes darlo por seguro —afirmó—. ¿Sabes? Cuando me dijiste que te venías para aquí me pareció una locura —confesó—. Pero ahora, te veo en esta casa, entre los terrenos, y es como si llevaras aquí toda la vida —declaró Sofía—. Te echo muchísimo de menos en Madrid, pero me encanta verte aquí. Estás pletórica.

Sonreí.

—¿Y tú? —pregunté con cierta cautela.

—Yo estoy feliz, rellena de fresas —replicó tratando de eludir algo más profundo.

—¿Y nada más?

—¡Nada más que declarar, señoría!

—Sofía…

—No me llames así. Mejor dime demonia o hija de Satán —me pidió—. Si me dices Sofía, me parece que vas a ponerte seria y no estoy segura de querer ponerme seria.

—¿Y Diego qué?

Una sencilla frase de tres palabras que para Sofía representaba criptonita pura.

—Diego nada —contestó cogiendo otra fresa de forma compulsiva.

Sofía era delgada. Muy delgada. No iba a engordar ni aunque se comiera la caja entera de fresas, pero igual no era muy saludable tanta fructosa.

—¿Qué vas a hacer?

Sofía seguía enamorada, hasta los huesos.

—No voy a hacer nada —afirmó con contundencia—. Es cuestión de tiempo. Se me pasará.

Asentí, pero empezaba a dudarlo. ¿Cuándo se le iba a pasar? El amor no tenía un botón de *on* y otro de *off*. Eso ya lo había experimentado yo en mi propia piel.

Había hablado con Sofía en varias ocasiones. Le había llegado a comentar que quizás debería hablar con Diego de sus sentimientos, pero Sofía se había espantado. Le parecía algo imposible. Una locura. Él era el ex de Natalia. Se conocían desde hacía muchos años y la veía como una amiga.

Jamás podría pasar nada entre ellos.

Ella nunca le confesaría sus sentimientos.

Diego no se enteraría del amor que Sofía había sentido.

Nat nunca descubriría los años que Sofía había pasado enamorada de su novio.

Esa era su decisión. No quise insistir con el tema. Sofía debía librar sus propias batallas.

—¿Sigue viviendo en la casa de sus padres? —pregunté.

—Sí —confirmó—. Pero va a buscarse algo. Es solo que estuvo muy deprimido con la ruptura y no se sentía con fuerzas de buscar un piso. Ahora está mejor y encontrará algo. No quiere seguir en la casa de sus padres.

—No me extraña. Es normal que quiera su independencia. Supongo que habrá sido duro volver a la casa de sus padres después de tantos años viviendo con Nat.

—Sí. Ha sido complicado, pero estaba hecho polvo. No tenía ánimos de ponerse a buscar—. Pero ahora lo veo muy bien. Está mejor.

—Me alegro mucho. Diego es un buen tío.

Sofía asintió.

—Sí, eso es exactamente lo que es: un buen tío.

Ella era la que más cerca de Diego había estado. Siempre habían sido muy amigos y se había convertido en el hombro en el que él había llorado.

Es duro ser el paño de lágrimas de la persona de la que estás enamorada mientras él llora por otra.

Menudo lío.

Filip apareció caminando con sus botas de goma y una camiseta de manga larga que se había remangado. En la cabeza un sombrero de paja, y debajo de uno de sus brazos, una caja de fresas.

Una suave barba tirando a rubia le daba un aspecto campestre y libre.

—¡Joder con el *hacker* granjero! ¡Está que se rompe!

Me reí mientras sentía aquello enredándose en mis tripas.

—¿No decías que era *un poco demasiado ancho*? —la piqué citando sus palabras.

—Pues ya no me lo parece —se rio con sorna—. ¡Qué bueno está, maja! La vida del campo le sienta de vicio. Está como más musculoso, ¿no?

Revisé sus brazos. Sí, estaba más fuerte y más fibroso. Pero eso no era lo más atractivo de Filip. Él era, literalmente, mi alma gemela. Me dieron ganas de comérmelo entero, y al mismo tiempo, cuando me miraba, sentía ganas de abrazarme a él y quedarme quieta, simplemente escuchando el latido de su corazón. Nunca había sentido algo tan fuerte y contradictorio por un hombre.

—Filip siempre ha sido un sobresaliente —afirmé.

—Supongo que lo has visto siempre con los ojos del amor —se burló Sofía—. Pero ahora sí lo es —añadió—. ¡Oye, Filip! Qué bien te sienta el campo, ¿no? —preguntó levantando la voz mientras él caminaba hacia nosotras.

—¿Por? —preguntó—. Es cierto que es más sano que vivir todo el día sentado delante de un ordenador.

—No sé… Porque te veo descansado —comentó con guasa mientras le daba un buen repaso.

Sofía y Natalia habían llegado hacía unos días, pero Filip estaba trabajando en París para una empresa de reconocido prestigio y no había estado para recibirlas. Había llegado la noche anterior, cuando todas dormíamos, y me había despertado a besos. Esa mañana había salido temprano a trabajar al campo. Había descubierto que, de vez en cuando, le encantaba perderse en aquellas tierras. Que el trabajo de campo era el contrapunto perfecto para despejarse después de pasar días encerrado con el ordenador.

—Traigo fresas —anunció mientras llegaba hasta nuestra mesa.

—Ya tenemos —respondí—. Hay aquí una caja de Clery.

—Estas son Gariguette. Las primeras que recogemos. Acabo de lavarlas con la manguera. Podéis probarlas.

—¿¡Las Gariguette!? —pregunté sorprendida—. ¿Seguro que están listas? ¿No les faltaban un par de semanas?

—Pierre dice que están listas —aseguró con una sonrisa amplia —. Me ha comentado que, como llevas unos días entretenida con la visita de tus amigas, no ha querido decirte nada, para darte una sorpresa cuando estuvieran listas. Han empezado hoy a recolectarlas.

Me levanté para observarlas de cerca. Era cierto que llevaba unos días ocupada con las chicas y el bebé. Normalmente me pasaba todos los días por los cultivos. Cuando podía, yo misma trabajaba con los agricultores, era una más. Los días que estaba ocupada con papeleos y gestiones me gustaba pasar en algún momento del día por los cultivos. Últimamente estaba muy ocupada con la empresa de mermeladas. Estábamos rematando los últimos detalles. La habíamos levantado en un tiempo récord. Todavía

faltaban algunas máquinas para el etiquetado de los productos, pero el resto estaba casi listo.

Filip colocó la caja de fresas al lado de la otra. Se advertía claramente la diferencia. La Gariguette eran de color rojo anaranjado y de aspecto alargado, mientras que la Clery tenían un rojo más brillante y un aspecto cónico.

—¿Y de sabor qué tal? —pregunté observándolas con ganas.

Acababa de tomar un café con leche y no me gustaba comer nada por encima del café.

Filip me miró de aquella forma tan suya. Con aquella sonrisa que no llegaba a formarse, pero donde las comisuras de los labios empezaban a tirar hacia arriba. Alargó una mano para enganchar mi cuello y acercarme a él.

Lo miré esbozando una sonrisa de anticipación, muy cerca de sus labios.

—Dímelo tú —murmuró justo antes de besarme.

Su lengua se hundió en mi boca y esta se abrió a él. Sentí el sabor intenso de la Gariguette, agridulce. Sin poder evitarlo, subí mi mano para aferrarme al cuello de Filip y atraerlo más hacia mí. Filip me abrazó contra su cuerpo.

—¡Oh, por favor, no se come delante del hambriento! —bramó Sofía.

Separé mis labios de los de Filip, pero sin dejar de abrazarnos. Filip acarició con su nariz la mía.

—¿Te ha gustado? —preguntó.

—Mmmm… Parece que está en su punto justo de maduración —declaré—. Pero quizás tendría que volver a probarla.

—Sí, quizás haya sido una cata un poco exigua.

Filip hundió su mano en mis rizos negros, volviendo a atraer mi rostro hacia el suyo.

Volvió a besarme.

Besos con sabor a fresas Gariguette.

Besos con sabor a Francia y aroma a tierra húmeda.

—¡Id a un hotel! —nos increpó Sofía, muerta de la risa, lanzándonos una fresa.

Filip se separó y me miró con ojos soñadores. Llenos de verde, castaño y amarillo.

Llenos de los días que habíamos pasado haciendo el amor en el suelo de esa antigua casa. De charlas trabajando en el campo juntos; porque sí, Filip se había medio convertido en agricultor, cuando sus quehaceres de 007 al servicio de los gobiernos de media Europa y grandes empresas se lo permitían. De vez en cuando cogía sus ordenadores y desaparecía por un par de días o un par de semanas. Pero yo no tenía nada que reprocharle, porque a mí también me gustaba tener mi espacio para poder centrarme en mi negocio.

Libertad para levantarme con las auroras y poner en pie mi propio proyecto, como habían hecho las grandes mujeres de mi familia.

Libertad para volar y pasar días en Madrid. Charlar con las chicas y acunar a Lucas. Estar en mi piso lleno de mil cosas que contenían en su interior recuerdos de vidas pasadas. Que contaban historias, mías, de mi familia, de desconocidos.

Ambos nos amábamos en aquella libertad.

Libertad para ir y venir. Para entrar y salir.

Porque quizás los huérfanos, como nosotros, necesitábamos aquella libertad para volver a tocar la soledad de vez en cuando. Quizás, porque no podíamos creernos del todo que aquella soledad había quedado atrás y que un amor tan grande hubiera llegado para quedarse.

No, no me importaban los viajes de Filip.

Ni las ausencias.

Porque yo también amaba aquel espacio. Para crecer, para echar mis propias raíces, para extenderme.

Lo quería libre, como él me quería a mí.

—¿Y bien? —preguntó.

—¡Es perfecta! —declaré.

—Es perfecta —repitió él, asintiendo convencido y mirándome con aquellos ojos llenos de colores.

AGRADECIMIENTOS

La chica de las magdalenas es especial por muchos motivos. No es una historia que llevara mucho tiempo madurando antes de comenzar a trabajar en ella. Al contrario, fue como una de esas cosas inesperadas que surgen en la vida. Tenía en mente muchas otras historias, que están todavía esperando su momento, pero esta llegó casi como un corrientazo, una descarga, y cuando me di cuenta ya estaba con las teclas dándoles forma a los primeros párrafos.

En *La chica de las magdalenas* se cuentan muchas cosas en las entretelas de la historia de amor que se narra; para mí, la principal es el reconocimiento a las mujeres fuertes y feroces y a los matriarcados. A las mujeres que lucharon antes, mucho antes que las que luchamos ahora. Ellas, que vivieron en otros tiempos en los que era más difícil ser mujer: nuestras madres, nuestras abuelas, las madres de nuestras abuelas y las que las precedieron. Así, durante décadas, siglos…

He escrito agradecimientos en muchas ocasiones, pero aquí quiero transformar los agradecimientos en un reconocimiento a *ellas*, a esas mujeres fuertes y feroces. A las de antes y a las de ahora… Mujeres que tienen que enfrentarse a un mundo que exige cada día que hagamos más y que no dejemos nada atrás.

Ser mujer es ser eficiente, profesional, madre, hija, hermana, esposa, amante, trabajadora. Tener seis brazos, enfrentarse a los doce trabajos de Hércules, llegar a todo y hacerlo todo sin perder la sonrisa. Vivir, crecer, ser el corazón de la familia, no envejecer y equilibrar sin resquebrajarse.

Para *ellas*, para ti, va este reconocimiento.

En especial, a mis mujeres fuertes y feroces. En mi familia: mi madre, mujer colosal; mi hermana, María José y mi cuñada, Ángela.

Carmen, hacedora de artes varios y Tonina, la verdadera mujer del Renacimiento. Mis primas, seres maravillosos: Julia, Chus, Bea, Rocío, Loli, Conchi, Eva y las demás. Sin poder dejar atrás una mirada al cielo para mi abuela Julia, mujer de fortaleza incomparable.

A las mujeres fuertes y feroces con las que he tenido la suerte de compartir la vida, ¡bendita amistad! Ellas que me sorprenden, capaces de hacer diez cosas a la vez, subir al Himalaya, criar, gestionar, trabajar, construir mundos, sonreír, bailar y hacerlo todo fluir ¡así, como si no costara nada! Inspectoras, sanitarias, científicas, conocedoras de mil lenguas, empresarias y emprendedoras, cuidadoras, escritoras y periodistas... ¡Mujeres que han mirado a la cara a Medusa y ni se han inmutado! Sandra, Cris, Gema, Noe Moreira, Vicky, Ana, Irene, Rebeca, Vanesa, Leo, Andrea, Elena, Raquel y Rocío.

A todas las *bookstagrammers*, *booktokers*, *booktubers* y blogueras que, a pesar de tener completo el día, conseguís sacar tiempo para hablar, reseñar y crear contenido sobre libros. ¡Gracias por leerme! Por hacer vídeos increíbles, montajes, encontrar las palabras que hablan de mis palabras consiguiendo que me emocione… Tú, que tienes una sensibilidad para transmitir y tú, que te has pasado horas eligiendo las fotos y tú, que has hecho *cosplay* y me tienes loca esperando esa foto, esos párrafos que comprimen mi novela en unas pocas frases. Sí, estoy hablando de ti. ¿Acaso no eres inmensa?

Volviendo al sentido original de los agradecimientos, hay dos varones a los que sí debo nombrar en esta oda al feminismo.

A Quique, porque tú también eres gigante, tienes al menos ocho brazos, llegas a todo sin perderte en el laberinto de cada día a día. Sigue creando música, yo seguiré bailando.

A Miguel Rodelgo, ¡gracias! Si no fuera por ti, diría una gran cantidad de tonterías sobre *hackers*, secuestro de datos, informática y demás. Ahora sigo sin tener ni idea, pero lo disimulo con cierta elegancia. Gracias por tu apoyo en la documentación, has tenido mucha paciencia.

A Marien, por una portada fantástica.

A mi correctora, Rosario Naranjo (Calista Sweet), por un maravilloso trabajo.

Finalmente, a mis lectoras, porque todo esto es por vosotras. ¡Gracias!

LAS LECTORAS OPINAN

«¡Las ganas que tenía yo de volver a leer a Noelia! Quienes llevéis ya un tiempo por aquí, sabréis que he leído todo lo que tiene publicado la autora hasta la fecha. Y que nunca, jamás, me ha decepcionado con ninguna de sus historias.» Serena Aguilera @serecturas sobre *Nunca es mañana.*

«Me ha parecido brutal la manera de escribir de la autora, tiene una pluma muy suave y una manera de narrar muy emotiva. Desarrolla muy bien la relación de los protagonistas, la evolución de los dos y de su historia es maravillosa» Dunia García @pimpunete sobre *Nunca es mañana.*

«¡Noelia lo ha vuelto a hacer! ¡Su nueva obra es una historia que he disfrutado mucho! Cuando leí *Las rubias también lloran*, me llamó mucho la atención Roser y ha sido una delicia poder conocerla más» Rocío García @ayshel_la_sirena sobre *Rosa desteñido.*

«Me ha hecho reír, llorar, me he cabreado con los personajes y con ciertas actitudes que no comprendía, y esto, para mí, es lo mejor que puede hacerte sentir un libro, que te llegue tanto hasta involucrarte de tal manera, para mí es señal de que es un buen libro.» Judith Molina @paseoentrelibros sobre *Rosa desteñido.*

«La pluma es maravillosa. Se pasan las páginas a una velocidad pasmosa. Me encantan los personajes que ha creado, todos trascienden, acarician y terminas amando.» Noelia Comesaña @blowingdandelionsbooks sobre *Las rubias también lloran.*

«Me ha gustado muchísimo y seguramente lo relea más adelante. Tengo que decir que al principio, cuando jugaba con los recuerdos me dio mucha nostalgia el trato, es una historia que me ha recordado a personas de mi vida en cada parte que se narraba. Para

bien o para mal, ha actuado como guía con una carga emocional muy bonita detrás.» Clara Ibeas @bookstagramer_1 sobre *Las rubias también lloran.*

Y TÚ, ¿QUÉ OPINAS? DEJA TU VALORACIÓN

¡Última parada, fin del viaje! Cuéntame, ¿qué te ha parecido la historia de Beca y Filip? Para mí es esencial conocer tu opinión; por lo que, si estás con Kindle, a continuación, podrás dejar tu puntuación y, si estás con el libro en papel, me encantaría que pudieras dejar tu valoración en Amazon.

Recuerda que siempre puedes encontrarme en las redes sociales:

 Twitter: https://twitter.com/noeliargueznr

 Instagram: https://www.instagram.com/noeliarodrigueznr/

 Facebook: https://www.facebook.com/noelia.rg.7

 TikTok: https://www.tiktok.com/@noeliarodrigueznr

¡Un abrazo enorme!

Noelia Rodríguez

BIOGRAFÍA

Noelia Rodríguez (Mos, 1983). Licenciada en Derecho Económico Empresarial por la Universidad de Vigo. Tras su época universitaria, pasó una temporada en Irlanda antes de sumergirse de lleno en el mundo jurídico. Especialista en Derecho Procesal y Concursal, ejerció durante sus primeros años en Madrid, ciudad que considera su segunda casa. Melómana y adicta al café. Actualmente reside en Vigo, haciendo equilibrios entre las letras y las leyes.

En 2019 se publicó *Involución,* su primera apuesta por el *urban fantasy.* En 2021 vio la luz *Los visionarios,* una aventura metaliteraria. En 2022 se publicó *Las rubias también lloran,* una novela romántica donde su protagonista vive un trepidante viaje físico y personal. *En 2023 vivimos una intensa pasión junto a Roser en Rosa desteñido*. En 2024 se lanzó *Nunca es mañana*, un *friends to lovers* en el que los personajes se enfrentan a un destino empeñado en separarlos. En 2025 llega *La chica de las magdalenas*, una *romcom* con cierta dosis de *thriller* que te dejará el corazón calentito. ¿Preparada para enamorarte?

---

[1] Me vuelves loca

[2] Habitantes de Madrid de al menos tercera generación.

[3] ¡Reto aceptado!

Frase utilizada por el personaje Barney Stinson, interpretado por Neil Patrick Harris en *Cómo conocí a vuestra madre -How I Met Your Mother-*, serie de televisión estadounidense de comedia.

[4] Hola Bastien,
Te envío el documento que me has pedido. Si necesitas cualquier otra cosa, avísame.
Un saludo,
Beca